ARTHUR C. CLARKE

NAUFRAGIO EN EL MAR SELENITA

Lectulandia

Los últimos datos conseguidos por la Selenografía, nos presenta a los mares de la Luna como inmensas extensiones de polvo finísimo, de origen meteórico, por las que es posible navegar, mediante barcos y aparatos de propulsión adecuados. Así, el «Selene», lujosa nave de crucero destinada a los turistas que visitan la Luna, zozobra en el Mar de la Sed, a causa de un espantoso seísmo lunar que provoca un hundimiento en el interior de la Luna. Hundidos a quince metros de profundidad, al parecer irremisiblemente perdidos, los tripulantes y pasajeros del «Selene», cuyo casco ha resistido, esperan la muerte, mientras toda la Luna (colonia humana desde hace medio siglo), se moviliza para salvarlos.

Lectulandia

Arthur C. Clarke

Naufragio en el mar selenita

ePub r1.0
Rusli 13.01.14

Título original: *A Fall on Moondust*
Arthur C. Clarke, 1961
Traducción: Antonio Ribera

Editor digital: Rusli
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Pat Harris se sentía muy orgulloso por el privilegio que representaba ser el capitán de la única nave que navegaba por la Luna. A medida que los pasajeros subían a bordo del *Selene*, empujándose para conseguir las plazas situadas junto a las ventanas, se preguntaba cómo sería el viaje esta vez. Por el retrovisor veía a la señorita Wilkins, muy elegante con su uniforme azul de la Comisión de Turismo Lunar, dando la bienvenida a los pasajeros que iban embarcando. Cuando estaba de servicio con ella, Harris siempre se esforzaba por no ver en la joven más que a «la señorita Wilkins», la azafata, y no «Susan». Pero lo que ella pensaba de él era una incógnita.

Entre los que se instalaban a bordo no vio caras familiares. La mayoría eran «nuevas», ansiosas por realizar su primera travesía. Casi todos eran turistas típicos: personas de edad madura, que se proponían visitar un mundo que en su juventud era el símbolo mismo de lo inaccesible. Entre ellos tan sólo había tres o cuatro que no alcanzaban los treinta años; probablemente eran personal técnico de vacaciones, perteneciente a alguna de las bases lunares. Pat había comprobado que, de manera general, las personas maduras procedían de la Tierra, mientras que los jóvenes residían en la Luna.

Sin embargo, el mar de la Sed era una novedad para todos ellos. Al otro lado de las ventanillas de observación del *Selene* se extendía su lisa y polvorienta superficie gris, que parecía alcanzar las estrellas. En lo alto se cernía la Tierra en cuarto menguante, clavada para siempre en un punto del cielo del que no se había movido en mil millones de años.

La brillante luz verdeazulada del planeta madre iluminaba aquel mundo extraño con un helado resplandor…, y en verdad podía llamarse helado un mundo donde reinaba una temperatura de 185 grados bajo cero en la superficie expuesta al Sol.

Nadie habría pensado, al mirar aquella llanura lisa y uniforme, que aquél era un mar de polvo y no de agua, completamente plano y sin fisuras, falto de los millares de grietas y hendiduras que recubrían el resto de aquel mundo yermo, no mostraba ni una sola loma, roca o guijarro que rompiese su monótona uniformidad. Ningún mar de la Tierra ni ningún estanque era tan tranquilo como el mar selenita. Al ser un mar de polvo y no de agua, era algo completamente extraño a la experiencia humana y, por la misma razón, ejercía una fascinación y un atractivo extraordinarios. Aquel polvo, más fino que el talco y más seco en el vacío lunar que las arrasadas arenas del Sahara, fluía tan fácilmente como un líquido. Si a él se arrojaba un objeto pesado, desaparecía sin dejar trazas. Nada podía moverse sobre su traicionera superficie, salvo los pequeños esquíes construidos especialmente para llevar dos hombres, y desde luego el *Selene*, curiosa combinación de autocar y trineo que recordaba los

vehículos que exploraron la Antártica hacía varias generaciones.

La designación oficial del *Selene* era «Crucero para el Polvo Mark I», aunque, que Pat supiese, el «Mark II» no existía ni siquiera como proyecto. Lo llamaban indistintamente «nave», «barco» o «autobús lunar», según el gusto de cada cual. Pat prefería «barco», porque esto evitaba las confusiones. Al emplear esta denominación, nadie podría confundirlo con el capitán de una astronave…, los cuales, por supuesto, eran legión.

—Bienvenidos a bordo del *Selene* —dijo la señorita Wilkins cuando estuvieron todos sentados—. El capitán Harris y yo estamos muy contentos de tenerlos con nosotros. El viaje durará cuatro horas y nuestra primera escala será el lago del Cráter, situado a un centenar de kilómetros al este, en los montes Inaccesibles…

Pat apenas prestaba oído a las palabras familiares de su azafata. Estaba muy atareado efectuando las comprobaciones de rigor. El *Selene* era en la práctica una astronave destinada a viajar por la superficie del satélite, y tenía que ser así, ya que viajaba en el vacío y debía proteger su frágil carga contra la hostilidad del mundo exterior. Aunque no abandonaba nunca la superficie de la Luna y su propulsión se efectuaba por medio de motores eléctricos en vez de cohetes, poseía el mismo equipo fundamental de las verdaderas astronaves interplanetarias. Y había que comprobarlo todo cuidadosamente antes de la partida.

Oxígeno, bien. Energía, bien. Radio, bien. («Oiga, Base Arco Iris, aquí el *Selene* comprobando. ¿Recibe mi señal?»). Aparato de navegación por inercia, en cero. Válvula de seguridad de la compuerta neumática, puesta. Detector de fugas, bien. Luces interiores, bien. Pasarela…, desconectada. Y así sucesivamente para más de cincuenta aparatos, que en caso de avería advertirían automáticamente al piloto. Pero Pat Harris, como todos los hombres del espacio que conservaban la nostalgia de los viejos tiempos, no se fiaba de los aparatos de alarma automáticos y prefería efectuar las comprobaciones personalmente.

Por último, todo estuvo dispuesto. Los motores, casi silenciosos, empezaron a ronronear, pero las palas aún giraban lentamente, y el *Selene* sólo se estremeció con suavidad cuando sus amarras se tensaron. Luego aumentó las revoluciones de la turbina de babor y la nave viró suavemente hacia la banda contraria. Cuando se apartó del embarcadero, Harris enderezó su rumbo y aumentó las revoluciones del motor.

La embarcación se portaba muy bien, teniendo en cuenta el carácter nuevo y revolucionario de su construcción. No contaba con el precedente de miles de años de pruebas y fracasos, que se remontasen hasta el primer hombre neolítico que lanzó un tronco a la corriente de un arroyo. El *Selene* era el primero de su especie; era fruto de las reflexiones de algunos ingenieros que se sentaron ante una mesa para preguntarse:

«¿Cómo construiremos un vehículo capaz de navegar sobre un mar de polvo?».

Algunos de ellos, inspirados por los antiguos métodos de locomoción por el viejo Mississippi, propusieron instalar ruedas en la popa, pero se impuso el sistema de propulsores de abanico sumergible. El surco que éstos producían parecía el que un topo dejaba a su paso, pero un topo que avanzara a gran velocidad. El surco desaparecía en pocos segundos, no dejando en el mar selenita la menor traza del paso del barco.

Las achatadas cúpulas estancas de Puerto Roris desaparecieron de la vista con rapidez tras el horizonte y en menos de diez minutos ya no se veían. El *Selene* estaba completamente solo, en el centro de algo que el lenguaje humano no podía definir.

Pat paró los motores y el barco se inmovilizó. Esperó que se hiciese el silencio a su alrededor. Siempre era lo mismo; se requería cierto tiempo para que los pasajeros se acostumbrasen a la presencia del extraño mundo exterior. Todos ellos habían cruzado el espacio y contemplado las estrellas cara a cara. Habían podido ver —levantando o bajando la cabeza— el rostro cegador de la Tierra, pero éste era distinto. No era tierra ni mar, ni aire ni espacio, sino un poco de todo ello.

Antes que el silencio se hiciese opresivo —y si lo dejaba durar demasiado, alguien terminaría por asustarse—, Pat se puso en pie y se volvió hacia sus pasajeros.

—Buenas noches, señoras y señores —les dijo—. Espero que la señorita Wilkins les habrá instalado a todos con comodidad. Nos hemos parado aquí porque es un buen lugar para presentarles nuestro mar…, para que empiecen a familiarizarse con él, por así decir.

Señaló, a través de las ventanas, la grisácea y fantasmal inmensidad.

—¿A qué distancia —preguntó con voz tranquila— imaginan ustedes que se encuentra el horizonte? O, para decirlo de otro modo, ¿cuál sería la talla aparente de un hombre que estuviese de pie en el punto donde las estrellas parecen tocar el suelo?

Era una pregunta que nadie podía responder fiándose únicamente de los sentidos. La lógica decía: «La Luna es un mundo muy pequeño y, por lo tanto, el horizonte debe estar muy próximo». Pero los sentidos producían una impresión totalmente opuesta, afirmando que el mar de polvo era completamente plano y se extendía al infinito, dividiendo al universo en dos, mientras su lisa superficie se desarrollaba indefinidamente bajo las estrellas…

La ilusión subsistía incluso cuando se conocía la causa. La vista humana no disponía de ningún medio para juzgar las distancias, a falta de puntos de referencia. La mirada se deslizaba, impotente, sobre aquel monótono océano de polvo. Ni siquiera existía, como en la Tierra, la bruma atmosférica, que suavizaba los contornos y proporcionaba ciertas indicaciones sobre la proximidad o el alejamiento de los objetos. Las estrellas, que no parpadeaban, eran simples puntos de luz que descendían sin cambio en su claridad hasta el borde mismo de aquel horizonte indeterminado.

—Aunque después de creerlo —prosiguió Pat—, sólo hay tres kilómetros hasta el

horizonte…, o dos millas, para aquéllos de ustedes que todavía no hayan adoptado el sistema métrico decimal. Da la impresión que está a un par de años-luz, pero les aseguro que podrían cubrir ese trayecto a pie en menos de media hora, si fuese posible caminar sobre esa sustancia.

Regresó a su asiento y puso nuevamente los motores en marcha.

—No hay mucho que ver durante los próximos sesenta kilómetros —dijo, volviéndose a medias—. Por lo tanto, aumentaremos la velocidad.

El *Selene* empezó a devorar kilómetros. Por vez primera, los pasajeros tuvieron una auténtica sensación de velocidad. La estela dejada por el barco se hizo más larga y agitada, mientras las turbinas helicoidales mordían furiosamente el polvo, levantándolo por ambos lados de la nave en grandes surtidores fantasmales, a manera de dos enormes alas emplumadas. Visto desde lejos, el *Selene* hubiera parecido una máquina quitanieves abriéndose paso a través de un paisaje invernal, bañado por la fría claridad lunar. Pero aquellas parábolas grises que caían lentamente no eran de nieve y el astro que las iluminaba era el planeta Tierra.

Los pasajeros, arrellanados en sus butacas, gozaban con aquel paseo suave y casi silencioso. Todos ellos habían recorrido el trayecto de la Tierra a la Luna a una velocidad cientos de veces superior, pero en el espacio no se tenía conciencia clara de la velocidad y aquel raudo deslizamiento sobre el océano de polvo era mucho más emocionante.

Cuando Harris hizo dar una vuelta completa al *Selene*, cerrando casi un círculo, la nave pareció que quisiera recoger las nubes de polvo que sus hélices habían arrojado al cielo.

Parecía casi increíble que aquel polvillo impalpable se alzase y cayese en curvas tan perfectas, sin encontrar la menor resistencia atmosférica. En la Tierra, aquel polvo hubiera flotado durante horas en el aire, quizá durante días. El barco no tardó en enderezar de nuevo el rumbo, y como ya no había nada que mirar, salvo la desierta llanura de polvo, los pasajeros empezaron a leer los folletos que les habían facilitado. Cada uno de ellos recibió una carpeta con fotografías, mapas y diplomas-regalo, los cuales certificaban que don o doña X… habían navegado por los mares de la Luna a bordo de la nave-crucero *Selene*. Leyendo los textos documentales, se informaron del hecho que la mayor parte de la Luna estaba recubierta de una fina capa de polvo, por lo general de unos milímetros de espesor. Este polvo provenía en parte de meteoritos, caídos sobre la faz indefensa de la Luna durante cinco mil millones de años. Pero también había fragmentos de las rocas lunares, desmenuzadas al expandirse y contraerse bajo los violentos contrastes de temperatura diurna y nocturna. Fuera cual fuese su origen, esa materia estaba tan finamente dividida que manaba y se escurría como un líquido, incluso bajo los efectos de la débil gravedad lunar.

En el transcurso de las edades, aquel polvillo descendió de las montañas hacia los

terrenos bajos, para formar allí lagos y lagunas. Los primeros exploradores llegados al satélite ya esperaban encontrar algo semejante, pero el mar de la Sed resultó una sorpresa, pues nadie había previsto la existencia de una cuenca de polvo de más de cien kilómetros de diámetro.

En realidad, comparado con los «mares» lunares, aquél era muy pequeño; a decir verdad, los astrónomos se negaron a aceptar aquella denominación, pues sostenían que no era más que una pequeña parte del Sinus Roris…, la Bahía del Rocío. «¿Cómo es posible —argüían— que la simple parte de una bahía pudiera ser un mar entero?». Pero el nombre, inventado por un periodista de la Comisión de Turismo Lunar, subsistió pese a las objeciones. En el fondo no era más inadecuado que los nombres de otros pretendidos mares: El mar de las Nubes, el mar de la Lluvia, el mar de la Serenidad. Sin hablar del mar del Néctar…

Los folletos contenían también datos destinados a tranquilizar a los viajeros y demostrarles que la Comisión había pensado en todo. «Se han tomado —decían— todas las precauciones necesarias para lograr una completa seguridad. El *Selene* lleva reservas de oxígeno para más de una semana y trae todo su equipo por duplicado. Un transmisor automático de radio señala la situación de la nave a intervalos regulares y, en el caso extraordinariamente improbable de un corte total de energía, un esquí especialmente equipado para la marcha sobre el polvo saldría de Puerto Roris para hacer regresar inmediatamente a los pasajeros. Sobre todo, no tenían que preocuparse por el posible mal tiempo. Por propenso al mareo que se fuese, era imposible marearse en la Luna. No había jamás tempestades en el mar de la Sed; en él siempre reinaba calma chicha».

Estas últimas y consoladoras palabras fueron escritas con la mayor buena fe. ¿Quién hubiera podido imaginar jamás que pronto iban a resultar inexactas? Mientras el *Selene* se deslizaba silenciosamente bajo la luz de la Tierra, la Luna trabajaba en sus profundidades. Tenía mucho que hacer, después de su largo sueño secular. Habían pasado más cosas en la Luna durante los últimos cincuenta años que en los cinco mil millones que los precedieron. Y no tardarían en suceder muchas más cosas.

En la primera ciudad que el hombre construyó fuera de su planeta natal, el administrador en jefe Olsen paseaba por el parque. Se sentía muy orgulloso del parque, que también era el orgullo de los veinticinco mil habitantes de Puerto Clavius. Era pequeño, naturalmente…, aunque no tan pequeño como había insinuado aquel malévolo comentarista de la televisión, que lo comparó con «una vitrina que sufría delirios de grandeza». De todos modos, en ningún parque, jardín ni lugar de la Tierra se podían admirar girasoles de diez metros de altura.

En lo alto, sobre las cabezas de los paseantes vagaban finos cirros deshilachados…, o así lo parecía. Se trataba de imágenes, por supuesto, proyectadas al interior de la cúpula, pero la ilusión era tan perfecta que a veces despertaba la

melancolía del administrador en jefe. Pero no tardaba en dominar su añoranza, al recordar que su hogar estaba allí.

Sin embargo, en el fondo de su corazón sabía que esto no era verdad. Para sus hijos lo sería, pero no para él. Él había nacido en la ciudad terrestre de Estocolmo; sus hijos vieron la luz en Puerto Clavius. Eran ciudadanos de la Luna; él aún estaba unido a la Tierra por lazos que podrían debilitarse con los años, pero que jamás se romperían.

A menos de un kilómetro de distancia, al otro lado de la cúpula principal, el director de la Comisión de Turismo Lunar inspeccionaba el último balance, sin poder ocultar su satisfacción. Las mejoras introducidas en la última temporada se mantenían. No quiere decir esto que hubiese «temporadas» en la Luna, en el sentido de las estaciones terrestres, pero la afluencia de turistas era mayor cuando era invierno en el hemisferio norte de la Tierra.

¿Cómo podría incrementar esta afluencia? Éste era el problema eterno. Los turistas deseaban variedad y era imposible ofrecerles perpetuamente las mismas cosas. La novedad de los paisajes lunares, la reducida gravedad, la contemplación de la Tierra, los misterios de la cara oculta, los cielos espectaculares, los poblados de colonos (en los que los turistas no eran siempre bien recibidos)…, una vez que se había terminado la lista, ¿qué más podía ofrecer la Luna? ¡Qué lástima que no existiesen auténticos selenitas, de extrañas costumbres, físico extravagante y dispuestos a dejarse fotografiar por los turistas! Por desgracia, las formas biológicas mayores descubiertas en la Luna sólo se podían ver al microscopio…, y descendían de cepas traídas al suelo lunar en el Lunik II, sólo una década antes que el hombre posara su planta en el satélite natural de la Tierra.

Davis, director de la Comisión Turística, pasaba revista mentalmente al contenido del último correo llegado por «telefax», preguntándose si habría algo que pudiera serle útil.

Estaba, naturalmente, la acostumbrada petición de una compañía de TV de la que jamás habían oído hablar y que deseaba hacer otro documental sobre la Luna…, a condición que ellos le pagaran todos los gastos. Respondería negativamente a tal petición, pues si aceptase todos aquellos amables ofrecimientos, pronto se quedaría sin dinero.

Había además una extensa carta de su colega de la Comisión de Turismo «La Gran Nueva Orleáns S. A»., que le proponía un intercambio de personal. Le costaba ver cómo esto podría ser de utilidad para la Luna o para la Nueva Orleáns, pero no le costaría ni un céntimo y podría dar algunos buenos resultados. Y por último había algo que parecía más interesante: una carta del campeón australiano de esquí acuático, preguntando si alguien había intentado esquiar en el mar de la Sed.

Desde luego, la idea era buena; le sorprendía que a nadie se le hubiese ocurrido

hasta entonces. Aunque quizá ya hubo alguien que lo intentó, a remolque del *Selene* o de uno de los pequeños esquíes biplazas. Desde luego, valía la pena probarlo. Davis siempre estaba ojo avizor, para descubrir nuevas formas de diversión para la Luna, y el mar de la Sed era la niña de sus ojos.

Una niña que, dentro de pocas horas, iba a convertirse en una pesadilla.

Capítulo 2

Frente al *Selene* el horizonte ya no formaba un arco perfecto, ininterrumpido; una línea quebrada de montañas se alzaban sobre el borde de la Luna. A medida que el crucero corría velozmente hacia ellas, parecían ascender con lentitud en el cielo, como elevadas por un gigantesco montacargas.

—Son los montes Inaccesibles —anunció la señorita Wilkins—, así llamados porque están totalmente rodeados por este mar. Advertirán ustedes que son mucho más escarpados que la mayoría de las montañas lunares.

No insistió sobre este hecho, pues, por desgracia, casi todas las cumbres lunares constituyeron una gran decepción. Los inmensos cráteres lunares, de aspecto tan impresionante en las fotografías tomadas desde la Tierra, vistos de cerca se convirtieron en suaves y redondeadas colinas, cuyo relieve había sido terriblemente exagerado por las sombras que proyectaban al amanecer y al crepúsculo. No había un solo cráter lunar que tuviese las pendientes tan empinadas como las calles de San Francisco y muy pocas de ellas hubieran constituido un obstáculo grave para un ciclista resuelto. Pero nadie hubiera podido adivinarlo al hojear los folletos de propaganda de la Comisión de Turismo, que sólo reproducían los acantilados y las gargantas más espectaculares, fotografiados desde ángulos cuidadosamente escogidos.

—Ni siquiera hoy en día —prosiguió la señorita Wilkins— han sido completamente explorados. El año pasado condujimos a ellos un grupo de geólogos, para desembarcarlos en ese promontorio, pero sólo pudimos recorrer unos cuantos kilómetros hacia el interior. Esto quiere decir que puede haber *cualquier cosa* en estas montañas. La verdad es que no sabemos nada.

Escuchando a Susan, Pat pensó que la joven no tenía rival como guía. Sabía perfectamente lo que había que explicar con detalle y lo que había que dejar a la imaginación. Su tono natural y ameno era muy distinto de aquella pesada cantilena que suele ser el defecto o deformación profesional de tantas guías diplomadas. Además, dominaba completamente el tema y era muy rara la pregunta a la que no pudiera responder. Era realmente una muchacha admirable, y aunque con frecuencia aparecía en los ensueños amorosos de Pat, en el fondo le tenía cierto miedo.

Los pasajeros contemplaban fascinados las cumbres cada vez más próximas. En la Luna, aún misteriosa, constituían un misterio aún más profundo. Surgiendo como una isla en el centro de aquel mar extraño que los defendía, los montes Inaccesibles seguían desafiando a las próximas generaciones de exploradores. A pesar de su nombre, en realidad era fácil alcanzarlos, pero teniendo en cuenta que aún había millones de kilómetros cuadrados de terrenos menos abruptos y todavía vírgenes en la Luna, aquellos montes tendrían que esperar a que les llegase el turno.

El *Selene* penetró bruscamente en la zona de sombras proyectada por las montañas.

Antes que los turistas pudieran darse cuenta de lo que sucedía, la Tierra, que se cernía a baja altura sobre el horizonte, quedó eclipsada. Su brillante claridad seguía iluminando las cumbres a gran altura, pero las tinieblas reinaban al pie de los montes.

—Apagaré las luces de la cabina —dijo la azafata— para que ustedes puedan gozar mejor del espectáculo.

Cuando la tenue iluminación rojiza desapareció, cada pasajero tuvo la sensación de hallarse solo en la noche lunar. Incluso la luz terrestre, reflejada en las altas cumbres, iba desapareciendo mientras el barco se adentraba en las sombras. A los pocos minutos, sólo quedaban las estrellas…, fríos puntos de luz clavados en una oscuridad tan completa, que el espíritu se rebelaba ante ella.

Era difícil reconocer las constelaciones familiares entre aquella multitud de astros. La vista se perdía en combinaciones que nunca fueron vistas desde la Tierra y se confundía ante aquel rutilante laberinto de cúmulos estelares y nebulosas.

En aquel panorama resplandeciente, sólo había un punto de referencia inconfundible: el radiante faro de Venus, que con su brillo apagaba el de los demás cuerpos celestiales, anunciando la proximidad del alba.

Hicieron falta varios minutos para que los viajeros se percatasen del hecho que no todas las maravillas estaban en el cielo. Tras la popa del veloz crucero se extendía una larga estela fosforescente, que parecía trazada por un dedo mágico sobre la oscura y polvorienta superficie de la Luna. El *Selene* parecía adornado por una cola de cometa, como los buques que surcaban los mares tropicales de la Tierra.

Sin embargo, no había microorganismos que iluminasen aquel mar muerto con sus diminutas lámparas, sino innumerables granos de polvo, que producían chispas al chocar entre sí a medida que se neutralizaban recíprocamente las descargas estáticas provocadas por el rápido paso del *Selene*. Aun después de conocer la explicación, era hermoso volver la mirada en medio de la noche para contemplar aquella cinta luminosa y eléctrica, continuamente renovada, extinguiéndose incesantemente, como si la propia Vía Láctea se reflejara en la superficie lunar.

La estela luminosa se desvaneció cuando Pat dio los faros. Amenazadoramente próxima, una gran muralla de roca parecía deslizarse a su lado. En aquellos parajes, las montañas se alzaban casi verticalmente del mar de polvo, desapareciendo hacia lo alto, en dirección a alturas desconocidas, pues sólo parecían surgir a la existencia real al ser iluminadas de pronto por el veloz óvalo luminoso de los reflectores.

Había allí montañas junto a las cuales la cordillera del Himalaya, los Alpes y las Montañas Rocosas eran como niños recién nacidos. En la Tierra, las fuerzas de la erosión empezaban a desgastar todos los montes desde el momento en que se formaban, con el resultado que a los pocos millones de años quedaban reducidos a

simples espectros de lo que fueron. Pero en la Luna no había viento ni lluvia, nada que corroyese las rocas, salvo la lentísima formación de polvo por la contracción de sus capas superficiales bajo los efectos del frío nocturno. Aquellas montañas eran tan antiguas como el mundo que les dio el ser.

Pat se sentía muy orgulloso del espectáculo que podía ofrecer a sus pasajeros y había preparado con el más escrupuloso cuidado la secuencia siguiente. Podía parecer peligrosa, pero en realidad no ofrecía riesgo alguno, pues el *Selene* había hecho aquella ruta centenares de veces y la memoria electrónica del sistema de pilotaje conocía el camino mucho mejor que cualquier piloto humano. De pronto, Pat apagó los faros…, y los pasajeros vieron que mientras el resplandor los deslumbraba por un lado, las montañas se fueron acercando furtivamente por el opuesto.

En una oscuridad casi total, el *Selene* se deslizaba por un estrecho desfiladero…, pero sin avanzar en línea recta, pues de vez en cuando zigzagueaba para evitar obstáculos invisibles. A decir vendad, algunos de ellos no sólo eran invisibles, sino inexistentes; Pat había estudiado aquel trayecto, a velocidad reducida y gozando de la seguridad proporcionada por la luz diurna, calculándolo para que produjese el efecto máximo sobre los nervios de los pasajeros. Las exclamaciones de pasmo y terror que se sucedían en la cabina oscurecida a sus espaldas, le demostraban que había acertado plenamente en sus suposiciones.

A gran altura sobre sus cabezas, una angosta cinta estrellada era todo cuanto podían ver del mundo exterior. La cinta de estrellas saltaba locamente de derecha a izquierda y de izquierda a derecha al compás de los bruscos cambios de rumbo del *Selene*. Aquella «Cabalgada Nocturna», como Pat la llamaba para sí mismo, duraba unos cinco minutos, pero parecía mucho más larga. Cuando encendió de nuevo los faros, haciendo que el crucero pareciera avanzar en el centro de un gran lago luminoso, se escucharon suspiros de alivio y decepción al propio tiempo. Todos sabían que tardarían en olvidar aquella emocionante experiencia. Al restablecerse la visión exterior, advirtieron que navegaban por un valle o garganta de abruptas paredes, que se iban separando por ambos lados. El desfiladero se había ensanchado, convirtiéndose en un anfiteatro ligeramente ovalado, de unos tres kilómetros de diámetro: el corazón de un volcán extinguido, en el que se abrió una brecha en tiempos inmemoriales, en los días en que incluso la Luna era joven.

El cráter era pequeñísimo, según el patrón lunar, pero era único en su género. El polvo omnipresente lo había inundado, ascendiendo por las paredes del cráter en el curso de las edades, permitiendo así a los turistas de la Tierra navegar sentados en mullidos butacones por lo que antaño fue una enorme caldera en la que borboteaba el fuego del infierno. Aquel fuego se extinguió mucho antes que surgiera la aurora de la vida en la Tierra y no volvería a encenderse jamás. Pero había otras fuerzas aún con vida, que sólo aguardaban el momento propicio de estallar.

Cuando el *Selene* inició un lento circuito alrededor de las abruptas paredes del anfiteatro, muchos de los presentes recordaron un crucero similar, por un lago de montaña en su distante mundo natal. Había allí la misma calma abrigada, el mismo silencio, la misma sensación de profundidades ignotas bajo la quilla del barco. La Tierra poseía numerosos lagos formados en antiguos cráteres, pero en la Luna sólo había uno…, pese a tener muchos más circos y cráteres.

Mientras los reflectores iluminaban las altivas paredes, Pat, sin prisa, hizo dar dos vueltas completas al vehículo en torno al lago de polvo. Aquél era el mejor momento para verlo. Durante el día, cuando el sol lo bañaba todo con su radiación luminosa, aquel lugar perdía gran parte de su hechizo. Pero en aquel instante pertenecía al reino de lo fantástico, como si hubiese surgido del cerebro obsesionado de Edgar Allan Poe. De vez en cuando parecían verse extrañas formas moviéndose en el límite extremo de la visión, más allá de la zona iluminada. Todo era pura imaginación, desde luego; nada se movía en aquel paisaje, a no ser las sombras originadas por el Sol y la Tierra. No podía haber fantasmas en un mundo que jamás había conocido la vida.

Había llegado el momento de regresar, de recorrer en sentido contrario el desfiladero, para volver al mar libre. Pat dirigió la proa roma del *Selene* hacia la angosta garganta y las altas paredes los tragaron de nuevo. En el viaje de regreso, el piloto dejó las luces encendidas para que los viajeros pudieran ver por dónde pasaban. Además, la sorpresa originada por la «Cabalgada Nocturna» no hubiera sido tan viva por segunda vez.

Mucho más allá, fuera del alcance de los reflectores, un suave resplandor comenzaba a extenderse por rocas y hendiduras. Aun entonces, cuando se encontraba en su cuarto menguante, la Tierra tenía más luminosidad que una docena de plenilunios, y cuando ellos surgieron de la sombra de las montañas, volvió a mostrarse como la señora del firmamento. ¡Cuán extraño resultaba que los campos, los bosques y los lagos familiares de la Tierra brillasen con aquel fulgor celestial cuando se les contemplaba desde el espacio! Tal vez aquélla fuese una lección para el hombre: que nadie puede apreciar el mundo en que vive, hasta que lo ve desde las profundidades cósmicas…

En la Tierra debían haber innumerables ojos vueltos hacia la Luna creciente…, muchos más que antes, pues ahora la pálida Selene significaba algo mucho más entrañable para la humanidad. Era posible, aunque no muy probable, que incluso algunas de aquellas miradas observasen entonces, por medio de potentes telescopios, la diminuta chispa producida por los faros del *Selene* mientras se deslizaba por la noche lunar. Pero cuando aquella débil lucecilla vacilase y se extinguiese, ello nada significaría para los observadores…

Durante un millón de años la burbuja fue creciendo, como un gigantesco absceso incrustado bajo las raíces de las montañas. Mientras en la Tierra se desarrollaba toda la historia de la humanidad, los gases nacidos en el interior de la Luna, aun no muerto del todo, buscaron los puntos débiles, se acumularon en cavidades situadas a centenares de metros bajo la superficie lunar. En la Tierra vecina, los períodos glaciales se sucedían, mientras que en la Luna las cavernas interiores crecían, se juntaban y más tarde se confundían. Por último el absceso estaba a punto de reventar.

El capitán Harris dejó el rumbo al piloto automático y se puso a conversar con los pasajeros de primera fila. De pronto, un primer temblor sacudió la nave. Durante una fracción de segundo, pensó que quizás la pala de una hélice propulsora hubiese chocado con algún obstáculo hundido. Un instante después, el suelo se abrió bajo la nave.

Ésta se hundió con la lentitud con que todo sucede en la Luna. Delante del *Selene*, en un vasto círculo de varias hectáreas, la lisa planicie se frunció, para formar una especie de ombligo. El mar pareció cobrar vida, agitado por las fuerzas que acababan de arrancarlo de su sueño milenario. El centro de la perturbación se fue hundiendo y ésta adquirió forma de embudo, como si en el polvo se formase un gigantesco remolino.

Entretanto, el claro de Tierra iluminaba implacablemente todas las etapas de esta transformación dantesca, hasta que el cráter fue tan profundo que su pared opuesta quedó sumida totalmente en las sombras. Se diría que el *Selene* se deslizaba vertiginosamente hacia un semicírculo de absolutas tinieblas…, un arco de círculo tras el cual había la nada.

En realidad, la situación era desesperada. Cuando Pat se abalanzó hacia los mandos, el enorme vehículo ya se deslizaba con celeridad por aquella pendiente increíble. Caía de cabeza hacia las profundidades, arrastrado por su propio impulso y la aceleración que le imprimía el torrente de polvo. El piloto no podía hacer otra cosa que tratar de mantener la nave en equilibrio, con la esperanza que su propia velocidad le permitiese alcanzar el otro borde del embudo antes que éste se cerrase sobre ellos.

Pat no tuvo tiempo de darse cuenta de si los pasajeros chillaban o gritaban. Sólo veía aquel descenso vertiginoso y terrible, y sólo se daba cuenta de sus propios esfuerzos para evitar que el vehículo volcase. Sin embargo, mientras luchaba con los mandos de la nave, aumentando la fuerza ora de un motor ora del otro, para mantener siempre un rumbo recto, un extraño e insidioso recuerdo le obsesionaba. No sabía cuándo ni dónde, él ya había visto algo parecido…

Aquello era ridículo, por supuesto, pero el recuerdo no quería abandonarlo. Sólo cuando llegó al fondo del embudo y vio deslizarse la interminable masa de polvo que caía desde el borde del cráter, ceñido de estrellas, el velo del tiempo se alzó por unos instantes.

Fue cuando era niño. Jugaba en la cálida arena de un verano olvidado. Encontró un pequeño hoyo, perfectamente liso y simétrico, en el fondo del cual algo estaba agazapado: un ser hundido por completo en la arena, salvo sus mandíbulas, que parecían esperar a su presa. El niño observó, curioso, pero dándose cuenta ya que se encontraba ante el escenario donde iba a desarrollarse un drama microscópico. Vio entonces una hormiga, preocupada únicamente en realizar su tarea, hasta que cayó por el borde del cráter y descendió rodando por la pendiente.

Hubiera podido huir con facilidad…, pero cuando el primer grano de arena alcanzó el fondo del pozo, el ogro vigilante salió de su guarida. Con sus patas delanteras, lanzó una granizada de arena contra el insecto, que se debatía, hasta que el alud le obligó a soltarse y a caer en las fauces abiertas que esperaban en el fondo del embudo.

Del mismo modo como entonces caía el *Selene*… No fue una gigantesca hormiga-león quien excavó aquel hoyo en la superficie de la Luna, pero Pat se sentía tan desvalido como el pobre insecto que observó hacía tantos años. Como él, luchaba por alcanzar el borde del cráter y con él la salvación, mientras las paredes movedizas se deslizaban bajo él, arrojándolo al fondo, donde la muerte estaba agazapada. Para la hormiga, la muerte fue rápida. Para él y sus compañeros, la agonía sería prolongada.

Los motores se esforzaban penosamente y la nave avanzaba un poco, pero no lo suficiente. El polvo que los arrastraba aumentaba su velocidad y, lo que era peor, subía por ambos lados de la nave. Después de alcanzar el borde inferior de las ventanillas, empezó a tapar los vidrios y por último los cubrió del todo. Harris paró los motores para evitar que se hiciesen trizas y en aquel instante la incontenible marea borró el último atisbo de la Tierra en cuarto menguante. Entre la oscuridad y el silencio más profundo, se hundían hacia el interior de la Luna.

Capítulo 3

Entre las hileras de aparatos de comunicación instalados en la Dirección de Tráfico, sector norte, correspondiente a la cara que miraba a la Tierra, un cerebro electrónico se agitó excitado. Había transcurrido un segundo desde que se registraron las dos mil horas meridiano terrestre de Greenwich, y la señal que debía recibirse automáticamente a cada hora no había aparecido en la pantalla.

Con una rapidez que ultrapasaba todas las posibilidades del pensamiento humano, el puñado de células y de microscópicos conmutadores solicitaron instrucciones. «Esperen cinco segundos —decían las órdenes cifradas—. Si nada ocurre, cierren el circuito 10 01 10 01».

La diminuta porción de la calculadora del tráfico afectada por este problema esperó pacientemente que transcurriera este enorme período de tiempo…, lo bastante prolongado para hacer cien millones de sumas de veinte cifras o para imprimir casi todas las obras de la Biblioteca del Congreso. Después cerró el circuito 10 01 10 01.

A gran altura sobre la superficie de la Luna, desde una antena que, por curioso que pudiera parecer, estaba vuelta directamente hacia la faz de la Tierra, un impulso de radio fue lanzado al espacio. En menos de una décima de segundo recorrió los cincuenta mil kilómetros que separaban la estación del satélite de enlace conocido por el nombre de Lagrange II y que se hallaba directamente sobre una línea recta imaginaria que iba de la Luna a la Tierra. Después de otro sexto de segundo el impulso regresó, muy amplificado y cubriendo el sector norte de la Luna, en la cara de ésta que miraba a la Tierra, desde el polo al ecuador.

Traducido al lenguaje humano, el mensaje que transportaba era muy sencillo: «Atención, *Selene*. No he recibido su señal. Ruego conteste inmediatamente».

La calculadora esperó otros cinco segundos. Luego lanzó de nuevo la misma pulsación, y luego una tercera vez. En el mundo de la cibernética había transcurrido el equivalente de períodos geológicos, pero la máquina estaba dotada de una paciencia infinita.

Consultó de nuevo sus instrucciones. Esta vez decían: «Cierren el circuito 10 10 10 10». El aparato electrónico obedeció. En la sala de la Dirección de Tráfico, una lucecilla verde se transformó súbitamente en roja y resonó un zumbido de alarma. Por vez primera después de las máquinas, los hombres advirtieron que algo anormal sucedía en algún punto de la Luna.

La noticia se difundió al principio con lentitud, pues el administrador en jefe no era partidario de suscitar un pánico inútil. El director de la Comisión de Turismo abundaba en este parecer; no había nada peor para los negocios que las alertas y avisos de alarma…, incluso cuando, como sucedía en nueve de cada diez casos, todo se debía a un fusible fundido, un cortocircuito o unos aparatos de alarma demasiado

sensibles. Pero en un mundo como en el de la Luna, había que estar siempre sobre aviso. Más valía asustarse por una crisis imaginaria que no adoptar las medidas pertinentes ante una verdad.

Tuvieron que transcurrir varios minutos para que Davis admitiera a regañadientes que esta vez la cosa iba en serio. En otra ocasión el *Selene* ya dejó de enviar su señal automática, pero Pat Harris respondió inmediatamente, de modo que lo llamaron por la longitud de onda asignada al crucero. Esta vez reinaba un silencio sepulcral. El *Selene* ni siquiera contestó a la señal emitida por la longitud de onda llamada «Mooncrash», por la que estaba prohibido comunicarse salvo en caso de siniestro. Fue esta noticia lo que obligó a Davis a abandonar la Torre del Turismo para dirigirse con rapidez a Ciudad Clavius por la acera rodante subterránea.

A la entrada del edificio ocupado por la Dirección de Tráfico encontró al ingeniero jefe de la Cara Visible. Esto era mala señal; significaba que se consideraba necesario iniciar una operación de salvamento. Los dos hombres se miraron con gravedad, obsesionados ambos por la misma idea.

—Espero que no me necesitarán —dijo el ingeniero jefe Lawrence—. ¿Qué es lo que ocurre? Lo único que sé es que se ha lanzado una señal «Mooncrash». ¿De qué astronave se trata?

—No se trata de una astronave, sino del *Selene*. Está en el mar de la Sed y no contesta.

—¡Dios mío! Si algo le ha ocurrido allí, sólo podremos llegar hasta él con los esquíes para el polvo. Siempre he dicho que deberíamos haber tenido dos barcos en funcionamiento, antes de empezar a aceptar turistas.

—Yo también dije lo mismo…, pero el departamento de finanzas se opuso a la idea.

Esos señores dijeron que no podríamos construir otro *Selene* hasta que el primero demostrase que era rentable.

—Ojalá no demuestre, en lugar de eso, que puede proporcionar titulares sensacionales a los periódicos… —dijo Lawrence, ceñudo—. Sabe usted muy bien lo que pienso del turismo en la Luna.

El director de la Comisión lo sabía perfectamente; a decir verdad, aquello era desde hacía mucho tiempo una manzana de la discordia lanzada entre los dos hombres. Por vez primera, se preguntó si el ingeniero en jefe no tuviese acaso razón.

Todo estaba muy tranquilo, como de costumbre, en la Dirección de Tráfico. En las grandes cartas murales, las luces verdes y ambarinas parpadeaban constantemente. Sus mensajes rutinarios resultaban muy poco importantes ante el clamor de aquella única lucecita roja que no parpadeaba. Ante los tableros de mando y cuadros de distribución de aire, energía y radiación, los técnicos de servicio, semejantes a ángeles de la guardia, velaban por la seguridad de la cuarta parte de aquel mundo.

—Sin novedad —declaró el oficial encargado del tráfico de tierra—. Seguimos completamente a oscuras. Lo único que sabemos es que están *en alguna parte* del mar de la Sed.

Trazó un círculo sobre un mapa a gran escala.

—A menos que hayan derivado de una manera fantástica, deben estar poco más o menos en esta zona. Cuando se ha efectuado la comprobación de las 19 horas, estaban a menos de un kilómetro del punto previsto. A las 20 horas ha dejado de recibirse su señal, lo cual quiere decir que, sea lo que fuere lo que les ha sucedido, tiene que haber ocurrido durante estos sesenta minutos.

—¿Cuál es la velocidad horaria del *Selene*? —preguntó uno de los presentes.

—Puede alcanzar ciento veinte kilómetros —contestó el director de la Comisión —. Pero normalmente navega a una velocidad muy inferior. No hay prisa cuando se va de paseo.

Consultó el mapa, como si quisiera arrancarle informaciones gracias a la intensidad de su mirada.

—Si aún están en alta mar, no tardaremos en encontrarlo. ¿Han enviado los esquíes para polvo?

—No, señor; estaba aguardando la autorización.

Davis miró al ingeniero jefe, que era el funcionario superior en la Cara Visible de la Luna, con excepción del propio administrador en jefe Olsen. Lawrence asintió con lentitud.

—Hágalos salir —repuso—. Pero no espere averiguarlo todo al instante. Será necesario explorar varios miles de kilómetros cuadrados. Y esto requiere tiempo, especialmente de noche. Diga a los pilotos que exploren la ruta que hubiera debido seguir el barco, después de comunicar su última posición. Un esquí por cada lado, para que puedan cubrir una faja lo más ancha posible.

Después de dar esta orden, Davis preguntó con tono contrito:

—¿Qué cree usted que puede haberle sucedido?

—Una de varias cosas, no muchas. El accidente debe haberse producido de manera repentina, pues de lo contrario nos hubieran enviado un mensaje. Lo más probable es que haya sido una explosión.

El director palideció. Siempre existía la posibilidad de un sabotaje y era imposible precaverse contra ella. A causa de su propio carácter vulnerable, los vehículos del espacio, como antes los aviones, ejercían un atractivo irresistible sobre ciertos tipos de criminales. Davis pensaba en la nave de transporte *Argo*, que cubría el trayecto Tierra-Venus y que fue destruida con doscientas personas entre hombres, mujeres y niños a bordo, porque un loco quería vengarse de un pasajero a quien apenas conocía.

—Puede haber sido también una colisión —prosiguió el ingeniero jefe—. El barco puede haber tropezado con un obstáculo.

—Harris es un piloto muy prudente. Ha hecho este viaje docenas de veces.

—Todo el mundo puede cometer un error. Es fácil juzgar mal las distancias cuando se navega bajo el claro de Tierra.

Pero el director Davis apenas le escuchaba. Pensaba en todas las medidas que tendría que adoptar, en caso que hubiese sucedido lo peor. Más valdría poner inmediatamente manos a la obra, pidiendo al servicio jurídico que empezase las formalidades de rigor para indemnizar a los familiares de las víctimas. Si aquéllos presentaban reclamaciones a la Comisión de Turismo por valor de varios millones de dólares, toda su campaña de publicidad para el próximo año se iría al infierno…, aunque la Comisión ganara el pleito.

El oficial encargado del tráfico de tierra carraspeó nerviosamente.

—Si me permite una sugerencia —dijo al ingeniero jefe—, podríamos llamar a Lagrange, donde quizá los astrónomos logren ver algo.

—¿De noche? —preguntó Davis con escepticismo—. ¿Y desde cincuenta mil kilómetros?

—Oh, si tienen aún encendidos los reflectores, será fácil ver algo. Vale la pena probarlo.

—Excelente idea —contestó Lawrence—. Hágalo ahora mismo.

Debiera habérsele ocurrido a él y se preguntó si no habría pasado por alto otras posibilidades. No era la primera vez que se veía obligado a exprimirse el cerebro para hacer frente a aquel mundo extraño y maravilloso, de belleza tan arrebatadora en sus momentos de hechizo, tan temible en los momentos de peligro. Nunca sería completamente domeñado, como lo fuera la Tierra, y acaso fuese preferible así. Pues lo que atraía a los turistas y a los exploradores, a través de los abismos del espacio, era el espejuelo de las tierras vírgenes y la leve pero omnipotente sensación del peligro. Él hubiera preferido prescindir de los turistas…, pero contribuían a asegurarle el sueldo que cobraba.

Aunque en aquel momento quizá más valdría que empezase a hacer las maletas. Toda aquella crisis podía disiparse en un instante, y el *Selene* reaparecer sin darse cuenta siquiera del pánico que había originado. Pero Lawrence no creía que esto ocurriese y su temor se transformaba en certidumbre a medida que pasaban los minutos. Esperaría una hora más y después tomaría el cohete suborbital que hacía el trayecto de ida y vuelta Ciudad Clavius-Puerto Roris, y acto seguido afrontaría el reino del alevoso enemigo que allí le aguardaba: el mar de la Sed.

Cuando la señal roja de «Prioridad» llegó a Lagrange, Thomas Lawson, doctor en Ciencias, estaba profundamente dormido y le molestó que lo despertasen, pues aunque sólo necesitaba dos horas de sueño cada veinticuatro horas en una atmósfera carente por completo de gravedad, le pareció un poco injusto que le privasen de ellas.

Pero pronto comprendió el sentido del mensaje y se despabiló por completo. ¡Por último parecía que podría hacer algo útil desde allá arriba!

Tom Lawson se hallaba descontento de su destino; hubiera deseado dedicarse a la investigación científica y la atmósfera que reinaba a bordo de Lagrange II lo distraía en exceso de sus estudios. La estación Lagrange II era como una doncella astronáutica para todo, que flotaba a mitad del trayecto entre la Tierra y la Luna, como una especie de equilibrista cósmico que podía sostenerse sobre la cuerda floja gracias a una de las oscuras consecuencias de la ley de la gravitación universal. Las astronaves que pasaban en ambas direcciones tomaban sus marcaciones en la estación, utilizándola como centro de comunicaciones para lanzar sus mensajes…, aunque no era verdad el rumor asegurando que paraban en ella para recoger el correo. Lagrange era también la estación de enlace para casi todo el tráfico radioeléctrico con la Luna, pues bajo ella se extendía la cara del satélite que miraba a la Tierra.

El telescopio de cien centímetros del que disponía había sido construido para poder observar objetos situados a miles de millones de kilómetros de la Luna, pero a pesar de ello se adaptaba admirablemente a aquel trabajo. Desde tan cerca, incluso con pequeños aumentos la visión que se gozaba de la Luna era soberbia. Tom tenía la impresión de hallarse suspendido en el espacio exactamente encima del Mare Imbrium…, el mar de las Lluvias. Veía las aserradas crestas de los Apeninos que brillaban bajo la luz de la mañana. Aunque sólo poseía unos conocimientos de tipo muy general de selenografía, podía reconocer al primer golpe de vista los grandes circos de Arquímedes y Platón, Aristilo y Eudoxio, la oscura cicatriz del valle Alpino y la pirámide solitaria de Pico, que proyectaba su larga sombra a través de la llanura.

Pero la parte iluminada por el Sol no le interesaba; lo que buscaba se encontraba en la parte oscura, donde el astro del día todavía no se había alzado. En cierto modo, esto podría facilitar su tarea. Una lámpara de señales…, incluso una simple lámpara de mano, serían perfectamente visibles en la oscuridad. Comprobó las coordinadas del mapa y pulsó los botones de mando. Las montañas iluminadas salieron de su campo de visión y sólo quedó una extensión oscura…, aquella noche lunar acababa de tragarse a más de veinte seres humanos.

Al principio nada pudo ver…, ninguna señal luminosa que lanzase llamadas hacia las estrellas. Después, a medida que sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad, comprobó que la región que observaba no estaba completamente sumida en la sombra.

Relucía con una fantasmal fosforescencia producida por el claro de Tierra. Cuanto más miraba, más detalles aparecían a su vista.

Distinguió las montañas que se alzaban al este del golfo del Arco Iris y que pronto estarían bañadas por las primeras luces del alba. Y allí…, Dios…, ¿qué era aquella estrella que brillaba en las tinieblas? Su momentánea esperanza no tardó en

disiparse. No eran más que las luces de Puerto Roris, donde otros hombres debían esperar con ansiedad los resultados de su reconocimiento.

Unos cuantos minutos bastaron para convencerle del hecho que la investigación visual era inútil. No había ninguna posibilidad de ver algo no mayor que un autocar en aquella extensión bañada por débil luminosidad. De día hubiera sido diferente; podría haber divisado en seguida al *Selene* por la larga sombra que proyectaba sobre la planicie, pero el ojo humano no tenía poder suficiente para hacer esa misma búsqueda a la luz de la Tierra en menguante, desde una altitud de cincuenta mil kilómetros.

Esto no preocupaba al doctor Lawson, sin embargo. No había esperado ver nada, en aquel primer examen visual. Ya hacía siglo y medio que los astrónomos no tenían que depender de su propia vista para observar el espacio, y se valían de instrumentos mucho más sensibles: todo un arsenal de amplificadores luminosos y detectores de radiaciones.

Tom Lawson estaba seguro que alguno de ellos podría descubrir al *Selene*.

No habría estado tan seguro de haber sabido que el vehículo ya no se encontraba sobre la superficie de la Luna.

Capítulo 4

Cuando el *Selene* se inmovilizó, tanto los tripulantes como los pasajeros estaban demasiado atónitos para pronunciar una palabra y hacer el menor comentario. El capitán Harris fue el primero en reaccionar, quizá porque era el único que suponía lo que había sucedido.

Se trataba de un hundimiento del terreno, por supuesto. Estos fenómenos no eran raros, aunque aún no se había registrado ninguno en el mar de la Sed. En las entrañas de la Luna, algo había cedido; era posible que el peso infinitesimal del *Selene* hubiese bastado para provocar el hundimiento. Cuando Harris se levantó, con piernas temblorosas, se preguntó cómo se dirigiría a los pasajeros. No podía afirmar que aún dominaba la situación y que dentro de pocos minutos podrían continuar; por otra parte, podía producirse un pánico si revelaba la extrema gravedad de la situación en que se hallaban. Tarde o temprano tendría que hacerlo, pero hasta entonces era esencial mantener un semblante de confianza.

Su mirada se cruzó con la de la señorita Wilkins, de pie al fondo de la cabina, detrás de los pasajeros de expresión interrogadora. Estaba muy pálida, pero mantenía su aplomo; Pat comprendió que podía confiar en ella y le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

Comenzó a hablar con tono tranquilo:

—Parece que aún estamos todos de una pieza. Hemos tenido un pequeño accidente, pero la cosa habría podido ser peor —y mientras lo decía se preguntaba: «¿Por qué peor?», para responderse: «Pues porque podría haberse roto el casco… ¿Así, quieres que se prolongue la agonía?» Apelando a toda su fuerza de voluntad, terminó aquel monólogo interior—. Nos ha sorprendido un corrimiento de tierras…, un temblor lunar, si ustedes lo prefieren, pero no hay que alarmarse. Aunque no podamos salir de aquí por nuestros propios medios, pronto nos enviarán ayuda desde Puerto Roris. Mientras llega esta ayuda, y puesto que la señorita Wilkins se disponía a servir un refresco, les aconsejo que permanezcan tranquilos mientras yo…, ¡ejem! …, hago lo necesario.

El discursito pareció producir un efecto beneficioso y Pat se volvió al cuadro de mandos, ahogando un suspiro de alivio. Cuando iba a sentarse, advirtió que uno de los pasajeros encendía un cigarrillo.

Era una reacción maquinal y que a él le hubiera gustado compartir. No dijo nada; una observación hubiera destruido el buen efecto causado por su pequeña arenga. Pero miró de hito en hito al pasajero hasta que éste le comprendió y apagó el cigarrillo antes que volviera a su asiento.

Mientras hacía funcionar la radio, Pat oyó murmullo de conversaciones a su espalda.

Cuando un grupo de personas se pone a hablar, es fácil adivinar cuál es su estado de espíritu, aunque no se entienda lo que dice. Pudo captar un tono de disgusto, excitación e incluso le pareció notar que a algunos la cosa les hacía gracia…, pero nadie parecía alarmado de veras. Era probable que los que hablaban no midiesen plenamente el peligro de la situación. Los que lo comprendían debían guardar silencio.

Como el éter, recorrió las bandas de ondas de un extremo al otro y sólo pudo captar una leve crepitación, procedente del polvo magnetizado que los envolvía por todas partes.

Verdad era que no esperaba otra cosa, pues aquel manto pesado y mortífero, de elevado contenido metálico, era un muro casi impenetrable que no dejaría pasar ni sonidos ni ondas radioeléctricas. Y cuando intentara transmitir, sería como un hombre que gritase desde el fondo de un pozo abarrotado de plumas.

Recurrió al transmisor especial de alta potencia, que emitía automáticamente una señal de auxilio en la frecuencia de «Mooncrash». Si había la menor posibilidad del hecho que una señal atravesara la barrera, ésta lo haría y era inútil tratar de comunicarse con Puerto Roris, sin contar con que sus infructuosos intentos acabarían por desmoralizar a los pasajeros. Dejó el aparato receptor funcionando en la longitud de onda asignada al *Selene*, por si había respuesta a su mensaje, aunque sabía que esto era inútil. Nadie podía oírlos y nadie podía hablarles. Por lo que a ellos concernía, era como si el resto de la humanidad hubiese cesado de existir.

No se entretuvo mucho a meditar sobre este inconveniente; ya lo esperaba y tenía muchas otras cosas que hacer. Revisó los instrumentos y medidores y comprobó que todo era perfectamente normal, con la única excepción que la temperatura se había elevado ligeramente. Esto también era de esperar, pues la capa de polvo los protegía del frío interplanetario.

Su mayor preocupación consistía en el espesor que podía tener aquella capa de polvo, y en la presión que ejercía sobre el vehículo. El casco del *Selene* había sido construido para resistir presiones internas, pero no del exterior, y debían haber varios miles de toneladas sobre el vehículo. Si se hundía a mayor profundidad, era posible que se quebrara como una cáscara de huevo.

No tenía la menor idea de la profundidad a que se encontraba el crucero. Cuando vio por última vez las estrellas, debía encontrarse a unos diez metros bajo el nivel de la superficie y podía haber sido arrastrado mucho más abajo por la succión del polvo. Sería prudente, aunque ello aumentase su consumo de oxígeno, elevar la presión interna para aliviar la que se ejercía sobre el casco.

Con el mayor cuidado, para que los pasajeros no se alarmasen al notar el aumento de presión en los oídos, elevó en un veinte por ciento la presión reinante en la cabina.

Cuando hubo terminado esta operación, se sintió un poco aliviado. No fue el

único, porque al momento que la aguja del manómetro indicador de presión se estabilizó, oyó que alguien decía con voz tranquila a su espalda:

—Creo que ha sido muy buena idea.

Se volvió para ver quién era el inoportuno que se dedicaba a espiar sus acciones, pero no llegó a formular su incipiente protesta. Al primer golpe de vista, Harris no reconoció a ninguno de los pasajeros, pero entonces halló algo familiar en el hombre robusto y canoso que se acercó al puesto de pilotaje.

—No es mi deseo entrometerme, capitán…, usted es aquí quien manda. Pero he pensado que es preferible que me presente, por si puedo ser de alguna utilidad. Soy el comodoro Hansteen.

Harris miró boquiabierto al hombre que mandara la primera expedición a Plutón, el que probablemente había visitado más planetas y satélites vírgenes que ningún otro explorador de la historia. Lo único que atinó a decir en su estupefacción fue:

—¡Pero usted no figuraba en la lista de pasajeros!

El comodoro sonrió.

—Viajo bajo el seudónimo de Hanson. Desde que tomé el retiro, me ha gustado viajar pasando inadvertido. Y después de afeitarme la barba, nadie me reconoce.

—Me alegro muchísimo de tenerlo aquí —dijo Harris con toda sinceridad, pues ya se sentía desembarazado de buena parte del peso que lo abrumaba. El comodoro sería un sólido pilar en que apoyarse durante las horas (o días) difíciles que se avecinaban.

—Le agradecería que me diese su impresión aproximada de la situación —continuó Hansteen, midiendo sus palabras con la misma estudiada cortesía—. Hablando sin rodeos, ¿cuánto tiempo cree que podremos durar?

—Como usted sabe, dependemos del oxígeno, que es siempre el factor límite.

Tenemos suficiente para quince días, en el supuesto que no haya escapes. De momento, no parece haber ninguno.

—Bien, eso nos da tiempo para pensar. ¿Y en cuanto a los alimentos y el agua?

—Pasaremos un poco de hambre, pero nadie se morirá por ello. Tenemos una reserva de alimentos concentrados para casos de apuro y los purificadores de aire, naturalmente, producirán todo el agua que necesitemos. Esto no es problema.

—¿Y electricidad?

—Tendremos de sobra, ahora que no hacemos funcionar los motores.

—Veo que no ha intentado usted llamar a la base.

—Es inútil; el polvo forma una muralla impenetrable. He puesto la frecuencia de auxilio…, es nuestra única esperanza de hacerles llegar una señal, aunque es muy débil.

—Así, tendrán que imaginar algún otro modo de localizarnos. ¿Cuánto tiempo calcula usted que tardarán en encontrarnos?

—Es muy difícil decirlo. Comenzarán la búsqueda en cuanto dejen de recibir nuestra señal de las veinte horas y sabrán en qué zona aproximada estamos. Sin embargo, existe la posibilidad de habernos hundido sin dejar la menor…, usted ya sabe cómo este polvo lo borra todo. Y aunque nos encontraran, suponiendo que nos encuentren…

—¿Cómo nos sacarán de aquí?

—Eso mismo es lo que iba a decir.

El capitán del crucero para el polvo, de veinte plazas, y el comodoro del espacio se miraron en silencio, mientras ambos estudiaban el mismo problema. De pronto, por encima del apagado murmullo de las conversaciones, resonó una voz muy británica:

—Desde luego, señorita… Ésta es la primera taza de té que vale la pena beber desde que estoy en la Luna. Creía que aquí no sabían prepararlo; la felicito.

El comodoro no pudo contener una sonrisa.

—Debiera darle las gracias a usted, no a la azafata —dijo, señalando el barómetro indicador de presión.

Pat sonrió tristemente. Era cierto; después de elevar la presión de la cabina, el agua debía hervir casi a la temperatura normal, la que alcanzaba el nivel del mar en la Tierra.

Esto permitiría, al menos, que tomasen algunas bebidas calientes y no el líquido insípido y tibio de costumbre. Pero no dejaba de parecerle una manera más bien extravagante de preparar el té, más bien parecida al famoso método chino consistente en pegar fuego a la casa para asar un cerdo.

—Nuestro principal problema —dijo el comodoro, sin que Pat se molestase en lo más mínimo porque emplease el plural— consiste en mantener la moral de esta gente. Por lo tanto, pienso que vale la pena que usted haga una pequeña charla sobre los métodos de búsqueda que se utilizarán para encontrarlos. Pero trate de no mostrarse excesivamente optimista, sin dar la impresión que pronto vendrá alguien para llamar a nuestra puerta dentro de media hora. Esto podría complicar las cosas si…, bien, si tuviésemos que esperar algunos días.

—Oh, no necesito mucho tiempo para describir cómo funcionan las operaciones de salvamento —dijo Pat—. A decir verdad, no se había planeado para afrontar situaciones como ésta. Cuando una astronave efectúa un alunizaje forzoso, puede localizarse fácilmente desde uno de los dos satélites… Lagrange II para el lado que mira a la Tierra, o Lagrange I para la otra cara. Pero dudo que en el caso actual puedan ayudarnos. Como ya le he dicho, lo más probable es que nos hayamos hundido sin dejar trazas.

—Me cuesta creerlo. En la Tierra, cuando un barco naufraga, siempre deja algunas trazas: burbujas, manchas de aceite, restos flotantes…

—Aquí es distinto. Y no creo que exista ningún medio de enviar algo a la superficie que…, por otra parte, no sabemos a qué distancia se encuentra.

—Así, entonces, no nos toca otro remedio que sentarnos y esperar.

—Sí —asintió Pat. Y dirigiendo una mirada al indicador de oxígeno, añadió—: Y de algo podemos estar seguros: que sólo podremos resistir durante una semana.

A cincuenta mil kilómetros sobre la superficie lunar Tom Lawson dejó sobre la mesa la última de las fotografías que tomara. Eran de excelente calidad, pues el intensificador electrónico de imágenes, millones de veces más sensible que el ojo humano, había localizado hasta uno de los pequeños esquíes especiales para andar sobre el polvo.

Había inspeccionado cada milímetro cuadrado de las positivas con una lente de aumento.

A pesar de ello, no había logrado descubrir rastro alguno del *Selene*: el mar de la Sed presentaba una superficie tan rasa y pareja como antes de la llegada del hombre. Y seguiría igual, probablemente, miles de años después que el hombre hubiese pasado.

A Tom le dolía declararse vencido, incluso en cuestiones mucho menos importantes que aquélla, pues creía que no había problema insoluble si se abordaba de la manera debida y con el instrumental apropiado. Aquello era un desafío a su inventiva científica; el hecho que se hallasen en juego varias vidas humanas no tenía importancia en aquellos momentos. Al doctor Lawson le importaban tres pepinos los seres humanos, pero sentía un respeto por el Universo rayano en veneración. Y aquello se planteaba como una lucha entre él y el Universo.

Examinó la situación con mente fría y científica. ¿Cómo hubiera abordado el problema el gran Sherlock Holmes? (Era algo muy característico de Tom que uno de los pocos hombres que admiraba de verdad no hubiese existido jamás.) Eliminó la zona situada en el mar libre, lo cual sólo dejaba una posibilidad: el *Selene* debió sufrir un accidente cuando navegaba junto a la costa o cerca de las montañas, probablemente en la región designada por el nombre de —examinó el mapa— el lago del Cráter. Esto era muy posible; un accidente era mucho más probable allí que en la lisa superficie del mar de la Sed, libre de obstáculos.

Consultó de nuevo la fotografía, concentrando esta vez su atención en las montañas.

Inmediatamente tropezó con una nueva dificultad. Había docenas de cumbres aisladas y peñascos a la orilla del mar, cada uno de los cuales podía ser el barco perdido. Y lo que aún era peor, había zonas que no podía examinar en absoluto por hallarse ocultas tras las propias montañas. Desde su ventajoso observatorio, el mar de la Sed le aparecía casi en la extremidad de la curvatura lunar y lo veía en perspectiva.

El lago del Cráter, por ejemplo, era completamente invisible para él, hundido entre sus paredes rocosas. Aquella zona sólo podía ser explorada por los esquíes para polvo, al nivel de la superficie; a pesar de hallarse en el trono propio de un dios, Tom Lawson nada podía hacer.

Pensó que lo mejor era llamar a la Luna, cara visible, para transmitir su informe provisional.

—Habla Lawson, de Lagrange II —dijo, cuando Comunicaciones lo puso en contacto—. He escrutado el mar de la Sed y no hay absolutamente nada en toda su superficie. La nave debió haber encallado cerca de la orilla.

—Muchas gracias —respondió una voz entristecida—. ¿Está usted seguro de ello?

—Absolutamente. Puedo ver los esquíes para polvo que ustedes han enviado, a pesar que su tamaño es una cuarta parte del que tiene el *Selene*.

—¿Y no ha visto nada en las costas del mar?

—Hay demasiados peñascos y escollos que impiden la localización. Veo cincuenta, quizá cien objetos de tamaño parecido. En cuanto salga el sol podré examinarlos con más detalle. No olviden que allá bajo ahora es de noche.

—Le agradecemos su ayuda; háganos saber si descubre algo más.

Entretanto, en Ciudad Clavius, el director de la Comisión de Turismo escuchaba con resignación el informe de Lawson. Era inútil seguir esperando; los parientes debían ser advertidos. No hubiera sido prudente ni posible seguir manteniendo por más tiempo el secreto.

Se volvió al oficial de la Dirección de Tráfico para preguntarle:

—¿Aún no tiene usted la lista de los pasajeros?

—Acaba de llegar por el «telefax» de Puerto Roris. Aquí la tiene.

Al tenderle la fina hoja, preguntó con curiosidad:

—¿Iba algún personaje importante a bordo?

—*Todos* los turistas son importantes —repuso fríamente el director, sin levantar la mirada.

Pero al instante siguiente exclamó:

—¡Oh, Dios mío!

—¿Qué pasa?

—¡El comodoro Hansteen está a bordo!

—¿Cómo? No sabía que estuviese en la Luna.

—Hemos guardado el secreto. Nos pareció interesante tenerlo en nuestro consejo de administración, ahora que está retirado. Antes de decidirse, quiso salir a echar un vistazo, de incógnito.

Se produjo un silencio tenso mientras los dos hombres meditaban sobre la ironía de la situación: uno de los mayores héroes del espacio, perdido como un turista

ordinario en un estúpido accidente ocurrido en aquel arrabal de la Tierra que era la Luna…

—Qué mala suerte ha tenido el pobre comodoro —dijo por fin el oficial del tráfico—. En cambio, los pasajeros han tenido suerte que esté con ellos…, si aún están todos vivos.

—Sí, necesitarán mucha suerte, ahora que el observatorio de Lagrange II se ha declarado impotente —observó el director.

Davis tenía razón acerca de lo primero, pero se equivocaba en lo segundo, porque el doctor Tom Lawson aún guardaba algunos triunfos en la bocamanga.

Como también los guardaba el padre Vincenzo Ferraro, S. J., sabio de una especie muy distinta. Era una verdadera lástima que él y Tom Lawson nunca se hubiesen encontrado, pues ello hubiera producido unos fuegos artificiales muy interesantes. El padre Ferrare creía en Dios y en el hombre. El doctor Lawson no creía en nada.

El sabio sacerdote inició su carrera científica como geofísico y luego, cambiando de mundo, se convirtió en selenofísico…, aunque sólo utilizaba la palabreja en sus momentos de pedantería. No existía nadie que poseyese más conocimientos sobre el interior de la Luna. El sacerdote disponía de una batería de instrumentos repartidos estratégicamente por toda la superficie de la Luna.

Aquellos instrumentos acababan de proporcionarle preciosas indicaciones. A las diecinueve horas treinta y cinco minutos y cuarenta y siete segundos, hora media de Greenwich, se había registrado un importante sismo en la región del golfo del Arco Iris.

Esto era bastante sorprendente, porque aquella zona era de las más estables y se consideraba de las más tranquilas en la apacible Luna. El padre Ferraro puso en marcha sus calculadoras para determinar el epicentro del sismo. Y también les proporcionó instrucciones para que registrasen otras indicaciones anómalas de los instrumentos. Dejó sus aparatos entregados a esta tarea para ir a almorzar y fue entonces cuando uno de sus colegas le comunicó la extraña desaparición del *Selene*.

Ninguna calculadora electrónica puede rivalizar con el cerebro humano para establecer relación entre hechos aparentemente dispares. El padre Ferrare apenas acababa de llevarse a la boca la primera cucharada de sopa, cuando llegó a una conclusión totalmente lógica, pero que, de ser cierta, podía ser de consecuencias desastrosas y aciagas.

Capítulo 5

—Ésta es la situación, señoras y señores —concluyó el comodoro Hansteen—. No nos encontramos en peligro inmediato y estoy convencido que pronto nos localizarán. Entretanto, tratemos de tomarnos las cosas lo mejor posible.

Hizo una pausa, mientras escudriñaba los rostros ansiosos vueltos hacia él. Se fijó en los que podían acarrear complicaciones: aquel hombrecillo con un tic nervioso, aquella señora de rostro avinagrado color ciruela, que retorcía constantemente su pañuelo. Acaso se neutralizarían mutuamente, si podía sentarlos juntos…

—El capitán Harris y yo, él es quien manda a bordo y yo no soy más que su consejero, hemos preparado un plan de acción. Racionaremos los alimentos, que son muy sencillos pero adecuados y suficientes, teniendo en cuenta que ustedes no realizarán ejercicio físico. Agradeceríamos a algunas de las señoras que ayudaran a la señorita Wilkins.

Tendrá mucho trabajo suplementario y no le vendrá mal un poco de ayuda. Francamente, nuestro mayor problema consistirá en luchar contra el aburrimiento. A propósito, ¿han traído libros algunos de ustedes?

Muchos se pusieron a rebuscar en sacos de mano y cestos. La cosecha consistió en un surtido de guías lunares, seis de ellas repetidas; un best-seller muy en boga, *La Naranja y la Manzana*, cuyo extravagante tema eran las relaciones amorosas entre Nell Gwynn y Sir Isaac Newton; una edición de *Shane*, publicada por la Harvard Press con comentarios y notas de un profesor de inglés; una introducción al positivismo de Auguste Comte, y un número atrasado de una semana del *New York Times*, edición terrestre. Todo ello no formaba una gran biblioteca, pero racionando cuidadosamente las lecturas, ayudaría a matar el tiempo en las horas que se avecinaban.

—Creo que valdría la pena organizar una comisión de entretenimientos que decida el empleo que hay que dar a este material, aunque no sé qué vamos a hacer de Auguste Comte. Y ahora ya saben ustedes cuál es nuestra situación, ¿alguien desea hacer preguntas para que le aclaremos algún punto con más detalle, el capitán Harris o yo?

—Hay algo que me gustaría preguntarle, señor —dijo la misma voz británica que había felicitado a la azafata por el té—. ¿No hay ninguna posibilidad de poder ascender hacia la superficie? Quiero decir si, al ser parecida al agua la sustancia que nos rodea, ¿no subiremos tarde o temprano, flotando como un corcho?

Esta pregunta desconcertó al comodoro. Mirando a Pat, le dijo con una sonrisa:

—Ésta va para usted, señor Harris. ¿Qué dice usted a ello?

Pat movió negativamente la cabeza.

—Temo que esto no se produzca. Verdad es que el aire que contiene el casco debe

proporcionarnos una gran flotabilidad, pero la resistencia que opone el polvo es enorme.

Es posible que terminemos por emerger…, dentro de algunos miles de años.

Esta respuesta no parecía restar ínfulas al inglés.

—He observado que hay un traje del espacio en la compuerta de entrada. ¿No podría ponérselo uno de nosotros para nadar hasta la superficie? Así los que nos buscan sabrían donde estamos.

El capitán Harris se agitó con inquietud. Él era el único autorizado para ponerse aquella escafandra, que sólo podía utilizarse en caso de apuro.

—Estoy casi seguro que eso es imposible —repuso—. Dudo que nadie pudiera moverse venciendo la resistencia del polvo…, sin contar con que no se vería absolutamente nada. Sería imposible, además, saber dónde se encuentra la superficie.

¿Y cómo volveríamos a cerrar la puerta exterior? Cuando el polvo hubiese inundado la compuerta, no podríamos expulsarlo. No disponemos de bombas para arrojarlo al exterior.

Aún hubiera podido decir más, pero prefirió no insistir. Quizá tendrían que apelar a aquellos expedientes desesperados, si a fines de semana no había señales indicando que fuesen a socorrerlos. Pero debía arrinconar de momento aquella pesadilla en lo más hondo de su espíritu, pues si se ponía a pensar en aquella posibilidad, correría el riesgo de ver flaquear su ánimo.

—Si no hay más preguntas por el momento —dijo Hansteen—, propongo que nos presentemos. Nos guste o no, tendremos que convivir y acostumbrarnos a nuestra mutua compañía. Lo mejor, entonces, será que sepamos quiénes somos. Iré preguntando por turno a todos ustedes y les ruego que tengan la bondad de darme su nombre, profesión y lugar de residencia. Empezaremos por usted, señor.

—Robert Bryan, ingeniero civil, jubilado…, vivo en Kingston, Jamaica.

—Irving Schuster, abogado de Chicago…, y mi esposa Myra.

—Nihal Jayawardene, profesor de Zoología en la Universidad de Ceilán. Vivo en Peradeniya.

Mientras el comodoro continuaba pasando lista, Pat Harris volvió a dar gracias al Cielo por la ayuda que la providencia le había aportado en tan desesperada situación. La experiencia, los conocimientos y el carácter del comodoro Hansteen hacían de él un jefe nato; ya empezaba a convertir a aquella heterogénea colección de individuos en un grupo coherente, a crear aquel indefinible espíritu de cuerpo que transforma a una muchedumbre en un equipo. La escuela en donde aprendió aquellas cosas se hallaba en su flotilla, la primera que se aventuró más allá de la órbita de Neptuno, casi a tres mil millones de kilómetros del Sol, para aventurarse semana tras semana en las inmensidades vacías que separaban a los planetas. Pat Harris, que tenía treinta años menos y no se había alejado nunca del sistema Tierra-Luna, no se sentía molesto

por el hecho que el mando hubiese cambiado de manos por acuerdo tácito. El comodoro era muy amable al decir que él seguía mandando a bordo, pero la verdad era otra.

—Duncan McKenzie, físico del observatorio del monte Stromlo. Vivo en Canberra.

—Pierre Blanchar, contable. Vivo en Ciudad Clavius, en la Luna.

—Phyllis Morley, periodista, Londres.

—Karl Johanson, ingeniero nuclear, Base Tziolkovsky, cara oculta de la Luna.

Éstos eran los pasajeros del *Selene*: un grupo de personas competentes, aunque no fuera de lo normal, porque todos los que visitaban la Luna salían generalmente de lo corriente…, aunque sólo fuese desde el punto de vista económico. «Pero todo el talento y la experiencia encerrados entonces en el *Selene* de nada servirían», se dijo Harris, para sacarlos del atolladero en que estaban metidos.

Sin embargo, esto no era del todo verdad, como el comodoro Hansteen iba a demostrar muy pronto. Él sabía mejor que nadie que, tanto como el miedo, era el aburrimiento lo que tendría que combatir. No podían disponer más que de sus propios recursos; en la época de las comunicaciones y las diversiones universales, habían quedado aislados de pronto del resto de la especie humana. La radio, la televisión, las hojas de información por «telefax», el cine, el teléfono…, todas estas cosas quedaban tan remotas para ellos como lo fueron para el hombre de las cavernas. Eran como una antigua tribu reunida en torno a la fogata del campamento, en un país salvaje donde no vivían otros hombres. Incluso durante la expedición a Plutón, pensaba el comodoro Hansteen, ni él ni sus compañeros experimentaron una soledad como aquélla. Disponían de una buena biblioteca y toda clase de pasatiempos en conserva. Podían comunicarse en onda corta con los planetas interiores cada vez que lo deseaban, pero en el *Selene* no había ni siquiera una baraja…

¡Buena idea!

—Señorita Morley: en calidad de periodista, supongo que tendrá usted un cuaderno de notas.

—Pues…, sí, comodoro.

—¿Le quedarán aún cincuenta y dos hojas?

—Creo que sí.

—Entonces, tengo que pedirle que las sacrifique. Haga el favor de arrancarlas y dibujar en ellas todos los palos y figuras de la baraja. No hace falta que sean unos naipes muy artísticos, con tal que se entiendan y que las figuras no transparenten.

—¿Y cómo vamos a hacerlo —preguntó uno— para barajar cartas de papel?

—He aquí un buen problema para nuestra comisión de entretenimientos. ¿Hay alguien que se crea capacitado para resolverlo? ¿Más ideas?

—Yo he actuado ya en la escena —dijo Myra Schuster, con cierta vacilación.

Su marido no pareció nada satisfecho por esta confidencia, pero la revelación encantó al comodoro.

—¡Magnífico! —dijo—. Aunque aquí más bien nos falta espacio, yo tenía intención de organizar una representación teatral.

La señora Schuster mostró entonces un semblante tan afligido como el de su marido.

—Oh, hace mucho tiempo de eso… —dijo—, y en mis papeles no solía hablar mucho.

Se oyeron algunas risitas e incluso al comodoro le costó guardar la compostura. La señora Schuster había rebasado la cincuentena y también los cien kilos y resultaba un poco difícil imaginársela como una corista…, que sin duda era lo que fue en otro tiempo.

—No importa; lo que cuenta es el espíritu. ¿Quién desea colaborar con la señora Schuster?

—Yo he hecho un poco de teatro de aficionado —declaró el profesor Jayawardene—. Casi todo obras de Brecht e Ibsen, sin embargo.

Aquel «sin embargo» final indicaba que el profesor reconocía que, en las actuales circunstancias, hubiera sido preferible algo más ligero…, por ejemplo, una de aquellas comedias decadentes pero divertidas que estaban de moda hacia 1980 y que invadieron las ondas en cantidades ingentes cuando se levantó la censura sobre la televisión.

No hubo otros voluntarios y entonces el comodoro hizo sentar juntos, en asientos contiguos, a la señora Schuster y el profesor Jayawardene y les encargó que confeccionasen un programa. Parecía altamente improbable que de aquella pareja tan dispar surgiese nada que valiese la pena, pero eso nunca se sabía. Lo principal era mantener a todos los pasajeros ocupados…, haciendo tareas determinadas o cooperando con los demás.

—Dejémoslo así, de momento —concluyó Hansteen—. Ruego a aquéllos de ustedes que tengan alguna idea de interés, que la comuniquen a la Comisión. Entretanto, les propongo que estiren las piernas y traben más amplio conocimiento. Todos ustedes han declarado su profesión y lugar de residencia; sin duda muchos deben tener aficiones o amigos comunes. Esto les dará tema más que sobrado de conversación.

Y añadió para sí mismo: «Y también nos dará más tiempo».

Pocos instantes después, cuando hablaba con Pat en la pequeña cabina de pilotaje, se reunió con ellos el doctor McKenzie, el físico australiano. Parecía muy preocupado…, mucho más de lo que requería la situación.

—Deseo decirle algo, comodoro —manifestó con tono apremiante—. Si no me equivoco, ese oxígeno de reserva para siete días no significa absolutamente nada,

pues hay un peligro mucho más grave.

—¿Cuál?

—El calor. —El australiano indicó el mundo interior con un ademán—. Estamos envueltos por esa materia, que constituye el mejor de los aislantes. En la superficie, el calor generado por las máquinas y nuestros cuerpos podía evaporarse, pero aquí permanece encerrado. Esto quiere decir que la atmósfera irá recalentándose hasta que acabaremos por morir asados.

—¡Dios mío! No había pensado en eso —repuso el comodoro—. ¿Cuánto tiempo cree usted que aguantaremos?

—Concédame usted media hora, para que pueda hacer un cálculo aproximado. A primera vista yo diría que no podemos aguantar más que un día…

El comodoro se sintió sumergido bajo una oleada de desvalimiento e impotencia.

Experimentó unas horribles náuseas en la boca del estómago, como la segunda vez en que se encontró en caída libre. (No la primera, pues en aquella ocasión ya estaba preparado. Pero durante su segundo viaje, se mostró confiado en exceso.) Si el cálculo era correcto, todas sus esperanzas serían destruidas. En realidad, ya eran bastante endebles, pero si hubiesen podido disponer de una semana, había ciertas probabilidades de poder hacer algo. Pero disponiendo sólo de un día, su suerte estaba echada. Aunque los descubriesen en aquel breve plazo, no tendrían tiempo de salvarlos.

—Compruebe usted la temperatura de la cabina —prosiguió McKenzie—. Esto nos proporcionará una indicación.

Hansteen se acercó al cuadro de instrumentos y consultó unas esferas e indicadores.

—Tiene usted razón. Ya ha subido un grado.

—Medio grado por hora. Más o menos, lo que yo me figuraba, El comodoro se volvió hacia Harris, que escuchaba esta conversación con creciente alarma.

—¿No podemos hacer nada para refrigerar la cabina? ¿Qué reservas de energía tienen sus aparatos de aire acondicionado?

El físico terció, sin dar tiempo de responder a Harris:

—Eso de nada serviría —dijo con tono de ligera impaciencia—. Lo único que hacen los aparatos de refrigeración consiste en expulsar el calor de la cabina para que se disipe en el exterior por radiación. Pero es exactamente lo que ahora no pueden hacer, a causa del polvo en que estamos sumergidos. Si intentásemos acelerar los aparatos de refrigeración sólo conseguiríamos empeorar las cosas.

Reinó un fúnebre silencio que el comodoro rompió al decir:

—Le ruego que compruebe cuidadosamente esos cálculos y me dé el resultado cuando esté calculado. Pero, por el amor de Dios, que esto no salga de nosotros tres.

De pronto se sintió muy viejo. Al principio, casi le hizo gracia aquel mando

inesperado, el último de su vida, que le llovía del cielo. Pero a la sazón empezaba a creer que sólo iba a durarle un día…

En aquel preciso instante, y sin que ninguno lo sospechara, pasaba por encima de ellos uno de los hombres enviados en su busca con los esquíes especiales. Construidos éstos en función de la velocidad, la eficiencia y la economía, y no para comodidad de los turistas, eran en realidad trineos abiertos, provistos de un asiento para el conductor y otro para un pasajero —vestidos ambos con los trajes espaciales— y de una capota para dar sombra. Todo su equipo consistía en un sencillo panel de instrumentos, el motor, una doble hélice atrás y unos estantes con herramientas y piezas de recambio. Si estaban dedicados a trabajos normales, llevaban a remolque uno o más trineos de carga; pero éste, que había registrado en todas direcciones varios centenares de hectáreas sin encontrar nada, iba solo.

Por el interfono del traje, el piloto comunicó con su compañero:

—¿Qué crees puede haberles pasado, George? No creo que estén por aquí.

—¿Y dónde más pueden estar? No los habrán raptado unos seres venidos de las estrellas.

—Casi estoy dispuesto a creerlo —respondió el piloto, medio en serio.

Todos los astronautas creían que la especie humana encontraría tarde o temprano a seres inteligentes en el Universo. Aquel encuentro quizá sólo se produciría en un remoto futuro, pero, entretanto, aquellos seres hipotéticos formaban parte de la mitología del espacio y cargaban con la culpa de todo cuanto no hallaba una explicación racional.

Era fácil creer en ellos cuando uno se encontraba con un puñado de compañeros en un mundo extraño y hostil donde incluso las rocas y el aire (si había aire) adquirían apariencias fantásticas. Nada podía tenerse por seguro y la experiencia de mil generaciones humanas ligadas a la Tierra de nada valía. Del mismo modo como el hombre primitivo pobló de dioses y espíritus las regiones desconocidas que lo rodeaban, así el *Homo astronauticus* miraba por encima del hombro cuando se posaba en un mundo nuevo, preguntándose *quién* o *qué* encontraría allí. Durante algunos siglos, el hombre se creyó señor del universo y enterró en su subconsciente aquellos temores y esperanzas primitivos. Pero entonces resurgían más fuertes que nunca y no sin motivo, pues cuanto más contemplaba el rostro resplandeciente de los cielos, más se preguntaba qué poder y qué ciencia desconocidos podían ocultarse allí.

—Más valdrá que nos comuniquemos con la Base —dijo George—. Hemos cubierto la zona que nos ha sido asignada, y de nada serviría recomenzar. En todo caso, no antes que salga el sol, pues entonces tendremos muchas más posibilidades de ver algo. Esta condenada luz de la Tierra me produce escalofríos.

Puso la radio y lanzó la señal de llamada del esquí.

—Esquí para polvo número 2 llama a Dirección de Tráfico. Cambio.

—Aquí Dirección de Tráfico de Puerto Roris. ¿Han encontrado algo?

—Ni rastro. ¿Hay alguna novedad por ahí?

—No creemos que el siniestro se haya producido en alta mar. El ingeniero jefe quiere hablar con usted.

—Muy bien, póngame con él.

—Oiga, esquí para polvo número 2. Le habla Lawrence. El observatorio de Platón acaba de señalar un sismo cerca de los montes Inaccesibles. Tuvo lugar a las 19.35, o sea poco más o menos cuando el *Selene* debía encontrarse en el lago del Cráter. El observatorio nos indica que puede haber sido sepultado por un alud en algún punto de la zona. Por lo tanto, diríjanse hacia esas montañas y traten de localizar corrimientos de tierras o desprendimientos de rocas.

—¿Es posible que se produzcan nuevas sacudidas? —preguntó el piloto del esquí con cierta ansiedad en la voz.

—Según el observatorio, el peligro es mínimo. Dicen que transcurrirán miles de años antes que esto vuelva a ocurrir, pues ahora la presión causante del sismo ha cesado.

—Ojalá no se equivoque. Les llamaré cuando llegue al lado del cráter, dentro de unos veinte minutos, más o menos.

Pero transcurrieron sólo quince minutos antes que el piloto del esquí para el polvo disipase las últimas esperanzas de los ansiosos oyentes.

—Habla esquí para polvo número 2. Me temo que sus suposiciones eran fundadas.

Aún no hemos llegado al lago del Cráter…, seguimos la garganta que conduce a él. Pero el observatorio tiene razón; se han producido varios corrimientos que obstaculizan nuestra marcha. El que ahora mismo estoy viendo debe estar formado por diez mil toneladas de rocas. Si el *Selene* ha sido sepultado por él, jamás lo encontraremos. Ni siquiera valdría la pena intentarlo.

Reinó un silencio tan prolongado en Dirección de Tráfico, que el piloto repitió la llamada:

—Oiga, Base… ¿Me oyen?

—Sí, le oigo —contestó el ingeniero jefe con voz cansada—. Vean si pueden hallar alguna señal de ellos; le envío ahora mismo el esquí para polvo número 1 para que les ayude. ¿Está usted seguro respecto a que no hay ninguna posibilidad de desenterrarlos?

—Sería un trabajo que requeriría semanas, aun en el caso que consiguiéramos localizarlo. He visto un corrimiento de tierras y rocas que cubre una zona aproximada de trescientos metros. Si intentáramos excavar, probablemente provocaríamos nuevos corrimientos.

—Tengan ustedes mucho cuidado. Comuniquen cada quince minutos, aunque no encuentren nada.

Lawrence dejó el micrófono. Se sentía agotado, física y mentalmente. No podía hacer nada más…, ni él, ni nadie, sospechaba. Tratando de poner en orden sus pensamientos, se dirigió a la ventana de observación que miraba al sur y contempló la Tierra en cuarto menguante.

Costaba creer que el planeta permaneciese fijo eternamente en aquel punto del cielo austral…, que jamás, pese a hallarse suspendido tan cerca del horizonte, no se alzaría ni descendería en un millón de años. Por más que uno viviese en aquel lugar, se rebelaba a aceptar aquel hecho, que contradecía las costumbres y conocimientos atávicos de la humanidad.

Al otro lado de aquel abismo, ya tan pequeño para una generación que no conoció la época en que era infranqueable, pronto se extenderían el dolor y la pena en oleadas.

Millares de personas verían sus vidas afectadas, directa o indirectamente, porque la Luna se agitó ligeramente en su sueño.

Sumido en sus pensamientos, Lawrence tardó algún tiempo en darse cuenta que el oficial encargado de las comunicaciones se esforzaba por llamar su atención.

—Discúlpeme, señor… No ha llamado usted al esquí para polvo número 1. ¿Quiere que lo haga?

—¿Cómo?… Oh, sí…, llámelo. Dígale que se reúna con el número 2 en el lago del Cráter. Dígale también que hemos renunciado a proseguir las búsquedas en el mar de la Sed…

Capítulo 6

La noticia informando que las operaciones de búsqueda en el mar de la Sed se habían abandonado, llegó a Lagrange II en el momento en que Tom Lawson, con los ojos enrojecidos por falta de sueño, había terminado casi totalmente de introducir modificaciones en su telescopio de cien centímetros. Había efectuado una carrera contra reloj y ahora le parecía como si hubiese perdido lastimosamente el tiempo. El *Selene* no estaba en el mar de la Sed, sino en un lugar donde él jamás lo podría descubrir: oculto a su vista por los contrafuertes del lago del Cráter, por si aún no fuese bastante, sepultado bajo miles de toneladas de roca.

La primera reacción de Tom no fue de pena por las víctimas, sino de cólera por el tiempo y los esfuerzos que le habían hecho perder. Los grandes titulares «Joven astrónomo encuentra turistas perdidos» no aparecerían jamás en las pantallas donde se proyectaban los noticiarios en todos los mundos habitados del Universo. Ante el derrumbamiento de sus sueños de gloria, maldijo entre dientes durante medio minuto, con una volubilidad que hubiera dejado estupefactos a sus colegas. Después, aún furioso, empezó a desmontar el equipo que había pedido prestado, había mendigado o había «distraído» a otras secciones del satélite.

Estaba seguro que su plan habría dado resultado. Se basaba en una teoría completamente sólida y que además estaba confirmada por casi un siglo de práctica. Los exámenes por rayos infrarrojos se remontaban en efecto a la Segunda Guerra Mundial, durante la cual se utilizaron para localizar fábricas camufladas por medio de la radiación calórica que emitía.

Aunque el *Selene* no había dejado trazas visibles en la superficie del mar de polvo, con toda seguridad debió haber dejado indicios detectables para los rayos infrarrojos. Sus turbinas propulsoras habían revuelto el polvillo relativamente cálido hasta unos treinta centímetros de profundidad, esparciéndolo sobre las capas superficiales, mucho más frías. Un ojo capaz de ver la irradiación térmica hubiera podido seguir la estela del barco durante varias horas después de su paso. Tom calculaba que hubiera tenido tiempo suficiente para efectuar aquel reconocimiento antes que el sol se levantase para borrar todas las trazas de la leve estela calórica que aún subsistía en la fría noche lunar.

Pero, desde luego, ahora ya no valía la pena probarlo…

Era una suerte que a bordo del *Selene* nadie supiese que se habían abandonado las búsquedas en el mar de la Sed y que los esquíes para polvo concentraban sus esfuerzos en el interior del lago del Cráter. Y también era una suerte qué ningún pasajero estuviese enterado de las deducciones hechas por el doctor McKenzie.

El físico trazó una gráfica probable de la elevación de la temperatura. Para ello utilizó una tira registradora improvisada, que él mismo se fabricó y en la que todas las horas anotaba la temperatura de la caída para señalarla en la curva. Tuvo la sombría satisfacción de comprobar que los hechos corroboraban su teoría; en veinte horas se alcanzarían y se rebasarían los 40° C. de temperatura y empezarían a producirse las primeras muertes por congestión. Mirara como lo mirase, apenas les quedaban más de veinticuatro horas de vida. En tales circunstancias, los intentos que hacía el comodoro Hansteen para mantener la moral casi resultaban risibles. Transcurridas veinticuatro horas, poco importaría ya que lo hubiese conseguido o no.

¿Pero era verdadera su presunción? Aunque no les restase más alternativa que morir como hombres o morir como animales, sin duda la primera era preferible. Aunque en realidad poco importaría, sobre todo si el *Selene* permanecía perdido hasta el fin de los tiempos, sin que nadie supiese jamás cómo transcurrían las últimas horas de sus ocupantes. Pero aquello iba más allá de la simple lógica o de la razón, mas por ello mismo era una de aquellas cosas que adquieren una importancia suprema para los hombres, cuando se trata de vivir o de morir.

El comodoro Hansteen se daba perfecta cuenta de ello mientras preparaba el programa para las escasas horas de vida que aún les restaban. Hay hombres que nacen para ser jefes, y él era uno de ellos. La sensación de vacío que le produjo su retiro desapareció de pronto; por vez primera desde que dejó el puente de mando de su nave almirante el *Centaurus*, volvió a sentirse él mismo.

Mientras su pequeña tripulación no permaneciese inactiva, no tenía que preocuparse por su moral. Poco importaba lo que hiciesen, con tal que lo hallaran interesante o distraído. Aquella partida de póquer, por ejemplo, absorbía por completo al contable de la NASA, al ingeniero civil retirado y a los dos hombres de negocios de Nueva York que se hallaban de vacaciones. Saltaba a la vista que eran unos fanáticos del póquer; el problema consistiría en hacer que dejasen de jugar y no dejarlos que continuasen.

Casi todos los restantes pasajeros formaban pequeños corros y charlaban con animación. La comisión de entretenimientos continuaba reunida; el profesor Jayawardene tomaba notas de vez en cuando, mientras la señora Schuster evocaba sus tiempos del «music-hall», pese a los intentos que hacía su marido para hacerla callar.

La única persona que parecía mantenerse ligeramente aparte era la señorita Morley. La joven escribía con lentitud y cuidado y en una letra diminuta, en lo que quedaba de su cuaderno de notas. Como buena periodista, debía escribir el diario de sus aventuras. El comodoro Hansteen se dijo que, por desgracia, sería más corto de lo que ella suponía y que ni siquiera terminaría de llenar las pocas páginas que le quedaban. Y aunque las llenara, dudaba que alguien pudiese leerlas.

Consultó su reloj y le sorprendió ver lo tarde que era. Debiera haberse encontrado

ya al otro lado de la Luna, de regreso en Ciudad Clavius, donde había sido invitado a almorzar en el Lunar Hilton, para ir a dar después un paseo hasta… Pero de nada servía pensar en un futuro inexistente. El breve presente bastaba para mantenerlo totalmente ocupado.

Quizá sería conveniente dormir un poco antes que la temperatura se hiciese insoportable. El *Selene* no fue concebido para que sirviese de dormitorio —y tampoco de tumba—, pero en aquellos instantes tendría que serlo. Esto significaba que tendrían que hacerse algunas modificaciones, e incluso causar algunos daños a los bienes que eran propiedad de la Comisión de Turismo.

Reflexionó sobre el problema durante sus buenos veinte minutos y después, tras un rápido cambio de impresiones con el capitán Harris, se dirigió a los pasajeros:

—Señoras y señores —dijo—, hoy hemos tenido todos un día muy ocupado y lleno de emociones, y creo que a casi todos ustedes les gustaría descabezar una siesta. Esto presenta algunas dificultades, pero he realizado algunos experimentos y he descubierto que, forcejeando un poco, se pueden quitar los brazos centrales de las butacas. En realidad, estos brazos son fijos, pero no creo que la Comisión de Turismo nos demande por ello.

De esta manera, diez de nosotros podrán tenderse en los asientos; los demás tendrán que conformarse con el suelo.

»Otra cosa. Como todos ustedes habrán observado, la temperatura ha aumentado un poco y dentro de un rato aún hará más calor. Por consiguiente, les aconsejo que se quiten todas las prendas innecesarias; la comodidad es mucho más importante que el recato. (Y la supervivencia —añadió para su fuero interno— es más importante que la comodidad…, pero aún tenían que transcurrir largas horas para que se llegase a eso.) Y prosiguió:

—Apagaremos las luces de la cabina principal y, para no quedar en una oscuridad completa, dejaremos las luces de emergencia a baja corriente. Uno de nosotros permanecerá de guardia constantemente en el asiento del capitán. El señor Harris prepara ahora mismo una lista de los relevos que se harán por turnos de dos horas.

¿Alguien desea hacer alguna pregunta o comentario?

Nadie pronunció palabra y el comodoro dejó escapar un suspiro de alivio. Temía que alguien hubiese querido saber a qué se debía el ascenso de la temperatura y no sabía con certeza qué le habría contestado. Entre sus numerosas virtudes no figuraba el arte de mentir y deseaba que los pasajeros disfrutasen del sueño más tranquilo posible en aquellas circunstancias. Un sueño que, a menos que sucediese un milagro, sería el último…

La señorita Wilkins, que empezaba a perder un poco de su aspecto profesional, impecable y atildado, repartió bebidas entre los que se las pidieron. Casi todos los pasajeros ya habían empezado a despojarse de sus prendas exteriores; los más

púdicos esperaron a que las luces principales se apagasen. En aquel tenue resplandor rojizo, el interior del *Selene* adquirió un aspecto fantástico…, un aspecto que hubiera sido inconcebible cuando la embarcación zarpó de Puerto Roris hacía algunas horas. Veintidós personas de ambos sexos, en su mayoría en ropa interior, permanecían tendidas en los asientos o en el suelo. Algunas, las más afortunadas, ya roncaban; pero a las restantes les costaba conciliar el sueño.

El capitán Harris se había instalado en el fondo de la nave. En realidad, no estaba en la cabina, sino en la pequeña cocina situada en la misma compuerta de entrada. Era un excelente punto de observación. Después de haber abierto la puerta corredera de comunicación, podía ver a todo lo largo de la cabina y vigilar a todos y cada uno de sus pasajeros.

Se hizo una almohada con el uniforme y se tendió en el duro suelo. Faltaban aún seis horas para su guardia y confiaba en poder dormir un poco hasta entonces.

¡Dormir! Sabía que transcurrían las últimas horas de su vida y, sin embargo, no tenía otra cosa mejor que hacer. Se preguntó si los condenados a muerte podían dormir durante la noche que precedía a su ejecución.

Se sentía tan terriblemente fatigado, que ni siquiera esta idea le produjo la menor emoción. Lo último que observó antes de sumirse en la inconsciencia, fue al doctor McKenzie consultando el termómetro y anotando después cuidadosamente la temperatura en su gráfica, como un astrólogo que hiciese su horóscopo.

A quince metros sobre sus cabezas —una distancia que podía recorrerse de un salto bajo la débil gravedad lunar— acababa de nacer el día. En la Luna no existe crepúsculo; pero desde hacía varias horas el cielo contenía la promesa del alba. Mucho antes que apareciese el sol se alzó en el firmamento la brillante pirámide de la luz zodiacal, que en la Tierra se observa tan raramente. Con infinita lentitud se abrió camino por encima del horizonte, haciéndose cada vez más radiante a medida que se aproximaba el nacimiento del astro rey. Después se confundió con la gloria opalescente de la corona solar y, por último, con un brillo un millón de veces superior al de ambas, un hilillo de fuego empezó a extenderse a lo largo del horizonte, cuando el Sol hizo su reaparición después de quince días de tinieblas. Necesitaría más de una hora para alzarse todo entero sobre el horizonte, tan lentamente giraba la Luna sobre su eje. Pero la noche ya había terminado.

Una marea de tinta se retiraba con celeridad del mar de la Sed, a medida que la ardiente luz del alba barría las tinieblas. La tétrica extensión del mar de polvo parecía rastrillada por rayos casi horizontales; el menor objeto que se hubiese alzado sobre su superficie hubiera proyectado una sombra de centenares de metros, revelando al instante su presencia a quien escudriñase su superficie.

Pero nadie efectuaba búsquedas por aquella zona. Los dos esquíes para el polvo efectuaban entonces su inútil búsqueda a quince kilómetros de allí, en el lago del

Cráter.

Aún estaban sumidos en la oscuridad; faltaban dos días para que el sol se alzase sobre las cumbres vecinas, aunque sus pináculos ya estaban bañados por el resplandor del alba. A medida que pasaban las horas, el nítido borde de la luz descendería por los flancos de las montañas, sin ir a mayor velocidad, a veces, que un hombre al paso, hasta que el Sol ascendiese lo bastante en el cielo para que sus rayos iluminasen el fondo del cráter.

Pero una luz de origen humano ya brillaba en el lago. Los destellos del *flash* iluminaban súbitamente las rocas, mientras los tripulantes de los esquíes fotografiaban los derrumbamientos que se habían deslizado en silencio por las laderas rocosas, cuando la Luna tembló durante su sueño. Antes de una hora, aquellas fotografías habrían llegado a la Tierra; dos horas más tarde, todos los mundos habitados las verían.

Sería un rudo golpe para la industria turística.

Cuando el capitán Harris despertó, la temperatura había aumentado notablemente.

Pero no fue el calor sofocante lo que interrumpió su sueño, una hora antes de lo previsto para iniciar su guardia.

Aunque nunca había pasado una noche a bordo del *Selene*, Pat conocía todos los ruidos que en él se producían. Cuando los motores no funcionaban, reinaba un silencio casi total; había que tender el oído para captar el susurro de las bombas de aire y la sorda pulsación del sistema de refrigeración. Aquellos ruidos continuaban siendo perceptibles, como antes de quedarse dormido. No habían cambiado, pero a ellos se unió otro.

Era un murmullo apenas perceptible…, tan débil, que por un instante se preguntó si no lo había soñado. Que aquel ruidillo hubiese alcanzado su subconsciente a través de las barreras del sueño, le parecía algo increíble. Incluso entonces, ya despierto, no podía identificarlo ni saber de dónde provenía.

De pronto supo por qué le había despertado. En un segundo, los últimos restos de modorra se disiparon. Se puso rápidamente en pie y pegó el oído a la compuerta de entrada. El ruido misterioso procedía *del exterior* del casco.

Ya podía oírlo mejor, débil pero claro, e hizo que se le pusiese la piel de gallina. La duda no era posible: el ruido era producido por miríadas de granos de polvo que corrían junto a las paredes del *Selene* como una espectral tempestad de arena.

¿Qué significaba aquel fenómeno? ¿Y si el mar se hubiese puesto de nuevo en movimiento? ¿Arrastraría consigo al *Selene*, si así fuese? Pero en la nave no se observaba ninguna vibración, ningún indicio de movimiento. Era sólo el mundo exterior, que parecía desfilar junto a sus paredes…

Con el mayor tiento, teniendo cuidado de no despertar a sus compañeros

dormidos, Pat salió de puntillas a la oscurecida cabina. El doctor McKenzie estaba de guardia; el científico estaba acurrucado en el asiento del piloto, mirando al exterior por las ventanillas cegadas. Se volvió en redondo cuando Pat se aproximó, para susurrarle:

—¿Sucede algo en la popa?

—No lo sé…, venga a verlo.

Cuando ambos se hallaron en la cocina, pegaron el oído a la puerta de entrada y escucharon durante un buen rato la misteriosa crepitación. Luego McKenzie dijo:

—No hay duda, es el polvo que se mueve…, pero no comprendo por qué. Otro problema para resolver…

—¿Otro?

—Sí. No comprendo qué pasa con la temperatura. Continúa subiendo, pero no tan de prisa como yo calculaba.

El físico parecía verdaderamente disgustado porque sus cálculos hubiesen fallado, mas para Pat, aquello fue la primera buena noticia desde que el *Selene* zozobró.

—No se lo tome usted tan a pecho, hombre; todos nos equivocamos. Y si este error nos proporciona unos cuantos días más de vida, no seré yo quien se queje.

—Pero era imposible equivocarse…, se trata de un cálculo elemental. Sabiendo las calorías que desprenden veintidós personas, resulta fácil deducir el aumento térmico.

—Pero durmiendo producen menos calorías. Tal vez sea ésa la explicación.

—Vamos, hombre, ¿cómo puede usted pensar que se me haya pasado por alto algo tan evidente? —repuso el obstinado sabio—. Contribuye algo, pero no es suficiente. Tiene que haber otra razón que explique este hecho insólito.

—Contentémonos con constatarlo y alegrarnos —dijo Pat—. Y ahora, ¿qué piensa usted de este ruido?

Demostrando que lo hacía a regañadientes, McKenzie se concentró en el nuevo problema.

—El polvo se mueve, pero nosotros no. Por lo tanto, debe ser un fenómeno local. En realidad, yo diría que sólo se produce en el fondo de la cabina. Me pregunto qué puede significar. —Indicó con un ademán el mamparo que estaba detrás de ella—. ¿Qué hay al otro lado?

—Los motores, la reserva de oxígeno, los aparatos de refrigeración…

—¡Los aparatos de refrigeración! ¡Naturalmente! Recuerdo haberme fijado en ellos cuando subí a bordo. Y las aletas del radiador están ahí detrás, ¿no es verdad?

—Exactamente.

—Ahora ya sé lo que ha sucedido. Las aletas se han calentado tanto, que el polvo se ha puesto a circular, como lo habría hecho cualquier otro líquido recalentado. Hay una corriente de polvo ahí fuera que se lleva nuestro excedente calórico. Con un poco

de suerte, la temperatura se estabilizará ahora. No estaremos muy cómodos, pero podremos sobrevivir.

En la tenue luz rojiza, los dos hombres se miraron. Una nueva esperanza nacía en ellos. Pat dijo lentamente:

—Estoy seguro que ésta es la explicación. Quizá nuestra suerte empieza a cambiar.

Consultó su reloj y efectuó un rápido cálculo mental.

—El Sol debe estarse levantando ahora sobre el mar de la Sed. La Base debe haber enviado los esquíes para el polvo en nuestra busca y conocen aproximadamente nuestra posición. Apuesto diez contra uno a que dentro de pocas horas nos habrán encontrado.

—¿Debemos advertir al comodoro?

—No, dejémoslo dormir. Ha tenido un día más fatigoso que nosotros. La noticia puede esperar hasta que despierte.

Cuando McKenzie se marchó, Pat trató de reanudar su sueño interrumpido. Pero no pudo; permanecía tendido, con los ojos muy abiertos a la débil claridad rojiza, pensando en aquella extraña jugada del destino. El polvo que los había engullido y después amenazó con hacerlos morir abrasados, venía ahora en su ayuda con aquella corriente de convección que evacuaba su exceso de calorías hacia la superficie. ¿Pero continuaría funcionando la corriente cuando el Sol llenase el mar de la Sed con sus ardientes rayos?

Lo ignoraba.

Detrás de la pared, el polvo continuaba susurrando y él recordó de pronto un antiguo reloj de arena que le enseñaron cuando era niño. Al darle la vuelta, la arena se escurría por un estrecho paso, de la cámara superior a la inferior, y su nivel creciente señalaba así el paso de los minutos y las horas.

Antes que los relojes fuesen inventados, miles de hombres midieron el tiempo así, por la caída de los granos de arena, pero nadie había contado hasta entonces el tiempo que le quedaba de vida mediante una fuente de polvo.

Capítulo 7

En Ciudad Clavius el administrador jefe Olsen y el director de la Comisión de Turismo Davis acababan de conferenciar con la Sección Jurídica. La reunión no tuvo nada de alegre y pasaron gran parte del tiempo hablando sobre los documentos firmados por los turistas antes de embarcar en el *Selene*, y en el que éstos eximían a la compañía de toda responsabilidad. Davis se había opuesto vivamente a este método cuando se organizaron las primeras excursiones, afirmando que esto asustaría a los clientes, pero los consejeros jurídicos insistieron en que se adoptase y ahora él estaba muy contento del hecho que por último se hubiese impuesto aquel parecer.

Se alegraba igualmente porque las autoridades de Puerto Roris hubiesen realizado su tarea a la perfección, pues las cuestiones de este género solían considerarse a veces como secundarias y se descuidaba del cumplimiento de las formalidades necesarias. Pero la lista de firmas de los pasajeros del *Selene* era completa…, con una posible excepción, sobre la cual los abogados continuaban discutiendo.

El comodoro, que viajaba de incógnito, figuraba en la lista bajo el nombre de R. S.

Hanson, y parecía como si hubiese firmado con este nombre. La firma, sin embargo, era tan ilegible que lo mismo hubiera podido ser Hansteen. Hasta que les enviasen un facsímil por radio desde la Tierra, nada podía decidirse sobre el particular. Probablemente, la cosa no tenía importancia; como el viaje del comodoro era hasta cierto punto de carácter oficial, la Administración estaba dispuesta a asumir cierta responsabilidad en lo concerniente a él. En cuanto a los restantes pasajeros, su responsabilidad sólo era moral, ya que jurídicamente quedaba a salvo.

Mas ante todo, se imponía un esfuerzo para hallar a los desaparecidos y darles una sepultura digna. Este pequeño problema es el que tenía que resolver el ingeniero jefe Lawrence, que aún estaba en Puerto Roris.

Pocas veces se había encargado Lawrence de algo con menos entusiasmo. Mientras hubo una posibilidad de hallar con vida a los pasajeros del *Selene*, él hubiera movido cielo y Tierra —sin olvidar la Luna— para salvarlos. Pero teniendo en cuenta que ya debían haber muerto, no comprendía la necesidad de arriesgar otras vidas para localizarlos y desenterrarlos. Por su parte, no hubiera sabido hallar una tumba más apropiada que entre aquellas montañas eternas.

Que los pasajeros estuviesen muertos, era algo que estaba fuera de toda duda para el ingeniero en jefe Robert Lawrence: todos los hechos concordaban demasiado bien para demostrarlo. El sismo tuvo lugar en el mismo instante en que el *Selene* debió abandonar el lago del Cráter y el desfiladero de acceso había quedado casi obstruido por los desprendimientos. Hubiera bastado el menor de ellos para aplastarlos como un juguete de cartón y los que se encontraban a bordo debieron perecer casi

inmediatamente, cuando el aire de la cabina escapó al exterior. Si gracias a una probabilidad entre un millón, el barco no hubiese resultado aplastado, su radio hubiera continuado funcionando y sus señales de socorro hubieran sido captadas. El pequeño y sólido aparato automático que emitía sobre la banda de «Mooncrash» había sido construido para soportar choques violentísimos. Para que no funcionase, tenía que haber sido triturado.

El primer problema consistía en localizar el lugar de la catástrofe. Esto podía resultar bastante fácil, aunque la embarcación estuviese sepultada bajo un millón de toneladas de roca. Existían instrumentos de prospección y toda una gama de detectores de metales que podrían realizar aquella misión. Además, cuando el casco resultó aplastado, el aire interior debió escaparse al exterior, al vacío lunar, casi absoluto; incluso entonces, después de varias horas del siniestro, podrían señalarse trazas de oxígeno y de anhídrido carbónico por uno de los detectores de gases utilizados para localizar fugas en las astronaves.

Tan pronto como los esquíes para el polvo regresasen a la Base para repostar y recargar las baterías, haría que los proveyesen de detectores de fugas y los enviaría a «husmear» en torno a los corrimientos de rocas.

No, descubrir el lugar del siniestro sería bastante sencillo; lo que quizá sería imposible sería extraer el barco. No se atrevería a asegurar que pudiese hacerse aquel trabajo por menos de cien millones de dólares. (Y ya se imaginaba la cara que pondría Davis si mencionaba tan fabulosa suma.) En primer lugar, estaba la imposibilidad material de transportar equipo pesado al lugar de la catástrofe…, el equipo necesario para desplazar miles de toneladas de rocas. Los ligeros esquíes para el polvo de nada servirían para aquel trabajo de Hércules. Habría que traer *bulldozers* especiales, en almadías, por el mar de la Sed, e importar enormes cargas de gelignita para abrirse paso por las montañas a fuerza de explosiones. Todo ello le parecía absurdo. Comprendía muy bien el punto de vista de la Administración, pero antes preferiría vender su alma al diablo que permitir que el personal a sus órdenes, abrumado de trabajo, emprendiese aquella tarea de Sísifo.

Con el mayor tacto posible, pues el administrador jefe no era de los que se conformaban con una simple negativa, se puso a preparar su informe. Y el informe, en resumen, decía lo siguiente:

1.º La empresa es casi imposible.

2.º Suponiendo que se pudiese realizar, costaría millones y pondría en peligro otras vidas humanas.

3.º Por lo tanto, es preferible no realizarla.

Presentado con tal brusquedad, el informe no hubiera tenido una buena acogida.

Entonces Lawrence diluyó estas ideas fundamentales en más de tres mil palabras.

Cuando terminó de dictar, hizo una pausa para ordenar sus ideas y después, no viendo de momento nada más que añadir, dijo:

—Copias al administrador en jefe de la Luna; al ingeniero jefe de la cara opuesta; al supervisor de la Dirección de Tráfico, al director de la Comisión de Turismo y otra copia para el Archivo Central. Clasifíquelo bajo la mención «confidencial».

Pulsó el botón del transcriptor. Antes de veinte segundos, su informe de doce páginas, impecablemente mecanografiado y puntuado, con varios errores gramaticales de poca monta corregidos, salió del «telefax» de su oficina. Lo releyó con rapidez, por si la secretaria electrónica hubiese cometido algún error. A veces los cometía, especialmente durante las horas de mucho trabajo, cuando «ella» (todas las secretarias electrónicas pertenecían al género femenino), tomaban al dictado textos simultáneos procedentes de una docena de fuentes distintas. De todos modos ninguna máquina «en sus cabales» podía hacer frente a todas las extravagancias de un idioma como el inglés y a causa de ello los usuarios prudentes releían la copia final antes de enviarla. Muchos de ellos que omitían tomar esta precaución, eran víctimas a veces de errores verdaderamente cómicos.

Lawrence estaba a la mitad de esta tarea de revisión cuando sonó el timbre del teléfono.

—Lagrange II al aparato, señor —dijo la telefonista…, esta vez humana—. Es el doctor Lawson.

¿Lawson? ¿Quién demonios será Lawson? Esto es lo que se preguntó el ingeniero jefe. Después lo recordó; era el astrónomo que examinaba el mar de la Sed a través del telescopio. Seguramente le debían haber dicho que estaba perdiendo el tiempo…

El ingeniero jefe nunca tuvo el dudoso privilegio de conocer personalmente al doctor Lawson. No sabía que el astrónomo era un hombre inteligentísimo, pero también extremadamente neurótico y, lo que entonces tenía mayor importancia, más terco que una mula.

Lawson, como ya sabemos, había empezado a desmontar el aparato de rayos infrarrojos adaptado a su telescopio cuando de pronto se detuvo para pensar en lo que hacía. Puesto que casi había terminado de montar del todo el condenado artefacto, podía comprobar su funcionamiento, por pura curiosidad científica. Tom Lawson se enorgullecía con justicia de ser ante todo un experimentador, algo bastante insólito en una época en que la mayoría de los que se llamaban astrónomos eran en realidad matemáticos que jamás habían puesto los pies en un observatorio.

Se encontraba entonces tan fatigado, que únicamente continuaba su trabajo por puro espíritu de contradicción. Si el aparato no hubiese funcionado la primera vez, hubiera renunciado a seguirlo probando hasta después de tomarse un poco de descanso. Pero, por la buena suerte que a veces recompensa la destreza, el detector funcionó y sólo hicieron falta unos pequeños ajustes para que la imagen del mar de la

Sed empezase a precisarse sobre la pantalla de proyección.

Apareció línea por línea, como en los anticuados aparatos de televisión, mientras el detector infrarrojo barría la cara de la Luna. Las manchas claras indicaban las zonas relativamente cálidas y las oscuras, las regiones frías. Casi todo el mar de la Sed aparecía oscuro, con excepción de una banda brillante, que aparecía por el lado donde los rayos del Sol naciente ya lo habían besado con sus labios de fuego. Pero Tom, escrutando atentamente las tinieblas, distinguió en ellas unas levísimas trazas, que brillaban tan débilmente como los rastros dejados por los caracoles en un jardín de la Tierra bañado por la claridad lunar.

Sin duda alguna, era la estela calórica del *Selene*. Mucho más débiles, se distinguían también las líneas en zigzag dejadas por los esquíes para el polvo que habían partido en su busca. Todas aquellas pistas convergían hacia los montes Inaccesibles, donde desaparecían más allá de su campo visual.

El joven astrónomo estaba demasiado cansado para examinarlo con atención y además tampoco importaban ya, pues se limitaban a confirmar lo que se sabía. Su única satisfacción, importante para él, procedía del hecho que otro aparato concebido por él obedeciese a su voluntad. A fin de obtener un documento para su archivo, fotografió la imagen de la pantalla y después, tambaleándose, se dirigió a su litera, para recuperar el sueño atrasado.

Tres horas después despertó de su inquieta modorra. Pese a haber pasado una hora más en la cama, aún se sentía cansado. Algo le preocupaba y no le dejaba dormir. Del mismo modo como el débil susurro del polvo en movimiento inquietó a Pat Harris en el *Selene* hundido, así también, a cincuenta mil kilómetros de distancia, Tom Lawson fue arrancado de su sueño por algo que no le pareció normal. El cerebro tiene muchos perros guardianes y, aunque a veces ladran sin necesidad, el hombre prudente nunca deja de averiguar la causa de su alarma.

Con los ojos aún llenos de sueño, Tom Lawson salió de la pequeña celda atestada que era su camarote particular a bordo del Lagrange, asió la correa móvil más próxima y se dejó arrastrar por los corredores desprovistos de gravedad, hasta su observatorio. Cambió un sombrío buenos días (aunque, según las reglas arbitrarias que regían en el satélite artificial, entonces anochecía) con aquéllos de sus colegas que no lo vieron a tiempo de hacerse los desentendidos. Luego, satisfecho de encontrarse solo, se instaló entre los instrumentos, que eran las únicas cosas que amaba en el mundo.

Sacó la fotografía de la cámara donde había estado toda la noche y la escudriñó atentamente por vez primera. Sólo entonces vio una breve línea que partía de los montes Inaccesibles e iba a terminar a poca distancia, en el mar de la Sed.

Debió haberlo advertido la noche anterior, mientras miraba la pantalla, pero le pasó por alto. Aquello era una falta muy grave, casi imperdonable en un hombre de

ciencia, y Tom Lawson se enfureció consigo mismo por haber dejado que sus ideas preconcebidas influyeran sobre sus facultades de observación.

¿Cómo había que interpretar aquella línea? Volvió a examinar más detenidamente la zona con una lente de aumento. La huella concluía en una mancha muy pequeña y confusa, que calculó tendría unos doscientos metros de diámetro. Era curioso, como si el *Selene* hubiese surgido de las montañas y luego hubiera despegado igual que una aeronave espacial.

La primera teoría que le vino a la mente fue la de que el *Selene* había estallado en pedazos y que esa mancha de calor era consecuencia de la explosión. Sin embargo, en tal caso debían advertirse bastantes indicios de sus restos, ya que la mayoría de ellos eran lo bastante livianos como para flotar en el espacio, y entonces los conductores de los esquíes no habrían podido dejar de divisarlos.

Debía haber otra explicación, pero parecía absurda. En efecto, resultaba casi imposible imaginar que una cosa de tan gran tamaño como el *Selene* pudiese hundirse en el mar de la Sed sin dejar ningún vestigio, sólo porque había habido un sismo en las proximidades.

Evidentemente, no podía llamar a la Luna, basándose en una sola fotografía, para decir:

«Buscan ustedes en un lugar equivocado». Aunque pretendía demostrar que la opinión ajena le tenía sin cuidado, en realidad tenía mucho miedo de hacer el ridículo. Antes de emitir una hipótesis tan fantástica, tenía que reunir más pruebas.

Mirando nuevamente por el telescopio, el mar de la Sed se le apareció entonces como un resplandor liso y siempre igual de luz solar. La observación visual confirmó a Tom que apenas sobresalían de la polvorienta superficie varios puntos de pocos centímetros de altura. El detector de rayos infrarrojos no le sirvió de mucho, pues las huellas cálidas habían desaparecido del todo, borradas horas antes por el Sol.

Tom ajustó el aparato para darle el máximo de sensibilidad y examinó la zona en que el rastro terminaba tan bruscamente. Quizá aún hubiese algún débil indicio, algo que aún pudiese detectar…, algún residuo de calor que hubiese persistido lo bastante para señalar su presencia, incluso bajo el ardor de la mañana lunar. Pues el Sol aún estaba bajo y sus rayos todavía no habían alcanzado el tremendo poder que tendrían al mediodía, cuando estuviesen casi verticales.

¿Sería imaginación tan sólo? Había dado el *máximo* de intensidad del aparato, hasta hacerle alcanzar el límite mismo de la inestabilidad. De vez en cuando, al extremo de su poder detector, le parecía distinguir un apagado resplandor calórico, en el punto exacto donde el rastro de la noche anterior terminaba.

Le irritó no poder llegar a conclusión alguna, por carecer de un dato concreto; y, no obstante, tal vez fuera una clave para descubrir dónde estaba la nave perdida. De mala gana, pensó que podía convertirse en el hazmerreír de todos los investigadores

científicos dispersos por el Sistema Solar, o verse acusado de buscar tan sólo fama personal.

Pero no podía continuar en aquella situación; tenía que decidirse. Tras muchas vacilaciones, sabiendo que daba un paso que ya no tendría remedio, tomó el teléfono del observatorio.

—Habla Lawson. Comuníqueme con la Central lunar. Es urgente.

Capítulo 8

A bordo del *Selene*, el desayuno fue sustancioso, pero más bien insípido. Hubo algunas quejas por parte de pasajeros que opinaban que galletas y carne comprimida, una cucharadita de miel y un vaso de agua tibia, apenas podían llamarse una comida.

Pero el comodoro se mostró inflexible:

—No sabemos cuánto tiempo durará esto —dijo—, y temo que no podremos tomar nada caliente en adelante. No disponemos de medios para preparar comidas y, además, ya hace demasiado calor en la cabina. Lo siento mucho, pero no podrán tomar más té ni café. Y, francamente, no nos hará ningún daño absorber algo menos de calorías durante unos días.

Pronunció estas palabras sin siquiera pensar en la obesa señora Schuster y esperó que no se las tomase a mal. La voluminosa dama, que se había quitado la faja cuando la noche anterior todo el mundo se desvistió para dormir, parecía entonces un lento hipopótamo, arrellanada sobre una butaca y media.

—En el exterior, el sol acaba de salir —prosiguió Hansteen—. Los que traten de encontrarnos deben estar en pleno trabajo y sólo es cuestión de tiempo que nos localicen.

Alguien ha propuesto que hagamos algunas apuestas sobre el tiempo que tardarán en descubrirnos. La señorita Morley, que lleva la contabilidad, anotará sus apuestas.

Se volvió después al profesor Jayawardene.

—Y ahora, profesor, ¿cómo tiene usted el programa del día? ¿No quiere hacernos saber lo que ha decidido la comisión de entretenimientos y festejos?

El profesor era un hombrecillo de aspecto de pájaro, cuyos amables ojos negros parecían demasiado grandes para él. Era evidente que se había tomado muy en serio la tarea de distraer a los pasajeros, pues en su mano delicada y morena sostenía un impresionante mazo de notas.

—Como ustedes saben —dijo—, mi especialidad es el teatro, pero no creo que esto nos sirva de gran cosa. Sería agradable que leyésemos una obra y había pensado en escribir algunas escenas. Por desgracia, andamos demasiado escasos de papel para que esto sea posible. Por lo tanto, tenemos que pensar en otros temas de distracción.

»No tenemos mucha lectura a bordo y en parte es demasiado especializada. Pero tenemos dos novelas: una edición universitaria de una novela del oeste que ya es clásica, *Shane*, y esta nueva novela histórica que se titula *La Naranja y la Manzana*. Propongo que formemos un grupo de lectores y demos a conocer estas obras a los pasajeros.

¿Alguien tiene una objeción que formular…, o una idea mejor que proponer?

—Podríamos jugar al póquer —dijo una voz firme desde el fondo de la cabina.

—¡Pero ustedes no pueden jugar al póquer constantemente! —protestó el

profesor, demostrando así cierta ignorancia del mundo no académico.

El comodoro acudió en su ayuda.

—La lectura no impide necesariamente que se juegue al póquer —dijo—. Además, me permito indicar a los jugadores que se tomen un pequeño descanso. Si no lo hacen, esas cartas no les durarán mucho.

—Bien, ¿por qué libro vamos a empezar? ¿Ya hay algún voluntario para esta lectura?

Yo me encargaría de ella con mucho gusto, pero tiene que haber un poco de variedad.

—Permítame una objeción —dijo la señorita Morley—. Considero que será perder el tiempo leer *La Naranja y la Manzana*. Es una obra muy vulgar y, en su mayor parte, linda con la…, ejem…, con la pornografía.

—Y usted, ¿cómo lo sabe? —preguntó David Barrett, el inglés que había elogiado el té.

Por única respuesta obtuvo un desdeñoso bufido. El profesor Jayawardene parecía muy afligido. Pidió ayuda con la mirada al comodoro. Pero Hansteen no se dio cuenta, porque tenía la vista fija hacia otro lado, deliberadamente. Había que evitar a toda costa que los pasajeros acudiesen siempre a él para exponerle sus aflicciones; en lo posible, quería que se acostumbrasen a valerse por su cuenta.

—Muy bien —dijo el profesor—. Para evitar discusiones, empezaremos por *Shane*.

Se escucharon numerosas protestas:

—¡Queremos que lean *La Naranja y la Manzana*!

Pero el profesor demostró una sorprendente firmeza.

—Es una obra muy larga —dijo—, y no creo que tengamos tiempo de terminarla antes que vengan a rescatarnos.

Carraspeó, paseó su vista por la tarima para comprobar si habían otras objeciones y se puso a leer con voz extremadamente agradable, aunque con cierta cantilena:

—«Introducción: el papel de las novelas del oeste en la época espacial, por Karl Adams, profesor de Literatura Inglesa. De unas notas tomadas en el Seminario de Crítica de la Universidad de Chicago, según las lecciones dadas por Kinsley Amis en 2037».

Los jugadores de póquer parecían vacilar. Uno de ellos examinaba con nerviosismo los manoseados trozos de papel que hacían las veces de naipes.

Los demás pasajeros tomaron asiento, con diversas expresiones de fastidio o expectación. La señorita Wilkins volvió a la pequeña cocina para comprobar las existencias de víveres.

El profesor continuó con voz melodiosa:

—«Uno de los fenómenos literarios más inesperados de nuestra época ha

consistido en la resurrección, después de medio siglo de olvido, del género de novelas conocidas bajo el nombre de “westerns” o novelas del oeste. Esta clase de relatos, cuya acción transcurría en un escenario extremadamente limitado, tanto en el tiempo como en el espacio (los Estados Unidos de Norteamérica, en el planeta Tierra, entre 1865 y 1900), fueron durante un período de tiempo considerable una de las formas de ficción más populares que el mundo ha conocido. Estas obras se escribieron a millones, para ser publicadas casi todas por entregas o en ediciones de quiosco, pero entre ellas han sobrevivido unas cuantas, tanto por su valor literario como por ser testimonios de una época…, aunque no debemos olvidar que sus autores describían unos tiempos que ya habían pasado mucho antes que ellos nacieran.

»Cuando en la década iniciada en 1970 empezó la exploración del Sistema Solar, el escenario donde transcurrían las novelas del oeste pareció de una pequeñez tan ridícula, que la gran masa de lectores perdió todo interés por ellas. Esto, desde luego, resultaba tan falto de lógica como desdeñar a *Hamlet* so pretexto que su trama, que transcurre en un pequeño y sombrío castillo danés, no podía por este hecho poseer un significado universal.

»Durante los últimos años, sin embargo, se ha iniciado una reacción. Según mis informes fidedignos, las novelas del oeste figuran de nuevo como las obras más solicitadas en las bibliotecas de las grandes astronaves de transporte que circulan entre los planetas. Intentemos averiguar las causas de esta aparente paradoja y los vínculos que pueden existir entre el antiguo oeste y el nuevo espacio interplanetario.

»Quizá lo comprenderemos mejor haciendo abstracción de todas nuestras conquistas científicas modernas e imaginando que nos hallamos de nuevo en el mundo increíblemente primitivo de 1870. Imaginémonos una extensa llanura abierta, que se extiende a lo lejos hasta confundirse en lontananza con una línea de montañas brumosas.

A través de esta llanura, con penosa lentitud, avanza una hilera de toscas carretas. A su alrededor cabalgan jinetes armados de pistolas y fusiles…, pues nos hallamos en territorio indio.

»Estas carretas tardarán más tiempo en alcanzar las montañas citadas que el que necesita una astronave para realizar el viaje de la Tierra a la Luna. El espacio de las grandes praderas parecía tan inmenso, entonces, a los hombres que lo afrontaban, como hoy nos lo parece el espacio del Sistema Solar. Éste es uno de los puntos comunes que tenemos con el mundo de las novelas del oeste. Hay otros aún más fundamentales. Para comprenderlos, debemos considerar antes el papel que ha desempeñado la epopeya en la literatura universal…

Al comodoro le pareció que las cosas tomaban un sesgo satisfactorio. Dentro de una hora el profesor Jayawardene habría terminado de leer la introducción y habría entrado de lleno en el relato. Entonces llegaría el momento de pasar a otra cosa…,

dejando a los auditores enganchados en un punto interesante de la narración, a fin que tuviesen deseos de continuarla un poco más tarde.

A fin de cuentas, el segundo día bajo el polvo no había empezado mal del todo. Los pasajeros, sin excepción, parecían hallarse de excelente humor. ¿Pero cuántos días tendrían que pasar aún?

La respuesta a esta pregunta dependía de dos hombres, que experimentaron una instantánea simpatía mutua a pesar de hallarse separados por cincuenta mil kilómetros.

Mientras escuchaba el relato de su descubrimiento que le hacía el doctor Lawson, el ingeniero jefe se sentía presa de sentimientos contradictorios. El astrónomo había adoptado un tono muy insolente para dirigirse a él, y en especial teniendo en cuenta que era un joven y hablaba con el alto funcionario que duplicaba su edad.

«Me habla —pensaba Lawrence, primero más divertido que colérico— como si yo fuese un niño retrasado al que hay que explicarle las cosas en palabras sencillas y vulgares».

Cuando Lawson hubo terminado, el ingeniero jefe guardó silencio durante unos minutos, mientras examinaba las fotografías que le habían llegado por el «telefax». La primera, tomada antes de la salida del sol, era bastante interesante, pero no constituía una prueba definitiva, en su opinión, y la tomada después del amanecer no mostraba nada en la copia recibida. Era posible que hubiese algo en el negativo, pero Lawrence no se hallaba dispuesto a aceptar sin cuestionarse todo lo que afirmase aquel joven tan antipático.

—Esto es muy interesante, doctor Lawson —dijo al fin—. Sin embargo, es una lástima que usted no haya continuado sus observaciones después de tomar las primeras fotografías. Así hubiéramos podido tener algo más concluyente.

Tom reaccionó al instante a esta crítica, a pesar que era muy fundada o precisamente a causa de ello.

—Si lo que quiere usted decir es que otro hubiera podido hacerlo mejor… —barbotó.

—Oh, yo no digo nada de eso —repuso Lawrence, deseoso de no envenenar la discusión—. ¿Pero qué conclusión podemos sacar de ello? La posición del punto que usted indica puede ser muy exacta, pero puede variar también hasta en medio kilómetro.

Puede ser que no haya nada visible en la superficie. ¿No habrá medio de determinar el lugar con más precisión?

—Hay una forma de hacerlo, desde luego. Podríamos emplear el mismo método a ras del suelo, es decir, recorrer esa zona con mi detector de rayos infrarrojos. De este modo se podría descubrir cualquier punto de calor que hubiera, aunque sólo fuese una fracción de grado más caliente que el área circundante.

—Es una buena idea. Veré qué puede hacerse, y le llamaré si necesito más datos. Le estoy muy agradecido…, doctor.

Se apresuró a colgar y se secó la frente. Acto seguido llamó de nuevo al satélite.

—¿Lagrange II? Habla el ingeniero jefe de la cara visible. Póngame con el director.

Gracias.

—¿El profesor Kotelnikov? Habla usted con Lawrence. Estoy bien, gracias, ¿y usted?

Acabo de hablar con uno de sus colaboradores…, el doctor Lawson. No, no ha hecho nada, como no sea sacarme de mis casillas o poco menos. Ha estado buscando nuestro barco perdido en el mar de la Sed y cree que lo ha encontrado. Lo que deseo saber es si…, si podemos fiarnos de su competencia.

Durante los cinco minutos que siguieron, el ingeniero jefe se enteró de muchas cosas sobre el joven doctor Lawson; en realidad, más de las que hubiera debido saber, incluso en plan confidencial.

Cuando el profesor Kotelnikov hizo una pausa para tomar aliento, Lawrence observó con tono compasivo:

—Ahora comprendo por qué lo soporta usted… ¡Pobre muchacho! Yo creía que los huérfanos de folletín se acabaron con Dickens y el siglo XX. Fue una suerte que ese orfelinato se incendiase. ¿Y supone usted que él le prendió fuego? No, no me responda, si no quiere…, me basta con saber que era un observador de primera clase. Mil gracias…, y espero que baje por aquí un día de éstos.

Durante la media hora siguiente, Lawrence hizo una docena de llamadas telefónicas a diversos puntos de la Luna, consiguiendo recoger un gran número de datos. Ahora tenía que pasar a la acción, aprovechando todas aquellas informaciones.

En el observatorio astronómico de Platón, el padre Ferraro pensaba que la hipótesis de Lawson era muy factible. A decir verdad, ya había sospechado que el epicentro del sismo estaba a cierta profundidad bajo el mar de la Sed y no en los montes Inaccesibles, pero no podía demostrarlo, porque aquel mar de polvo atenuaba todas las vibraciones.

Lawrence también supo que no se había efectuado un sondeo completo del mar de la Sed. Hubiera sido una operación muy tediosa y que hubiera requerido mucho tiempo. El padre Ferraro efectuó algunos sondeos en diversos lugares con tubos telescópicos, y siempre había alcanzado el fondo a menos de cuarenta metros. Suponía que la profundidad media era inferior a diez metros y que debía ser mucho menor cerca de las orillas. No poseía detector infrarrojo, pero los astrónomos de la cara oculta de la Luna quizá podrían prestarle uno.

El observatorio de Dostoievski respondió a Lawrence:

—Lo sentimos mucho, pero no tenemos detector de rayos infrarrojos. Trabajamos únicamente con el ultravioleta. Llame usted a Verne.

La respuesta del observatorio Verne tampoco fue muy alentadora:

—Sí, hace dos años hicimos algunos trabajos con rayos infrarrojos…, tomamos espectrogramas de las estrellas gigantes rojas. Pero resulta que, aunque son muy escasas, las trazas de atmósfera lunar que aún subsisten alteraban los datos obtenidos y entonces decidimos trasladar todo este programa al espacio. ¿Por qué no prueba usted con Lagrange?

Después de reunir todos estos datos, Lawrence decidió llamar a la Dirección de Tráfico para pedir los horarios de las astronaves de la Tierra y comprobó que la suerte le favorecía. Pero la gestión siguiente iba a resultar carísima y sólo el administrador en jefe podía autorizar aquel dispendio.

Lo bueno que tenía Olsen era que no discutía jamás con los técnicos acerca de las cuestiones que eran de la incumbencia de éstos. Escuchó atentamente lo que le dijo Lawrence y después se fue derecho al grano:

—Si la teoría que usted me expone es cierta —dijo—, aún es posible que puedan vivir.

—Más que una posibilidad —dijo Lawrence—. A mi entender, yo diría que es muy probable. Sabemos que el mar de la Sed es poco profundo, así es que no pueden haber zozobrado muy hondo. La presión que soporta el casco debe ser bastante baja; es posible que la nave aún esté intacta.

—De modo que, ¿desearía usted que ese Lawson le ayudase en la búsqueda?

Lawrence hizo un gesto de resignación.

—Es la última persona con quien desearía colaborar. Pero mucho me temo que no podamos prescindir de él.

Capítulo 9

El capitán de la astronave mercante *Auriga* estaba furioso. Y su tripulación no lo estaba menos. Pero nada podían hacer para remediarlo. A diez horas de la Tierra y a cinco de la Luna, recibieron orden de desviarse para detenerse en Lagrange II, con todo el gasto de velocidad y combustible que esto significaba, sin contar con los cálculos suplementarios que habría que hacer. Y para empeorar aún más las cosas, les impedían rendir viaje en Ciudad Clavius para dirigirse a aquel mísero agujero de Puerto Roris, prácticamente al otro lado de la Luna. Por el éter cruzaron multitud de mensajes anulando cenas y compromisos en diversos puntos del hemisferio sur.

El disco de plata empañada que era la Luna, cerca del plenilunio, con sus cadenas de montañas orientales perfectamente visibles, formaba un deslumbrador telón de fondo a Lagrange II, mientras el *Auriga* se detenía a un centenar de kilómetros de la estación, en el lado de la misma que miraba hacia la Tierra. No le permitieron acercarse más. Las interferencias producidas por sus aparatos y sus gases de eyección ya habían afectado los sensibles instrumentos registradores del satélite. Solamente se podían aproximar a él los anticuados cohetes a propulsión química; los que se hallaban dotados con motores de plasma o nucleares, tenían rigurosamente prohibido el acceso.

Llevando tan sólo un maletín con un par de mudas y una gran caja que contenía su equipo científico, Tom Lawson penetró en la nave mercante veinte minutos después de haber salido de Lagrange. El piloto del cohete-taxi no quiso dar prisa, a pesar de la impaciencia que manifestaban los tripulantes del *Auriga*. El nuevo pasajero fue acogido con bastante frialdad a bordo. Lo hubieran recibido de un modo muy distinto si hubiesen sabido cuál era su misión. Sin embargo, el administrador en jefe decretó que se mantuviese en secreto por el momento; no quería suscitar falsas esperanzas entre los parientes de los pasajeros desaparecidos. El director del Comité de Turismo, en cambio, exigió que se diese inmediatamente la noticia, para demostrar que hacían todo lo posible por su parte. Pero Olsen declaró con firmeza:

—Espere a que haya resultados… Entonces podrá decir algo a sus amigos de las agencias de información.

Pero la orden llegó demasiado tarde. A bordo del *Auriga* se encontraba Maurice Spenser, jefe del Servicio de Información Interplanetaria, procedente de Pekín, donde había trabajado hasta entonces, y que iba a ocupar su nuevo destino en Ciudad Clavius.

No estaba bien seguro de si tenía que considerarlo como un ascenso o como un destierro, pero, de todos modos, sería un cambio de ambiente.

A diferencia de los demás pasajeros, aquel cambio de itinerario no le disgustaba en absoluto. Aquel retraso se cargaría a cuenta de la empresa y, como viejo periodista

ávido de novedades, siempre acogía con agrado todo cuanto rompiese la monotonía de una tarea rutinaria. Desde luego, resultaba raro que una astronave que se dirigía a la Luna perdiese varias horas y consumiese una cantidad considerable cantidad de energía para detenerse en Lagrange, sólo para recoger a un joven de expresión amargada que sólo llevaba un maletín y una caja. ¿Y cuál era el motivo por el que el punto de destino se hubiese convertido de Clavius en Puerto Roris?

—Se trata de instrucciones dadas por una elevada autoridad de la Tierra —dijo el capitán, que parecía sincero al afirmar que no sabía nada más.

Aquello era un misterio, y elucidar los misterios formaba parte de la profesión de Spenser. Con su habitual clarividencia, adivinó, o estuvo a punto de adivinar, los motivos de la demora desde el primer momento.

Sin duda tenía que ver con la pérdida de aquella nave para el polvo que hacía tanto ruido en el momento en que él partió de la Tierra. Aquel científico de Lagrange II debía poseer algunos informes sobre la cuestión, o tal vez requerían su ayuda para que participase en la búsqueda. Pero ¿por qué todo aquel secreto? Quizás existiese un escándalo o un error que la Administración de la Luna se esforzaba por ocultar. En realidad, Spenser no adivinó el verdadero y auténtico motivo.

Evitó entablar conversación con Lawson durante el resto del breve viaje y le hizo gracia ver que los escasos pasajeros que intentaron hablar con el sabio sólo recibieron gruñidos y monosílabos por respuesta. Spenser esperaba que llegase el momento oportuno, y éste llegó treinta minutos antes del alunizaje.

No fue una casualidad lo que le llevó a sentarse al lado de Lawson cuando sonó la orden de abrocharse los cinturones, pues la desaceleración era inminente. Con los otros quince pasajeros, se hallaban sentados en la pequeña cabina oscurecida, contemplando la Luna, que se aproximaba rápidamente. Proyectada sobre una pantalla por un objetivo situado fuera del casco, la imagen parecía más intensa y brillante que al natural. Era como si se encontrase en el interior de una antigua cámara oscura; pero este sistema era mucho más seguro que la visión directa a través de una portilla. Los constructores de astronaves habían luchado siempre con uñas y dientes contra semejantes dispositivos, que representaban puntos débiles para la nave.

El paisaje lunar, que aumentaba de tamaño con espectacularidad, era un espectáculo impresionante e inolvidable, pero Spenser sólo lo miraba a medias, dedicado a la tarea de observar al hombre sentado junto a él, cuya nariz aquilina y facciones acusadas apenas se veían bajo la luz reflejada por la pantalla.

—¿No es por esa región que ahora vemos —observó con el tono más indiferente que pudo fingir— donde se ha perdido un autocar con turistas?

—Sí —respondió Tom, tras una considerable demora.

—Yo no sé nada sobre la Luna. ¿Tiene usted idea de dónde pueden estar?

Incluso el hombre más huraño, según sabía Spenser desde hacía mucho tiempo,

era incapaz de resistir al deseo de facilitar informaciones si, al hacerle la pregunta, parecía como si se le pidiese un favor, dándole ocasión para exhibir unos conocimientos superiores a los de la persona que lo interrogaba. Este método daba resultado nueve veces entre diez; entonces también lo dio con Lawson.

—Están allá —dijo, señalando el centro de la pantalla—. Esas montañas son los montes Inaccesibles…, rodeadas por el mar de la Sed.

Spenser contempló, con un espanto que no era totalmente simulado, las manchas blancas y negras de las montañas, violentamente contrastadas, hacia las que caían.

Esperaba que el piloto, ya fuese humano o electrónico, conociese bien su oficio, pues la nave parecía caer a una velocidad tremenda. Pero no tardó en comprender que derivaban hacia una región más llana, a la izquierda de la pantalla. Las montañas y la curiosa zona grisácea que las rodeaba se deslizaban hacia un lado, abandonando el centro de la pantalla.

—Puerto Roris —exclamó Tom del modo más inesperado, indicando una manchita sombría apenas visible en el extremo izquierdo—. Ahí vamos a alunizar.

—Desde luego, no me hubiera hecho pizca de gracia posarme sobre estas montañas —dijo Spenser, decidido a que la conversación no languideciese—. No encontrarán jamás a esos desgraciados, si se han perdido en esas soledades tan accidentadas. ¿Pero no han dicho que están sepultados bajo un alud de roca?

Tom rio con tono de superioridad.

—Eso es lo que decían.

—Pero ¿es que no es verdad?

Un poco tarde, Tom se acordó de las órdenes que tenía.

—No puedo decirle nada —replicó con su voz un poco chillona y desabrida.

Spenser no insistió; ya sabía lo bastante para estar seguro de una cosa.

Ciudad Clavius podía esperar; era preferible quedarse en Puerto Roris el tiempo que fuese necesario.

Su convicción se afirmó cuando vio con envidia que las acostumbradas formalidades sanitarias, aduaneras y policíacas duraban menos de tres minutos para el doctor Tom Lawson.

Si alguien hubiera podido escuchar los ruidos procedentes del interior del *Selene*, hubiera quedado estupefacto al oír un coro muy desafinado formado por veintiuna voces de todas las tonalidades, que cantaban la célebre canción: «Happy Birthay to You», o sea «Feliz Cumpleaños».

Cuando el estrépito hubo cesado, el comodoro Hansteen preguntó:

—¿Hay alguno entre ustedes, además de la señora Williams, que hoy celebre su cumpleaños? Ya sé, desde luego, que a muchas señoras les gusta guardar silencio sobre la cuestión cuando llegan a cierta edad.

Nadie respondió a la invitación, pero la voz de David McKenzie, el físico, dominó las carcajadas generales.

—A propósito de cumpleaños, ocurre algo muy curioso. Es algo que me ha permitido ganar algunas apuestas en las reuniones de sociedad. Sabiendo que el año tiene trescientos sesenta y cinco días, ¿cuántas personas creen ustedes que son necesarias para que exista el cincuenta por ciento de probabilidades para que dos de ellas celebren el cumpleaños en la misma fecha?

Tras una breve pausa, mientras los pasajeros reflexionaban acerca de la pregunta, uno de ellos respondió:

—Yo creo que habría que tomar la mitad de trescientos sesenta y cinco. Digamos ciento ochenta.

—Eso es lo que todo el mundo responde…, pero es completamente falso. A partir de un grupo formado por veinticuatro personas ya existen muchas probabilidades para que dos de ellas hayan nacido el mismo día del mismo mes.

—¡Esto es absurdo! No puede existir tal probabilidad para veinticuatro días entre trescientos sesenta y cinco.

—Lo siento, pero es así. Y si el número de personas excede al de cuarenta de nueve veces entre diez, dos de ellas habrán nacido en la misma fecha del año. Estoy casi convencido que esto es cierto en nuestro pequeño grupo de veintidós personas, incluso.

¿Le parece bien que lo comprobemos, comodoro?

—Muy bien… Yo recorreré la cabina para pedir a cada uno de ustedes su fecha de nacimiento.

—No, nada de eso —protestó McKenzie—. De esa manera, no. Alguien podría hacer trampas. Hay que escribir las fechas, para mantener en secreto los cumpleaños de todos nosotros.

Se sacrificó para este fin una página casi en blanco de una de las guías turísticas, cortada en veintidós pedacitos.

Cuando se leyeron los resultados, se pudo constatar, ante el asombro general y la satisfacción de McKenzie, que Pat Harris y Robert Bryan habían nacido el 23 de mayo.

—Pura casualidad —comentó un escéptico, iniciando así una viva controversia matemática entre media docena de pasajeros pertenecientes al sexo masculino. Las señoras sentían muy poco interés por la cuestión, ya fuese porque el cálculo de probabilidades les tenía sin cuidado o porque prefiriesen no pensar en su fecha de nacimiento.

Cuando el comodoro estimó que esto ya había durado demasiado, dio unos golpes para llamar la atención.

—¡Señoras y señores! —dijo—. Vamos a proseguir nuestro programa. Tengo la

satisfacción de anunciarles que nuestro comité de pasatiempos, compuesto por la señora Schuster y el profesor Jaya…, ejem…, Jayawardene, ha tenido una idea que puede resultar muy divertida. Proponen que formemos un tribunal para interrogar por turno a todos los presentes. El objeto del tribunal consiste en hallar la respuesta a esta pregunta:

¿Qué motivo les ha traído a la Luna? Desde luego, es posible que algunos de ustedes no deseen ser interrogados…, pues presumo que por lo menos la mitad de ustedes huyen de la policía o de sus esposas. Por lo tanto, se hallan en libertad de negarse a declarar, pero no nos censuren si sacamos las peores conclusiones de esta negativa. Bien, ¿qué les parece la idea?

Fue acogida con bastante entusiasmo por unos y con irónicos gruñidos de desaprobación por otros, pero, como no había decidida oposición a ella, el comodoro decidió ponerla en práctica. Por aclamación, fue elegido presidente del tribunal y el nombramiento de Irving Schuster como abogado general se hizo también de modo automático.

Las dos primeras butacas se volvieron de cara al público; harían las veces de estrado en el que se sentarían los miembros del tribunal. Cuando todos se hubieron acomodado en sus puestos y el escribano (léase Pat Harris) impuso el orden en la sala, el presidente pronunció una breve alocución:

—Todavía no hemos iniciado un juicio por lo criminal —dijo, manteniendo su seriedad a duras penas—. No se trata más que de una encuesta preliminar. Si un testigo se siente intimidado por mi eminente colega, puede apelar al tribunal. Escribano, haga el favor de llamar al primer testigo.

—¿Me permite…, Usía, que le pregunte quién es el primer testigo? —preguntó el escribano no sin razón.

Hicieron falta diez minutos de discusión entre el presidente del tribunal, el eminente jurisconsulto y algunos miembros del público duchos en sutilezas jurídicas para dejar zanjado aquel importante extremo. Por último se decidió echarlo a suertes y el primer nombre designado fue el de David Barrett.

Con una ligera sonrisa, el testigo se adelantó para situarse en el reducido espacio que quedaba frente al tribunal.

Irving Schuster, quien tenía la impresión de no ofrecer un aspecto muy majestuoso en chaleco y calzoncillos, y que en efecto no lo ofrecía, carraspeó para darse aires importantes.

—¿Se llama usted David Barrett?

—Sí, señor.

—¿Profesión?

—Ingeniero agrónomo, pero no ejerzo.

—Señor Barrett…, ¿quiere usted decir al tribunal los motivos que le han inducido

a visitar la Luna?

—Sentía curiosidad de verla y además disponía del tiempo y dinero necesarios.

Irving Schuster miró oblicuamente a Barrett a través de los gruesos vidrios de sus gafas. Había observado desde hacía mucho tiempo que esto tenía la virtud de intimidar a los testigos. Utilizar gafas era casi una excentricidad en aquella época, pero médicos y abogados —en particular los más viejos— continuaban mostrándose partidarios de su empleo, de manera que las gafas terminaron por simbolizar el birrete y la protección médica.

—De modo que sentía usted curiosidad por visitarla —repitió Schuster—. Esto no es explicación suficiente. ¿Qué motivaba su curiosidad?

—Temo que su pregunta sea un poco vaga y, por lo tanto, no puedo responderla. ¿Por qué se hacen determinadas cosas?

El comodoro Hansteen se arrellanó satisfecho en su butaca. Esto era precisamente lo que él deseaba…, que los pasajeros discutiesen y hablasen libremente de algo de interés común para todos, pero que no suscitase pasiones ni controversias. Y si éstas surgiesen, él impondría el orden en la sala.

—Reconozco —prosiguió el letrado— que mi pregunta hubiera podido hacerse de un modo más preciso. Trataré de formularla de otro modo.

Meditó por un instante, mientras hojeaba sus notas. Éstas consistían en páginas arrancadas a una guía y al margen de las cuales había garrapateado algunas preguntas que pensaba hacer, pero en realidad sólo servían para producir efecto, y también para darle mayor aplomo. Nunca le había gustado ocupar su puesto en el tribunal sin tener algunos papeles en la mano; en algunos momentos, unos cuantos segundos de consulta imaginaria eran de un valor inapreciable.

—¿Sería más exacto afirmar que vino usted atraído por las bellezas naturales de la Luna?

—Sí, esto forma parte de los motivos que me han traído aquí. Había leído, naturalmente, la literatura turística y he visto algunas películas. Esto hizo que me preguntase si la realidad correspondería a lo que había visto y leído.

—¿Y corresponde?

—Yo diría —respondió el testigo secamente— que ha sobrepasado mucho todo cuanto imaginaba.

Resonaron carcajadas en la sala. El comodoro Hansteen golpeó fuertemente el respaldo de su asiento.

—¡Orden! —gritó—. Si no hay silencio, ordenaré desalojar la sala.

Estas palabras, como él ya había previsto, suscitaron carcajadas aún más estentóreas, que dejó que se calmasen espontáneamente. Cuando las risas hubieron cesado, Schuster continuó el interrogatorio, en el mismo tono con que hubiera preguntado al testigo:

«¿Dónde estaba usted la noche de autos?»

—Todo esto es muy interesante, señor Barrett. De modo que usted ha efectuado este dispendioso viaje únicamente para contemplar los panoramas lunares. Dígame… ¿Ha visitado usted el Gran Cañón del Colorado?

—No, ¿y usted?

—¡Señoría! —gimió Schuster—. El testigo pretende burlarse del tribunal.

Hansteen miró con severidad al señor Barrett, quien permaneció imperturbable.

—No es usted quien realiza el interrogatorio, señor Barrett. Limítese a responder a las preguntas que le hacen.

—Ruego a Usía que me disculpe —replicó el testigo.

—Ejem… ¿Tienen que llamarme «Usía»? —preguntó Hansteen con incertidumbre, volviéndose a Schuster—. Pensaba que me tenían que llamar «Señoría».

El letrado reflexionó solemnemente durante unos momentos.

—Yo me permito indicar, Señoría, que cada testigo le dé el título que se acostumbre a emplear en su país de origen. Mientras muestre la debida deferencia hacia el tribunal, esto me parece suficiente.

—Muy bien…, continuemos la vista.

Schuster se volvió de nuevo hacia el testigo.

—Me gustaría saber, señor Barrett, por qué sintió usted el deseo de visitar la Luna, cuando existen en la Tierra tantas cosas interesantes que usted aún no conoce. ¿Puede usted ofrecernos una razón suficientemente válida que explique esta conducta tan falta de lógica?

Era una buena pregunta, propia para interesar a todo el mundo, y Barrett hizo un sincero esfuerzo por contestarla.

—He viajado bastante por la Tierra —dijo con lentitud con su inglés preciso y meticuloso…, algo casi tan anacrónico como las gafas de Schuster—. He residido en el Hotel Everest, he visto los dos polos e incluso me he sumergido en la fosa de Calypso.

Esto quiere decir que conozco un poco a nuestro planeta, el cual, hasta cierto punto, ha perdido la facultad de sorprenderme. La Luna, en cambio, era un mundo completamente nuevo para mí…, todo un mundo situado a menos de veinticuatro horas de viaje del nuestro. La verdad, no pude resistir el atractivo de la novedad.

Hansteen sólo escuchaba a medias aquel lento y detallado análisis. Se dedicaba a observar discretamente al auditorio mientras Barrett hablaba. Había conseguido formarse ya una imagen muy exacta de los tripulantes y pasajeros del *Selene* y distinguía ya entre aquéllos en quienes podría confiar para el caso que las cosas tomasen mal cariz, y los que sólo podrían traerle preocupaciones.

El hombre clave, por supuesto, era el capitán Harris. El comodoro conocía muy

bien a aquel tipo humano. Lo había encontrado con frecuencia en el espacio…, y aún con más frecuencia en los centros de instrucción para los futuros astronautas. Cada vez que había tenido que hablar ante futuros pilotos del espacio, siempre había visto en primera fila a una colección de Pat Harris perfectamente rasurados e inmaculadamente vestidos.

Pat era un joven competente pero sin grandes ambiciones, aficionado a la mecánica y que había tenido la suerte de encontrar un empleo que cuadraba a las mil maravillas con sus aficiones y que sólo le exigía una cierta atención en mostrarse cortés con los pasajeros. Hansteen estaba seguro que las jóvenes atractivas que él había acompañado a visitar la Luna, no tenían ningún motivo de queja a este respecto. Era sin duda fiel cumplidor de su deber, meticuloso y prosaico, que llegada la ocasión, sabría morir discretamente, sin hacer aspavientos. Ésta era una virtud que no poseían otros hombres mucho más capacitados y era de las que más falta harían a bordo del crucero, si aún continuaban encerrados en él dentro de cinco días.

La señorita Wilkins, la azafata, tenía casi tanta importancia a sus ojos como el capitán.

Desde luego, no correspondía a la imagen estereotipada de las azafatas del espacio: todo encanto vaporoso y sonrisa inalterable. Hansteen había llegado a la conclusión que se trataba de una joven de carácter que además poseía una notable cultura…, aunque, justo era reconocerlo, otras azafatas que había conocido poseían las mismas cualidades.

En el fondo estaba satisfecho de la tripulación.

Pero ¿y los pasajeros? Éstos se hallaban muy por encima del promedio, desde luego.

De lo contrario, ya no se encontrarían en la Luna. A bordo del *Selene* había una impresionante reserva de cerebros y talentos, mas por desgracia, por una ironía del destino, ninguno de aquellos talentos tenía la menor utilidad en la situación en que se hallaban. Lo que entonces más se necesitaba era carácter, fortaleza anímica o, para decirlo en una palabra, valor.

Muy pocos hombres, en aquella época, habían tenido que apelar a sus reservas de valor físico. Desde su nacimiento hasta la muerte, jamás se veían en la necesidad de afrontar situaciones peligrosas. Los hombres y mujeres encerrados en la cabina del *Selene* no tenían la menor preparación para hacer frente a lo que les esperaba, y Hansteen no podía mantenerlos ocupados indefinidamente con juegos y pasatiempos.

Calculó que antes de doce horas empezarían a producirse los primeros desfallecimientos. Para entonces ya sería evidente para todos que los equipos de socorro que los buscaban los dejaban con obstáculos imprevisibles y que si, a pesar de todo, conseguían descubrir el paradero de la nave, ya sería quizá demasiado tarde.

El comodoro Hansteen paseó su mirada rápidamente por la cabina. A excepción

de su breve vestimenta y aspecto algo descuidado, aquellas veintiuna personas aún eran miembros de la sociedad dotados de razón y que conservaban todavía la sangre fría.

¿Quién sería el primero en fallar?

Capítulo 10

El doctor Tom Lawson, en opinión del ingeniero jefe Lawrence, constituía una excepción al viejo proverbio según el cual «saberlo todo, es perdonarlo todo». Saber que el astrónomo había tenido una infancia desprovista de cariño, pasada en el seno de una institución pública y que había conseguido librarse del peso abrumador de su origen por medio de prodigios de inteligencia, pero a costa de otras cualidades humanas, permitía comprenderlo mejor…, pero no despertaba la simpatía ajena. Verdaderamente, era una mala suerte, pensaba Lawrence, que fuese el único hombre de ciencia, en un radio de trescientos mil kilómetros, que poseía un detector de rayos infrarrojos y supiese utilizarlos.

El astrónomo estaba sentado en aquellos momentos en el asiento de observación del esquí para el polvo número 2, efectuando los últimos ajustes al tosco pero eficaz dispositivo que había instalado. Un trípode de cámara fotográfica había sido montado sobre la capota del esquí y el detector se colocó a su vez sobre el trípode, de manera que pudiese girar en todas direcciones.

Parecía funcionar perfectamente, aunque era difícil asegurarlo en aquel pequeño hangar sometido a presión interior, en el que surgían por todos lados fuentes calóricas. La única prueba válida podía efectuarse en el mar de la Sed.

—Listo —dijo Lawson al ingeniero jefe—. Me gustaría hablar con el que lo hará funcionar.

Lawrence lo miró pensativo. Aún no estaba decidido del todo. Había argumentos muy sólidos a favor y en contra de lo que se proponía hacer, pero, de todos modos, no podía permitir que sus sentimientos personales influyesen en la decisión que iba a tomar. El problema era demasiado importante para ellos.

—Usted puede llevar un traje espacial, ¿no es así?

—Nunca me lo he puesto, porque en el satélite sólo es preciso para salir al exterior, y eso lo dejamos a los ingenieros.

—Pues ahora tendrá ocasión de aprender su empleo —repuso el ingeniero jefe, sin hacer caso de la indirecta. («Si es que era una indirecta», pensó, porque la grosería de Lawson se debía sin duda a la indiferencia que sentía por los convencionalismos, más que una declarada hostilidad hacia ellos)—. No es muy complicado viajar en un esquí.

Usted sólo tiene que permanecer tranquilo en el asiento del observador. El dispositivo automático regula el oxígeno, la temperatura y lo demás. Sólo hay un problema…

—¿Cuál es?

—¿Cómo anda usted en lo que se refiere a la claustrofobia?

Tom vaciló, pues no le agradaba confesar su debilidad. Había pasado

normalmente las pruebas obligatorias, con la impresión —por otra parte exacta— de haber alcanzado apenas los puntos necesarios en algunos de los ensayos psicológicos. Cierto que no padecía de claustrofobia aguda, pues de lo contrario nunca habría podido subir a una astronave interplanetaria, pero ponerse un traje espacial era algo muy distinto.

—Puedo resistir —dijo por fin.

—Si no es así, no trate de engañarse a sí mismo —insistió Lawrence—. Me gustaría que viniese usted en el Especial dos e ir yo en el uno, pero no quiero empujarle a un heroísmo equivocado. Lo único que le pido es que se decida antes que salgamos del hangar. Cuando estemos veinte kilómetros más adentro, ya será un poco tarde para cambiar de parecer.

Tom miró el esquí y se mordió los labios. La idea de deslizarse a través de aquel infernal lado de polvo en tan frágil aparato parecía una locura y, sin embargo, esos hombres lo hacían a diario. Además, si pasaba algo con el detector, había, por lo menos, la probabilidad a que él pudiese repararlo.

—Aquí tiene un traje para su medida —le dijo Lawrence—. Pruébelo, y eso le ayudará a decidir lo que debe hacer.

Tom se metió con algún trabajo en la floja y crujiente envoltura, corrió el cierre de cremallera y allí se quedó, a la espera del casco, sintiéndose un poco ridículo. El botellón de oxígeno, prendido a su arnés, parecía absurdamente pequeño, y Lawrence, que advirtió su mirada de desconfianza, le dijo:

—No se preocupe. Es únicamente una reserva de emergencia para cuatro horas. La provisión de oxígeno está en el esquí. Ahora viene su casco; cuidado con la nariz.

Por la expresión de quienes le rodeaban, Tom comprendió que ése era el momento en que podían distinguirse a los hombres de los muchachos. Hasta el instante de ajustarse el casco, uno formaba todavía parte de la especie humana, pero después estaba solo, en un pequeñísimo mundo mecánico propio. Podía haber otros hombres a pocos centímetros de distancia, pero se les veía a través de un espeso caparazón de plástico, y para hablarles era preciso hacerlo por radio. Alguien había escrito que era terriblemente solitario morir dentro de un traje espacial, y, en aquel momento, Tom pensó que eso debía ser cierto.

En los diminutos altavoces puestos a ambos lados del casco repercutió de pronto la voz del ingeniero jefe:

—El único instrumento al que tendrá usted que atender es el «intercom», a su derecha, normalmente conectado con su piloto todo el tiempo que permanezcan en el esquí, de modo que podrán hablarse cuanto quieran. Pero tan pronto como desconecte, deberá valerse de la radio, como ahora que me escucha. Oprima el botón de «Transmisión» para responder.

—¿Para qué sirve ese botón rojo? —preguntó Tom, después de obedecer a

Lawrence—. ¿Es para dar una señal de alarma?

—Confío en que no lo necesitará. En caso de peligro, lanza una señal especial que funciona ininterrumpidamente hasta que alguien va en su socorro. Pero no toque ninguno de los aparatos de la escafandra sin que nosotros se lo indiquemos…, en especial ése.

—No tocaré nada —prometió Tom—. Estoy listo. Vayámonos.

Marchó con paso torpe hasta el esquí número 2, pues no estaba acostumbrado a la escafandra ni a la gravedad lunar, y ocupó el asiento del observador. Una especie de cordón umbilical, insertado junto a su cadera derecha, estaba acoplado con el depósito de oxígeno, el sistema de comunicación y el de electricidad. El vehículo podía mantenerlo vivo, aunque bastante incómodo, durante tres o cuatro días seguidos.

El pequeño hangar apenas podía contener a los dos esquíes juntos y las bombas sólo necesitaron unos minutos para extraer el aire del pequeño cobertizo. Al sentir que el cráter se endurecía, Tom experimentó un asomo de pánico; nadie podía dejar de ponerse en tensión cuando se encontraba en el vacío por primera vez en su vida.

Las puertas estancas giraron y se abrieron. Tom sintió el tironcito final, como de unos dedos fantasmales, al salir el último resto de aire, que se dispersó en el vacío. Alzando los ojos, vio extenderse hasta el horizonte, llano, desierto y grisáceo, el mar de la Sed.

Por un momento le pareció imposible que lo que veía a su alrededor, sólo a unos metros, fuese real y correspondiese a las imágenes que había estudiado desde el lejano espacio. ¿Quién debía estar mirando entonces por el telescopio de cien centímetros?

¿Uno de sus colegas estaría observando en aquellos momentos la Luna, desde su ventajosa atalaya? Pero lo que veía no era una imagen proyectada sobre una pantalla por los electrones en movimiento, sino la propia realidad, aquella sustancia extraña y amorfa que había engullido a veintidós seres humanos sin dejar rastro. Y él, Tom Lawson, se disponía a aventurarse en aquel frágil esquí sobre aquel mismo mar de la Sed…

No pudo seguir cavilando. El esquí vibró bajo él cuando comenzaron a girar los propulsores y, siguiendo de cerca al primero, patinó lentamente por la desnuda superficie de la Luna.

Los largos rayos del Sol naciente los bañaron en su luz cuando salieron de la sombra que proyectaban las construcciones. Incluso con la protección de los filtros automáticos, era peligroso mirar directamente la boca de aquel horno, blanco azulado, que surgía por el cielo oriental. ¿El cielo oriental? No, se corrigió Tom. No estaba en la Tierra, sino en la Luna, donde el Sol sale por el oeste. De modo que, se dijo, nos dirigimos al nordeste, hacia el Sinus Roris, siguiendo el mismo trayecto del

Selene…, la misma ruta que éste siguió antes de desaparecer.

Cuando las bajas cúpulas del puerto fueron disminuyendo de tamaño en el horizonte, el joven astrónomo experimentó algo de la euforia y la excitación que producen todas las formas de la velocidad. Pero la sensación sólo duró algunos minutos, hasta que todos los puntos de referencia desaparecieron y tuvo la ilusión de hallarse inmóvil en el centro de una llanura infinita. Pese al movimiento incesante de los propulsores en abanico y la caída lenta y silenciosa de las parábolas de polvo que dejaban atrás, tenía la sensación que no se movían, a pesar que Tom sabía muy bien que iban a una velocidad que les permitiría atravesar el mar de la Sed en un par de horas. Sin embargo, tuvo que combatir el temor de hallarse perdido a muchos años de luz de cualquier posibilidad de socorro. Fue entonces cuando empezó, un poco tarde, a experimentar, incluso a pesar suyo, cierto respeto por los hombres con quienes colaboraba.

Aquel sitio le pareció propicio para empezar a comprobar su equipo. Activó el detector y lo hizo girar en todas direcciones, sobre la extensión desierta que acababan de cruzar.

Con una tranquila satisfacción, observó los dos rastros de luz cegadora que ambos esquíes dejaban sobre la oscura superficie del mar de polvo. Aquella prueba, desde luego, la hubiera podido hacer un niño. El fantasma térmico del *Selene*, que sin duda ya estaría casi borrado, sería un millón de veces más difícil de detectar bajo el calor creciente del alba. Pero el resultado era alentador; si no se hubiese producido, hubiera sido inútil proseguir la búsqueda.

—¿Cómo funciona? —preguntó el ingeniero jefe, que debía estar observándolo desde el otro esquí.

—Tengo la impresión —repuso Tom con prudencia— que funciona normalmente.

Apuntó entonces el detector hacia la Tierra en cuarto menguante. Era un objetivo un poco más difícil, pero no imposible de detectar, pues no hacía falta mucha sensibilidad para captar el suave calor que irradiaba el planeta materno en la fría noche del espacio.

El resultado no se hizo esperar… La Tierra, sometida al examen por infrarrojos, daba una imagen extraña y de momento desconcertante. Ya no era un creciente nítido y geométricamente perfecto, sino que parecía una seta recortada con el tallo tendido sobre el ecuador.

Tom sólo necesitó unos segundos para interpretar la imagen. Ambos polos habían desaparecido, lo cual era comprensible, pues eran demasiado fríos para que fuesen captados con tan baja sensibilidad. Pero ¿a qué se debía aquella protuberancia en la parte no iluminada del planeta? Comprendió entonces que veía el cálido resplandor causado por los océanos tropicales, que irradiaban durante la noche el calor acumulado durante el día. Gracias a los rayos infrarrojos, la noche ecuatorial era más

brillante que el día polar.

Aquello le recordó un hecho que ningún hombre de ciencia debía echar jamás en olvido, a saber: que los sentidos humanos sólo perciben una imagen parcial y deformada del universo. Tom Lawson nunca había oído hablar del grandioso mito platónico de los prisioneros encadenados en una cueva, en cuyas paredes se proyectaban las sombras del mundo exterior, mientras ellos trataban de deducir la realidad externa gracias a ellas.

Pero aquella demostración hubiera interesado a Platón, el cual se hubiera preguntado: De las dos imágenes de la Tierra, ¿cuál era real: la que la mostraba como una perfecta media luna, visible al ojo, o la que tenía el aspecto de una seta desgarrada, que brillaba más allá del rojo del espectro? ¿Y si ni una ni otra fuesen las verdaderas imágenes del mundo?…

El despacho era pequeño, incluso para Puerto Roris, que no era más que una estación de empalme entre la cara de la Luna vuelta hacia la Tierra y la cara opuesta, y un punto de partida para los turistas que visitaban el mar de la Sed. Aunque, por algún tiempo, era probable que a nadie se le ocurriese ir a visitarlo…

El puerto gozó de una efímera celebridad tres años antes, como base utilizada por uno de los pocos criminales de la Luna que tuvieron éxito en sus acciones delictivas, un sujeto llamado Jerry Budker, que había amasado una pequeña fortuna vendiendo reliquias falsas del *Lunik II*. El personaje, evidentemente, no resultaba tan interesante como Robin de los Bosques o Billy el Muchacho, pero la Luna no podía ofrecer nada mejor.

Maurice Spenser más bien se alegraba del hecho que Puerto Roris fuese una población tan tranquila, de una sola cúpula, aunque sospechaba que la tranquilidad no duraría mucho tiempo, en especial cuando sus colegas de Ciudad Clavius supiesen que un jefe del servicio de Informaciones Interplanetarias permanecía allí sin motivo aparente, sin que pareciese tener prisa en dirigirse al sur, en dirección a la populosa capital de la Luna (Ciudad Clavius contaba en aquel momento con 52.647 habitantes).

En cuanto a sus superiores de la Tierra, a quienes envió un cablegrama de redacción ambigua, se fiarían de su buen juicio y, sin duda, supondrían en qué se estaba ocupando.

Pero tarde o temprano, la competencia también lo olfatearía…, aunque para entonces ya confiaba en llevarles una buena delantera.

Su interlocutor era el capitán del *Auriga*, que aún seguía de pésimo humor. Acababa de pasar una hora inútil y complicada al teléfono, intentando arreglar con los agentes de su empresa en Clavius el trasbordo del cargamento. McIver, McDonald, Macarthy y McCulloch (sociedad de responsabilidad limitada), parecían

pensar que el hecho que el *Auriga* hubiese tocado en Puerto Roris era culpa suya. Por último colgó el aparato después de decirles que se entendiesen con las oficinas centrales. Como en Edimburgo era entonces el domingo por la mañana, el asunto sufriría cierta demora.

El capitán Anson depuso un poco su enojo después de beberse el segundo *whisky*. Un hombre capaz de encontrar una botella de «Teacher» en Puerto Roris no era un cualquiera, y preguntó a Spenser cómo había podido procurársela.

—La Prensa todo lo puede —respondió el periodista, riendo—. Nosotros nunca revelamos nuestras fuentes de información; si lo hiciésemos, perderíamos el empleo al poco tiempo.

Abrió su cartera de mano y sacó un mazo de mapas y fotografías.

—Aún me resultó más difícil obtener todo esto en tan poco tiempo —dijo—, pero estaría muy agradecido, capitán, si que no mencionase a nadie lo que voy a decirle. Es algo muy confidencial, al menos por el momento.

—Descuide. Se trata del *Selene*, supongo, ¿no es eso?

—De modo que lo ha adivinado, ¿eh? Acierta usted…, quizá no saquemos nada en claro, pero deseo estar preparado.

Puso una de las fotografías sobre la mesa. Era una vista del mar de la Sed, que formaba parte de una serie editada por los Servicios Selenográficos. Aquellas fotografías fueron tomadas desde satélites de reconocimiento, que orbitaban a baja altitud. Aunque la fotografía fue tomada por la tarde lunar y las sombras apuntaban en dirección opuesta, la imagen era casi idéntica a la que Spenser vio sobre la pantalla poco antes del alunizaje.

La había estudiado tan minuciosamente que ya se la sabía de memoria.

—Éstos son los montes Inaccesibles —dijo— que se alzan abruptamente a orillas del mar. Tienen una altitud próxima a los dos mil metros. Este ovalo oscuro es el lago del Cráter…

—¿Dónde se perdió el *Selene*?

—Donde puede haberse perdido; hay ciertas dudas al respecto. Ese joven tan simpático que hemos recogido en Lagrange tiene pruebas asegurando que la nave se fue a pique en el mar de la Sed…, poco más o menos en este sitio. En tal caso, la gente que se halla a bordo puede aún estar viva. Y si lo están, capitán, se organizará una operación de salvamento monstruo sólo a un centenar de kilómetros de aquí. Puerto Roris se convertirá en el centro neurálgico de todo el Sistema Solar.

—¡Bah! Eso es cuenta suya, pero no mía. ¿Qué tengo yo que ver con todo esto?

Spenser puso de nuevo el dedo sobre el mapa.

—Tiene usted que ver, y mucho. ¿Ve usted este punto? Deseo ir aquí. Y para ello quiero fletar su nave. Tiene usted que desembarcarme, con una cámara y doscientos kilos de equipo de televisión…, en la ladera occidental de los montes Inaccesibles…

—No tengo más preguntas que hacer, Señoría —declaró el abogado Schuster, sentándose de pronto.

—Muy bien —replicó el comodoro Hansteen—. Ruego al testigo que no abandone la sala.

Entre la hilaridad general, David Barrett volvió a su butaca. Había actuado a la perfección. Aunque casi todas sus respuestas fueron graves y meditadas, estuvieron iluminadas por rasgos de humor y supo mantener al auditorio en un constante interés. Si los demás testigos se mostraban igualmente ingeniosos, el problema de la distracción estaba resuelto, hasta el momento en que dejara de plantearse. Si todos tenían que evocar los recuerdos de toda su vida, aún habría alguien hablando cuando el último chorro de oxígeno se escapase de los depósitos vacíos, Hansteen consultó su reloj. Aún tenía que pasar una hora antes que llegase el momento de ingerir su frugal colación. Podían continuar leyendo *Shane* o iniciar la lectura, pese a las objeciones de la señorita Morley, de aquella absurda novela histórica. Pero era una lástima interrumpir el juicio entonces, cuando todos parecían seguirlo con tanto interés.

—Si todos ustedes están de acuerdo —dijo el comodoro—, podríamos llamar a otro testigo.

—Yo estoy completamente de acuerdo —se apresuró a contestar Barrett, que ya se consideraba a salvo de un nuevo interrogatorio. Incluso los jugadores de póquer mostraron deseos de continuar y entonces el escribano sacó otro nombre de la cafetera que sirvió para mezclar los trocitos de papel.

Contempló con tal expresión de sorpresa el nombre que había sacado, que Hansteen le preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Ha sacado usted su propio nombre?

—Pues…, no —repuso el escribano, dirigiendo una sonrisa maliciosa al jurisconsulto. Después carraspeó y dijo—: Es el nombre de la señora Myra Schuster.

—¡Protesto, Señoría! —dijo la señora Schuster, alzándose lentamente.

Su aspecto era formidable aunque hubiese perdido un par de kilos desde que partieron de Puerto Roris.

Señalando con el dedo a su marido, que parecía muy embarazado y trataba de ocultarse detrás de sus notas, dijo:

—¿Creen ustedes que es justo que sea precisamente *él* quien me haga preguntas?

—Estoy dispuesto a retirarme —dijo Irving Schuster, sin dar tiempo a que el presidente del tribunal dijese: «Se acepta la protesta».

—Me encargaré yo de interrogar a la testigo —dijo el comodoro, con una expresión que más bien demostraba lo contrario—. A menos que alguno de ustedes se sienta dispuesto a hacerlo, por hallarse más capacitado…

Reinó un breve silencio y después, con gran sorpresa y alivio por parte de

Hansteen, uno de los jugadores de póquer se levantó.

—Aunque no soy abogado, Señoría, tengo cierta experiencia jurídica. Estoy dispuesto a ayudarle.

—Muy bien, señor Harding. Puede comenzar cuando guste.

Harding sustituyó a Schuster frente al improvisado tribunal y contempló al atento auditorio. Era un hombre bien parecido, de expresión enérgica, cuyo aspecto no era muy propio de la profesión que había dicho tener: director de Banco. Por un momento, Hansteen llegó a preguntarse si les había dicho la verdad.

—¿Se llama usted Myra Schuster?

—Sí.

—¿Y qué hace usted, señora Schuster, en la Luna?

La obesa dama sonrió.

—Esto es fácil de responder. Me dijeron que aquí sólo pesaría veinte kilos…, y por eso vine.

—¿Pero por qué desea usted pesar sólo veinte kilos?

Ella miró a Harding como si éste hubiese dicho una estupidez.

—Sepa usted que yo he sido bailarina…

Su voz tomó de pronto un tono soñador y su vista se perdió en el vacío. Después añadió:

—Dejé el baile, desde luego, al casarme con Irving.

—¿Por qué dice usted «desde luego», señora Schuster?

La testigo miró a su esposo, quien se agitó inquieto. Se hubiera dicho que se disponía a presentar una objeción, pero pareció cambiar de idea y nada dijo.

—Oh, él decía que no era una profesión decente. Y creo que tenía razón…, al menos por lo que respecta en la clase de danza que yo practicaba.

Esto fue demasiado para el señor Schuster. Se puso en pie de un salto, haciendo caso omiso del tribunal, y gritó:

—¡Vamos, Myra! No hay necesidad de…

—¡Pero déjalo, Irv! —repuso ella, volviendo sin darse cuenta a emplear la anticuada jerga de su juventud, que por un momento evocó la atmósfera de los años noventa—. ¿Qué importancia tiene esto ahora? Dejemos de hacer comedia y seamos nosotros mismos. No me importa que se sepa que yo bailaba en el *Asteroide Azul* y que tú me sacaste de allí un día en que la policía hacía una redada en el local.

Irving volvió a sentarse, farfullando palabras incoherentes mientras la sala sufría un exceso de hilaridad que el presidente del tribunal no hizo nada por acallar. Esta especie de distensiones era precisamente lo que más deseaba Hansteen; cuando la gente reía, no podía tener miedo.

Pero el señor Harding, cuyas preguntas casuales pero maliciosas habían provocado todo aquel jolgorio, continuaba intrigándole. Para no ser un abogado,

según aseguraba, lo hacía muy bien. Sería curioso ver cómo se portaría en el banco de los testigos…, cuando Schuster fuese quien llevase el interrogatorio.

Capítulo 11

Por fin apareció algo que rompió la lisa monotonía del mar de la Sed. Una chispa de luz diminuta pero muy brillante acababa de asomar por el horizonte, y a medida que los esquíes avanzaban, subía hacia las estrellas. Pronto se le unió otra y después una tercera.

Las cumbres de los montes Inaccesibles se alzaban sobre el borde de la Luna.

Como de costumbre, era imposible conjeturar a qué distancia se hallaban. Hubieran podido ser pequeñas rocas situadas a corta distancia…, o, al contrario, ni siquiera formar parte de la Luna, sino de un mundo gigante y erizado, situado a millones de kilómetros en el espacio. En realidad, las montañas estaban a cincuenta kilómetros de distancia y los esquíes llegarían a ellas al cabo de media hora.

Tom Lawson les dirigió una mirada de gratitud. Ya tenía algo en que ocupar la vista y la mente. Había llegado a creer que se volvería loco si seguía mirando mucho más tiempo aquella llanura, al parecer infinita. Se sentía disgustado consigo mismo por mostrarse tan falto de lógica. Sabía que el horizonte estaba en realidad muy próximo y que el mar de la Sed no era más que una pequeña parte de la superficie de la Luna, que tampoco era muy extensa. Sin embargo, mientras permanecía enfundado en su escafandra, dominado por la impresión de no ir a ninguna parte, recordaba aquellas horribles pesadillas en las cuales luchamos con todas nuestras fuerzas para huir de un peligro espantoso, sin poder movernos del mismo sitio. Tom solía tener esta clase de sueños y otros aún peores.

Pero entonces pudo ver que efectivamente avanzaban y que su larga sombra negra no estaba inmóvil en el suelo, como parecía en ocasiones. Apuntó el detector hacia las cumbres iluminadas y obtuvo una viva reacción. Como ya esperaba, las rocas iluminadas por el Sol mostraban una temperatura elevadísima; aunque el día lunar apenas había comenzado, las montañas ya mostraban una superficie ardiente. La temperatura era mucho más baja al nivel del «mar». La superficie de polvo no alcanzaría su máxima temperatura hasta mediodía, para el que aún faltaban siete días terrestres. Esto favorecía mucho la tarea que se disponía a iniciar; y aunque ya fuese de día, aún tenía algunas probabilidades de detectar una fuente de irradiación calórica, por débil que fuese, antes que los ardientes rayos solares la borrasen.

Veinte minutos después, las montañas cubrían la mitad del firmamento y los esquíes redujeron su velocidad a la mitad.

—Debemos procurar no dejar atrás su rastro —le explicó Lawrence—. Mire con atención al pie de esa cumbre doble de la derecha. ¿No ve usted una línea oscura vertical?

—Sí, la veo.

—Es el desfiladero que conduce al lago del Cráter. La mancha térmica que usted

ha localizado se encuentra a tres kilómetros al oeste. No podemos aún verla, porque está al otro lado del horizonte. ¿Por qué lado quiere usted que nos aproximemos a ella?

Lawson reflexionó. Tendría que ser por el norte o por el sur. Si llegaban por el oeste, tendrían aquellas rocas ardientes en su campo de visión. Por el este aún era menos posible, pues tendrían el Sol naciente de cara.

—Demos la vuelta para abordar ese punto por el norte —dijo—. Y avíseme cuando estemos a menos de dos kilómetros del punto.

Los esquíes aceleraron y, aunque no hubiese ninguna posibilidad de detectar algo por el momento, Tom empezó a escrutar la superficie que se extendía ante ellos con su aparato. Deseaba comprobar una suposición que había hecho: si las capas superiores de polvo estaban a una temperatura uniforme, cualquier diferencia térmica sólo podía deberse a la intervención humana. Si se equivocaba en esta presunción…

Pues se equivocaba. Su hipótesis resultó completamente falsa. En la pantalla, el mar de polvo apareció como una confusa mezcla de manchas claras y oscuras…, más exactamente, de zonas de calor y frío. Las diferencias de temperatura sólo eran de una fracción de grado, pero la imagen apareció irremediablemente confusa. No habría ninguna posibilidad de localizar una fuente aislada de calor en aquel enredo térmico.

A Tom Lawson se le cayó el alma a los pies. Su mirada abandonó la pantalla para posarse con incredulidad en la superficie polvorienta. A simple vista, parecía absolutamente lisa y homogénea. Por doquiera se extendía aquella superficie grisácea.

Pero vista con los rayos infrarrojos, parecía el mar terrestre en un día nublado, cuando las luces y las sombras juegan en la superficie de las aguas.

Pero no había nubes, en la Luna, que proyectasen su sombra sobre aquel mar yermo.

Aquel aspecto abigarrado de la superficie debía tener otra causa. Fuera cual fuese, Tom se sentía demasiado abatido para buscar su explicación científica. Había efectuado aquel largo viaje hasta la Luna, había arriesgado su vida y su equilibrio mental en aquel temerario recorrido…, y todo para que al final sus esperanzas, basadas en un experimento cuidadosamente realizado, cayesen por los suelos a causa de una jugarreta que le gastaba la naturaleza. Era lo peor que le podía ocurrir y sentía compasión por sí mismo.

Tardó varios minutos en apenarse también por la suerte de las personas encerradas en el *Selene*.

—Así, entonces —dijo el capitán del *Auriga*, con una calma exagerada—, usted desea alunizar en los montes Inaccesibles. Me parece una idea muy interesante.

Spenser no dejó de ver que el capitán Anson no se lo tomaba en serio. Se

imaginaba probablemente que su interlocutor era un periodista algo chiflado que no se daba cuenta cabal de las dificultades que ofrecía semejante empresa. Esto quizá hubiera sido cierto doce horas antes, cuando el plan de Spenser no pasaba de ser un vago proyecto en su espíritu. Mas en aquel instante poseía todos los datos requeridos y sabía exactamente lo que hacía.

—Capitán, le he oído afirmar que es usted capaz de posar su astronave a menos de un metro del punto requerido. ¿Es cierto?

—Verá…, con un poco de ayuda por parte de la calculadora…, en efecto.

—Magnífico. Ahora, mire esta fotografía, por favor.

—¿Qué es esto? ¿Glasgow en una noche de niebla?

—Oh, se trata de una ampliación bastante mala, pero, sin embargo, nos muestra todo cuanto deseamos saber. Representa la zona situada al pie de la cumbre occidental de estas montañas. Dentro de unas horas tendré una copia mucho mejor, y un mapa con indicaciones precisas, que ahora me está preparando el Servicio Selenográfico, gracias a las fotos de sus archivos. Yo sostengo que existe una amplia terraza en el flanco de esta montaña, lo bastante grande para que se posen en ella una docena de astronaves. Y me parece bastante llano, en particular aquí…, y aquí. Por lo tanto, un alunizaje en estos parajes no sería problema para usted.

—Desde el punto de vista técnico, quizá no. ¿Pero ya ha pensado usted en lo que costaría la operación?

—Esto es cuenta mía, capitán…, nosotros creemos que puede valer la pena si es cierto lo que conjeturo.

Spenser aún pudiera haber dicho más, pero es una mala táctica comercial demostrar demasiado interés por los artículos o servicios que otro puede ofrecernos. Aquello podía resultar el notición del siglo: El primer salvamento efectuado en el espacio bajo los mismos ojos de las cámaras de televisión. Como por desgracia todo el mundo sabía, habían ocurrido muchos siniestros y accidentes en el vacío interplanetario, pero siempre habían estado desprovistos de elementos dramáticos o de suspenso. En estos casos, las víctimas murieron instantáneamente o, cuando se supo el desastre, ya no había esperanzas de salvación. Semejantes tragedias saltaban bajo grandes titulares a las primeras planas de los periódicos, pero no proporcionaban relatos apasionantes de interés humano, como podía ocurrir con el caso del *Selene*. Al día siguiente, ya habían dejado de ser noticia.

—No se trata solamente de la cuestión económica —dijo el capitán, aunque su tono de voz parecía dar a entender que había pocas cosas tan importantes como aquélla—. Aunque la compañía propietaria de la astronave estuviese de acuerdo, usted necesitaría una autorización especial de la Dirección General del Espacio de esta cara de la Luna.

—Ya lo sé…, alguien se ocupa de ello en estos momentos. No se trata de

dificultades insuperables.

—¿Y qué me dice usted de los Lloyd's? Nuestra póliza de seguros no cubre pequeñas operaciones como ésa.

Spenser se inclinó sobre la mesa, dispuesto a lanzar su bomba.

—Capitán —articuló lentamente—. Las Informaciones Interplanetarias están dispuestas a depositar de antemano una fianza por el valor total de la astronave cubierto por la póliza que…, si mis informaciones son ciertas, asciende a la suma algo exagerada de 6.425.000 dólares esterlinos.

El capitán Anson parpadeó dos veces y su actitud cambió al instante. Con aire pensativo, se sirvió una copa y dijo:

—Nunca hubiera imaginado que a mi edad empezaría a hacer alpinismo. Pero si ustedes son lo bastante locos para arriesgar seis millones de dólares…; en tal caso, a las montañas se ha dicho.

Con gran alivio por parte de su marido, el interrogatorio de la señora Schuster se interrumpió para que todos pudiesen almorzar. Era una dama muy parlanchina y por lo visto aprovechaba con agrado la primera ocasión que se le presentaba en muchos años de hablar por los codos. Según podía colegirse de sus palabras, su carrera no era de las más notables cuando la suerte y la policía de Chicago pusieron punto final a su actuación artística. Pero tenía bastante mundo y trató a muchas de las grandes artistas de finales de siglo. Sus recuerdos evocaron los días lejanos de su juventud para varios de los pasajeros de más edad. En un momento dado, sin que el tribunal protestara, todo el auditorio la coreó cuando se puso a cantar aquel éxito perdurable, que nunca pasaba de moda: *Spacesuit Blues*. En su calidad de mantenedor de la moral del grupo, el comodoro pensó que la señora Schuster valía su peso en oro…, lo cual no era decir poco.

Después del almuerzo, que algunos pasajeros hicieron durar media hora, masticando cada bocado cincuenta veces, se continuó la sesión de lectura, y los que pedían con insistencia *La Naranja y la Manzana* se salieron finalmente con la suya. Como la acción de la novela transcurría en Inglaterra, se acordó por unanimidad que la leyese el señor Barrett, quien así tuvo que hacerlo, pese a sus vivas protestas.

—Muy bien —dijo a regañadientes—. Empecemos entonces. Capítulo primero. Drury Lane, 1665…

Desde luego, el autor no perdió el tiempo. Menos de tres páginas después del principio de la novela, sir Isaac Newton ya explicaba la ley de la gravedad a la señora Gwynn, quien ya había dado a entender que se lo pagaría de algún modo. La forma que asumiría esta remuneración, Pat Harris la adivinó fácilmente, pero era un esclavo del deber. Las distracciones eran para los pasajeros. Los tripulantes tenían otras cosas que hacer.

—Hay un cajón con víveres de socorro que aún no he abierto —le dijo la señorita Wilkins, cuando la puerta del compartimiento estanco se cerró suavemente tras ellos, ahogando las frases articuladas a la perfección por el señor Barrett—. Las galletas y la confitura escasean, pero la carne comprimida aún puede durar.

—Lo cual no me sorprende —repuso Pat—. Los pasajeros no demuestran mucha predilección por ella. Vamos a ver el inventario de alimentos.

La azafata le tendió las hojas mecanografiadas, ya muy marcadas con señales de lápiz.

—Empezaremos por esta caja. ¿Qué contiene?

—Jabón y servilletas de papel.

—Bien, esto no es comestible. ¿Y la siguiente?

—Caramelos. Los guardaba para celebrar nuestro salvamento…

—Me parece buena idea, pero esta noche podría repartir algunos. Uno para cada pasajero, con una copita de licor. ¿Y esto?

—Un cartón con mil cigarrillos.

—Trate que nadie los vea. Hubiera preferido que no me lo hubiese dicho.

Pat dirigió una pálida sonrisa a Sue y pasó a la caja siguiente. Era indudable que los alimentos no iban a representar el problema principal, pero tenían que comprobar cuidadosamente sus existencias. Harris sabía que cuando fueran rescatados, tarde o temprano algún escribiente humano o electrónico insistiría para que se hiciese un inventario detallado de todas las provisiones consumidas. Conocía muy bien a la Administración Lunar.

Cuando fueran rescatados. ¿Creía sinceramente que sucedería tal cosa? Llevaban ya más de dos días perdidos y no había el menor indicio de alguien que los estuviera buscando. No sabía cómo este indicio podía manifestarse…, pero esperaba algo.

Permaneció silencioso y pensativo hasta que Sue le preguntó ansiosa:

—¿Qué sucede, Pat? ¿Algo anda mal?

—¡Nada de eso! —repuso él con amarga ironía—. Dentro de cinco minutos estaremos entrando en la Base. Ha sido un viaje muy agradable, ¿no le parece?

La joven lo miró con incredulidad, enrojeció y las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Perdóneme —dijo Pat, inmediatamente arrepentido—. No quería decir eso… Ha sido una prueba muy dura para ambos y usted la ha resistido de una manera admirable. No sé qué hubiéramos hecho sin usted, Sue.

Ella se llevó un pañuelo a los ojos, sonrió fugazmente y repuso:

—Está bien, ya comprendo. —Ambos guardaron silencio por un momento—. Dígame, Pat…, ¿cree usted de verdad que saldremos de ésta?

Encogiéndose de hombros con ademán de impotencia, Pat repuso:

—¿Quién sabe? Por lo menos, tenemos que mostrarnos confiados ante los pasajeros.

Y también podemos tener la seguridad del hecho que toda la Luna nos busca. Me resisto a creer que esto aún dure mucho tiempo.

—Pero aunque nos encuentren… ¿Cómo llegarán a nosotros?

La mirada de Pat se volvió hacia la puerta exterior, que sólo estaba a unos centímetros.

Hubiera podido tocarla sin moverse de donde estaba…, incluso hubiera podido abrirla después de inmovilizar el cierre de seguridad, pues se abría hacia dentro. Al lado opuesto de aquella fina plancha metálica había quién sabe cuántas toneladas de polvo que irrumpirían como agua en una nave que se hundiese, si encontrasen el menor resquicio para infiltrarse. ¿A qué distancia de ellos se encontraba la superficie? Éste era un problema que le había preocupado desde que se hundieron, pero era imposible averiguarlo.

Y tampoco podía responder a la pregunta que le había hecho Sue. Era difícil imaginar lo que pasaría cuando los localizasen. Lo más probable era que se iniciasen inmediatamente las operaciones de salvamento. Sin duda sus hermanos terrestres no les dejarían morir cuando descubriesen que estaban vivos…

Con todo, esto significaba prestar oídos a un optimismo irrazonable, no a la fría lógica.

Antes que ellos, centenares de seres humanos habían quedado encerrados en vehículos del espacio, como ellos estaban encerrados entonces, y todos los recursos de naciones ricas y poderosas no bastaron para salvarlos. Pensó también en los mineros atrapados en las galerías a causa de un derrumbamiento, a los tripulantes de submarinos hundidos y, sobre todo, en los astronautas cuya nave había sido lanzada fuera de su órbita, más allá de toda posibilidad de ser alcanzados, y que muchas veces podían comunicarse libremente con amigos y parientes hasta que llegaba el momento de su fin. Un caso parecido ocurrió dos años atrás con el *Casiopea*, cuando se le agarrotó el motor principal y su misma fuerza propulsora sirvió para lanzarlo fuera del Sistema Solar. En aquellos instantes debía estar navegando por el espacio en dirección a la estrella Canopus, en una de las órbitas mejor calculadas de las que recorrían los vehículos espaciales. Los astrónomos podrían determinar con toda exactitud su situación durante millones de años.

¡Buen consuelo para los tripulantes, encerrados en una tumba más duradera que la que tuvo Faraón alguno!

Pat alejó de su mente aquella estéril divagación. Su estrella aún no había declinado, y pensar en que todo terminaría en desastre, equivaldría a atraerlo.

Así es que entonces propuso:

—Démonos prisa por concluir este inventario. Tengo interés en saber qué va a pasar entre Nell Gwynn y el pícaro sir Isaac.

Por lo menos, aquél era un pensamiento mucho más grato, especialmente

encontrándose cerca de una chica tan atractiva y desvestida como Susan. Pat pensó que, en situaciones como aquélla, las mujeres gozaban de una gran ventaja sobre los hombres. Susan conservaba su elegancia, a pesar de haberse quitado casi todo el uniforme para resistir el calor tropical que allí reinaba; en cambio, él, como todos los hombres que iban en el *Selene*, se sentía molesto y desaseado con su áspera barba de tres días. Y lo peor era que no podía hacer nada para remediarlo.

Su áspera barba no pareció molestar a Susan, sin embargo, cuando él, abandonando el fingido trabajo del inventario, se acercó tanto a ella que le rozó la mejilla con su pinchante barba. Verdad es que ella tampoco demostró ningún entusiasmo. Se limitó a permanecer quieta frente a los cajones medio vacíos, como si ya hubiese esperado aquello y no la sorprendiese en absoluto. Pat, desconcertado por aquella reacción, no tardó en apartarse.

—Perdón —dijo—. Supongo que usted pensará que soy un tenorio sin escrúpulos que trata de aprovecharse de la situación.

—Nada de eso —repuso Sue, lanzando una fatigada risa—. Por el contrario, me alegra saber que aún produzco efecto. A ninguna chica le molesta que un nombre la corteje. Lo molesto es cuando pretenden propasarse con una.

—De modo que, ¿no quiere que siga?

—No estamos enamorados, Pat, y eso tiene importancia para mí, incluso ahora.

—¿Y seguiría teniendo importancia si supiese que jamás saldremos de aquí?

Ella arrugó la frente, pensativa.

—No estoy muy segura…, pero usted mismo ha dicho que hay que suponer que nos encontrarán. Si no pensáramos eso, entonces, tanto importaría una cosa como otra.

—Lo siento —dijo Pat—. Yo no la deseo bajo estas condiciones. La quiero demasiado para eso.

—Me alegro de saberlo; usted sabe que siempre me ha gustado trabajar con usted…, hubiera podido pedir el traslado para otros muchos destinos.

—Fue una lástima que no lo hiciera —comentó Pat.

Su breve vaharada de deseo, provocada por la soledad, la proximidad de la joven, su escasa vestimenta y su tensión emocional, ya se había disipado.

—Ya vuelve usted a ser pesimista —dijo Sue—. Éste es su principal defecto. Permite que las circunstancias lo dominen, y se deja abatir por ellas. No hace ningún esfuerzo por sobreponerse…, se deja intimidar por cualquiera.

Pat la miró, más sorprendido que disgustado.

—Nunca hubiera, supuesto —dijo— que se dedicase a psicoanalizarme.

—Y no lo he hecho. Pero cuando se tiene interés por alguien y se trabaja con él, es inevitable llegar a conocerle bastante bien.

—Ya no estoy de acuerdo con su afirmación respecto a que me dejo intimidar

fácilmente.

—¿Ah, no? ¿Quiere decirme quién manda en el *Selene*, ahora?

—Si se refiere al comodoro, es diferente. Está mil veces más capacitado que yo para asumir el mando en estos momentos. Y lo ha hecho con una corrección absoluta…, no ha dejado de pedirme permiso ni un solo instante.

—Ahora ya no se molesta en hacerlo. De todos modos, no es ésa la cuestión. ¿No le alegra pensar que él ha asumido esa responsabilidad?

Pat reflexionó un instante. Después miró a Sue con respeto, a pesar que no quería demostrarlo.

—Quizá tenga usted razón. Nunca he sentido deseos de imponerme o de imponer mi autoridad…, si es que la tengo. Creo que esto se debe al hecho que soy conductor de una especie de autobús lunar y no capitán de una astronave. Ahora ya es un poco tarde para cambiar este estado de cosas.

—Aún no ha cumplido treinta años.

—Gracias por su amabilidad, pero tengo treinta y dos. En mi familia conservamos un aire juvenil hasta edad muy avanzada. Entonces suele ser lo único que nos queda.

—¿Treinta y dos años…, y aún no tiene novia?

«¡Ah! —pensó Pat Harris—; hay varias cosas que le conciernen que ella no sabe. ¿Pero de qué serviría hablarle de Clarisa y su pequeño apartamento de Ciudad Copérnico, que entonces le parecía algo tan lejano? ¿Y debía estar muy afligida Clarisa, en aquellos momentos? ¿Quién debía afanarse por consolarla? Quizá Sue tuviese razón, bien mirado. No he tenido relaciones con una chica desde que conocí a Yvonne, hace cinco años. No, siete años…»

—Sí, creo que es mejor ser dos en la vida —dijo—. Cualquier día de éstos empezaré a pensar en casarme.

—Quizás aún diga lo mismo cuando tenga cuarenta años… Hay tantos hombres del espacio que se comportan así… Cuando se retiran, aún no se han decidido…, entonces ya es demasiado tarde. Mire al comodoro, por ejemplo.

—¿Qué enfado ha tomado con el comodoro? Es un tema que ya empieza a cansarme.

—Se ha pasado toda la vida en el espacio. No tiene familia ni hijos. La Tierra no significa gran cosa para él, supongo, pues ha vivido en ella muy poco. Debió haberse sentido completamente perdido cuando lo han jubilado. Este accidente ha sido un verdadero don del cielo para él…, ahora vuelve a sentirse otra vez él mismo.

—Me alegro por él…, lo merece. Me daría por satisfecho con llegar a su edad habiendo hecho sólo una décima parte de lo que él ha realizado… Aunque no tengo demasiada confianza en alcanzar su edad, teniendo en cuenta nuestra situación actual.

Pat vio que Susan todavía tenía en la mano las hojas del inventario; se había olvidado por completo de ellas. Le recordaron que sus recursos alimenticios iban en

disminución y las contempló con desagrado.

—Bueno, volvamos a la tarea —dijo—. Tenemos que pensar en los pasajeros.

—Si nos quedamos un rato más aquí —observó Sue—, serán los pasajeros quienes empiecen a pensar en nosotros. No podía suponer cuán cerca estaba de la verdad.

Capítulo 12

El ingeniero jefe pensó que el silencio del doctor Lawson ya había durado demasiado.

Era hora de reanudar la comunicación.

—¿Todo va bien, doctor? —le preguntó con su tono más amistoso.

Oyó una especie de gruñido breve y colérico, pero que no se dirigía a él, sino al universo en general.

—No hay nada a hacer —repuso Lawson con amargura—. La imagen térmica es demasiado confusa. Hay docenas de puntos de calor, pero nada que se parezca a lo que buscamos.

—Haga que detengan su esquí. Voy ahora mismo a ver qué pasa.

El segundo esquí se detuvo, mientras el primero se colocaba a su lado, hasta que ambos vehículos casi se tocaban. Con sorprendente agilidad, pese a su engorroso traje del espacio, Lawrence saltó del uno al otro y, sujetándose a los soportes del ligero techo, se instaló detrás del astrónomo. Por encima del hombro de éste, contempló la imagen de la pantalla.

—Comprendo lo que quiere decir; es un verdadero enredo. ¿Pero cómo se explica que fuese uniforme cuando tomó las fotografías desde el satélite?

—Debe ser un efecto causado por el Sol naciente. El mar se calienta y, por un motivo que ignoro, no lo hace de manera uniforme.

—Quizá podremos encontrar una explicación. Observo que hay algunas zonas bastante claras… Esto debe tener su motivo. Si conseguimos descubrirlo, habremos resuelto algo.

Tom Lawson se movió haciendo un gran esfuerzo. El frágil cascarón de la confianza en sí mismo había sido hecho trizas por aquel revés inesperado, y se sentía dominado por una intensa fatiga. Había dormido muy poco durante los dos últimos días. Lo llevaron apresuradamente del satélite a una astronave y, después, de ésta a la Luna y, por último, a aquel esquí para el polvo. Y, al final, resultaba que su ciencia de nada servía.

—Puede haber una docena de explicaciones —dijo con tono sombrío—. Este polvo parece uniforme, pero puede tener zonas de distinta conductividad. Y quizá es más profundo en unos sitios que en otros…, lo cual puede alterar la cantidad de irradiación térmica.

Lawrence continuaba con la vista fija en la pantalla, tratando de relacionar la imagen que veía en ella con la escena que los rodeaba.

—Un momento —dijo—. Me parece que acaba de decir algo muy interesante. —Llamó al piloto—. ¿Qué profundidad tiene la capa de polvo por aquí?

—Nadie lo sabe. No disponemos de cartas batimétricas completas del mar de la

Sed.

Pero en estos parajes es poco profundo…, cerca de la orilla norte. A veces hemos perdido la pala de una turbina en un escollo invisible.

—¿Tan poco profundo? Pues ahí tiene usted la solución del enigma. Si existen rocas a unos centímetros de profundidad, la imagen térmica puede sufrir toda clase de alteraciones. Le apuesto doble contra sencillo a que la imagen será más nítida cuando nos alejemos de estas regiones poco profundas. No se trata más que de un efecto local, provocado por las irregularidades del fondo.

—Tal vez tenga usted razón —dijo Tom, algo más animado—. Si el *Selene* se ha hundido, esto tiene que haber sucedido en una zona donde la capa de polvo sea mucho más profunda. ¿Está usted seguro que aquí el fondo está tan próximo a nosotros?

—Vamos a comprobarlo. Tengo una sonda de veinte metros en mi esquí.

Una sola sección del tubo telescópico bastó para demostrar que la suposición del ingeniero era cierta. Cuando éste hundió la sonda en el polvo, chocó con el fondo a menos de dos metros.

—¿Cuántas palas de repuesto tenemos? —preguntó con aire pensativo.

—Cuatro —repuso el piloto—. Dos juegos completos. Pero al chocar con una roca, las chavetas ceden y las palas no suelen recibir daño alguno. Además, como son de caucho, suelen plegarse. El año pasado sólo perdí tres. El *Selene* tuvo que cambiar una hace pocos días, durante una excursión, y Pat Harris tuvo que salir del barco para reparar la avería, lo cual resultó bastante emocionante para los pasajeros.

—Muy bien…, en marcha otra vez. Dirijámonos al desfiladero; tengo la impresión que la falla continúa en el mar de la Sed y, por lo tanto, el polvo debe ser allí más profundo. Si es así, las imágenes de la pantalla se harán más uniformes casi en seguida.

Sin grandes esperanzas, Tom continuó observando el juego de luces y sombras en la pantalla. Las navecillas avanzaban con mucha lentitud, para darle tiempo de analizar lo que veía.

Aún no habían recorrido dos kilómetros, cuando el joven astrónomo comprendió que Lawrence estaba en lo cierto.

Las manchas de intensidad desigual empezaron a desaparecer. La mezcla confusa de indicaciones frías y calientes se iban uniformizando. Sobre la pantalla se iba extendiendo un color grisáceo y unido, a medida que las variaciones de la temperatura se atenuaban.

Ya no quedaba la menor duda: la profundidad de la capa de polvo que tenían debajo iba rápidamente en aumento.

Tom hubiera debido alegrarse al comprobar que su equipo demostraba de nuevo su eficacia. Pero sucedió exactamente lo contrario. No podía apartar de su

pensamiento los abismos ocultos sobre los que flotaba, en un endeble armatoste que navegaba por un medio traicionero y hostil. Bajo sus pies quizás habían simas que se hundían hasta el oculto corazón de la Luna, que podía devorar en cualquier momento al débil esquí, lo mismo que parecía haber engullido al *Selene*.

Tenía la impresión de cruzar un abismo sobre la cuerda floja o de seguir un sendero estrecho entre arenas movedizas. Durante todo el día se había sentido inseguro; sólo conoció la seguridad y la confianza cuando podía demostrar sus conocimientos técnicos…, pero nunca en sus relaciones con sus semejantes. En aquel momento, los peligros que presentaba su situación actual estimulaban sus ocultos temores; sentía una desesperada necesidad de firmeza, de algo sólido en que apoyarse.

A lo lejos se alzaban las montañas…, que en realidad no estaban a más de tres kilómetros. Eran macizas, eternas, con sus raíces profundamente ancladas en la Luna.

Contempló con anhelo el soleado refugio que le ofrecían aquellas altas cumbres, como un hombre perdido en el Pacífico sobre una balsa hubiera podido contemplar una isla inalcanzable.

Sintió una ansia enorme a que Lawrence lo sacase cuanto antes de aquel océano de polvo, inestable y traicionero, para llevarlo a la tierra sólida y segura.

—¡Pronto, a las montañas! —susurró sin darse cuenta—. ¡A las montañas!

Nadie está a solas cuando viste un traje espacial con la radio conectada. A cincuenta metros de distancia, Lawrence oyó el susurro y comprendió claramente su significado.

El ingeniero jefe de la mitad de un mundo tiene que conocer a la perfección no sólo las máquinas, sino también los hombres. «He corrido un riesgo calculado —pensó Lawrence—, y tengo la impresión que el intento me ha salido mal. Pero no voy a ceder sin lucha. Quizás aún pueda quitar la espoleta de esta bomba psicológica antes que el mecanismo de relojería la haga estallar…»

Tom Lawson no advirtió la proximidad del segundo esquí, pues permanecía encerrado en su propia obsesión. Pero de pronto notó que lo sacudían con fuerza…, con tanta fuerza, que su frente chocó contra el borde inferior del casco. Las lágrimas de dolor lo cegaron por un momento; después sintió ira…, mezclada al propio tiempo con una inexplicable sensación de alivio, cuando se encontró frente a la enérgica mirada del ingeniero jefe Lawrence y escuchó su voz que surgía de los altavoces de su traje:

—Basta de tonterías —le dijo Lawrence—. Y no voy a permitir que se maree en una de nuestras escafandras. Cada vez que alguien vomita en su interior, nos cuesta quinientos dólares limpiarla…, y aun así, ya no queda como antes.

—No estoy mareado… —balbuceó Lawson—. Yo…

Comprendió entonces que decir la verdad aún sería peor y se sintió agradecido a

Lawrence por el tacto que había demostrado. Pero antes que pudiera decir nada más, el otro continuó, hablando con voz firme pero más amable:

—Nadie nos oye, Tom. Estamos en un circuito sólo para nosotros dos. Así es que escúcheme, y sin enfadarse. Yo sé muchas cosas sobre usted. Sé que la vida ha sido terriblemente dura para usted…, durísima. Pero tiene un cerebro de primer orden, un cerebro buenísimo, así es que no lo eche a perder portándose como un chiquillo asustado. Todos pasamos miedo alguna vez, desde luego; todos nos asustamos como chicos, pero éste no es el momento de hacerlo. La vida de veintidós personas depende de usted. Antes de cinco minutos, sabremos a qué atenernos. No quite la vista de la pantalla de su detector y no piense en nada más. Yo le sacaré de aquí sano y salvo. No se preocupe por eso en lo más mínimo.

Dio un golpecito en el traje de Lawson, esta vez cariñosamente y sin apartarle la vista de encima. Con gran alivio, vio que se iba serenando poco a poco y que sus contraídas facciones se calmaban.

Por unos instantes, el astrónomo permaneció completamente inmóvil. Era evidente que había conseguido sobreponerse a su momentánea crisis, pero parecía escuchar una voz interior.

¿En qué estará pensando?, se preguntaba Lawrence. Quizás en que forma parte de la humanidad, a pesar que ésta lo hubiese condenado a pasar su infancia en aquel espantoso orfelinato. Tal vez se decía que en algún lugar del mundo quizá existiese una persona que pudiese cuidarlo y romper aquel caparazón de hielo que rodeaba su corazón…

Era una escena extraña en verdad la que se desarrollaba en aquella llanura lisa como un espejo entre los montes Inaccesibles del sol naciente. Como naves inmóviles sobre unas aguas muertas y estancadas, los dos esquíes para el polvo flotaban muy juntos. Sus pilotos no desempeñaron parte alguna en el choque de voluntades que acababa de tener lugar y que intuyeron vagamente. Si alguien los hubiese contemplado de lejos, no hubiera podido conjeturar lo que estaba en juego: las vidas y los destinos de algunos seres humanos. Además, los dos hombres no revelarían nunca lo sucedido.

A decir verdad, algo distinto ocupaba ya su atención. Ambos advirtieron simultáneamente de cuán irónica resultaba su situación.

Durante el tiempo que duró la breve escena se olvidaron de mirar a la pantalla del detector, absortos en sus propios problemas. Pero ésta les esperaba pacientemente, mostrando lo que tanto anhelaban encontrar.

Cuando Pat y Sue terminaron el inventario y salieron de la cámara neumática de entrada, los pasajeros se encontraban aún en imaginación en la Inglaterra de Carlos II.

Como ya era de esperar, la breve lección de física ofrecida por Newton a Nell

Gwynn fue seguida por una lección mucho más larga de anatomía que ésta ofreció a Sir Isaac. El auditorio estaba encantado, y sobre todo teniendo en cuenta que el acento inglés purísimo de Barrett cada vez era más irreprochable.

Precisamente estaba leyendo lo que sigue:

«—En verdad le digo, Sir Isaac, que es un hombre de mucha sabiduría. Sin embargo, me atrevo a pensar que hay muchas cosas que una mujer podría enseñarle.

»—¿Qué cosas, mi linda doncella?

»Nell se ruborizó, vergonzosa.

»—Sir Isaac, temo que hayas consagrado vuestra vida tan sólo a las cosas del espíritu.

Pareces haber olvidado que el cuerpo también posee una gran ciencia.

»—Puedes llamarme *Ike* —dijo el sabio con voz ronca, mientras con sus dedos torpes trataba de deshacer los lazos de su blusa.

»—¡No aquí…, en palacio! —protestó Nell, sin hacer ningún esfuerzo por contener sus avances—. ¡El rey no tardará en regresar!

»—No se alarme, linda niña. Carlos está echando baladronadas con ese emborronador de cuartillas llamado Pepys. Esta noche no le veremos…»

«Si alguna vez salimos de aquí —pensó Pat—, tendremos que enviar una carta de agradecimiento a ese estudiante de diecisiete años que vive en Marte y que ha escrito esta sarta de disparates. Ha conseguido que los pasajeros se diviertan y esto es todo lo que importa de momento».

Con todo, había en la cabina alguien que no se divertía en absoluto. Pat no tardó en darse cuenta con inquietud del hecho que la señorita Morley le miraba con insistencia desde que había vuelto junto a los pasajeros. Recordando sus deberes como capitán, se volvió hacia ella para dirigirle una sonrisa tranquilizadora, aunque algo forzada.

Ella no se la devolvió. Su gesto aún se hizo más adusto y hostil. Después, lenta y deliberadamente, miró a Susan Wilkins, antes de mirarlo de nuevo a él.

No eran necesarias palabras para comprender lo que quería decir con tanta claridad como si lo hubiese gritado a voz en cuello: «Ya sé lo que estuvieron haciendo allá dentro, en la compuerta de entrada».

Harris sintió que se le encendía el rostro con la indignación del que se ve acusado injustamente. Por un momento permaneció sentado en la butaca, mientras la sangre latía en sus sienes. Después murmuró entre dientes: «¡Ya le enseñaré yo a esa mal pensada!»

Se puso en pie y, dirigiendo a la señorita Morley una mirada de venenosa dulzura, dijo de modo que ella lo oyese:

—¡Señorita Wilkins! Creo que hemos olvidado algo. ¿Quiere volver a la

compuerta de entrada?

Al cerrarse nuevamente la puerta a sus espaldas, interrumpiendo la narración de un incidente que arrojaba las dudas más graves sobre la ascendencia del duque de Saint Albans, Sue Wilkins lo miró desconcertada.

—¿Vio usted, eso? —preguntó él, todavía ardiendo en ira:

—¿A qué se refiere?

—A la señorita Morley…

—¡Bah! —le interrumpió Susan—. No se preocupe por esa infeliz. La pobre no le quita ojo de encima desde que salimos de la Base. Ya sabe de qué sufre, ¿no?

—¿De qué? —preguntó Pat, desazonado y casi seguro de cuál sería la respuesta.

—Creo que podríamos llamarlo soltería progresiva. Es una enfermedad muy común y los síntomas son siempre los mismos. Sólo existe un remedio para ella.

Los caminos del amor son extraños y tortuosos. Apenas diez minutos antes, Pat y Sue habían salido juntos de la cámara de entrada convencidos del hecho que sólo había entre ellos una pura amistad y decididos a continuar así. Pero, entonces, la extraña combinación de la señorita Morley con Nell Gwynn y la creencia que de todos modos los condenarían, ya fuesen inocentes o culpables, mezclado con la instintiva certidumbre biológica del hecho que el amor es lo único que puede oponerse a la muerte, acabó por dominarlos. Por un instante permanecieron inmóviles en el pequeño y angosto recinto y un instante después, sin que supieran quién había hecho el primer movimiento, se encontraron uno en brazos del otro.

Sue sólo tuvo tiempo de susurrar una frase antes que Pat le sellase los labios con un beso:

—Aquí no…, no hay palacio…

Capítulo 13

El ingeniero jefe Lawrence permanecía con la vista fija en el débil resplandor de la pantalla, esforzándose por interpretar su significado. Como todos los sabios e ingenieros, había pasado buena parte de su vida contemplando las imágenes dibujadas por electrones en movimiento para registrar hechos demasiado grandes o demasiado pequeños, demasiado luminosos o demasiado oscuros para que el ojo humano los captara. Hacía más de cien años que el tubo de rayos catódicos había puesto el mundo invisible al alcance del hombre. Mas éste ya había olvidado que en otras épocas estuvo fuera de su alcance…

Doscientos metros más allá, según el detector, había en medio del desierto de polvo una zona circular donde la temperatura era algo más elevada. Era una zona casi perfectamente circular y muy aislada. No había otras fuentes calóricas en todo el campo visual. Aunque era mucho más pequeña que la mancha fotografiada por Lawson desde Lagrange, se encontraba en el mismo lugar. Apenas podía dudarse del hecho que ambas eran lo mismo.

Sin embargo, nada demostraba que fuese lo que andaban buscando. La mancha luminosa podía tener varias explicaciones. Tal vez señalaba el emplazamiento de un picacho aislado, cuya cumbre se alzaba desde las profundidades hasta cerca de la superficie del mar de polvo. Sólo había un medio de averiguarlo.

—Usted quédese aquí —ordenó Lawrence—. Yo seguiré adelante en el número uno y usted me avisará cuando llegue al centro exacto de la mancha.

—¿Cree usted que hay peligro?

—No es probable. Pero no hay necesidad que ambos corramos ese riesgo.

El esquí número 1 se deslizó con el mayor cuidado en dirección a la enigmática mancha, tan manifiesta en la pantalla infrarroja y, no obstante, completamente invisible para el ojo humano.

—Un poco más a la izquierda —ordenó Tom—. Unos metros más…, está a punto de llegar a ella… ¡Eso, allí es!

A primera vista, el polvo grisáceo presentaba un aspecto tan liso y uniforme como en cualquier otra parte del mar de la Sed; pero al mirar Lawrence con más atención, vio algo que le puso la carne de gallina.

Al examinarlo con cuidado, como hacía él entonces, el polvo se mostraba como una finísima granulación. Pues bien: *aquella granulación se movía de manera alucinante, como si la agitara un viento invisible, con el resultado que la superficie del mar de polvo se deslizaba lentísimamente hacia él*.

Aquello no le gustó en absoluto a Lawrence. En la Luna, uno aprende a desconfiar de todo lo que es anormal e inexplicable, pues suele indicar la presencia de algo siniestro.

Aquel polvo que se movía lentamente era extraño e inquietante a la vez. Si una embarcación de gran tamaño ya había zozobrado en aquel paraje, un barquichuelo de pequeñas dimensiones, como un esquí, podía hallarse en un peligro aún mayor.

—Es preferible que se mantenga a distancia —advirtió al piloto del segundo esquí—. Aquí pasa algo raro…, algo que no entiendo.

Luego describió con el mayor detalle el fenómeno a Lawson. Éste reflexionó y no tardó en contestar:

—¿Dice usted que parece como un manantial de polvo? Pues eso exactamente es lo que es. Ya sabemos que existe una fuente de calor en ese punto…, y debe ser suficiente para provocar una corriente de convección.

—¿Y cuál puede ser la causa de esto? No creo que sea el *Selene*.

Se sintió dominado por la decepción. Desde el principio había temido que aquello se pareciese a una cacería de patos silvestres. Una bolsa de radiactividad o de gases calientes puestos en libertad por el temblor habían engañado a sus instrumentos, atrayéndolos a aquel lugar desolado. Cuanto antes se fuesen de allí, mejor…, el sitio aún podía ser peligroso.

—Un momento —dijo Lawson—. Un vehículo con sus máquinas y veintidós pasajeros a bordo…, debe producir una buena cantidad de calor. Tres o cuatro kilovatios al menos. Si este polvo está en equilibrio, puede ser bastante para provocar una corriente de partículas.

Lawrence pensó que aquello era muy poco probable; pero estaba dispuesto a asirse a un clavo ardiendo. Tomó la delgada sonda metálica y la hundió verticalmente en el polvo.

Si al principio penetró sin resistencia, a medida que el tubo telescópico se fue alargando tropezó con una dificultad creciente para hacerlo descender. Cuando los veinte metros que medía la sonda estuvieron completamente extendidos, tuvo que apelar a todas sus fuerzas para empujarla hacia abajo.

La pieza final desapareció en el polvo sin que chocase con nada…, pero él no confiaba conseguirlo al primer intento. Había que efectuar la tarea con método, trazando algún plan para continuar la búsqueda. Después de recorrer en zigzag la zona durante varios minutos, había trazado sobre ella una serie de líneas paralelas, distanciadas cinco metros entre sí. A la manera de un antiguo agricultor que plantase patatas, empezó a seguir la primera de aquellas líneas, hundiendo regularmente la sonda en el polvo. Era una tarea ardua y lenta, pues parecía un ciego que anduviese a tientas en la oscuridad con un bastón delgado y flexible. Si lo que buscaba se hallaba fuera del alcance de su varilla, tendría que pensar en algún otro método; pero ya se ocuparía de aquel problema cuando llegase el momento.

Llevaba diez minutos entregado a esta tarea y empezó a confiarse demasiado. Tenía que servirse de ambas manos para manejar la sonda, en especial cuando ésta se

hallaba profundamente hundida. Estaba empujándola con toda su fuerza, asomado sobre el borde del esquí, cuando resbaló y cayó de cabeza en el polvo.

Pat advirtió inmediatamente, al salir del compartimiento estanco, el cambio que se había producido en la cabina. La lectura de *La Naranja y la Manzana* había concluido poco antes y se estaba desarrollando una acalorada discusión que cesó repentinamente, con un silencio embarazoso, cuando él penetró en la cabina. Varios pasajeros lo miraban con el rabillo del ojo y otros hacían como si no lo viesen.

Miró en torno suyo y preguntó:

—¿Qué hay, comodoro? ¿Pasa algo?

—Tienen la creencia que no hacemos todo lo que podríamos para salir. Les he explicado que no nos queda otra alternativa sino la de esperar hasta que alguien nos encuentre; pero hay quienes no están conformes.

Tarde o temprano, aquello tenía que suceder, pensó Pat. Al pasar el tiempo sin que hubiese el menor indicio de alguien que vendría a socorrerles, los nervios empezarían a fallar y esto los mantendría en constante estado de irritación. Los pasajeros empezarían a pedir que se hiciese algo, fuese lo que fuese… Era contrario a la naturaleza humana adoptar una actitud pasiva, sin hacer nada al afrontar la muerte.

—Hemos examinado este problema no sé cuantas veces —repuso Pat Harris con voz cansada—. Estamos bajo una capa de polvo que, por lo menos, tiene diez metros de espesor, y si abriésemos la escotilla, sería imposible ascender a la superficie a través de ese polvo densísimo.

—¿Está usted seguro de eso? —preguntó uno.

—Completamente seguro —respondió Pat—. ¿Ha intentado usted alguna vez nadar por la arena? No iría muy lejos.

—¿Y si intentáramos poner los motores en marcha?

—Dudo que pudieran hacer avanzar la nave ni un centímetro. Y aunque lo hicieran, la propulsión se ejercería hacia delante…, no hacia la superficie.

—Podríamos agruparnos todos en la popa, para levantar la proa del vehículo con nuestro peso.

—Lo que más me preocupa —continuó Pat— es la presión que soporta el casco.

Suponga usted que pusiésemos los motores en marcha. Sería como golpear la cabeza en un muro. Es imposible saber los daños que podría sufrir la nave.

—Pero existe una probabilidad para que esto diese buen resultado. ¿Cree que no vale la pena probarlo?

Pat miró al comodoro, algo disgustado porque éste no hubiese salido en su ayuda.

Hansteen le devolvió la mirada, como para decirle: «Hasta ahora, yo me he ocupado de todo esto… Ahora le toca a usted». No estaba mal…, especialmente después de lo que Susan le había dicho. Ya era hora que anduviese por su cuenta o, al

menos, demostrase que podía hacerlo.

—El peligro es demasiado grande —dijo lisa y llanamente—. Aquí estamos perfectamente seguros durante cuatro días por lo menos. Y mucho antes que expire ese plazo, ya nos habrán encontrado. ¿Por qué arriesgarlo todo, entonces, en un intento que sólo tiene a su favor una probabilidad entre un millón? Si fuese nuestro último recurso, yo diría que sí…, pero, por el momento, no.

Paseó su mirada por la cabina como para desafiar a quien no estuviera de acuerdo con él. Entonces su mirada se cruzó con la de la señorita Morley y no hizo nada para evitarla.

Sin embargo, fue con más sorpresa que disgusto que oyó decir a la periodista:

—Quizás el capitán no tenga mucha prisa en salir… He notado que últimamente se le ha visto muy poco…, tan poco como a la señorita Wilkins.

«¡Maldita marimacho de cara avinagrada! —pensó Pat—. Y todo esto porque ningún hombre en sus cabales…»

—Calma, Harris —dijo el comodoro muy a tiempo—. Déjelo para mí.

Era la primera vez que Hansteen imponía su autoridad. Hasta entonces había obrado con guante blanco o se había apartado discretamente a un lado para dejar que actuase Pat. Pero entonces oyeron todos la auténtica voz de un hombre acostumbrado a mandar, que resonó como un toque de clarín en un campo de batalla. No era un astronauta retirado quien hablaba, sino un comodoro del espacio en activo.

—Señorita Morley —dijo—, su observación es innecesaria e impertinente. Sólo puede excusarla el hecho que todos estamos sometidos a una considerable tensión nerviosa.

Creo que debería usted pedir excusas al capitán.

—Lo que he dicho es cierto —repuso ella con terquedad—. Que lo niegue, si no.

El comodoro Hansteen no había perdido los estribos durante treinta años de servicio y no tenía intención de perderlos entonces. Pero sabía en qué momentos había que fingir cólera y, en aquel caso, poco faltaba para que la sintiese de verdad. No sólo estaba furioso con la señorita Morley, sino que estaba, disgustado con Pat, pues creía que éste los había abandonado un poco. Naturalmente, las acusaciones de la señorita Morley podían ser infundadas por completo; pero la verdad era que Pat y Sue habían pasado un tiempo excesivo entregados a una tarea muy sencilla. Había ocasiones en que aparentar inocencia era casi tan importante como la propia inocencia. Recordó un viejo proverbio chino: «No te detengas para atar las cintas de tus zapatos en el campo de melones de tu vecino».

—Me importan un bledo —dijo con voz de trueno— las relaciones que puedan existir entre la señorita Wilkins y el capitán. Eso es cuenta suya y, mientras desempeñen su misión correctamente, nosotros no tenemos ningún derecho a inmiscuirnos en su vida privada. ¿Acaso insinúa usted que el capitán Harris no

desempeña bien su cometido?

—Yo…, yo no quiero decir eso.

—Entonces, le ruego que no diga nada. Ya tenemos bastantes problemas en nuestras manos actualmente para que tengamos que buscarnos otros.

Los demás pasajeros permanecieron sentados, escuchando la discusión con esa mezcla de embarazo y placer que experimentan casi todas las personas cuando asisten a una pelea en la que no les va ni les viene. Aunque, en realidad, la cuestión concernía a todos los reunidos a bordo del *Selene*, pues era el primer ataque dirigido contra la autoridad, la primera señal mostrando que la disciplina se resquebrajaba. Hasta entonces el grupo había estado unido en un tono armonioso, pero en aquel instante una voz se alzaba contra los ancianos de la tribu.

Era posible que la señorita Morley no fuese más que una solterona neurasténica, pero era también una mujer terca y resuelta. El comodoro vio, con comprensible preocupación, que se disponía a replicarle.

Pero nadie supo jamás qué iba a decir, porque en aquel momento la señora Schuster lanzó un alarido que estaba perfectamente de acuerdo con sus proporciones.

En la Luna, cuando un hombre cae, por lo general tiene tiempo de actuar para hacer algo, pues sus músculos y nervios están hechos para funcionar en un mundo donde la gravedad es seis veces mayor. Sin embargo, cuando el ingeniero jefe Lawrence cayó del esquí, la distancia era tan corta que no tuvo tiempo de reaccionar, chocando casi inmediatamente con el polvo y desapareciendo en las tinieblas.

No veía absolutamente nada, con excepción de la débil luminiscencia procedente de los pequeños aparatos del interior de su escafandra. Con grandes precauciones, empezó a tantear a su alrededor, en la sustancia semifluida y que oponía una suave resistencia en cuyo seno flotaba, tratando de encontrar algún asidero sólido. Pero no encontró nada; ni siquiera sabía dónde estaba arriba y dónde estaba abajo.

Le invadió una desesperación que le impedía pensar y que despojó a su cuerpo de toda su fuerza. El corazón le latía tumultuosamente, signo anunciador del pánico inminente y del desorden mental. Ya había visto a hombres transformados en bestias aullantes y se daba cuenta que no tardaría en ser uno de ellos.

Antes que su razón se extinguiese del todo, recordó que sólo hacía unos minutos había salvado a Lawson del mismo hundimiento moral; pero entonces no estaba en situación de apreciar aquella ironía del destino. Debía concentrar sus últimos restos de fuerza de voluntad en un intento para adquirir de nuevo el dominio de sí mismo y reprimir aquellas palpitaciones desordenadas que parecían a punto de hacerle estallar el pecho.

Y en aquel preciso instante, en el interior de su casco resonó, fuerte y claro, un sonido tan extraordinariamente inesperado, que las oleadas de pánico que asaltaban la

isla de su alma desaparecieron. Era la risa de Tom Lawson.

Pero la risa fue breve y a ella siguió una disculpa.

—Perdóneme, señor Lawrence…, no he podido evitarlo. Hace usted tanta gracia ahí, pataleando sobre la superficie…

El ingeniero jefe tensó el cuerpo dentro de la escafandra. El miedo lo abandonó instantáneamente, siendo reemplazado por la ira. Estaba furioso con Lawson…, pero mucho más consigo mismo.

Naturalmente, no estuvo en peligro ni un solo momento. En su escafandra hinchada, era como una pelota flotando en el agua. No podía hundirse de ningún modo. Sabiendo ya lo que había pasado, no necesitaba ayuda de nadie para salir de allí. Movió deliberadamente las piernas, se sirvió de los brazos como de unos remos y pivotó sobre su centro de gravedad… La visión volvió a él cuando el polvo se deslizó de su casco. Se había hundido diez centímetros, a lo sumo, y la pequeña embarcación siempre había estado a su alcance. Era en verdad sorprendente que no hubiera podido tocarla ni asirse a ella mientras tanteaba en las tinieblas, agitando brazos y piernas como un pulpo sacado a la playa.

Apelando a toda su dignidad, se izó a bordo. No se arriesgó a hablar inmediatamente, pues aún estaba sin aliento a consecuencia de aquellos esfuerzos innecesarios y temía que su voz traicionase el pánico reciente que había pasado. Y además, aún estaba encolerizado; no hubiera hecho el ridículo de aquel modo en los días en que trabajaba constantemente en la superficie de la Luna. Aquello quería decir que ya no estaba en forma. La última vez que se puso un traje del espacio, fue con ocasión de la revisión anual, y ni siquiera había salido al vacío exterior.

De nuevo en el esquí, su mezcla de cólera y espanto se fue disipando mientras continuaba sus sondeos. Aquellos sentimientos fueron sustituidos por un estado de espíritu reflexivo, al comprender hasta qué punto, le gustara o no, los acontecimientos y sucesos de la última media hora le habían unido a Lawson. Verdad era que el astrónomo había soltado la carcajada al verlo pataleando en el polvo…, pero el espectáculo debió ser irresistiblemente cómico. Pero Lawson había pedido que le disculpase aquella explosión de hilaridad. Poco tiempo antes, tanto la risa como las excusas hubieran sido algo completamente inimaginable.

Entonces Lawrence se olvidó de todo, porque la sonda acababa de tropezar con un obstáculo, a quince metros de profundidad.

Capítulo 14

Lo primero que se le ocurrió pensar al comodoro Hansteen fue: «A esta mujer le va a dar un ataque de histerismo».

No había pasado un segundo, sin embargo, cuando tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no hacerle eco, pues en el exterior de la nave desde donde hacía tres días no llegaba otro rumor que el murmullo del polvo al girar, acababa por fin de surgir un ruido; algo metálico estaba rasguñando el casco.

El salón se llenó instantáneamente de gritos y vítores. Con gran dificultad, Hansteen logró hacerse oír:

—¡Escuchen, por amor de Dios! Tratemos de saber lo que eso significa.

Los arañazos continuaron unos pocos segundos y volvió a reinar el silencio, más angustioso que antes.

—Nos han encontrado —dijo el comodoro—, pero quizá aún no le sepan. Si todos tratamos de hacernos oír, habrá más probabilidades de ser localizados. Pat, usted a la radio. En cuanto a nosotros, golpearemos el casco con el antiguo signo de la V del alfabeto Morse: «Tit-Tit-Tit-Ta».

En el interior del *Selene* repercutió un tamborileo de puntos y rayas telegráficos, que pronto llegó a ser perfectamente sincronizado.

—¡Alto! —gritó Hansteen un minuto después—. Ahora, escuchemos todos con atención.

El silencio que reinó después de aquel estrépito era sobrecogedor…, incluso inquietante. Para poder oír mejor, Pat había parado las bombas de aire y los ventiladores, de modo que el único ruido que se oía a bordo eran los latidos de veintidós corazones.

El silencio se prolongaba. ¿Y si aquel ruido no hubiese sido, a fin de cuentas, sino el efecto de una contracción o expansión del casco del *Selene*? ¿Y si la partida de socorro —si es que era una partida de socorro— no se hubiese percatado de su existencia, para pasar de largo y perderse por la lúgubre superficie del mar de la Sed?

De pronto los chirridos recomenzaron. Hansteen alzó la mano para contener la nueva explosión de entusiasmo.

—Escuchemos, por amor de Dios —repitió.

Los arañazos volvieron a durar unos segundos, antes que reinase nuevamente el silencio. Uno de los presentes dijo en voz baja, más para romper aquel medroso silencio que por cualquier otro motivo más concreto:

—Se diría que arrastran un cable sobre el casco de la nave. ¿Y si hicieran pasadas con un anclote para engancharnos?

—Imposible —repuso Pat—. La resistencia sería excesiva, sobre todo a esta profundidad. Lo más probable es que estén hurgando con una sonda.

—De todos modos —dijo el comodoro—, tenemos una partida de socorro a pocos metros de nosotros. Hagámosle otra señal. Una vez más, todos a una…

«Tit-Tit-Tit-Ta…»

«Tit-Tit-Tit-Ta».

A través del doble casco del *Selene*, saliendo al exterior para difundirse por el polvo, vibró el profético tema inicial de la *Quinta Sinfonía* beethoveniana, como había vibrado un siglo antes a través de la Europa ocupada. Entretanto, Pat Harris, sentado ante el puesto de radio, repetía una y otra vez, con voz apremiante:

—Llama el *Selene*. ¿Me oyen? Cambio.

Después escuchaba durante quince segundos interminables antes de repetir la transmisión.

Pero el éter permanecía tan silencioso como lo había estado siempre, desde que el polvo tragó su nave.

A bordo del *Auriga*, Maurice Spenser dirigió una ansiosa mirada al reloj de pared.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Los esquíes ya tenían que estar ahí desde hace mucho tiempo. ¿Cuándo se ha recibido su último mensaje?

—Hace veinticinco minutos —respondió el radiotelegrafista de la astronave—. No tardará en llegar el informe que envían cada media hora, tanto si han hallado algo como si no.

—¿Está usted seguro de no haber perdido su longitud de onda?

El radiotelegrafista le lanzó una mirada de indignación.

—Usted ocúpese de sus asuntos y deje que yo me ocupe de los míos.

—Discúlpeme —dijo Spenser, que desde hacía mucho tiempo había aprendido a disculparse con rapidez cuando era necesario—. Tengo los nervios de punta.

Se levantó de su asiento y empezó a pasear por la pequeña cámara de mando del *Auriga*. Después de darse un doloroso golpe contra un tablero de instrumentos, pues aún no estaba acostumbrado a la débil gravedad lunar y empezaba a preguntarse si se acostumbraría a ella alguna vez, consiguió ir recobrando poco a poco el dominio de sí mismo.

La espera constituía la parte más desagradable de su oficio; la espera hasta saber si conseguiría realizar un buen reportaje. Hasta aquel momento, ya había incurrido en gastos que representaban una pequeña fortuna. Y estos gastos no serían nada comparados con los que no tardarían en acumularse si daba al capitán Anson la orden de despegar. Pero, en tal caso, sus preocupaciones habrían terminado, porque tendría ya su reportaje.

—Se comunican —exclamó el radiotelegrafista—, dos minutos antes de lo previsto.

Algo debe de haber ocurrido.

—La sonda ha golpeado algo —anunció Lawrence con flema—, pero no sé qué es.

—¿A mucha profundidad? —preguntaron simultáneamente Lawson y los dos pilotos.

—A unos quince metros. Lléveme dos metros a la derecha para que vuelva a sondear.

Retiró la sonda y la hundió de nuevo cuando el pequeño vehículo estuvo en el lugar indicado.

—El objeto sigue ahí —comunicó— y a la misma profundidad. Lléveme dos metros más allí.

El obstáculo había desaparecido…, o era demasiado profundo para que lo alcanzase la sonda.

—Por aquí no hay nada. Lléveme en la dirección opuesta.

Sería una labor lenta y tediosa tratar de establecer la forma del objeto que allí estaba enterrado. Dos siglos antes, el hombre empezó a sondear los océanos de la tierra con métodos igualmente tediosos, bajando cables lastrados al fondo del mar e izándolos de nuevo. Lawrence pensaba que era una lástima no disponer de un sondeador de eco. De todos modos, dudaba que las ondas acústicas o de radio pudiesen penetrar a más de unos metros a través del polvo.

Pero, de pronto, se reprochó su estupidez. Debió habérsele ocurrido antes. Al propio tiempo, comprendió por qué el *Selene* no había podido lanzar una llamada de socorro por radio. El polvo que había engullido a la nave ahogaba y silenciaba todas las transmisiones. Pero a tan corta distancia y si de veras se encontraba sobre el crucero hundido…

Lawrence puso su receptor en la frecuencia «Mooncrash» e inmediatamente pudo oír la señal de alarma automática, con todo el poder de su voz de robot. La señal era potentísima, penetrante y muy clara; era extraño, pensó, que no la hubiesen captado en Lagrange ni en Puerto Roris. Pero entonces comprendió que su sonda metálica, en contacto con el casco sumergido, proporcionaba un buen conductor a las ondas radioeléctricas para que éstas llegasen a la superficie.

Durante quince segundos escuchó las pulsaciones de la señal automática, tratando de darse ánimos para pasar a la acción. En realidad, nunca creyó posible encontrar la nave e incluso entonces aún podía ser muy bien que todo su esfuerzo hubiese sido en vano. La señal automática de socorro podía continuar funcionando durante semanas, como una voz de ultratumba, mucho después que hubiesen perecido todos los ocupantes del *Selene*.

Entonces, con un ademán de brusca cólera que parecía desafiar al destino, Lawrence puso la longitud de onda de la nave…, y casi le ensordeció la voz de Pat Harris, que repetía:

—Llama el *Selene*. Llama el *Selene*. ¿Me oyen? Cambio.

—Aquí el esquí para el polvo número 1 —respondió Lawrence—. Habla el ingeniero jefe. Estoy a quince metros de ustedes. ¿Están todos bien? Cambio.

Pasó algún tiempo antes que pudiera entender la respuesta, tal era el vocerío que se oía por la radio. Aquello bastaba para darle a comprender que los pasajeros estaban vivos y en buenas condiciones. Al oír sus gritos de alegría, se hubiera dicho que estaban celebrando una fiesta y que todos habían bebido más de la cuenta. En su júbilo por haber sido encontrados y haber establecido contacto con sus semejantes, los pasajeros creían que todas las dificultades habían terminado.

—Esquí para polvo número 1 llama a Puerto Roris —dijo Lawrence, mientras esperaba a que se calmase el tumulto—. Hemos encontrado al *Selene*, estableciendo contacto por radio con él. A juzgar por los clamores de entusiasmo que vienen de la cabina, creo que todos están bien. Se encuentra a quince metros de profundidad, en el punto exacto indicado por el doctor Lawson. Volveré a llamar dentro de unos minutos. Fuera.

La noticia que llevaría alivio y regocijo a todos se esparciría con la velocidad de la luz por la Luna, la Tierra y los planetas cercanos. Los pasajeros de los autobuses y de las naves espaciales, hasta ese momento extraños entre sí, se volverían unos a otros para decirse:

—¿Ha oído usted? El *Selene* ha sido hallado.

En realidad, en todo el Sistema Solar sólo había un hombre que no podía compartir de todo corazón la alegría general. Sentado en su esquí, mientras oía los vítores allá abajo y contemplaba la masa de polvo en torno suyo, Lawrence se sentía más asustado e impotente que todos los encerrados en aquella trampa bajo sus pies. Sabía que le tocaba iniciar la batalla más ruda de su vida.

Capítulo 15

Por vez primera en veinticuatro horas, Maurice Spenser aflojaba un poco su tensión interior. Se había hecho todo cuanto era posible. Los hombres y el equipo ya estaban en camino de Puerto Roris. Fue una suerte que Jules Braque estuviera en Clavius…, era un camarógrafo de primer orden y habían trabajado juntos a menudo.

El capitán Anson efectuaba sumas con la calculadora digital y examinaba con aire pensativo el mapa de las montañas. La tripulación, compuesta de seis hombres, vino de los tres bares donde se hallaba repartida, para enterarse que habría otro cambio de ruta.

En la Tierra, al menos una docena de contratos fueron firmados y transmitidos por «telefax», de enormes sumas de dinero que ya habían cambiado de mano. Los magos de las finanzas que Informaciones Interplanetarias tenían a su servicio ya habían calculado, con precisión matemática, cuánto podrían pedir a las demás agencias por los derechos de reproducción del reportaje, evitando que sintiesen la tentación de fletar naves por su cuenta y riesgo…, lo que, de todos modos, era muy improbable, pues Spenser les llevaba demasiada ventaja. Era imposible que un competidor llegase a las montañas antes de cuarenta y ocho horas. En cambio, él estaría allí dentro de seis.

Sí, era muy agradable poder tomarse las cosas con calma, en la tranquila seguridad que todo estaba ya arreglado e iba por buen camino. Era uno de aquellos momentos que hacen que valga la pena vivir y Spenser sabía muy bien aprovecharlos. Eran su panacea contra las úlceras…, que, pese haber transcurrido un siglo, continuaba siendo la enfermedad profesional de los periodistas.

Era típico de él, sin embargo, saber tomarse tales descansos en pleno trabajo. Estaba arrellanado en una mullida butaca, con una copa en una mano y un plato de bocadillos en la otra, en la pequeña sala de observación del edificio portuario. A través de las dobles láminas de vidrio podía ver el diminuto muelle del que se había hecho a la mar el *Selene*, tres días antes. (Era imposible evitar el empleo de la terminología náutica, por inadecuada que fuese en la Luna, para referirse a la «navegación» por el mar de la Sed.) El muelle no pasaba de ser un malecón de cemento que penetraba a veinte metros en aquel polvo extraño y liso. Extendido sobre él, como un gigantesco acordeón, se veía el tubo flexible por el cual los pasajeros pasaban del puerto a la embarcación lunar. En aquellos instantes, al hallarse abierto al vacío, estaba deshinchado y hundido en parte, ofreciendo un espectáculo bastante deprimente, en opinión de Spenser.

El periodista consultó su reloj y después miró al increíble horizonte. Si le hubiesen preguntado a qué distancia creía que se hallaba, hubiera contestado que, por lo menos, estaba a cien kilómetros, pese a encontrarse sólo a dos o tres.

Pocos minutos después vio brillar algo al sol. Eran los esquíes para el polvo, que habían aparecido en el horizonte lunar. Estarían allí en cinco minutos y habrían cruzado la compuerta neumática al cabo de otros cinco. Tenía tiempo, entonces, de terminar los bocadillos.

El doctor Lawson no demostró reconocer a Spenser cuando éste le saludó, lo cual no era sorprendente, pues su breve conversación celebrada con anterioridad en el *Auriga* transcurrió en unas tinieblas casi totales.

—¿El doctor Lawson? Soy reportero jefe de las Informaciones Interplanetarias. ¿Me permite que hagamos una grabación?

—Un momento —le atajó Lawrence—. Yo conozco al redactor jefe. Es Joe Leonard, no usted…

—Exacto; yo me llamo Maurice Spenser. Sustituyo a Joe desde la semana pasada.

Será necesario que se acostumbre de nuevo a la gravedad terrestre; si no, tendrá que quedarse aquí toda la vida.

—Se ha dado usted una prisa fantástica en venir. Apenas si hace una hora que hemos dado la noticia.

Spenser creyó preferible no decir que ya estaba allí desde hacía varias horas.

—¿Me permite, entonces, que efectúe una grabación? —repitió.

Spenser era un hombre que poseía una escrupulosa conciencia profesional. Algunos informadores ni siquiera pedían permiso para grabar, pero si el entrevistado protestaba más tarde, corrían el riesgo de perder el empleo. En su calidad de redactor jefe, tenía que observar las reglas establecidas para salvaguardar su protección…, y el público.

—Ahora no cuente usted conmigo —le dijo Lawrence—. Tengo muchas cosas que hacer. Pero el doctor Lawson estará muy contento de hablar con usted. Es él quien ha hecho casi todo el trabajo y a quien corresponde, por lo tanto, todo el mérito. Puede usted citar lo que acabo de decirle.

—Yo… Muchas gracias, Lawrence —balbuceó Lawson con aire de gran embarazo.

—Bien, nos veremos luego —dijo el ingeniero jefe—. Estaré en la oficina local de los técnicos, donde voy a tomar unas cuantas píldoras nutritivas. En cuanto a usted, Lawson, creo que haría bien en dormir un poco.

—Después que haya hablado conmigo —corrigió Spenser, tomando al astrónomo por el brazo y llevándoselo hacia el hotel.

La primera persona que encontraron en el vestíbulo de diez metros cuadrados fue el capitán Anson.

—Le estaba buscando, señor Spenser —dijo—. El Sindicato de Trabajadores del Espacio nos está creando dificultades. Como usted sabe, existen unas normas acerca de los viajes suplementarios. Pues bien, ahora resulta que…

—Disculpe, capitán, pero ahora no tengo tiempo. El Servicio Jurídico Interplanetario le resolverá este asunto… Llame al 1234 de Clavius; pida por Harry Dantzig. Él lo resolverá.

Empujó a Tom Lawson, que no ofrecía resistencia alguna hacia la escalera, y ambos subieron por ella. Era raro ver un hotel sin ascensores, pero éstos no eran necesarios en un mundo donde una persona normal no pesaba más allá de una docena de kilos.

Después hizo entrar al astrónomo en su *suite*.

Dejando aparte sus dimensiones extremadamente reducidas y la total ausencia de ventanas, aquellas habitaciones eran si similares a las que se encontraban en los hoteles de segunda categoría de la Tierra. El mobiliario se hallaba reducido al mínimo: un par de sillas, una cama y una mesita, todo de fibra de vidrio, pues el cuarzo era abundantísimo en la Luna. El cuarto de baño también era de tipo corriente, lo cual resultaba un alivio, después de los retretes, que siempre gastaban bromas pesadas en ausencia de toda gravedad. En cuanto a la cama, tenía un aspecto algo desconcertante. Algunos viajeros procedentes de la Tierra no podían dormir con la gravedad reducida a un sexto, y, para que estuviesen más cómodos, podía extenderse una sábana elástica sobre el lecho, sujeta por ligeros muelles. Todo ello hacía pensar un poco en las camisas de fuerza y en las celdas acolchadas.

Otra nota de humor también algo siniestra estaba representada por el aviso pegado en la puerta, redactado en inglés, ruso y chino mandarín:

«Este hotel posee una presión interior independiente. En caso de avería en la cúpula, los ocupantes del hotel se hallarán en la más completa seguridad. En caso que esto se produjese, la dirección ruega a los señores huéspedes que permanezcan en sus habitaciones en espera de nuevas instrucciones. Muchas gracias».

Spenser había leído aquel aviso docenas de veces. Sin embargo, opinaba que aquella importante información hubiera podido presentarse de manera más sencilla y agradable.

Aquella redacción era pesada y poco ágil.

Éste era el principal inconveniente de la Luna, se dijo. La lucha contra las fuerzas de la naturaleza era tan dura, que los hombres no tenían tiempo ni energía para hacerse un poco más agradable la vida y embellecerla. Esto se ponía particularmente de manifiesto en el contraste que ofrecía la maravillosa eficacia de los servicios técnicos con el abandono y negligencia existentes en los restantes aspectos de la vida. Si uno se quejaba del servicio telefónico, de los lavabos o del aire acondicionado (especialmente eso), la reparación debida se efectuaba en un santiamén. Pero cuando uno trataba que le sirviesen con rapidez en un restaurante o un bar…

—Ya sé que está usted muy cansado —dijo Spenser para iniciar la conversación

—, pero me gustaría hacerle algunas preguntas. No le importará que las grabemos, ¿verdad?

—No —repuso Tom, a quien todo le importaba muy poco desde hacía bastante tiempo.

Se dejó caer en una butaca y paladeaba maquinalmente la bebida que Spenser le había servido, aunque era indudable que no se daba cuenta cabal de lo que hacía.

El periodista comenzó la grabación:

—Habla para ustedes Maurice Spenser, de Informaciones Interplanetarias. Tengo ante mí al doctor Tom Lawson, que ha tenido la deferencia de concedernos unos minutos.

Vamos a ver, doctor: lo único que sabemos por el momento es que usted y el ingeniero jefe Lawrence, que está al frente de la cara de la Luna que mira hacia la Tierra, han encontrado al *Selene* y que las personas encerradas a bordo de la embarcación perdida están vivas y en buen estado. ¿Puede usted decirnos, sin entrar en demasiados detalles técnicos, cómo consiguieron…? ¡Vaya, lo que nos faltaba!

Spenser cazó al vuelo, sin que se vertiese una gota, el vaso que caía lentamente. El astrónomo se había quedado dormido como un tronco. Tomándolo de nuevo en brazos, lo depositó con cuidado sobre el lecho. Bien, no podía quejarse: era la única cosa que no había salido según el plan previsto. Pero incluso podía resultar ventajosa, pues nadie podría dar con el paradero de Lawson, y menos entrevistarlo, mientras se encontrase durmiendo en aquella habitación que el hotel Roris, con un curioso sentido del humor, llamaba su «*suite* de lujo».

En Ciudad Clavius, el director del Turismo consiguió, finalmente, convencer a todo el mundo del hecho que no favorecía a nadie en particular. El alivio que experimentó al enterarse que se había encontrado el *Selene* no tardó en disiparse cuando la Reuter, Time-Space, Publicaciones Triplanetarias y las Informaciones Lunares le telefonearon en rápida sucesión para protestar por el hecho que Informaciones Interplanetarias les hubiesen «pisado» la noticia.

A decir verdad, las ondas ya la difundían mucho antes que llegase a las oficinas centrales de la Administración, gracias a la cuidadosa vigilancia ejercida por Spenser, quien consiguió interferir las radios de los esquíes para el polvo.

Cuando se comprendió sin lugar a dudas lo que había ocurrido, la suspicacia de las demás agencias periodísticas fue sustituida por una franca admiración por la suerte y la destreza de Spenser. Pero aún tenía que pasar algún tiempo antes que descubriesen que el viejo zorro guardaba un triunfo aún más considerable en su espaciosa manga.

El Centro de Comunicaciones de Ciudad Clavius ya había presenciado otros muchos momentos dramáticos, pero aquél sería uno de los más inolvidables. A Davis

le parecía como si de pronto escuchasen una voz de ultratumba. Unas horas antes, todos aquellos hombres y mujeres se daban ya por muertos y, sin embargo, allí estaban, sanos y jubilosos, agrupándose ante el micrófono sepultado, para tranquilizar a familiares y amigos con sus mensajes. Gracias a la sonda que Lawrence había dejado como señal y antena, el manto de polvo de quince metros de espesor no separaba ya al crucero del resto de la humanidad.

Los periodistas, impacientes, tuvieron que esperar a que hubiese una interrupción en la transmisión de los mensajes particulares para poder efectuar entrevistas.

En aquellos momentos, la señorita Wilkins se dedicaba a transmitir los mensajes que le entregaban los pasajeros. El *Selene* debió estar lleno de personas dedicadas a la tarea de escribir afanosamente al margen de las hojas arrancadas de las guías turísticas, esforzándose por decir el máximo de cosas en el mínimo de palabras. Nada de lo que entonces se transmitía, naturalmente, podía citarse o reproducirse, pues se trataba de telegramas rigurosamente personales, y los directores generales de Correos y Telégrafos de tres planetas fulminarían con su ira combinada al reportero que tuviese el atrevimiento de citarlos. A decir verdad, los periodistas ni siquiera hubieran debido escuchar lo que se transmitía por este circuito, como el oficial de comunicaciones ya había observado varias veces con creciente indignación:

—Di a Marta, a Juan y a Eva que no se preocupen por mí, pues pronto estaré de regreso. Pregunta a Tom cómo salió el negocio con Ericsson y dímelo cuando contestes.

Cariños a todos, George. Fin del mensaje. ¿Lo ha anotado? Aquí el *Selene*… Cambio.

—La Central Lunar llama al *Selene*. Sí, hemos recibido su mensaje y lo retransmitiremos sin tardanza. Les comunicaremos las respuestas tan pronto como lleguen. Ahora desearíamos hablar con el capitán Harris. Cambio.

Hubo una breve pausa, durante la cual los ruidos del fondo de la cabina pudieron oírse perfectamente: rumores de conversaciones que resonaban extrañamente en aquel lugar cerrado, el crujido de una butaca, un ahogado «perdón». Después tomó el micrófono Pat.

—Aquí el capitán Harris llamando a la Central. Cambio.

Davis tomó el micrófono al otro extremo de la línea:

—Capitán Harris…, habla usted con el director del Turismo. Ya sé que todos ustedes desean seguir enviando mensajes, pero las agencias de información están aquí y sus representantes desean vivamente grabar unas palabras suyas. Ante todo, ¿podría usted darnos una breve descripción de las condiciones que existen en el interior del *Selene*?

Cambio.

—Pues verá usted, hace mucho calor en la cabina y nos hemos quitado mucha

ropa.

Pero nadie se queja del calor, pues hay que tener en cuenta que nos han descubierto gracias a él. Además, ya nos hemos ido acostumbrando a esta temperatura.

»El aire que respiramos continúa siendo bueno y disponemos de suficientes víveres y agua, aunque el menú peque de monótono. ¿Qué más desean saber? Cambio.

—Pregúntele cómo está la moral… —dijo el representante de Publicaciones Triplanetarias—. ¿Hay indicios de tensión entre los pasajeros?

El director de la Comisión de Turismo transmitió la pregunta con mucho tacto, de forma menos directa y más matizada. Pareció causar cierto embarazo al extremo opuesto de la línea.

—Todos los pasajeros se han portado de manera magnífica —repuso Pat con cierta precipitación—. Como es natural, todos desearíamos saber si tardarán mucho tiempo en sacarnos de aquí. ¿Podrían darnos una idea aproximada? Cambio.

—El ingeniero jefe Lawrence está en Puerto Roris organizando las operaciones de rescate —contestó Davis—. En cuanto tengamos una idea aproximada, se lo haremos saber. Entretanto, ¿podría usted decirnos en qué han pasado el tiempo? Cambio.

Pat se lo refirió, y sus explicaciones tuvieron por efecto multiplicar instantáneamente y de manera formidable la venta de *Shane* y, lo que quizás era menos de desear, la de *La Naranja y la Manzana*, cuya venta hasta entonces era muy floja. También se refirió brevemente al tribunal que habían constituido…, y cuyas sesiones quedaban aplazadas *sine die*.

—Todo esto debió haberles entretenido enormemente —comentó Davis—. Pero, desde ahora, ya no tendrán que confiar en sus propios recursos. Podemos pasarles todos los programas de radio que deseen oír: música, obras de teatro, seriales… Pidan y haremos lo que sea necesario. Cambio.

Pat tardó un poco en responder al ofrecimiento, pues si bien la comunicación por radio ya les había aportado esperanzas y puesto en contacto con los seres queridos, también habían disuelto la atmósfera de solidaridad, que ni siquiera el exabrupto de la señorita Morley logró alterar. Y Pat lamentaba sinceramente, hasta cierto punto, que aquella reclusión hubiese terminado. Ya no formaban un núcleo compacto, unido en el afán común de supervivencia. Sus vidas habían vuelto a divergir hacia fines, ambiciones y proyectos distintos. La humanidad los había absorbido de nuevo, como el mar engulle y hace desaparecer una gota de lluvia.

Capítulo 16

La opinión desfavorable que las comisiones merecían al ingeniero jefe Lawrence era de sobras conocida en la Luna. Pero consideraba muy útil el comité que él mismo había formado para asesorarle y del que él era presidente. Sus reuniones se efectuaban sin secretaria, sin orden del día y sin llevar actas de sus deliberaciones. Las operaciones de rescate estaban a su cargo, a menos que el administrador en jefe decidiera destituirlo…, lo cual sólo podía hacer obedeciendo a grandes presiones de la Tierra. Su comité asesor tenía por única finalidad proporcionarle ideas y conocimientos técnicos; era su consorcio de los cerebros particular.

Solamente seis de sus doce miembros asistían en persona a las reuniones; los demás estaban dispersos por la Luna, la Tierra y el espacio. El que se hallaba en postura más desventajosa era el experto en física del terreno, quien residía en la Tierra, ya que, debido a la velocidad finita de las ondas radioeléctricas, siempre llegaba con un segundo y medio de retraso…, y, cuando sus observaciones llegaban a la Luna, ya habían transcurrido casi tres segundos. Por consiguiente, le rogaron que tomase notas y se guardase sus comentarios hasta el final, interrumpiendo tan sólo cuando fuese absolutamente necesario. Como muchos habían podido comprobar a sus expensas, después de pedir conferencias telefónicas a la Luna, que eran carísimas, nada obstaculizaba más una animada discusión que aquella espera forzosa de tres segundos.

Cuando Lawrence contó con la presencia física —o en la pantalla— de todos los miembros de su comité, les dijo:

—En beneficio de los que no estaban enterados, voy a decirles que la situación es ésta. El *Selene* se encuentra a quince metros de profundidad, en un plano horizontal. No ha sufrido averías y las veintidós personas que lo ocupan se hallan en excelente estado de ánimo, con oxígeno suficiente para noventa horas. Éste es el tiempo máximo del que disponemos. Aquí hay un modelo en escala a uno por veinte de la nave —e hizo girar lentamente la maqueta frente a la cámara—. Es como un autobús o un avión pequeño, con la diferencia que su sistema de propulsión tiene estas hélices especiales de paletas anchas y alerones variables. Nuestro gran problema, por supuesto, está representado por el polvo. Si alguno de ustedes no lo ha visto nunca, no podrá imaginarse de ningún modo cómo es. Las ideas que puedan haberse formado sobre la arena u otras sustancias terrestres parecidas no tienen aquí la menor vigencia. El polvo lunar se parece mucho más al líquido. Vean ustedes una muestra.

Lawrence tomó un largo cilindro vertical. Un tercio del mismo estaba lleno de una sustancia gris y amorfa. Lo inclinó, y la sustancia se puso en movimiento, más despacio que el agua, pero con más rapidez que lo hubiera hecho un jarabe. Necesitó varios segundos para readquirir su posición horizontal. Nadie hubiera podido

adivinar, viendo aquella experiencia, que no se trataba de un fluido.

—Este cilindro está herméticamente cerrado —explicó Lawrence— y en su interior se ha hecho el vacío, a fin que el polvo se comporte de una manera normal (en la Luna, por supuesto). En el aire no se comportaría así. Sería mucho menos fluido y se comportaría como arena finísima o polvo de talco. Les advierto que es desde todo punto imposible crear una sustancia sintética que posea las propiedades de ésta. Han hecho falta miles de millones de años de desecación para producir el polvo lunar. Si desean efectuar algunos experimentos, les enviaremos todo el polvo lunar que deseen; como pueden suponer, es una materia prima de la que andamos muy sobrados.

»Pasemos ahora a otros puntos de interés. El *Selene* se halla a unos tres kilómetros del suelo firme más próximo, que son los montes Inaccesibles. Puede haber varios centenares de metros de polvo bajo él, aunque no lo sabemos con certeza, como tampoco podemos estar seguros del hecho que no se producirán nuevos desmoronamientos, si bien no lo creen probable los geólogos. Sólo es posible llegar allí con los esquíes especiales, de los cuales tenemos dos: estamos preparando el envío de un tercero desde la Cara Oculta. Son capaces de transportar o remolcar hasta cinco toneladas de suministros y el objeto más grande que es posible cargar en uno de ellos no debe exceder de dos toneladas, por lo cual no podremos llevar maquinaria pesada. Repito que disponemos de noventa horas solamente. ¿Se le ocurre a alguien un plan? Yo tengo algunas ideas, pero desearía primero conocer las de ustedes.

Reinó largo silencio mientras los miembros del comité, desperdigados en un espacio de un diámetro superior a los cuatrocientos mil kilómetros, unían sus diversas competencias para meditar sobre el problema.

El ingeniero jefe de la cara oculta fue el primero en hablar. Debía encontrarse entonces en un punto situado cerca de la estación Joliot-Curie.

—Temo que no podamos hacer nada dentro de ese plazo. Será necesario fabricar un equipo especial y eso llevará más tiempo. Por lo tanto, tendremos que tender una cañería para enviar aire al *Selene*. ¿Dónde está hecha la conexión?

—Detrás de la entrada principal, hacia popa. Sin embargo, no veo cómo se podría hacer llegar hasta allí una tubería metálica y acoplarla en medio del polvo.

Otro intervino:

—¿Por qué no conectar un tubo por el techo? O bien dos, el primero para bombear oxígeno y el otro para extraer el aire viciado.

—En realidad, actualmente tengo varios hombres trabajando en algo parecido —repuso Lawrence—. Otra pregunta que se plantea es la de si debemos tratar de levantar la nave con toda la gente dentro o sacar a los pasajeros uno por uno. En el *Selene* no hay más que un traje espacial.

—¿Podríamos hacer penetrar hasta la nave algo así como una caja de ascensor y

acoplarla al compartimiento estanco? —preguntó uno de los especialistas.

—Es el mismo problema que se nos presenta con el conducto de aire y, en realidad, mayor, puesto que la conexión debería ser mucho más grande.

—¿Y si hiciéramos un tipo de ataguía suficientemente amplia para rodear toda la nave?

Tal vez podríamos introducirla hasta esa profundidad y después cavar y extraer el polvo.

—Necesitaríamos toneladas de placas y puntales; además, sería preciso cerrar bien el encofrado por debajo, pues, de lo contrario, volvería a invadirlo el polvo en cuanto extrajéramos el de arriba.

—¿No podríamos extraer el polvo con bombas? —preguntó otro.

—Sí, con el material apropiado. No podemos extraerlo por aspiración, naturalmente.

Hay que elevarlo a la superficie. Una bomba normal de achique no serviría de nada.

—Este polvo —gruñó el ingeniero adjunto de Puerto Roris— tiene las peores propiedades de los líquidos y los sólidos, sin ninguna de sus ventajas. No mana cuando se desea que lo haga ni se detiene cuando hace falta.

—¿Me permiten una observación? —dijo el padre Ferraro, que hablaba desde el observatorio de Platón—. La palabra «polvo» se presta a muchas confusiones. Lo que nosotros llamamos «polvo lunar» es una sustancia que no existe en la Tierra y que, por lo tanto, no tiene nombre en ningún idioma terrestre. Mi colega del Comité que me ha precedido en el uso de la palabra está completamente en lo cierto: a veces da la impresión que se trata de un líquido que no deja humedad, como el mercurio, por ejemplo, pero mucho más ligero, y otras veces parece un sólido más o menos pastoso, como el asfalto mineral…, con la sola diferencia que fluye mucho más de prisa.

—¿Y no existe un medio de estabilizar esta sustancia? —preguntó uno de los reunidos.

—Creo que esta pregunta pueden responderla mejor en la Tierra —dijo Lawrence—. ¿Quiere usted darnos su opinión, doctor Evans?

Hubo que esperar los tres segundos necesarios para que la pregunta llegase a su destino y la respuesta volviera a la Luna. Como siempre, estos segundos parecieron más largos de lo que eran en realidad. Acto seguido, la voz del físico se hizo oír, con tanta claridad como si se encontrase en la sala:

—Yo me había preguntado ya sobre ello. Acaso existan sustancias cohesivas orgánicas, como la cola, por ejemplo, que podrían coagular esta sustancia, para hacerla más manejable. Quizás el agua corriente serviría. ¿No lo han intentado?

—No, pero lo haremos —respondió Lawrence, tomando nota.

—¿Es magnética esa sustancia? —preguntó el representante de la Dirección de

Tráfico.

—Pregunta muy acertada —asintió Lawrence—. ¿Qué dice usted, padre Ferraro? ¿Es magnético ese polvo?

—Ligeramente. Tengan en cuenta que contiene cierta cantidad de hierro meteórico.

Pero no creo que esto nos sirva de mucho. La creación de un campo magnético tendría por efecto atraer los elementos ferrosos, pero no afectaría al conjunto del polvo.

—De todos modos, lo intentaremos —dijo Lawrence, tomando otra nota.

Abrigaba la esperanza —débil, es cierto— que de aquella confrontación de inteligencias notables surgiría alguna idea luminosa, quizás absurda en apariencia, pero fundamentalmente sólida, que resolvería el problema. Problema que, ante todo era suyo, le gustase o no. Él era el responsable, a través de sus diversos delegados y departamentos, de todo el equipo técnico instalado en aquella cara de la Luna, y en particular cuando algo iba mal…

El representante de la Dirección del Tráfico tomó de nuevo la palabra para decir:

—Creo que nuestro principal quebradero de cabeza es el abastecimiento y transporte de materiales, puesto que cada pieza debe ser llevada en los esquíes, los cuales tardarán por lo menos dos horas en el viaje de ida y vuelta, y más todavía si remolcan una carga pesada. Antes de comenzar siquiera los trabajos, habrá que construir una especie de plataforma de operaciones, semejante a una balsa, que se pueda dejar en el sitio del hundimiento. Quizá se tarde un día para colocarla en la posición debida, a lo que debe añadirse el tiempo necesario para hacer llegar a ella todos los elementos de trabajo.

—Incluso un alojamiento temporal para los obreros —añadió alguien.

—En cuanto preparemos una balsa, podremos inflar una tienda de campaña impermeable.

—Mejor aún… Para eso, la balsa ni siquiera es necesaria, pues una tienda estanca flotaría sobre el mismo polvo.

—Volviendo a la balsa —intervino Lawrence—, para construirla necesitamos elementos sencillos y sólidos, prefabricados, que puedan montarse en el mismo lugar de la operación. ¿Alguien tiene alguna idea?

—¿Por qué no utilizar depósitos de combustible vacíos?

—Demasiado grandes y frágiles. Tal vez entre las reservas de material técnico encontraremos algo.

Así continuaron las deliberaciones del consorcio de los cerebros y Lawrence decidió concederle media hora más, tras de la cual decidiría personalmente su plan de acción.

No podía perderse el tiempo hablando cuando los minutos pasaban y varias vidas

humanas estaban en juego. Sin embargo, poner en práctica un plan precipitado y mal preparado sería mucho peor, pues absorbería material y habilidad técnica que podían significar la diferencia entre el éxito y el fracaso.

A primera vista, la tarea parecía muy sencilla. El *Selene* se encontraba a menos de un centenar de kilómetros de una base bien equipada. Su posición se conocía con exactitud y sólo estaba a quince metros de profundidad bajo el polvo. Pero aquellos quince metros planteaban a Lawrence varios de los problemas más espinosos de toda su carrera de ingeniero.

Y esta carrera, como sabía muy bien, podía terminar en el momento más impensado, pues le resultaría muy difícil explicar su fracaso, si las veintidós personas aprisionadas a bordo del *Selene* no conseguían ser salvadas.

Fue una verdadera lástima que nadie pudiese presenciar el alunizaje del *Auriga*, pues el espectáculo era imponente. El aterrizaje o el despegue de una astronave es uno de los espectáculos más impresionantes creados por el hombre…, sin hablar, naturalmente, de algunos de los resultados más sensacionales conseguidos por los físicos nucleares al hacer estallar sus artefactos. Y cuando aquel espectáculo ocurría en la Luna, el movimiento retardado y en medio de un silencio sobrenatural, poseía un carácter tan fantástico, que quien lo viese una sola vez ya no lo olvidaría en su vida.

El capitán Anson pensó que no había motivo alguno para ahorrar propergoles, y más teniendo en cuenta que otros los pagaban. Los manuales de Astronáutica no habían previsto jamás la posibilidad que una astronave tuviese que efectuar un trayecto tan corto, verdaderamente irrisorio —¡sólo *cien* kilómetros!—, aunque a cualquier matemático le hubiera encantado determinar una trayectoria directa, basada en el cálculo de variables y que requiriese un consumo mínimo de combustible. Anson, sin embargo, prefirió despegar verticalmente para efectuar un trayecto de mil kilómetros (que además le permitiría aplicar tarifas espaciales, de acuerdo con lo que estipulaban las leyes interplanetarias, aunque ya hablaría de ello con Spenser más tarde) para descender también verticalmente, guiándose por el radar. Los cerebros electrónicos de la nave estaban sincronizados con el radar y ambos, a su vez, por el capitán Anson. Pero cada uno de estos tres elementos podía haber efectuado por sí solo la maniobra, sencilla y sin peligro, en realidad…, aunque no lo pareciese.

Y no se lo parecía, ciertamente, a Maurice Spenser, quien empezó a sentir la gran añoranza por las redondeadas y verdes colinas de la Tierra, cuando vio subir hacia él aquellas cumbres abruptas y desoladas. ¿Por qué se había metido en libros de caballería? Sin duda, existían medios más económicos de suicidarse…

El momento peor fue el de caída libre, entre períodos sucesivos de frenado. ¿Y si los retrocohetes fallasen de pronto y el vehículo continuase su caída hacia la Luna,

acelerando de una manera lenta, pero fatal, hasta estrellarse contra la superficie? No se trataba de un temor estúpido o infantil, porque aquellas catástrofes habían ocurrido más de una vez.

Pero no le ocurriría al *Auriga*. Las espantosas llamaradas de los retrocohetes barrían las rocas con su soplo de fuego, lanzando hacia lo alto polvo y restos cósmicos que nada había turbado desde hacía millones de años. Por un momento, la nave se cernió en delicado equilibrio a unos centímetros del suelo, hasta que, como a regañadientes, las lanzas de llama que lo sostenían se hundieron en sus fundas. El trípode muy separado que formaba el tren de aterrizaje estableció contacto con el suelo, adaptándose instantáneamente a las irregularidades del terreno, mientras la astronave se balanceaba ligeramente durante un segundo, mientras los dispositivos amortiguadores neutralizaban la energía residual del impacto.

Por segunda vez en menos de veinticuatro horas, Maurice Spenser se había posado en la Luna. Muy pocos hombres podían jactarse de haber realizado otro tanto.

—Bien —le dijo el capitán Anson, levantándose de su puesto de pilotaje—. Espero que estará contento del panorama. Gozar de esta vista le ha costado una fortuna…, sin contar esas horas suplementarias que antes le mencioné. Según el Sindicato de Trabajadores del Espacio…

—¿No tiene usted alma, capitán? ¿Por qué atormentarme con tales insignificancias en este momento? Pero…, si puedo decirlo sin que usted me haga pagar otro suplemento…, permítame que le felicite por su magnífico alunizaje.

—Oh, esto forma parte de mi trabajo cotidiano —respondió el astronauta, satisfecho de todos modos por el cumplido—. A propósito, ¿quiere tener la bondad de firmar el cuaderno de bitácora, como comprobante de la hora del alunizaje?

—¿Para qué? —preguntó Spenser con suspicacia.

—Para que sirva de comprobante del hecho que le he traído a usted aquí. El diario de a bordo es un documento que aceptan y reconocen todos los tribunales.

—Me parece un poco anticuado eso de llevar todavía un diario de a bordo por escrito —observó Spenser—. Yo creía que en las astronaves todo se hacía actualmente por medios cibernéticos.

—Es una tradición de nuestro servicio —replicó Anson.

—Como es natural, la memoria electrónica de la nave funciona constantemente mientras viajamos por el espacio, y, gracias a ella, siempre resulta posible reconstruir el trayecto seguido. Pero sólo el cuaderno de bitácora que lleva el capitán recoge los pequeños detalles que impiden que un viaje sea idéntico a otro. Detalles como éste, por ejemplo: «Esta mañana una pasajera ha dado a luz dos mellizos», o bien: «Al dar las seis, hemos visto la constelación de la Ballena por estribor».

—Capitán, retiro lo que he dicho. Usted tiene alma.

Firmó después en el cuaderno y luego se encaminó a la ventanilla de observación,

para observar el paisaje.

La cámara de mando, que se encontraba a ciento cincuenta metros sobre el nivel del suelo, poseía las únicas portillas de toda la nave que permitían la visión directa. El panorama que desde allí se divisaba era soberbio. Hacia el norte se veían los contrafuertes superiores de los montes Inaccesibles, que por aquel lado ocultaban la mitad del cielo. El nombre, pensó Spenser, ya no resultaba adecuado, pues él había conseguido escalarlos. Mientras la astronave permaneciese allí, incluso podría efectuar algunas investigaciones científicas de utilidad, aunque no fuese más que reunir muestras de rocas. Además del interés informativo que presentaba el hecho que una astronave se hubiese posado en un lugar tan insólito, Spenser sentía un auténtico interés por los descubrimientos que pudiesen efectuarse en aquellos abruptos parajes. Ni los hombres más indiferentes e insensibles dejaban de impresionarse ante las perspectivas de lo que pudiese encerrar un lugar desconocido e inexplorado.

Volviéndose hacia otra dirección, su mirada se posó en el mar de la Sed, cuyo horizonte, visto desde semejante altura, se encontraba por lo menos a cuarenta kilómetros, formando un enorme arco de círculo, de trazado perfecto, que abarcaba más de la mitad de su campo visual. Pero lo que le interesaba se encontraba a menos de cinco kilómetros, y a dos por debajo de su elevado observatorio.

Bastaban unos gemelos de mediano aumento para ver la sonda metálica que Lawrence había dejado como señal y para enlazar con radio con el *Selene*. El espectáculo no tenía nada de impresionante…, no era más que una insignificante púa hincada en una llanura inmensa, pero, pese a su sencillez, para Spenser poseía un hondo significado. Sería un buen comienzo para el reportaje televisado, pues simbolizaba la soledad del hombre en aquel universo hostil e infinito que intentaba conquistar. Dentro de pocas horas, aquel mar de polvo perdería su soledad. Pero hasta que llegase el momento, aquel tubo metálico serviría para centrar la escena del drama, mientras los comentaristas expondrían los planes de salvamento y llenarían la espera con adecuadas entrevistas. Aquellas cuestiones secundarias no le concernían; ya se ocuparían de ellas la delegación de Clavius de Informaciones Interplanetarias y los estudios de la Tierra. De momento, él sólo tenía que hacer una cosa: esperar en aquel nido de águila, y comprobar que la toma se efectuaba correctamente. Gracias a sus potentes teleobjetivos y a la perfecta transparencia de aquel mundo sin aire, podría captar casi los primeros planos desde allí, cuando empezasen a rodar las tomas.

Miró hacia el sudoeste, por donde el sol ascendía perezosamente. El día lunar, que duraba quince días terrestres, apenas había comenzado. Por lo tanto, no había que preocuparse por la iluminación. El escenario estaba a punto. ¡Cámara, acción!

Capítulo 17

El administrador en jefe Olsen sólo muy raramente hacía declaraciones públicas.

Prefería gobernar la Luna de un modo tranquilo y eficiente, permaneciendo siempre entre bastidores y dejando que otros individuos, más amables y expansivos —como Davis, el director del Turismo— se las entendieran con los representantes de las agencias periodísticas. Sus raras apariciones, por lo tanto, aún resultaban más impresionantes…, lo cual estaba perfectamente de acuerdo con sus planes.

Aunque millones de personas lo contemplaban por la pantalla de la televisión, los veintidós seres humanos a quienes en realidad se dirigía no podían verle, porque no se creyó necesario instalar la televisión a bordo del *Selene*. Pero la voz de Olsen ya resultaba suficientemente tranquilizadora y les decía todo cuanto los sepultados querían saber:

—Pasajeros y tripulantes del *Selene* —empezó a decir—. Me dirijo a ustedes para informarles que todos los recursos de la Luna han sido movilizados para ir en vuestra ayuda. La plana mayor científica y técnica de mi administración trabaja durante las veinticuatro horas del día para sacaros de vuestro encierro.

»El señor Lawrence, nuestro ingeniero jefe para el hemisferio de la Luna vuelto hacia la Tierra, dirige las operaciones de rescate, y tengo una confianza ilimitada en su capacidad.

Se encuentra ahora en Puerto Roris, donde se reúne el equipo especial necesario para efectuar la operación. Hemos decidido (estoy seguro que estarán de acuerdo conmigo) que lo más urgente es asegurarnos del hecho que no les falte la provisión de oxígeno.

Para ello, nos proponemos hundir varias tuberías hasta donde ustedes están, tarea relativamente rápida y sencilla, y después les enviaremos oxígeno por ellas, e incluso alimentos y agua si fuese necesario. Por lo tanto, cuando estas tuberías estén instaladas, ya no tendrán que preocuparse en absoluto, aunque tardemos un poco en llegar hasta ustedes y sacarles del *Selene*. Pero estarán allí muy seguros y les bastará con tener un poco más de paciencia.

»Voy a terminar y a dejarles este circuito, para que puedan continuar enviando mensajes a vuestros familiares y amigos. Lamento muchísimo las molestias y sinsabores que han tenido que soportar, pero todo esto ha terminado y dentro de un día o dos estarán con nosotros. Buena suerte.

Cuando Olsen terminó de hablar, se produjo una explosión de alegres exclamaciones y conversaciones animadas a bordo del *Selene*. El pequeño discurso produjo exactamente el efecto que él se había propuesto: los pasajeros ya pensaban en el accidente como en una aventura que les daría tema de conversación para el resto de sus días.

Pat Harris era el único que no parecía estar contento.

—Hubiera preferido —dijo al comodoro Hansteen— que el administrador en jefe no se hubiese mostrado tan confiado. Esta clase de observaciones, en la Luna, son como tentar al destino.

—Comprendo perfectamente cuáles son sus sentimientos —le respondió el comodoro—. Pero no podemos censurarle… En primer lugar, lo ha hecho para que nuestra moral no decayese.

—Oh, nuestra moral es excelente…, sobre todo desde que podemos hablar con nuestros parientes y amigos.

—A propósito de correspondencia con el exterior: ¿No ha observado usted que sólo hay un pasajero que no ha enviado ni recibido mensajes? Y lo que es más, no parece mostrar el menor interés por hacerlo.

—¿A quién se refiere?

Hansteen aún bajó más la voz.

—Al neozelandés… Radley. Está sentado tranquilamente en aquel rincón. No sé por qué, pero esto me preocupa.

—Quizá el pobre hombre no tenga a nadie en la Tierra a quien desee telegrafiar.

—Un hombre que puede permitirse el lujo de efectuar un viaje a la Luna, debe tener forzosamente algunos amigos —observó Hansteen.

Después una sonrisa casi infantil cruzó fugazmente su cara, suavizando sus arrugas y patas de gallo.

—Lo que voy a decir le parecerá un poco cínico —prosiguió—. Pero no lo interprete así. Creo que no debemos perder de vista a ese señor Radley.

—¿Le ha dicho usted algo a Sue…, perdón, a la señorita Wilkins?

—Fue precisamente ella quien me lo hizo observar.

«Hubiera debido adivinarlo —se dijo Pat con admiración—. Apenas nada se le escapa».

Al saber que ante él ya se extendía un futuro, Pat empezó a pensar muy en serio en Sue…, y en lo que ésta le había dicho. El joven había estado enamorado de cinco o seis muchachas —o al menos así lo hubiera jurado cada vez—, pero esta vez se trataba de algo distinto. Conocía a Sue desde hacía más de un año y desde el primer día ella lo atrajo, pero hasta entonces sus sentimientos no se habían concretado en nada positivo.

Y ella, ¿qué sentimientos exteriorizaba hacia él? ¿Lamentaba aquel instante de pasión que ambos vivieron en la compuerta de entrada, o bien no le concedía la menor importancia?

Ella podía fingir —y él también, en realidad— que lo que había sucedido allí entre los dos ya no contaba…, no había sido más que un breve escarceo entre un hombre y una mujer que en aquellos momentos sólo creían contar con muy pocas

horas de vida. No fueron ellos mismos en aquel instante…

Pero ¿y si de verdad lo hubiesen sido? ¿Y si hubiesen sido el verdadero Pat Harris y la verdadera Susan Wilkins, que por último abandonaron su disfraz, bajo la tensión y la angustia de los últimos días? Pat se preguntó cómo podía saberlo, pero, incluso mientras se lo preguntaba, comprendió que sólo el tiempo le daría la respuesta. ¡Ah, si existiese un «test» científico para saber cuándo se está enamorado! Pero este «test» no existía…, o al menos, Pat no lo conocía aún.

El polvo que lamía el muelle —si el lector nos permite que empleemos esta expresión— del que había zarpado el *Selene* hacía cuatro días, sólo tenía dos metros de profundidad, mas para la experiencia que se iba a realizar, era más que suficiente. Si el equipo construido a toda prisa daba buen resultado allí, también daría buen resultado en alta mar.

Lawrence, apostado en el interior del edificio portuario, observaba por la ventana cómo sus ayudantes, enfundados en trajes espaciales, montaban las diversas piezas metálicas.

La plataforma estaba formada, como casi todo lo que se construía en la Luna, con planchas y barras de aluminio. La escasa gravedad y la ausencia total de corrosión (e incluso de cualquier efecto atmosférico, con sus vientos, lluvias y heladas imprevistas) hacían de la Luna, en opinión de Lawrence, el paraíso de los ingenieros, suprimiendo toda una serie de problemas que complicaban las obras en la Tierra. Pero, en cambio, la Luna presentaba sus complicaciones particulares: por ejemplo, las noches con temperaturas de 130 grados bajo cero, y el polvo contra el cual debían luchar en aquel momento.

La liviana armazón de la balsa descansaba sobre una docena de grandes tambores metálicos sobre los que podían leerse en enormes letras las palabras: «Alcohol etílico. Se ruega devolver los depósitos vacíos al Centro de Envío número 3, Copérnico». En aquel momento, los tambores sólo contenían una gran proporción de vacío. Cada uno de ellos podía sostener sin hundirse un peso de dos toneladas lunares.

La balsa adquiría forma con rapidez. Lawrence se dijo que debía asegurarse que en ella hubiesen suficientes pernos y tuercas de recambio; había visto caer por lo menos a seis en el polvo, en el que desaparecieron al instante. ¡Zas! Ahora se les había caído una llave inglesa. Ordenaría que todas las herramientas se atasen firmemente a la balsa incluso mientras las utilizaban, por molesto que esto resultase.

La labor de montaje duró quince minutos…, lo cual no estaba mal, teniendo en cuenta que los operarios que la realizaban trabajaban en el vacío y enfundados en sus engorrosas escafandras. La balsa podía extenderse en cualquier dirección, pero tal como estaba bastaría para iniciar las operaciones. Aquella sola sección ya bastaba para sostener más de veinte toneladas y aún necesitarían algún tiempo para descargar

todo el material que transportaban en el lugar del siniestro.

Satisfecho del giro que tomaban las cosas por el momento, Lawrence salió del edificio del puerto mientras sus ayudantes desmontaban la balsa. Cinco minutos después (ésta era una de las ventajas de Puerto Roris, pues en cinco minutos se podía ir de cualquier sitio de la ciudad a cualquier otro), estaba en el depósito del material técnico.

Lo que allí vio ya no le pareció tan satisfactorio.

Sobre un par de caballetes descansaba un duplicado de dos metros cuadrados del techo del *Selene*…, copia exacta del auténtico y hecho con los mismos materiales. Sólo faltaba la plancha exterior, de un producto aluminizado y que formaba una pantalla protectora contra la radiación solar. Pero era tan fino y poco resistente, que no influiría en la prueba que entonces estaba realizando.

El experimento era de una simplicidad casi infantil. Para efectuarlo sólo se requerían tres elementos: un pie de cabra, un martillo y un ingeniero que, por el momento, había visto frustrados sus esfuerzos violentos de hacer penetrar la barra a través del techo a martillazos.

No había que tener grandes conocimientos de las condiciones lunares para comprender inmediatamente la causa de aquel fracaso. El martillo, por supuesto, sólo tenía un sexto del peso que hubiera tenido en la Tierra. Por consiguiente —y esto también era de toda evidencia—, sus efectos también eran seis veces menores.

Pero este razonamiento era completamente falso. Una de las cosas más difíciles de comprender para el profano es la diferencia que hay entre peso y masa. La incapacidad de comprender esta idea ha sido la causa de numerosos accidentes. El peso, en realidad, no es más que una característica arbitraria de los objetos, que cambia de un mundo a otro. En la Tierra, aquel martillo pesaría seis veces más que en la Luna. En el Sol, su peso sería casi doscientas veces mayor…, y en el espacio interplanetario no pesaría absolutamente nada.

Pero en los tres lugares citados, y en realidad en todo el universo, su masa —o su inercia— serían exactamente las mismas. El esfuerzo necesario para desplazarlo a determinada velocidad y el choque que produciría al golpear otro objeto, serían constantes en todo el espacio y en cualquier momento. En un asteroide casi desprovisto de gravedad, donde pesaría menos que una pluma, el martillo podría pulverizar una piedra igual que lo haría en la Tierra.

—¿Cuál es la dificultad? —preguntó Lawrence.

—El techo es demasiado elástico —explicó el ingeniero, secándose el sudor de la frente—. La palanca rebota cada vez que la golpeo.

—Ya comprendo. ¿Pero también sucederá lo mismo cuando empleemos un tubo de quince metros de largo, y contando con la idea representada por la presión del polvo que lo rodeará? Es posible que el polvo absorba el rebote.

—Tal vez. Pero mire esto.

Ambos se arrodillaron ante la sección de techo e inspeccionaron su parte inferior. En ellas habían trazado varias líneas con tiza para indicar la situación de los conductores eléctricos, que había que evitar a toda costa.

—Esta fibra de vidrio es tan dura, que es imposible perforarla limpiamente. Cuando cede, forma astillas y desgarraduras. Mire…, ya ha empezado a estrellarse en el punto donde yo golpeaba. Me temo que si utilizamos este procedimiento rústico, resquebrajaremos el techo.

—No podemos de ningún modo correr ese riesgo —dijo Lawrence, asintiendo—. Tiene usted razón. Habrá que dejar ese sistema. Si no podemos abrir un agujero a martillazos, tendremos que emplear una fresa que fijaremos al extremo del tubo, atornillada, para que puedan quitarla con facilidad desde el interior de la nave. ¿Cómo está el resto de la tubería?

—Está casi a punto…, utilizamos equipo normal. Creo que habremos terminado dentro de dos o tres horas.

—Volveré dentro de dos —dijo Lawrence sin añadir, como otros hubieran hecho: «Y para entonces, esto tiene que estar terminado».

Sabía que el personal hacía todo cuanto podía, sin que fuese necesario dar prisas o ir con súplicas a sus hombres, técnicos ejercitados y muy expertos, acostumbrados a dar un rendimiento superior al normal. Aquella clase de trabajo no podía hacerse con prisa ni impaciencia. El *Selene* aún tenía oxígeno para tres días, y dentro de pocas horas, si todo iba bien, el problema del oxígeno dejaría de serlo, lo cual permitiría que los pasajeros esperasen casi indefinidamente.

Por desgracia, las cosas no iban a ir bien ni mucho menos.

El comodoro Hansteen fue el primero en advertir el peligro lento e insidioso que empezaba a rondarles, pues ya se había enfrentado una vez con él llevando puesto un traje espacial defectuoso en Ganímedes…, incidente muy desagradable que no tenía ningún deseo de recordar, pero que nunca olvidó totalmente.

Después de cerciorarse del hecho que nadie podía oírles, le dijo a Pat:

—¿Ha notado usted alguna dificultad en la respiración?

Harris le miró sobresaltado.

—Ahora que usted lo menciona, sí. La atribuía al calor.

—Yo también, al principio, pero conozco estos síntomas…, sobre todo la aceleración del ritmo respiratorio. Empezamos a sufrir una intoxicación por el anhídrido carbónico residual.

—¡Pero eso es ridículo! Deberíamos estar bien durante tres días más por lo menos…, salvo que haya pasado algo con los purificadores de aire.

—Temo que así haya sido. ¿Qué sistema empleamos para libramos del CO_2?

—Substancias químicas absorbentes. Es una instalación muy sencilla y de confianza, que siempre ha funcionado a las mil maravillas.

—Sí, pero nunca ha tenido que funcionar en las actuales circunstancias. Temo que el calor pueda haber alterado los productos químicos. ¿Hay algún medio de averiguarlo?

Pat movió negativamente la cabeza.

—No. La compuerta de acceso está del lado exterior.

—Susan, querida —dijo una voz cansada, que era casi imposible reconocer como la de la señora Schuster—, ¿tiene algo para la jaqueca?

—Si tiene algún calmante —agregó otro pasajero—, deme también a mí.

Pat y el comodoro se miraron preocupados. Los síntomas clásicos se presentaban con la misma precisión que en un texto de Medicina.

—¿De cuánto tiempo disponemos, según sus cálculos? —preguntó Pat en un murmullo.

—De tres a cuatro horas a lo sumo, y pasarán seis por lo menos hasta que Lawrence y sus hombres puedan llegar hasta aquí.

Fue en aquel momento cuando Pat comprendió, sin el menor asomo de duda, que estaba verdaderamente enamorado de Susan. Pues su primera reacción no fue la de temer por su propia vida, sino de cólera y pesar por el hecho que, después de haber soportado tanto juntos, ella fuese a morir cuando la salvación estaba próxima.

Capítulo 18

Cuando Tom Lawson se despertó en aquel cuarto de hotel desconocido, no sabía dónde estaba y casi no sabía tampoco quién era. El hecho que tuviese cierto peso le recordó que ya no se hallaba en Lagrange II. Pero no pesaba aún lo suficiente para encontrarse en la Tierra. Así, entonces, no soñaba: estaba en la Luna, y su espeluznante paseo por el mar de la Sed había sido una realidad.

Y también había sido verdad que, gracias a él, el *Selene* había sido localizado.

Veintidós seres humanos podían salvarse, gracias a su habilidad técnica y a su ciencia.

Después de todas las decepciones y frustraciones, los sueños de gloria de su adolescencia parecían ir en camino de realizarse. El mundo tendría que pedirle perdón por su indiferencia y abandono.

El hecho que la sociedad le hubiese dado una instrucción que, un siglo antes, sólo una reducida minoría podía poseer, no atenuaba en absoluto la aversión que Tom Lawson sentía contra él. En su época, aquella enseñanza era normal y todo el mundo se beneficiaba de ella. Los niños recibían sin excepciones una educación de acuerdo con su inteligencia y facultades. La civilización necesitaba, para subsistir, de todas las aptitudes y vocaciones, y cualquier otra política pedagógica hubiera sido un suicidio. Tom Lawson no agradecía a la sociedad que le hubiese proporcionado los medios de procurarse su título de doctor en Ciencias, pues no había hecho más que actuar en su propio interés.

Sin embargo, aquella mañana no sentía la amargura de costumbre ni consideraba con su cinismo de siempre a los demás seres humanos. El éxito y el reconocimiento del mismo son grandes emolientes y él se hallaba en camino de alcanzar ambas cosas. Pero esto aún no era todo. Había podido entrever una satisfacción aún más profunda. Cuando se hallaba en el esquí para polvo número 2, y cuando el pánico y la incertidumbre estaban a punto de dominarlo, su alma entró en contacto con la de otro ser humano y trabajó en un acuerdo perfecto con un hombre cuyo valor y competencia podía respetar.

Fue un contacto bastante fugaz y, como tantos otros en el pasado, quizá no le llevaría a ninguna parte. Pero en el fondo de su alma confiaba en que no fuese así y que a partir de aquel día ya podría tener la seguridad respecto a que no todos los hombres son egoístas, pérfidos y mezquinos. Tom no podía renegar de su infancia, que lo había abarcado como hizo con Charles Dickens. El célebre novelista inglés, pese al triunfo y a la fama que consiguió alcanzar, tampoco podía huir de las sombras proyectadas por la siniestra tintorería que ennegreció, metafórica y literalmente, su triste adolescencia. Pero el joven astrónomo acababa de empezar de nuevo…, aunque tenía que recorrer aún mucho camino para convertirse en un representante normal y

equilibrado de la especie humana.

Después de tomar una ducha y asearse, advirtió la nota que Spenser le había dejado sobre la mesa:

«Instálese como si estuviese en su casa. He tenido que irme precipitadamente. Mi colega Mike Graham me reemplazará. Llámele al 3443 cuando se despierte».

«Me resultaría imposible llamarle *antes* que me despierte», pensó Tom, cuyo espíritu excesivamente lógico se complacía en poner de manifiesto estos pequeños errores de lenguaje. Pero resistiendo heroicamente al deseo de pedir el desayuno, hizo lo que Spenser le indicaba.

Cuando le pusieron con Mike Graham, supo que había dormido durante seis horas cruciales en la historia de Puerto Roris, que Spenser había despegado en el *Auriga* rumbo al mar de la Sed, y que la ciudad rebosaba de reporteros venidos de todos los rincones de la Luna…, principalmente con el deseo de entrevistar al doctor Lawson.

—No se mueva de donde está —dijo Graham, cuyo nombre y voz le resultaban vagamente familiares a Tom; tal vez lo vio en aquellas raras ocasiones en que ponía la televisión lunar—. Estaré ahí dentro de cinco minutos.

—Me muero de hambre —protestó el astrónomo.

—Llame a conserjería y pida lo que desee… Nosotros correremos con todos sus gastos, naturalmente. Pero no salga de sus habitaciones.

A Tom no le molestó que le tratasen de aquella manera más bien autoritaria. Después de todo, aquello significaba que se había convertido en un personaje importante. Le molestó mucho más ver llegar a Mike Graham antes que el desayuno que había encargado. Pero esto ya era de esperar en Puerto Roris.

Así, entonces, fue un astrónomo hambriento quien se enfrentó con la pequeña telecámara de Mike y trató de explicar —*sólo* para doscientos millones de telespectadores— cómo consiguió localizar al *Selene*.

Gracias a la transformación que el hambre y sus recientes aventuras habían operado en él, hizo un relato de primer orden. Si, pocos días antes, un reportero hubiese conseguido arrastrar a Lawson ante la cámara tomavistas para que le explicara la técnica de la detección mediante rayos infrarrojos, los telespectadores se hubieran sentido humillados por la suficiencia y el tono despectivo con que Tom hubiera expuesto sus conocimientos científicos. El joven astrónomo se hubiera enzarzado en una disquisición llena de tecnicismos y sembrada de expresiones agrias como eficiencia cuántica, radiación del cuerpo negro y sensibilidad espectral, que hubiera convencido a su auditorio de lo abstruso del tema (lo cual era verdad) y completamente imposible de comprender para un profano (lo cual era completamente falso).

Pero entonces Tom, midiendo cuidadosamente sus palabras y demostrando una

paciencia ejemplar —pese a los gritos que surgían de su estómago—, respondió a las preguntas de Mike Graham en términos que la mayoría de telespectadores podían entender. Aquello constituyó una revelación para el mundo profesional de los astrónomos, en el que Tom tenía fama de sujeto arisco e intratable.

En Lagrange II, el profesor Kotelnikov resumió los sentimientos de sus colegas, cuando, al fin de la emisión, hizo este elogio final de Tom:

—Francamente —manifestó con tono de incredulidad y extrañeza—, no lo reconozco.

Fue una verdadera hazaña acomodar a seis hombres en la compuerta de entrada del *Selene*, pero Pat Harris les hizo ver que era el único sitio de la nave donde podían celebrar una reunión privada. Los demás pasajeros ya se preguntaban sin duda qué ocurría. No tardarían en saberlo.

Cuando Hansteen terminó de hablar, sus auditores mostraron una comprensible preocupación en sus semblantes, pero no excesiva sorpresa. Eran hombres inteligentes, y debieron haber adivinado que esto iba a ocurrir.

—He querido decírselo primero a ustedes —les explicó el comodoro— porque el capitán Harris y yo sabemos que poseen ustedes la suficiente serenidad para no impresionarse, junto con la energía necesaria para ayudarnos si es preciso. Ojalá que esto no sea necesario, pero pueden producirse algunos incidentes desagradables cuando yo lo anuncie a todo el mundo.

—Y si se producen, ¿qué haremos? —preguntó Harding.

—Si alguien adopta una actitud peturbadora, habrá que reducirlo por la fuerza —repuso tajante el comodoro—. Pero procuren tener un aire natural al regresar a la cabina. No den la impresión que van a suceder cosas anormales. Sobre todo, calma. Debemos evitar que surja el pánico y ahogarlo inmediatamente si se produce.

—¿No cree usted —dijo el doctor McKenzie— que valdría la pena enviar un aviso al exterior, a modo de último mensaje?

—Ya hemos pensado en eso, pero nos haría perder tiempo y produciría un efecto deplorable sobre los pasajeros. Hay que hacer lo que les digo con la mayor rapidez posible. Cuanto antes lo hagamos, mejor, y mayor probabilidad tendremos de salir con vida.

—¿Pero cree usted de verdad que tenemos alguna? —preguntó Barrett.

—Sí —respondió Hansteen—, pero prefiero no concretar demasiado. ¿No hay más preguntas? ¿Bryan? ¿Johanson? Muy bien…, marchémonos.

Al entrar en la cabina para ocupar sus puestos, notaron que los demás pasajeros los miraban con curiosidad y creciente alarma. Hansteen no quiso mantenerlos en suspenso por más tiempo:

—Debo darles una noticia grave —dijo, hablando con mucha lentitud—. Todos

ustedes habrán advertido ciertas dificultades para respirar y varios se han quejado ya de dolores de cabeza. Mucho me temo que sea a causa del aire. Aunque tenemos oxígeno de sobra, no podemos eliminar el anhídrido carbónico que exhalamos y que se acumula en el interior de la cabina. No sabemos a ciencia cierta cuál es la causa de ello. Yo supongo que el calor ha inutilizado los absorbentes químicos. Pero la explicación poco importa, porque nada podemos hacer. —Tuvo que detenerse y aspirar profundamente antes de continuar—. Por tanto, tendremos que afrontar esta situación. Las dificultades respiratorias aumentarán y, con ella, los dolores de cabeza. No trataré de engañarles. La partida de socorro no podrá llegar hasta nosotros antes de seis horas y nos será imposible esperar tanto.

Uno de los pasajeros soltó un suspiro de angustia; Hansteen se abstuvo de mirar quién lo había lanzado. Un momento después, la señora Schuster lanzó un sonoro ronquido. En otras circunstancias, aquello hubiera provocado la hilaridad general, pero no entonces. La señora Schuster había tenido la suerte de quedarse dormida, sumiéndose en una apacible, aunque no silenciosa, inconsciencia.

El comodoro volvió a llenar de aire sus pulmones; resultaba fatigoso hablar tanto.

—Si no hubiera podido ofrecerles algunas esperanzas —prosiguió—, no hubiera dicho nada. Pero contamos con una sola probabilidad favorable y debemos utilizarla cuanto antes. No es muy agradable, pero cualquier otra alternativa es peor. Señorita Wilkins…, por favor, alcánceme los tubos somníferos.

Reinó un silencio de muerte, que ni siquiera interrumpió la señora Schuster, mientras la azafata entregaba una cajita metálica a Hansteen, quien la abrió para mostrar un cilindro blanco de forma y tamaño parecidos a un cigarrillo.

—Ustedes saben, probablemente —prosiguió—, que todos los vehículos espaciales están legalmente obligados a llevarlos en sus botiquines. Son indoloros y les dejarán dormidos durante diez horas, que será el tiempo necesario para evitar la muerte, pues el ritmo de la respiración humana disminuye a menos de la mitad cuando se está inconsciente. De esta forma el aire nos durará el doble que si estuviésemos despiertos.

Ese tiempo será suficiente, según espero, para que nos lleguen los auxilios desde Puerto Roris. Ahora bien, es indispensable que por lo menos una persona permanezca despierta, a fin de mantener el contacto con la partida de salvamento, y, para mayor seguridad, deben ser dos. Evidentemente, uno de ellos tiene que ser el capitán.

—Y supongo que el otro deberá ser usted —preguntó una voz ya demasiado conocida.

—Sinceramente, me da usted mucha pena, señorita Morley —dijo Hansteen, sin el menor indicio de resentimiento—, pero con el fin de eliminar cualquier posible recelo…

Antes que nadie comprendiera lo que sucedía, apretó el cilindro contra su

antebrazo.

—Espero verles a todos dentro de diez horas.

Pronunció las palabras con lentitud, pero con toda claridad, mientras se dirigía al asiento más próximo. Apenas lo alcanzó, se desplomó en él sin conocimiento.

«La responsabilidad es ahora tuya por entero», se dijo Pat a sí mismo, al tiempo que se ponía de pie. Un instante le pasó por la mente la idea de propinar a la señorita Morley el correctivo verbal que merecía. Sin embargo, eso disminuiría el efecto de la digna actitud del comodoro y se limitó a declarar en voz baja y firme:

—Soy el capitán y se hará lo que yo ordene.

—Yo no —replicó la irreductible señorita Morley—. He pagado mi billete y tengo derechos que deben ser respetados. No me pondré esa inyección.

La terrible solterona resultaba verdaderamente insoportable, pero Pat se vio obligado a reconocer que tenía arrestos. En un abrir y cerrar de ojos entrevió la pesadilla que sería para él la presencia de aquella mujer, en las diez horas que se avecinaban. Diez horas a solas con la señorita Morley, sin nadie más con quien hablar…

Miró de soslayo a los cinco hombres encargados de mantener la disciplina. El más próximo a la señorita Morley era Robert Bryan, el ingeniero civil de Jamaica. Bryan parecía dispuesto a entrar en acción, pero Pat aún esperaba que podrían evitarse violencias.

—Yo no discuto sus derechos —dijo—, pero si se molesta en consultar lo que está escrito al dorso de su billete, verá que, en caso de apuro, yo tengo la responsabilidad absoluta de lo que ocurra en el barco. Además, lo que le pido es por su propio bien y para que esté mejor. Yo preferiría mucho más estar dormido que despierto, mientras esperamos la llegada del equipo de socorro.

—Yo también soy del mismo parecer —dijo el profesor Jayawardene de modo inesperado—. Como ha dicho el comodoro, así economizaremos aire. Es nuestra única probabilidad de salvación. Señorita Wilkins…, ¿quiere usted darme una de esas ampollas?

La tranquila lógica de aquellas palabras tuvo por efecto provocar una disminución en la temperatura emocional, mientras el profesor se hundía suave y apaciblemente en la inconsciencia.

«Con éste ya van dos —pensó Pat—. Aún quedan dieciocho…»

—No perdamos más tiempo —dijo en voz alta—. Como ustedes ven, estas inyecciones son totalmente indoloras. Hay una minúscula aguja hipodérmica en cada cilindro y el efecto es menor que el que produciría un alfiler.

Sue Wilkins ya distribuía los tubitos de aspecto inofensivo que varios pasajeros utilizaron inmediatamente. El abogado Irving Schuster, con una conmovedora ternura y cierta vacilación, puso él mismo la inyección a su dormida esposa. Después le llegó

el turno al enigmático señor Radley. Quedaban todavía quince. ¿Quién sería el siguiente?

Sue se aproximó a la señorita Morley, preocupada con la idea que ésta seguía empeñada en provocar un conflicto. No se equivocó.

—Ya he dicho claramente que no utilizaré esto.

Robert Bryan se movió imperceptiblemente en su dirección…, pero la voz seca y precisa, con un leve tono sardónico, del inglés David Barrett, fue el tiro que dio en el blanco.

—Lo que realmente preocupa a esa señorita, capitán —dijo, encantado de la ocasión que se le presentaba de clavar aquella estaca—, es la posibilidad a que usted se aproveche de ella mientras esté inconsciente.

Durante unos segundos, la señorita Morley se quedó sin habla a causa de la cólera, mientras sus mejillas se ponían rojas como la grana.

—Nunca he sido insultada de ese modo en toda mi vida… —balbuceó.

—Ni yo tampoco, señorita —repuso Pat, acabando de desmoralizarla.

La mujer miró a su alrededor y vio los rostros de los demás fijos en ella, algunos sonrientes a pesar de la solemnidad del momento, y comprendió que no tenía escapatoria.

Al verla caer dormida sobre el respaldo de su asiento, Pat lanzó un profundo suspiro de alivio. Salvado aquel obstáculo, lo restante sería fácil.

Entonces vio que la señora Williams, cuyo cumpleaños se había celebrado de manera más bien espartana sólo hacía unas horas, contemplaba con una especie de terror helado el pequeño cilindro que tenía en la mano. La pobre señora parecía estar completamente aterrorizada y nadie hubiera podido censurarla por ello. En la butaca contigua, su marido ya dormía beatíficamente. Pat se dijo que no fue muy galante de haberse puesto primero la inyección, para dejar que su esposa se las compusiera sola.

Antes que pudiera hacer algo, Sue se adelantó.

—Disculpe, señora Williams —dijo—. Me he equivocado… Le he dado una ampolla vacía. ¿Quiere devolvérmela, por favor?

La joven actuó con tal rapidez, que pareció la treta de un prestidigitador. Sue tomó —o pareció que tomaba— el tubo de manos de la señora, pero al hacerlo lo acercó de pronto al brazo de la señora Williams, quien no tuvo tiempo de comprender lo que sucedía. Se desplomó instantáneamente y quedó dormida al lado de su marido.

Más de la mitad de los pasajeros ya se hallaban inconscientes. «Al fin y a la postre —se dijo Pat—, todo ha ido bastante bien. El comodoro Hansteen se mostró demasiado pesimista; las fuerzas del orden público no tuvieron que intervenir».

Pero de pronto, y con ligera desazón, observó algo que contradecía aquella buena impresión. Como ya era de esperar, el comodoro había dado en el clavo, como siempre.

Pues parecía que la señorita Morley no iba a ser la única persona que plantearía dificultades…

Hacía al menos dos años que Lawrence no penetraba en un iglú, que así llamaban en la Luna a las tiendas de caucho plegables.

Tuvo una época, cuando no era más que un joven ingeniero dedicado a la construcción, que sólo se empleaban pequeñas estructuras de paredes rígidas. Pero desde entonces se habían realizado grandes progresos, por supuesto. Era una cosa bastante normal, en aquella época, vivir en una morada que, una vez plegada, cabía en una maleta de tamaño corriente.

El modelo que iban a utilizar entonces era de los más recientes, una Goodyear tipo XX, y en ella podían mantenerse indefinidamente seis hombres, siempre que tuvieran provisión de oxígeno, alimentos, agua y energía eléctrica. Estaba dotada de todo lo necesario, y hasta se había pensado en los medios de entretener el tiempo, pues tenía montados en la pared circular una pequeña biblioteca, un tocadiscos y un televisor. En un espacio pequeño y cerrado, el hastío podía llegar a ser un enemigo mortal y, aunque tardara más tiempo en causar efecto que un escape de aire, era tan peligroso como él y a veces más difícil de vencer.

Lawrence se agachó para penetrar por la compuerta neumática de entrada. Recordó que en los modelos antiguos había que entrar a gatas. Esperó que se encendiese la señal indicando que la presión se había igualado y después entró en la pieza principal de forma hemisférica.

Se tenía la impresión de estar dentro de un globo. En realidad, esto es lo que era.

Desde donde se hallaba, Lawrence sólo podía ver parte del interior, pues éste podía dividirse en varios compartimientos por medio de mamparas movibles. (Esto era otro refinamiento moderno, pues en *sus* tiempos, la única intimidad posible estaba proporcionada por la cortina que ocultaba el retrete.) A tres metros de altura estaba la iluminación y la rejilla del aire acondicionado, todo ello suspendido del techo por una red elástica. Arrimadas a la pared curvada se veían bandejas de metal móviles, montadas en parte. Al lado opuesto de la mampara más próxima se oía una voz que revisaba un inventario. Después de enumerar cada artículo, otra voz decía «de acuerdo».

Lawrence rodeó la mampara y se encontró en el dormitorio del iglú. Del mismo modo que los estanques arrimados a las paredes, las literas superpuestas no estaban montadas del todo; por el momento bastaba con comprobar que todas sus piezas estaban allí. Una vez que hubiese pasado lista, todo sería embalado y expedido al lugar del siniestro.

Lawrence no interrumpió a los dos encargados del almacén, mientras continuaban haciendo un cuidadoso inventario de todo. Aquél era uno de tantos trabajos tediosos

pero de importancia vital que había que realizar en la Luna, pues de él podían depender más tarde muchas vidas humanas. Un error cometido en aquellos momentos podía significar una sentencia de muerte para alguien, tarde o temprano.

Cuando llegaron al final de una hoja, Lawrence preguntó:

—¿Es éste el modelo más grande que tienen en existencia?

—El más grande utilizable —le respondieron—. Existe un tipo XIX para doce hombres, pero tiene un pequeño escape en el envoltorio exterior que tiene que repararse.

—¿Y tardarían mucho en hacerlo?

—Sólo unos minutos, pero luego habría que hacer la prueba de inflación durante doce horas, antes que podamos autorizar su salida.

Aquélla era una de las ocasiones en que las reglas debían ser infringidas.

—No podemos aguardar la prueba completa. Pongan en esa otra un parche doble y calculen la filtración. Si está dentro del margen de tolerancia, prepárenla para despacharla en seguida. Yo autorizaré la salida.

El riesgo era ínfimo y había que preparar de algún modo refugio y aire para las veintidós personas aisladas en el mar de la Sed. No habría trajes espaciales para que todos pudieran utilizarlos para salir del *Selene* y llegar hasta Puerto Roris.

Lawrence percibió un leve piar en el audífono que tenía detrás de la oreja izquierda e hizo girar la llavecita en el cinturón:

—Ingeniero jefe al habla.

—Un mensaje del *Selene*, señor —dijo una voz débil, pero clara—. Muy urgente. Están en peligro.

Capítulo 19

Hasta entonces, Pat apenas se había fijado en el pasajero sentado con los brazos cruzados en la butaca número 3-D, junto a una ventana, y tuvo que reflexionar para acordarse de cómo se llamaba. Era algo así como Builder…, o Baldur. Sí, Baldur, Hans Baldur. Tenía todo el aspecto del clásico turista, tranquilo y que nunca crea dificultades.

Continuaba tranquilo, pero en cuanto a lo de no crear dificultades, ya sería otra cosa.

Parecía dispuesto a continuar despierto, con la mayor terquedad. Parecía como si todo cuanto ocurriese a su alrededor nada tuviese que ver con él. Sólo el ligero tic nervioso de un músculo de su mejilla indicaba su tensión interior.

—¿Qué espera usted, señor Baldur? —le preguntó Pat, con la voz más indiferente y natural que pudo fingir. Se alegraba de contar con la ayuda física y moral de sus cinco compañeros. Baldur no parecía de un vigor excepcional, pero Pat, nacido en la Luna y cuyos músculos nunca habían tenido que vencer la gravedad terrestre, no hubiera podido enfrentarse con él, en caso de llegar a las manos.

Baldur movió negativamente la cabeza y continuó mirando por la ventanilla, como si pudiera ver algo por ella, además de su propio reflejo.

—Usted no puede obligarme a tomar esa droga —dijo, con marcado acento alemán—, y no pienso tomarla.

—Yo no quiero obligarle a hacer nada —respondió Pat—. ¿Pero no comprende usted que es por su propio bien…, y en el interés de todos? ¿Qué objeción puede usted oponer a esto?

Baldur vaciló como si buscase las palabras adecuadas.

—Es…, es algo contrario a mis principios —dijo al fin—. Sí, eso es. Mi religión no me permite ponerme inyecciones.

Pat sabía de una manera vaga que, en efecto, existían personas que abrigaban tales escrúpulos. Sin embargo, ni por un momento creyó que Baldur fuese una de ellas. Aquel hombre mentía, pero…, ¿por qué?

—¿Me permite una observación? —dijo alguien a espaldas de Pat.

—No faltaba más, señor Harding —contestó el joven, con alivio, al pensar que le ayudarían a salir de aquel *impasse*.

—Dice usted que no pueden ponerle inyecciones, señor Baldur —continuó Harding en un tono que recordó a Pat la manera como había interrogado a la señora Schuster (¡qué lejano parecía aquello!)—. Y yo puedo decirle que usted no ha nacido en la Luna. Esto significa que no puede haber llegado aquí sin pasar antes por el reconocimiento médico de rigor…, y sin ponerse las vacunas e inyecciones acostumbradas.

Esta pregunta produjo una evidente agitación en Baldur.

—¡Eso a usted no le importa! —barbotó.

—Desde luego —repuso Harding con amabilidad—. Únicamente trato de ser útil. —Dio un paso hacia Baldur y le tendió la mano izquierda—. ¿Le molestaría mostrarme su certificado de vacunación interplanetario?

Pat se dijo que la pregunta era bastante estúpida, pues el ojo humano no podía leer la información inscrita magnéticamente en los certificados de revacunación. Se preguntó si Baldur no lo comprendería también así y, en tal caso, qué haría.

Pero sus reflexiones no tardaron en interrumpirse. Baldur, sorprendido, contemplaba la palma de la mano izquierda que le tendía Harding, mientras éste avanzaba con tal rapidez la mano derecha que Pat no tuvo tiempo de ver qué ocurría. Fue como el juego de manos realizado por Sue Wilkins con la señora Williams…, pero mucho más espectacular y sobre todo más brutal. Por lo que pudo ver Pat, Harding golpeó con el canto de la mano abierta la base de la nuca de Baldur…, una habilidad que el joven capitán no sintió muchos deseos de adquirir.

—Esto lo tendrá tranquilo durante un cuarto de hora —dijo Harding con el tono de voz más natural que imaginarse pueda, mientras Baldur se desplomaba en su butaca—. ¿Puede usted darme uno de esos tubitos? Gracias.

Oprimió el pequeño cilindro contra el brazo del hombre desvanecido. La expresión de éste no cambió.

Pat pensaba que la situación se le había escapado de las manos. Se sentía agradecido a Harding por aquella demostración de sus facultades de judoka, pero la escena le había impresionado bastante.

—¿Por qué no quería que le pusiéramos la inyección? —preguntó con cierto tono de queja.

Harding arremangó el brazo izquierdo de Baldur, volviéndolo hacia arriba para mostrar su parte inferior carnosa. La epidermis estaba recubierta de centenares de puntitos casi invisibles, que asemejaban alfilerazos.

—¿Sabe usted que es esto? —dijo con tono tranquilo.

Pat asintió. Algunos vicios de la vieja y cansada Tierra habían tardado más tiempo que otros en llegar a la Luna, pero tarde o temprano, todos se habían introducido en aquel mundo virgen.

—No podemos censurar a este infeliz por haber deseado ocultarlo. El tratamiento al que sin duda se ha sometido ha creado en él horror por las inyecciones. A juzgar por el estado de estas cicatrices, debió empezar a ponerse en tratamiento sólo hace unas semanas. Ahora le es psicológicamente imposible administrarse una inyección. Confío en no haber provocado una recaída en sus hábitos de antiguo toxicómano, aunque de momento esto es lo último que le preocupa.

—¿Y cómo pudo pasar el reconocimiento médico?

—Oh, existe una sección especial para personas de ese tipo. Los médicos no son muy explícitos acerca del particular, pero los pacientes abandonan provisionalmente sus nocivos hábitos después de someterse a una hipnosis. Hay más de estos enfermos de lo que la gente se imagina. Suelen recomendarles un viaje a la Luna, como complemento muy eficaz de su tratamiento. Así escapan a su medio ambiente.

Pat hubiera deseado hacer otras preguntas a Harding, pero ya habían perdido bastante tiempo. Los restantes pasajeros no presentaron dificultad alguna y todos se sometieron dócilmente a la inyección.

La pequeña demostración de judo de Harding debió terminar de convencer a los remolones.

—Ya no me necesitarás, de momento —dijo Sue con una breve y decidida sonrisa—. Hasta la vista, Pat…, despiértame cuando llegue el momento.

—Así lo haré —prometió él, depositándola con suavidad en el piso del pasillo. Cuando Susan cerró los ojos, añadió en voz bajísima—: O no te despertaré nunca.

Permaneció inclinado sobre ella durante varios segundos, antes de recuperar su aplomo para volverse hacia los que aún quedaban. Hubiera querido decir tantas cosas a Sue…, pero la ocasión ya había pasado, quizás para siempre.

Tragó saliva, pues sentía la garganta reseca, y se volvió a los cinco que aún estaban despiertos. Había que resolver aún un último problema y fue David Barrett quien se lo recordó:

—Bien capitán —dijo—. No nos deje con el ánimo en suspenso. ¿Quién de nosotros quiere que le haga compañía?

Uno a uno, Pat les entregó cinco tubos somníferos.

—Gracias por su ayuda; sé que lo que hago es un poco melodramático, pero me parece que es la solución más ecuánime. Sólo cuatro de estos cinco tubos producirán efecto.

—Confío en que el mío esté cargado —dijo Barrett, que se pinchó sin perder tiempo.

El efecto no tardó en producirse. Pocos segundos después, Harding, Bryan y Johanson siguieron al inglés, sumiéndose también en la inconsciencia.

—Bien —dijo el doctor McKenzie—, he resultado yo el elegido. Ello me halaga…, a menos que de verdad lo haya usted dejado al azar.

—Antes de contestar a su pregunta —dijo Pat—, permítame que me comunique con Puerto Roris, para ponerles al corriente de la situación.

Se dirigió a la radio e hizo un breve resumen de lo sucedido. Reinó un silencio angustiado al otro extremo de la línea. Unos instantes después, Pat reconoció la voz del ingeniero jefe Lawrence, que había tomado el micrófono:

—Por supuesto, ha procedido usted de la mejor manera posible. No podremos llegar hasta ustedes en menos de cinco horas. ¿Serán capaces de resistir hasta

entonces?

—Nosotros dos, sí. Nos podemos turnar en el uso del circuito respiratorio del traje espacial. Es por los pasajeros por los que me preocupo.

—Lo único que pueden hacer ustedes es vigilar su respiración y darles un poco de oxígeno si los ven muy oprimidos. Nosotros haremos todo lo que nuestros medios y nuestras fuerzas nos permitan. ¿Desea decirnos alguna otra cosa?

Pat reflexionó unos segundos.

—No —dijo con desaliento—. Les volveré a llamar cada cuarto de hora. Fuera.

Se puso de pie muy despacio, pues la fatiga y el exceso de bióxido de carbono empezaban a hacer sentir sus efectos sobre él, y dijo a McKenzie:

—Ayúdeme con el traje espacial, doctor.

—Estoy avergonzado por no haber pensado en eso.

—Lo que a mí me preocupaba es que algún viajero se hubiese acordado que lo teníamos. Todos deben de haberlo visto al entrar en la nave por la compuerta neumática.

Esto demuestra que a veces uno no se da cuenta de lo más evidente.

Tardaron cinco minutos en desprender del traje los cartuchos de cal sodada absorbente y la provisión de oxígeno para veinticuatro horas. Todo el circuito respiratorio podía desmontarse con rapidez para el caso en que fuese necesario practicar la respiración artificial a alguien. No fue aquélla la primera vez en que Pat se felicitó por la ingeniosidad, previsión y destreza con que había sido construido y equipado el *Selene*. Había, desde luego, ciertos detalles que aún faltaban o que podían haber sido algo mejores…, pero, en general, todo era perfecto.

Con gran esfuerzo, notando que los pulmones empezaban a dolerles, los dos únicos hombres aún despiertos a bordo del crucero se miraron por encima de la botella de metal gris que sostenían entre ambos y que encerraba otro día de vida. Luego dijeron al mismo tiempo:

—Usted primero.

Rieron sin demasiadas ganas ante la trillada escena de cortesía, y Pat concluyó:

—No voy a discutir.

Aplicó la mascarilla a su rostro y, al recibir la corriente de oxígeno, sintió como una fresca brisa marina después de una cálida y polvorienta jornada de verano; como un viento que trajese el aroma de los pinos a la atmósfera sofocante de un valle profundo.

Hizo cuatro lentas y profundas aspiraciones, seguidas por cuatro exhalaciones a fondo a fin de ventilar sus pulmones y librarlos del CO2 residual. Después, como si le ofreciese la pipa de la paz, tendió la mascarilla a McKenzie.

Aquellas cuatro respiraciones bastaron para infundirle vigor y barrer las telarañas que habían ido formándose en su cerebro. Acaso fuese un efecto puramente

psicológico, pues cuatro bocanadas de oxígeno no podían producir un efecto tan profundo, pero la verdad era que se sentía como un hombre nuevo. Ahora ya podía hacer frente a las cinco horas o más de espera.

Diez minutos después tuvo otro rebrote de confianza: al recorrer las filas de viajeros, comprobó que todos respiraban con toda normalidad…, muy despacio, pero de manera regular. Dio un poco de oxígeno a cada uno e informó a la Base.

—Llama el *Selene* —dijo—. El capitán Harris al habla. El doctor McKenzie y yo nos encontramos muy bien ahora, y ninguno de los pasajeros presenta síntomas alarmantes.

Permaneceré a la escucha y les llamaré cada media hora.

—Mensaje recibido. Pero espere un momento…, hay aquí varios representantes de las agencias de información que desean hablarle.

—Lo siento —repuso Pat—. Ya he dado toda la información que hay por el momento y tengo que ocuparme de veinte personas sumidas en la inconsciencia. Fuera.

Aquello no era más que una excusa, desde luego, y bastante endeble; ni siquiera sabía por qué la había dado. Pero, de pronto, experimentó un repentino rencor que no era propio de él: «¡Vaya! —se dijo—. ¿Ni siquiera puede uno morir tranquilo hoy en día?»

Si hubiese sabido que había una cámara tomavistas apostada a menos de cuatro kilómetros de allí, su reacción quizá hubiera sido aún más violenta.

—Todavía no ha respondido usted a mi pregunta, capitán —le dijo el doctor McKenzie con tono paciente.

—¿Qué pregunta? ¡Ah, ya sé! No, no ha sido designado usted por pura casualidad. El comodoro y yo pensamos que usted era el más indicado para permanecer despierto. Es usted un hombre de ciencia, fue el primero en observar la elevación de la temperatura y supo conservar la serenidad al exponérnoslo.

—Bien, trataré de no defraudarles. Desde luego, me siento mucho más despabilado que durante las últimas horas, sin duda a causa del oxígeno que respiramos. Pero el problema consiste en saber cuánto tiempo podremos resistir…, es decir, cuánto nos durará.

—Utilizándolo únicamente nosotros dos, doce horas…, tiempo más que suficiente para que lleguen los socorros. Pero quizá tendremos que dar la mayor parte del oxígeno a los pasajeros, si muestran síntomas de empeoramiento. Creo que si nos salvan, será verdaderamente por los pelos.

Hablaban sentados en el suelo, con las piernas cruzadas a la oriental, cerca del puesto de pilotaje, con la botella de oxígeno entre ambos. Cada cuatro o cinco minutos aspiraban por la mascarilla, pero solamente dos o tres respiraciones.

«Nunca me hubiera imaginado —se decía Pat— que un día me convertiría en uno

de esos clásicos personajes de la televisión, protagonistas de los dramas del espacio. Pero estas cosas han pasado con demasiada frecuencia en la vida real para que aún resulten divertidas…, especialmente cuando le ocurren a uno».

Pat Harris y McKenzie —o en todo caso uno de ellos, con toda seguridad— podrían salvarse si abandonaban a los demás pasajeros a su suerte. El intento por mantener con vida a aquellas veinte personas, quizá significaría su sentencia de muerte.

La situación era de aquéllas en que la lógica y el sentido moral entran en lucha. Pero tal cosa no tenía nada de nuevo. Aquellos dramas no habían empezado a producirse durante la época del espacio. Eran tan antiguos como la humanidad, pues en el pasado, durante innumerables veces, grupos humanos, perdidos o aislados, habían tenido que afrontar la muerte por falta de agua, de víveres o de calor. Entonces era el oxígeno el que les faltaba, pero en el fondo era lo mismo.

Algunos de estos grupos perecieron en su totalidad. En otros, hubo un puñado de supervivientes que pasaron el resto de su vida tratando de justificarse. ¿Cuáles debían ser los sentimientos de George Bollard, que fuera capitán del ballenero *Essex*, al pasear por las calles de Nantucket, con el cartel de canibalismo colgado a la espalda? Pat no había oído nunca contar aquella historia de un drama ocurrido dos siglos antes; vivía en un mundo demasiado ocupado en crear sus propias leyendas para importar las de la Tierra. En lo que a él concernía, ya había hecho su elección…, y sin tener que preguntárselo, sabía que McKenzie estaría de acuerdo con él. Ninguno de ellos era de la clase de hombres que lucharían por conseguir el último sorbo de oxígeno. Pero ¿y si terminaban luchando?…

—¿Por qué está sonriendo? —preguntó McKenzie.

Pat aflojó su tensión nerviosa. Había algo, en aquel robusto hombre de ciencia australiano, que resultaba tranquilizador. Hansteen le producía la misma impresión, pero McKenzie era mucho más joven. Había hombres que inspiraban confianza, de quien uno podía estar seguro que no lo abandonarían. McKenzie inspiraba aquellos sentimientos a Pat.

—Si de veras quiere saberlo —contestó, dejando la mascarilla de oxígeno—, le diré que estaba pensando que apenas podría hacer algo si se le ocurriese quedarse la botella para usted solo.

McKenzie le miró un poco sorprendido y después sonrió a su vez.

—Creo que todos ustedes, los que han nacido en la Luna —observó—, son muy sensibles a estas diferencias musculares.

—Yo nunca me he fijado en eso —repuso Pat—. Si bien se mira, el cerebro es más importante que los músculos. Yo no puedo evitar haberme criado en un mundo cuya gravedad es seis veces menor que la terrestre. Pero…, ¿cómo sabe usted que he nacido en la Luna?

—Pues verá, en primer lugar a causa de su físico. Todos los nacidos en la Luna son altos y esbeltos. Además, por el color de su tez, el bronceado mediante rayos ultravioleta no es igual al que proporciona la auténtica luz solar.

—Usted sí que tiene un buen bronceado —replicó Pat con una sonrisa—. De noche, incluso podría ser una amenaza para la navegación. La verdad, me sorprende que se llame usted McKenzie.

Pat sólo conocía de oídas las tensiones raciales que aún no estaban totalmente extinguidas en la Tierra. Por lo tanto, podía hacer semejante pregunta sin sentir el menor embarazo, y sin darse cuenta siquiera que pudiera resultar embarazosa para su interlocutor.

—Un misionero puso este nombre a mi abuelo cuando lo bautizó. Dudo que tenga la menor relación con mi ascendencia. Por todo cuanto sé, soy un aborigen de pura sangre.

—¿Un aborigen?

—Sí. Las gentes de mi raza ocupaban Australia antes de la llegada de los blancos. Los hechos que a continuación se produjeron fueron bastante tristes.

Pat sólo tenía un vago conocimiento de la historia terrestre. Como la mayoría de los que vivían en la Luna, pensaba que nada importante había sucedido antes del 8 de noviembre de 1967, cuando se celebró de manera tan espectacular el quincuagésimo aniversario de la revolución rusa.

—¿Hubo una guerra, supongo?

—Apenas merece el nombre de tal. Nosotros sólo teníamos lanzas y bumeranes. Ellos tenían armas de fuego…, sin hablar de la tuberculosis, las enfermedades venéreas y otras «armas» mucho más eficaces. Necesitamos ciento cincuenta años para rehacernos. Hubo que esperar a mediados del siglo pasado, alrededor de 1940, para que se registrase un ligero aumento en nuestra población. Ahora nuestro número asciende a unos cien mil…, casi tantos como cuando llegaron a Australia sus antepasados.

McKenzie explicó estos hechos a Pat con una irónica indiferencia que excluía toda animosidad de su voz, pero el capitán del *Selene* creyó oportuno declinar su propia responsabilidad por los desaguisados que cometieron sus antecesores terrestres.

—No me eche usted la culpa por lo que sucedió en la Tierra —dijo—. Yo nunca he estado en ella ni estaré jamás…, no podría soportar su gravedad. Pero he mirado muchas veces a Australia por el telescopio. Siento cierto cariño por esa parte del globo…, mis padres despegaron de Woomera.

—Y mis antepasados le pusieron ese nombre: un *woomer* es un propulsor de lanza.

—¿Aún hay miembros de su raza —preguntó Pat, midiendo cuidadosamente sus

palabras— que vivan en condiciones primitivas? He oído decir que aún hay gentes que viven en estado salvaje, en algunas regiones de Asia.

—La antigua vida de las tribus ya no existe. Se extinguió con rapidez, cuando las naciones africanas de la ONU pretendieron introducir cambios políticos en Australia. Y con frecuencia esta acción adoptó aspectos muy poco correctos…, pues yo me considero ante todo australiano, y aborigen en segundo lugar. Pero debo reconocer que mis compatriotas de raza blanca demostraron a menudo una estupidez supina; y no era para menos, al pensar que los estúpidos éramos nosotros. Figúrese usted que, muy avanzado el siglo pasado, aún había muchos de ellos que nos consideraban salvajes de la Edad de Piedra. Nuestra técnica, desde luego, era del Paleolítico…, pero nosotros no pertenecíamos a la prehistoria.[1]

Esta discusión, que se desarrollaba bajo la superficie de la Luna, cerca de un modo de vida tan distante en el tiempo del espacio, no parecía nada incongruente a Pat. Era preciso que él y McKenzie mataran el tiempo como pudiesen, vigilando asimismo a sus veinte compañeros inconscientes y combatiendo el sueño durante cinco horas más por lo menos. Y una de las mejores maneras de matar el tiempo consistía en charlar.

—Si las personas de su raza no eran salvajes de la Edad de Piedra, doctor, y, desde luego, reconozco que usted no lo es, ¿cómo es posible que a los blancos se les ocurriera una idea tan peregrina?

—Por pura estupidez, basándose en ideas preconcebidas. Es fácil suponer que si un hombre no sabe contar, leer o hablar correctamente el inglés, tiene que estar falto de inteligencia. Sin ir más lejos, puedo darle un ejemplo perfecto de mi propia familia. Mi abuelo, el primero que llevó el apellido McKenzie, vivió hasta ver el año 2000, pero jamás supo contar más allá de diez. Y su descripción de un eclipse de Luna se reducía a estas sencillas palabras: «Quinqué perteneciente Jesucristo apagado todo».

»Y ahora yo soy capaz de tratar las situaciones diferenciales del movimiento orbital de la Luna, pero no pretendo en modo alguno ser más inteligente que mi abuelo. Si hubiese vivido en otra época, tal vez hubiera sido mejor físico que yo. Recibimos una educación diferente, eso es todo. Mi abuelo nunca aprendió a contar, como yo no he aprendido a mantener una familia en el desierto, tarea que también exigía mucha habilidad y dejaba muy poco tiempo libre.

—Es posible que así sea —comentó Pat, pensativo— y que tal vez podríamos aprovechar ahora los conocimientos de su abuelo. En realidad, nosotros también intentamos lo mismo…, sobrevivir en un desierto.

—Hasta cierto punto, sí, aunque no creo que un bumerang o el arte de encender fuego con un bastón pudiesen sernos de mucha utilidad. Tal vez podríamos utilizar la magia…, pero mis conocimientos en la materia son más bien escasos. Y dudo que los

viejos dioses de mi tribu quisieran abandonar la Tierra de Arnhem para venir en nuestra ayuda.

—¿No ha lamentado alguna vez —preguntó Pat— que su pueblo haya tenido que renunciar a sus costumbres?

—¿Cómo podría lamentarlo? Apenas conozco tales costumbres. Nací en Brisbane y aprendí a utilizar una calculadora electrónica digital incluso antes de haber visto un *corrobore*.

—¿Un qué?

—Es una danza religiosa que se practica en las tribus…, pero la mitad de los que participaban en ella preparaban la licenciatura en Etnología. No me hago ilusiones románticas acerca de la vida sencilla y el noble salvaje. Mis antepasados eran hombres magníficos y no me avergüenzo de ellos, pero la geografía los encerró en un callejón sin salida. La lucha que tuvieron que librar para subsistir no les dejó energías sobrantes para crear una civilización. Pese a todo, fue una suerte que los blancos se estableciesen en Australia…, aunque a veces nos vendiesen harina envenenada para quedarse con nuestras tierras.

—¿Llegaron a hacer eso?

—Así como suena. Pero ¿por qué se sorprende? Eso sucedió más de cien años antes de Belsen.[2]

Pat meditó en lo que había oído durante unos instantes. Después consultó su reloj y dijo, con clara expresión de alivio:

—Tengo que llamar de nuevo a la Base. Pero antes, veamos cómo siguen los pasajeros.

Capítulo 20

Lawrence comprendió que entonces no había tiempo de preocuparse por los iglúes inflables y otros refinamientos que hacían agradable la vida, para trasladarse al mar de la Sed. Lo único que importaba era introducir tuberías de aire en el crucero. Los ingenieros y los técnicos tendrían que sudar a raudales dentro de sus escafandras hasta terminar la tarea. Pero la dura prueba, de todos modos, no sería muy larga. Si no podían realizar el trabajo en cinco o seis horas, ya podían dar media vuelta y volverse, abandonando el *Selene* al mundo cuyo nombre ostentaba.

En los talleres de Puerto Roris se estaban llevando a cabo proezas de improvisación sin precedentes. Se desarmó y cargó en un trineo un equipo completo de acondicionamiento de aire, con depósitos de oxígeno líquido, absorbentes de humedad y anhídrido carbónico, y toda una serie de reguladores de temperatura y presión. También se colocó en uno de los trineos un juego de aparatos de perforación, despachado urgentemente en cohete por la Sección de Geofísica de Clavius. Y esto sin hablar del sistema de tuberías construido especialmente para aquella ocasión y que no podía fallar al primer intento, pues luego ya no se le podrían introducir modificaciones.

Lawrence no intentaba dar prisa a sus hombres; sabía que esto era innecesario.

Permanecía en segundo término, comprobando el río de material que pasaba de los depósitos y el taller a los esquíes, e intentando pensar en todos los posibles imprevistos que pudiesen surgir. ¿Qué herramientas serían necesarias? ¿Había suficientes piezas de recambio? ¿No sería mejor cargar los elementos de la balsa en último lugar, para poder descargarlos primero? ¿Sería prudente enviar oxígeno al *Selene* antes de montar un tubo para la evacuación del aire viciado? Todos estos detalles y muchos otros, algunos triviales y otros importantes, cruzaban por la mente de Lawrence. Llamó varias veces a Pat para pedirle datos técnicos, como, por ejemplo, la presión interna y la temperatura, si la válvula de seguridad de la cabina funcionaba (probablemente no, al hallarse obturada por el polvo) y, por último, le pedía que le aconsejase acerca de los mejores puntos para iniciar la perforación del techo. Y cada vez Pat le respondía con lentitud y dificultad crecientes.

Pese a todos los intentos hechos por los periodistas, que entonces pululaban en Puerto Roris y acaparaban la mitad de los canales de radio y TV entre la Tierra y la Luna, Lawrence se negó resueltamente a hacer declaraciones. Había difundido un breve comunicado en el que explicaba cuál era la situación y lo que se proponía hacer; el resto era de la incumbencia del personal administrativo. Además, su obligación era protegerlo para que pudiera realizar su trabajo sin ser molestado. Así lo dijo sin ambages al director del Turismo, colgando inmediatamente el aparato para que Davis no pudiera replicar.

Ni siquiera había tenido tiempo, como puede suponerse, de echar una mirada a las imágenes de la televisión, pero pudo enterarse que el doctor Lawson iba en camino de hacerse rápidamente una reputación de sabio algo excéntrico. Comprendió que esto se debía a aquel periodista de las Informaciones Interplanetarias en cuyas manos dejó al astrónomo. No debía estar poco contento aquel periodista…

Pero el tal periodista distaba mucho de estar contento. En su elevado observatorio de los montes Inaccesibles, que para él habían dejado de serlo, Maurice Spenser caminaba a grandes pasos hacia la úlcera que había estado evitando durante toda su vida de trabajo. Ya había gastado cien mil dólares para situar al *Auriga*…, y ahora parecía como si fuese a quedarse sin su ansiado reportaje.

Sin duda, todo habría terminado antes que llegaran los esquíes. Las operaciones de salvamento, que hubieran mantenido con el ánimo en suspenso a miles de millones de telespectadores, no se realizarían jamás. Eran muy pocos los que hubieran podido resistir a la tentación de ver cómo veintidós personas eran salvadas de una muerte cierta; pero muy pocos sentirían deseos de presenciar una exhumación.

Éste era el frío análisis que hacía Spenser de la situación, en su calidad de informador, pero ello no impedía que, como ser humano, se sintiese consternado. Era algo terrible verse obligado a permanecer en aquellas montañas, mano sobre mano y sólo a cinco kilómetros del lugar de la tragedia, sin poder hacer nada por evitarlo. Casi le daba vergüenza respirar con tanta facilidad, pensando en la creciente opresión que debían experimentar los cautivos. Por enésima vez, se preguntó qué podría hacer el *Auriga* para ayudarlos. (Sin olvidar el interés informativo que esto hubiera tenido.) Pero entonces estaba seguro que debía limitarse al papel de simple espectador. Aquel mar implacable descartaba cualquier posibilidad de ayuda.

Había enviado reportajes sobre otras catástrofes, pero esta vez sentía la penosa impresión de ser un vampiro.

Reinaba en el *Selene* un ambiente tan tranquilo, que los dos hombres que velaban tenían que esforzarse por no dormirse a su vez. Pat envidiaba a los demás, que soñaban felices a su alrededor, e incluso llegaba a sentir celos. Acto seguido aspiraba algunas bocanadas de la provisión de oxígeno, cada vez más reducida, y la realidad volvía de nuevo a él al comprobar el peligro en que se hallaba.

Un hombre solo no hubiera podido permanecer despierto, comprobar el estado de las veinte personas que seguían inconscientes y suministrarles una bocanada de oxígeno cuando dieran señales de malestar. Él y McKenzie se vigilaban mutuamente y ya varias veces cada uno de ellos había arrancado del sueño al otro. Si hubiesen dispuesto de oxígeno en cantidad suficiente, no habrían existido dificultades, pero la botella cada vez indicaba una presión más reducida. Era desesperante saber que los depósitos principales de la nave aún contenían grandes cantidades de oxígeno líquido,

pero no existía ningún medio de utilizarlo. El sistema de distribución automática lo hacía pasar de manera constante y regular a los evaporadores y después a la cabina, donde quedaba inmediatamente contaminada por una atmósfera que ya era casi intolerable.

Pat nunca había tenido la impresión que el tiempo transcurriera tan lentamente. Le parecía increíble que sólo hubiesen pasado cuatro horas desde que ambos empezaron su vela junto a los pasajeros dormidos. Hubiera jurado que hacía cuatro días que conversaban en voz baja, llamando a Puerto Roris cada cuarto de hora, comprobando el pulso y la respiración de sus compañeros y distribuyendo el oxígeno con parsimonia.

Pero nada dura eternamente. Al fin llegó por radio, desde el mundo que ninguno de los dos creía en realidad volver a ver, la noticia tan ansiada:

—Estamos en camino —decía la voz fatigada pero resuelta de Lawrence—. Nos encontraremos encima de ustedes dentro de una hora. ¿Cómo se sienten?

—Muy cansados, pero podremos resistir —contestó lentamente Pat.

—Muy bien. Les llamaré cada cinco minutos. Dejen el receptor abierto con bastante volumen, para no quedarse dormidos.

A través de la Luna resonó el fragor de las trompetas, envió su eco más allá de la Tierra y alcanzó los distantes rincones del Sistema Solar. Nunca habría soñado Héctor Berlioz que los vibrantes compases de su *Marcha de Rakóczy* llevarían fuerza y esperanza, dos siglos después de haberla compuesto, a unos hombres que luchaban y desesperaban en otro mundo para sobrevivir.

Mientras la música resonaba en la colina, Pat miró al doctor McKenzie sonriendo débilmente.

—Puede ser anticuada —dijo—, pero continúa dando resultado.

La sangre corría con más fuerza por sus venas mientras con el pie marcaba el compás.

A través del espacio lunar le llegaba el fragor de los ejércitos en marcha, el tamborileo de la caballería a través de mil campos de batalla, el son de los clarines que antaño llamó a las naciones para que se enfrentasen con su destino. Todo aquel rumor de armas ya había desaparecido desde hacía muchos años de la faz de la Tierra, y era bueno que así fuese. Pero había dejado el recuerdo de todo cuanto hay de bello y de noble en el alma del hombre: ejemplos de heroísmo y de abnegación, la prueba del hecho que los hombres pueden continuar resistiendo cuando sus cuerpos han ultrapasado los límites de la resistencia física.

Mientras sus pulmones jadeaban fatigosamente en el aire viciado, Pat Harris comprendió que necesitaría aquella inspiración surgida del pasado si quería disputar a la muerte la hora interminable que entonces iba a comenzar.

En la reducida y abarrotada cubierta del esquí para el polvo número 1, el ingeniero jefe Lawson reaccionó de manera parecida al escuchar la misma música. Su pequeña flotilla avanzaba dispuesta a dar la batalla contra un enemigo que se opondría al hombre hasta el fin de los tiempos. Al extenderse por el universo, saltando de planeta en planeta y de estrella en estrella, las fuerzas de la naturaleza se alzarían ante él en mil maneras distintas e inesperadas. Incluso la Tierra, conquistada desde hacía milenios, aún presentaba numerosas asechanzas para los imprudentes, y en aquel mundo que el hombre sólo conocía desde hacía una generación, la muerte lo acechaba bajo mil disfraces inocentes. Tanto si arrancaba su presa al mar de la Sed como si fracasaba en su intento, Lawrence estaba seguro que al día siguiente la Luna le lanzaría un nuevo reto.

Cada esquí remolcaba un solo trineo, lleno hasta los bordes de equipo que parecía más pesado e impresionante de lo que era en realidad, pues la mayor parte de la carga consistía en los tambores vacíos destinados a sostener la balsa. Todo cuanto no era de una absoluta necesidad, había sido dejado en Puerto Roris; cuando el esquí número 1 hubiese descargado su equipo, el ingeniero jefe lo enviaría de vuelta a la Base para cargar de nuevo. Luego podría organizar un servicio de ida y vuelta entre la Base y el lugar del naufragio, a fin de no tener que esperar más de una hora para proveerse de cualquier cosa que pudiese necesitar. Pero esto era ser muy optimista. Cuando llegaran sobre el *Selene*, pudiera ser, por desgracia, que ya no hubiese necesidad alguna de darse prisa…

Mientras los edificios de la Base se hundían con rapidez tras el horizonte, Lawrence asignaba las tareas a sus ayudantes. Se había propuesto hacer un ensayo general antes de zarpar, pero éste fue otro plan que también tuvo que abandonarse por falta de tiempo.

El primer puente construido era el único que tendría importancia.

—Jones, Sikorsky, Coleman y Matsui, en cuanto lleguemos al sitio marcado, se encargarán de descargar los tambores y los dispondrán en la forma prevista. Una vez hecho eso, Bruce y Hodges tenderán los travesaños. Tengan mucho cuidado de no dejar caer tuercas ni pernos y de mantener todas las herramientas atadas al cuerpo. Si llegan accidentalmente a caer, no se asusten, pues sólo podrán hundirse unos centímetros.

Cuando esté preparada la armazón, Sikorsky y Jones ayudarán a formar el piso de la balsa, y en cuanto sea posible trabajar, Bruce y Hodges empezarán a extender las tuberías de aire y los demás caños especiales. Greenwood y Rinaldi, ustedes estarán a cargo de las tareas de perforación…

Así continuó trazando el plan de acción, punto por punto. El ingeniero jefe preveía el serio peligro que sus hombres se entorpecieran entre sí, dado lo reducido del espacio del que dispondrían, y además tenía el secreto temor de haber olvidado en

Puerto Roris alguna cosa indispensable. Había, sin embargo, otro riesgo mayor que le acosaba como una pesadilla, y era el que las veintidós personas encerradas en el *Selene* llegasen a morir cuando faltaran pocos minutos para ser rescatadas, quizá porque la única llave inglesa que podía hacer la juntura final se había soltado y hundido en el polvo.

En los montes Inaccesibles, Maurice Spenser miraba con sus prismáticos y escuchaba por radio las conversaciones que desarrollaban a través del mar de la Sed. Cada diez minutos, Lawrence hablaba al *Selene* y cada vez la respuesta se hacía esperar un poco más. Pero Harris y McKenzie se esforzaban desesperadamente por no perder el conocimiento gracias a su fuerza de voluntad y ayudados sin duda por la música que les enviaban desde Ciudad Clavius.

—¿Qué les hacen oír ahora los psicólogos? —preguntó Spenser.

El radiotelegrafista, que estaba en el lado opuesto de la cámara de mando, aumentó un poco el volumen…, y la Cabalgata de las Valkirias se lanzó al galope tendido por los montes Inaccesibles.

—Yo no creo —rezongó el capitán Anson— que les hayan dado música moderna…

Todo esto es del siglo XIX.

—Pues sí, se la han dado —dijo Jules Braque, rectificándole, mientras hacía un delicadísimo ajuste a su cámara—. Acaban de darles la *Danza del Sable* de Khatchaturian. Esta partitura sólo tiene cien años.

—Atención —dijo el radiotelegrafista—. El esquí número 1 va a llamar de nuevo al *Selene*.

Se hizo un silencio instantáneo en la cámara.

Inmediatamente se oyó la llamada del esquí. La expedición de socorro ya estaba tan próxima, que el *Auriga* podía captar directamente sus emisiones, sin tener que utilizar la retransmisión desde el satélite Lagrange II.

—Aquí Lawrence, llamando al *Selene*. Estaremos sobre ustedes dentro de diez minutos. ¿Qué tal se encuentran?

De nuevo se produjo aquella penosa espera; la pausa duró esta vez casi cinco segundos.

—Responde el *Selene*. Aquí todo sigue igual…

Esto fue todo. Pat Harris no podía malgastar el poco aliento que le quedaba.

—Diez minutos —dijo Spenser—. Tendríamos ya que verlos. ¿No se ve nada en la pantalla?

—Aún no —respondió Jules, explorando lentamente el horizonte. Pero el arco que éste formaba estaba vacío. No había nada entre el mar de polvo y la negra noche

del espacio.

«La Luna —pensaba Jules— es un rompecabezas para los cámaras». Todo era de color de hollín o blanco como una pared blanqueada; no existían los medios tonos, los matices agradables. Y además, estaba el problema eterno que presentaban las estrellas, aunque era más de carácter estético que técnico.

El público ya esperaba ver estrellas en el cielo lunar, incluso de día, porque conocía su existencia en el firmamento. Pero la verdad era que, cuando era de día sobre la Luna, el ojo humano no podía percibirlas normalmente, pues la retina estaba tan insensibilizada con el resplandor solar que el cielo parecía completamente negro y vacío. Si se deseaban ver las estrellas, había que ponerse anteojeras que impidiesen el paso de la luz lateral.

Entonces las pupilas se ensanchaban lentamente y las estrellas aparecían una a una, hasta ocupar todo el reducido campo visual. Pero cuando la vista se volvía hacia otra cosa, las estrellas desaparecían como por arte de magia. El ojo humano, de día, no podía contemplar simultáneamente las estrellas y el paisaje; tenía que ser una cosa u otra.

Pero las cámaras tomavistas de la televisión podían hacerlo en caso necesario, y algunos directores de cadena lo preferían así. Otros sostenían que esto era falsear la realidad; era uno de esos problemas sin solución y que dependía del gusto de cada cual.

Jules Braque pertenecía a la escuela realista y no conectaba el dispositivo que permitía ver las estrellas a menos que se lo pidieran expresamente de los estudios.

A partir de entonces, en cualquier momento podían empezar las tomas para la Tierra.

Ya había transmitido varios *flashes* por su cadena: vistas generales de las montañas, aspectos del mar de la Sed, primeros planos del lejano tubo solitario clavado en el polvo…

Pero antes que transcurriese mucho tiempo, y quizá durante varias horas, su cámara atraería las miradas de millones de telespectadores, si todo se desarrollaba conforme a los planes previstos. El reportaje televisado podía ser un fiasco…, o el mayor reportaje del año.

Palpó el talismán que tenía en el bolsillo. Jules Braque, miembro de la Sociedad Cinematográfica y de Ingenieros de la Televisión, se hubiera molestado mucho si alguien le hubiese dicho en ton de mofa que llevaba un amuleto. Mas, por otra parte, le hubiera sido muy difícil explicar por qué no sacaba aquel juguetito, mientras no hubiese terminado la retransmisión de su reportaje.

—¡Ahí están! —exclamó Spenser, con voz que indicaba la tensión nerviosa con que había estado observando.

Después bajó los prismáticos y miró la cámara:

—Demasiado a la derecha —dijo.

Jules ya estaba tomando. En la pequeña pantalla de su aparato, la regularidad geométrica del lejano horizonte se rompió por fin: dos diminutas y parpadeantes estrellas aparecieron en aquel arco perfecto que separaba al cielo del mar de polvo. Los esquíes avanzaban por la superficie de la Luna.

Incluso después de dar la máxima potencia a los teleobjetivos, parecían pequeños y distantes. Esto era precisamente lo que Jules quería: dar la impresión de vacío y soledad.

Dirigió una rápida mirada a la pantalla principal de la astronave, sintonizada con el canal de las Informaciones Interplanetarias. Sí, retransmitían su reportaje.

Se metió la mano en el bolsillo, sacó un pequeño aparato receptor y lo puso sobre la cámara. Después levantó la tapa, dejándola casi vertical, e inmediatamente el visor le mostró una escena llena de color y movimiento. Al mismo instante una vocecita de mosquito empezó a decir que estaban viendo un programa especial del Servicio de Informaciones Interplanetarias, por el canal uno cero siete, y que dicho programa trasladaría a los telespectadores a la Luna.

Braque veía en su diminuto visor la misma imagen reproducida por su pequeña pantalla de control. Pero no era la misma: la de la pantalla, en efecto, había sido tomada dos segundos y medio antes, el tiempo que había necesitado para ir de la Luna a la Tierra y volver de ésta a la Luna. Durante aquella fracción ínfima de tiempo —dos millones y medio de microsegundos, para hablar como los ingenieros electrónicos— la imagen había experimentado muchas transformaciones y aventuras. Desde la cámara de Braque pasó al transmisor del *Auriga*, que la lanzó a Lagrange II, situado a cincuenta mil kilómetros sobre sus cabezas. Y de allí fue arrojado al espacio, con su potencia centuplicada varias veces, para ser captada por alguno de los satélites retransmisores que circulaban en torno a la Tierra. Los últimos centenares de kilómetros a través de la ionosfera fueron los más difíciles. Por último la imagen llegó al edificio de Informaciones Interplanetarias, donde sus aventuras empezaron de verdad, al reunirse con la incesante marea de sonidos, imágenes e impulsos eléctricos que informaban y divertían a una buena parte de la especie humana.

Y allí estaba de nuevo, después de pasar por las manos de los directores de programas, los ingenieros ayudantes y los servicios de efectos especiales, para volver donde se habían originado, para ser retransmitida sobre toda la cara visible de la Luna desde la emisora de gran potencia situada en Lagrange II, y a la cara invisible desde la emisora de Lagrange I. Para ir del visor de la cámara al pequeño receptor de bolsillo, situados apenas a un palmo de distancia, la imagen había recorrido cerca de setecientos cincuenta mil kilómetros…

Jules Braque se preguntó si esto valía la pena. Los hombres se habían hecho la misma pregunta desde que se inventó la televisión.

Capítulo 21

Lawrence distinguió al *Auriga* cuando aún estaba a quince kilómetros de los montes Inaccesibles. Hubiera sido difícil no verlo, pues la astronave era un objeto muy visible y el sol hacía brillar el casco de metal y materia plástica.

—¿Qué demonios es eso? —se preguntó.

Pero no tardó en responderse a sí mismo. Era evidente que se trataba de una astronave y recordó haber oído vagos rumores acerca de una nave fletada por una agencia de información para trasladarse a aquellas montañas. Aquello no era cuenta suya, a pesar que en un momento dado examinó la posibilidad de transportar hasta allí el equipo por astronave, para evitarse la pesada travesía del mar de la Sed. Por desgracia, la idea era irrealizable. No había ningún punto seguro de alunizaje a menos de quinientos metros bajo el nivel del «mar». La terraza que había resultado tan conveniente para el *Auriga*, estaba a demasiada altura para resultar de utilidad.

El ingeniero jefe no estaba muy contento porque siguiesen todos sus movimientos por teleobjetivos instalados en aquellas montañas. Pero nada podía hacer por evitarlo. Ya impidió que un reportero instalara una cámara tomavistas en su propio esquí…, con gran alivio (pero esto Lawrence no lo sabía) de Informaciones Interplanetarias, pero con gran consternación por parte de otras agencias periodísticas.

Pero luego, al meditar más detenidamente sobre ello, se dijo que tal vez resultaría útil contar con la presencia de una astronave a pocos kilómetros de distancia. Le proporcionaría un canal de información suplementario y quizá pudieran utilizar sus servicios de cualquier otra manera. Incluso podía constituir un refugio provisional, mientras no estuviesen instalados los iglúes.

¿Dónde estaba la señal? ¡Ya deberían haberla visto! Durante unos instantes de angustia, Lawrence la creyó caída y desaparecida en el polvo. Por supuesto que esto no detendría la tarea de buscar al *Selene*, pero podía demorarla en un momento en que cada segundo tenía una importancia vital. Después lanzó un suspiro de alivio: el fondo resplandeciente de las montañas lunares había ocultado el brillo del delgado tubo. El piloto acababa de divisarlo y modificaba un poco el rumbo para aproximarse a ella.

Los esquíes disminuyeron la velocidad y se detuvieron a ambos lados de la señal. En seguida se desencadenó una actividad frenética. Ocho hombres enfundados en trajes espaciales comenzaron a descargar los bultos y los grandes tambores cilíndricos. La balsa empezó a cobrar forma con rapidez y su esqueleto metálico fue asegurado en los tambores; poco después quedaba acoplado el piso de fibra de vidrio, extremadamente liviano.

Ninguna obra de construcción se había realizado jamás en la Luna con tal alarde de publicidad…, gracias a los ojos atentos que la observaban desde las montañas.

Pero cuando empezaron su trabajo, los ocho hombres de los esquíes olvidaron por completo que millones de miradas seguían sus menores movimientos. Lo único que entonces les importaba era colocar la balsa en la posición debida y fijar las tuberías por las que se introducirían las fresas huecas que aportarían la vida a los siniestrados.

Cada cinco minutos, o quizá menos, Lawrence hablaba con el *Selene*, para informar a Pat Harris y McKenzie de los progresos que realizaban. El hecho que al propio tiempo informase a millones de telespectadores que seguían con ansiedad la operación, apenas cruzaba por su cerebro.

Por último, con rapidez increíble, en veinte minutos, estuvo listo el taladro y la primera sección de cinco metros quedó dispuesta para horadar la capa de polvo como un arpón.

Pero aquel arpón había sido construido para aportar la vida y no la muerte.

—La primera sección baja ahora —anunció Lawrence.

—Dense prisa… —susurró Pat—. No podemos resistir mucho más…

Le parecía moverse entre la niebla. No podía recordar un tiempo en que no hubiese estado así. Aparte del dolor sordo que sentía en los pulmones, no estaba en realidad incómodo, sino con un enorme e inimaginable cansancio. En la mano tenía una llave inglesa que horas antes había sacado de la caja de herramientas, con la certidumbre que ésta sería necesaria. Quizá le hiciera recordar lo que debía hacer con ella cuando llegase el momento. McKenzie estaba en el suelo, asiendo todavía el cilindro de oxígeno vacío.

Como a una enorme distancia, Pat oyó una conversación que no estaba evidentemente dirigida a él. Alguien había olvidado cambiar de onda.

—Deberíamos haber previsto que la barrena pudiese ser destornillada desde aquí. Es posible que él esté demasiado débil para hacerlo…

—No tenemos más remedio que correr ese riesgo. Colocar los accesorios nos habría retrasado una hora por lo menos. Dame eso…

El circuito se cerró, pero Harris había oído lo bastante para encolerizarse. ¡Ya les enseñaría!…, él y su buen amigo el doctor Mac…, Mac…, ¿qué? Tenía la mente tan embotada, que no podía acordarse de su nombre.

Se volvió con lentitud en su asiento giratorio y contempló la cabina, en la que parecía haberse producido una espantosa carnicería. Durante un momento, no consiguió ver al físico entre los cuerpos inertes; después lo vio de rodillas junto a la señora Williams, cuyas fechas de nacimiento y muerte ya parecían estar muy próximas. McKenzie aplicaba la mascarilla de oxígeno sobre su rostro, sin darse cuenta siquiera que ya no se oía el susurro del gas al salir de la botella y que la aguja del manómetro ya indicaba cero.

—Estamos muy cerca —comunicó la radio—. De un momento a otro tienen que oírnos golpear el casco.

«¿Tan pronto? —pensó Pat—. ¡Por supuesto! Un tubo pesado tiene que deslizarse a través del polvo con la mayor rapidez».

El razonamiento era obvio, pero le hizo sentirse orgulloso de sí mismo.

¡Bang! Algo había sonado contra el techo. Pero ¿dónde?

—Puedo oírles. Han llegado hasta nosotros —dijo en un murmullo.

—Sí, sentimos el contacto —respondió la voz—. ¿Podría decirnos dónde ha tocado el taladro? ¿En una parte despejada del techo o sobre la instalación de los cables? Lo alzaremos y bajaremos varias veces para ayudarle a localizarlo.

A Pat le pareció terriblemente injusto que él debiera decidir una cuestión tan complicada. El vástago de acero dio uno y otro golpe en el techo y, aunque Pat no podía saber con exactitud su posición, pensó que no había nada que perder y dijo con un hilo de voz:

—Adelante. Van por buen camino.

Inmediatamente comenzó la barrena a zumbar en un punto de la envoltura exterior del casco, la traspasó en menos de un minuto y ya estaba girando en la placa interior. El ruido era entonces mucho más fuerte y podía ser bien localizado. Pat se desconcertó al advertir que procedía de un sitio muy próximo al conducto del cable maestro.

Se puso de pie vacilante y, cuando llegó al lugar de donde partía el sonido, recibió una lluvia de polvo. Hubo una sacudida de la corriente eléctrica y las luces principales se apagaron.

Por fortuna quedaba el alumbrado de emergencia. Necesitó Pat varios segundos para adaptarse a su débil resplandor rojizo, y entonces vio que penetraba por el techo un tubo metálico que descendía lentamente hasta haber entrado casi medio metro en el salón. Por la radio oía algo que debía ser importante, pero que no comprendía con claridad.

Se esforzó por despejar la mente mientras colocaba la llave inglesa en la punta del vástago y apretaba.

—No saque la punta del taladro hasta que se lo indiquemos —insistía la voz remota—. No hemos tenido tiempo de colocar una válvula irreversible y el tubo está abierto al vacío de este lado. Repito, no saque la punta del taladro hasta que se lo indiquemos.

¡Ojalá dejara de fastidiarle ese hombre! Él sabía muy bien lo que tenía que hacer. Si se apoyaba con todas sus fuerzas en el mango de la llave, conseguiría sacar la cabeza del taladro y entonces volvería a respirar… ¿Por qué no se movía? Hizo una tentativa más.

—¡Por favor! —gritó la radio—. ¡Deje de hacer eso! ¡Todavía no está listo! ¡Va a perder todo el aire!

«Un momento —pensó Pat, sin hacer caso de aquel hombre que trataba de

distraerle—. Aquí hay algo que no anda bien. Una tuerca puede girar para este lado…, o para este otro. ¿Y si en realidad la estuviera apretando? ¿Por qué se ha vuelto todo esto tan complicado?»

Se miró la mano derecha y luego la izquierda. Ninguna de las dos parecía servirle de mucho. Ni tampoco ese tonto que vociferaba por la radio. Podía intentar atornillarla del otro lado y ver si salía mejor. Con gran dignidad dio una vuelta entera alrededor del tubo, envolviéndolo con un brazo. Al dejarse caer sobre la llave inglesa, hacia el lado opuesto, la punta del taladro empezó a destornillarse bajo su peso, con toda suavidad.

Por un momento permaneció apoyado en la llave, con la cabeza inclinada.

—Arriba periscopio —murmuró.

¿Pero qué significaba aquello, demonios? No tenía la menor idea, pero oyó aquella frase alguna vez, y le parecía apropiada a la ocasión.

Quince metros más arriba, Lawrence y sus ayudantes se quedaron un instante paralizados de horror. Habían pensado en que podrían producirse muchísimos otros accidentes, pero nunca hubieran imaginado tal cosa.

—¡Coleman, Matsui! —exclamó Lawrence—. ¡Conecten pronto la línea de oxígeno, por amor de Dios!

En el mismo momento de dar la orden sabía que llegarían demasiado tarde. Había que hacer todavía dos conexiones antes de cerrar el circuito del oxígeno; ambas consistían en tuercas y no en acoplamientos automáticos. Se trataba de un detalle que no habría tenido normalmente importancia en un millar de años, pero que en aquel minuto representaba la diferencia entre la vida y la muerte.

Pat daba vueltas penosamente en torno al tubo, a la ver que apretaba el mango de la llave y se sentía a un milímetro de la salvación. Pudo oír un débil silbido, que crecía a medida que se abría la cabeza del taladro. Por supuesto, debía ser el oxígeno que entraba en el compartimiento. Dentro de pocos segundos volvería a respirar y habrían terminado sus afanes.

El tenue susurro del aire se había transformado en un chillido de mal agüero. Pat se detuvo, miró pensativo la llave y se rascó la cabeza. No obstante, el lerdo funcionamiento de su cerebro no le permitía descubrir que hubiese cometido ningún error. Tenía que volver a la tarea. Empezó a apretar la llave una vez más…, y cayó de boca al soltarse la cabeza del barreno.

En el mismo instante, un rugido sacudió el compartimiento y se desató un huracán que levantó en el salón una nube de papeles como hojas de otoño; se formó una niebla de condensación al amontonarse la humedad del aire enfriado por la súbita expansión, llegando a convertirse en una densa bruma. Cuando Pat se irguió, comprendiendo por fin lo que había sucedido, estaba como ciego.

Para el astronauta experimentado, aquel estallido podía significar tan sólo una

cosa.

Sus reacciones fueron desde entonces automáticas. Tenía que encontrar algún objeto plano para obturar el agujero…, lo que fuese, mientras fuese bastante sólido.

Miró desesperadamente a su alrededor en aquella niebla rojiza que empezaba a disiparse al ser aspirada al vacío. El ruido era ensordecedor; parecía increíble que un orificio tan pequeño pudiese producir aquel bramido.

Dando traspiés entre los cuerpos inconscientes de sus compañeros de viaje, clavando las uñas en el respaldo de las butacas para avanzar, casi había abandonado toda esperanza cuando vio lo que buscaba. En el suelo, abierto y boca abajo, donde lo dejaron caer, había un grueso libro. No era modo de tratar los libros, pensó, pero entonces se alegró del hecho que alguien se hubiese mostrado tan descuidado, o de lo contrario quizá no hubiera conseguido verlo.

Cuando llegó al ululante orificio, que estaba sorbiendo la vida del crucero, el libro le fue arrebatado literalmente de las manos y pegado contra el extremo del tubo. El estruendo y el vendaval cesaron inmediatamente. Pat se tambaleó unos instantes como si estuviese ebrio, se le doblaron las rodillas y cayó tendido en el suelo.

Capítulo 22

En la televisión, los momentos verdaderamente inolvidables son los inesperados, para los que ni las cámaras ni los comentaristas se hallan preparados. Durante la media hora precedente, la balsa fue escenario de una actividad febril pero organizada. De pronto, sin la menor advertencia previa, se produjo una erupción.

Por imposible que fuese tal cosa, una especie de géiser había brotado del mar de la Sed. De una manera maquinal, Jules Braque siguió con la cámara el ascenso de aquella columna neblinosa lanzada hacia las estrellas, visibles entonces a petición del director. A medida que la columna se elevaba, se expandía como una extraña planta atenuada…, o como una versión más delgada e insignificante de la seta atómica que fue el terror de dos generaciones.

El espectáculo sólo duró unos segundos, pero durante aquel breve espacio de tiempo mantuvo en suspenso a millones de personas ante sus pantallas, mientras se preguntaban cómo era posible que surgiese un chorro de agua de aquella mar yerma.

Pero el chorro no tardó en disminuir de altura y cesar, en aquel mismo extraño silencio fantasmal en que había nacido.

Para los hombres que se encontraban en la balsa, aquel surtidor de aire cargado de humedad fue igualmente silencioso, pero sintieron sus vibraciones mientras batallaban por ajustar la última junta estanca. De todos modos lo hubieran conseguido tarde o temprano, aunque Pat no hubiese obturado el orificio, pues las fuerzas en juego no eran considerables. Pero «más tarde» quizá hubiera equivalido a «demasiado tarde». Y tal vez ya lo fuese…

—¡Llamando al *Selene*! ¡Llamando al *Setene*! —gritó Lawrence—. ¿Me oyen?

No hubo respuesta; el aparato emisor del crucero no funcionaba, pues ni siquiera se oían los ruidos interiores de la cabina, que el micrófono hubiera debido captar.

—Listas las conexiones, señor —dijo Coleman—. ¿Doy el generador de oxígeno?

«De nada servirá —pensó Lawrence— si Pat ha conseguido atornillar de nuevo la punta del taladro. Ojalá se haya limitado a tapar el extremo del tubo con algo y el oxígeno a presión pueda expulsarlo».

—De acuerdo —dijo—. Dele toda la presión que pueda.

Con un estrépito repentino, el destartalado ejemplar de *La Naranja y la Manzana* fue despedido del tubo al que había estado adherido por el vacío. Del orificio abierto brotó una corriente vertical de gas como un surtidor invertido, tan frío que se podía ver su perfil en espectrales remolinos de vapor condensado.

Durante varios minutos el chorro de oxígeno bramó sin producir efectos perceptibles.

Después, Pat Harris se movió perezosamente, trató de ponerse en pie y fue lanzado de nuevo contra el piso por el impetuoso surtidor de gases. El chorro de gas

no era muy potente, pero en su estado de debilidad actual bastaba para tumbarlo.

Permaneció tendido, con el chorro helado dándole directamente en el rostro, sintiendo una grata sensación de frescura y respirando ansiosamente. A los pocos segundos ya había recobrado el pleno uso de sus sentidos, aunque tenía una terrible jaqueca.

Comprendió entonces lo que había sucedido en la última media hora.

Casi volvió a desvanecerse al recordar que había destornillado el extremo del taladro y su lucha contra el aire que se escapaba. Pero era inútil recriminarse por errores pasados; lo único que importaba entonces era que vivía…, y con un poco de suerte seguiría viviendo.

Levantó a McKenzie, que aún yacía sin conocimiento, y lo puso bajo el chorro de oxígeno, cuya fuerza había disminuido mucho al volver a normalizarse la presión en el interior de la nave; pronto no sería más que un suave céfiro.

El físico revivió casi en seguida y miró vagamente a su alrededor, diciendo, sin demasiada originalidad:

—¿Dónde estoy?… ¡Ah, gracias a Dios han llegado hasta nosotros! Gracias a Dios, puedo respirar otra vez. ¿Qué ha pasado con las luces?

—No se preocupe por esto. Pronto las arreglaré. Tenemos que poner a cada pasajero bajo el chorro lo antes posible e inyectarles oxígeno en los pulmones. ¿Sabe usted practicar la respiración artificial?

—No lo he probado nunca.

—Es muy sencillo…, espere a que encuentre el botiquín.

Cuando Pat encontró el aparato reanimador, hizo una demostración con el primer pasajero que encontró a mano, quien resultó ser Irving Schuster.

—Aparte la lengua e introdúzcale el tubo por la garganta. Ahora oprima esta pera…, despacio. Mantenga un ritmo respiratorio natural. ¿Comprende?

—Sí. ¿Pero durante mucho tiempo?

—Creo que bastarán cinco o seis aspiraciones profundas. No nos proponemos hacerle recuperar el conocimiento, sino únicamente ventilar sus pulmones, expulsando el aire viciado que contienen. Ocúpese de la mitad delantera de la cabina…, yo me ocuparé de los demás.

—Pero sólo hay un reanimador.

Pat sonrió levemente.

—Yo no lo necesito —respondió, inclinándose sobre otro paciente.

—Oh —dijo McKenzie—. Había olvidado este procedimiento.

No fue por casualidad que Pat se dirigió inmediatamente a Sue para insuflar aire entre sus labios mediante el «beso de la vida», el antiguo y muy eficaz método de boca a boca.

Mas, para ser justos con él, diremos que no perdió tiempo junto a ella cuando vio

que respiraba normalmente.

Se disponía a practicar la respiración artificial a un tercer paciente, cuando la radio lanzó una nueva llamada desesperada:

—¡Oiga, *Selene*! ¿No pueden contestar?

Pat tardó unos segundos en tomar el micrófono.

—Habla Harris. Estamos bien. Empezamos a practicar la respiración artificial a los pasajeros. No tengo tiempo de decirle más…, ya le llamaré luego. Seguiré a la escucha.

Dígame lo que pasa mientras sigo trabajando.

—¡Gracias a Dios que están a salvo! Ya habíamos perdido las esperanzas. Nos dieron un susto fenomenal cuando destornillaron el taladro.

Pat Harris, que en aquellos momentos soplaba en los pulmones del señor Radley, apaciblemente dormido, no deseaba que le recordasen aquel incidente. Pero sabía que, ocurriera lo que ocurriese, jamás conseguiría olvidarlo. Sin embargo, el error tuvo probablemente efectos beneficiosos. Una buena parte del aire viciado del *Selene* fue expulsado al exterior durante aquel dramático minuto de descompresión. Es posible que incluso hubiera podido durar más, pues se necesitaban dos o tres minutos para que una cabina de aquellas dimensiones perdiese gran parte del aire que contenía por un tubo que sólo tenía cuatro centímetros de diámetro.

—Escuche bien ahora —continuó Lawrence—. Como se han recalentado ahí demasiado, les enviamos oxígeno a baja temperatura. Avísenos si el aire se enfría o reseca más de lo prudente. Dentro de cinco o diez minutos haremos penetrar el segundo tubo, a fin de quitarles la carga del sistema de acondicionamiento. Enviaremos esta línea por el lado posterior del compartimiento, en cuanto movamos la balsa unos cuantos metros. Ya estamos en marcha. Volveremos a llamarle dentro de poco.

Diez minutos más tarde, cuando terminaron de extraer el aire viciado de los pulmones de los pasajeros, Harris y McKenzie oyeron el golpe del segundo barreno contra el casco.

Al llamar Lawrence para verificar la posición de aquél, Pat confirmó que esta vez no había ningún obstáculo.

—Y no se preocupe —añadió—. No lo tocaré hasta que usted me diga.

Hacía ya tanto frío, que ambos habían echado mantas sobre los cuerpos dormidos, pero, mientras pudiesen soportarlo, cuanto más baja fuese la temperatura sería mejor.

Estaban expeliendo aquel mortífero calor que había amenazado con cocerles vivos, y lo más importante era que los purificadores del *Selene* volvieran a funcionar. Cuando el segundo tubo atravesara el techo, tendrían una doble seguridad. La balsa podría suministrarles aire todo el tiempo que fuese necesario y dispondrían también de una reserva propia para varias horas, quizá para un día. Tal vez debiesen mantener

todavía una larga espera bajo la capa de polvo, pero ya estaban libres de la terrible ansiedad que les había oprimido…, salvo que la Luna les reservase nuevas sorpresas.

—Bien, señor Spenser —dijo el capitán Anson—. Parece que ha conseguido hacer su reportaje.

Spenser se sentía casi tan agotado, después de la tensión nerviosa de las últimas horas, como los hombres de la balsa situada dos kilómetros más abajo. Los veía, en plano medio, sobre la pantalla de control. Parecían estar descansando…, todo lo que podían descansar unas personas vestidas con trajes espaciales.

Cinco de ellos, sin embargo, se diría que intentaban dormir y habían resuelto el problema de una manera sorprendente, pero que sin duda era la más razonable. Se habían hundido en el polvo, junto a la balsa, para flotar medio sumergidos como muñecos de caucho. Spenser no había pensado que un traje espacial inflado flotaba demasiado para hundirse en aquella sustancia. Al abandonar la balsa, los cinco técnicos no sólo se habían procurado un lecho de los más mullidos, sino que dejaban más espacio libre a sus compañeros, que continuaban trabajando.

Los tres miembros restantes del equipo se desplazaron lentamente por la pequeña plataforma, ajustando y comprobando las distintas piezas mecánicas…, en particular la masa rectangular del purificador de aire y las dos grandes esferas acopladas al mismo y que contenían oxígeno líquido. La cámara, al máximo de su potencia óptica y electrónica, captaba aquella escena como si se desarrollase a menos de diez metros, tan cerca, en realidad, que casi podían leerse las indicaciones de los manómetros. Incluso con una ampliación mediana, era fácil ver las dos tuberías que descendían por los lados de la balsa hasta el invisible *Selene*.

Aquella escena tranquila y apacible formaba un sorprendente contraste con la de una hora antes. Pero allí ya no había nada más que hacer por el momento, hasta que llegase la nueva remesa de material. Los dos esquíes para el polvo habían vuelto a Puerto Roris, donde debía reinar entonces una gran actividad, mientras los ingenieros y técnicos verificaban y montaban los aparatos que, según esperaban, les permitirían llegar hasta el *Selene*. Pero aún faltaba otro día antes que todo estuviese listo. Entretanto y salvo posibles incidentes, el mar de la Sed continuaría tendido e inmóvil bajo el sol matinal y la cámara no podría difundir nuevas escenas por el espacio.

En la cámara de mando del *Auriga* resonó la voz del director de programas, que llegaba de la Tierra con el retraso habitual de un segundo y medio.

—Buen trabajo, Maurice y Jules. Continuaremos registrando por si sucede algo de interés. Pero no retransmitiremos hasta el noticiario de las seis horas.

—¿Cómo sale?

—De maravilla. Mientras tanto, estaremos muy ocupados tratando de librarnos de una lluvia de inventores chiflados que nos bombardean con ideas para salvar a los

pasajeros del *Selene*. A las 6.15 organizaremos un coloquio con ellos; creo que vamos a divertirnos.

—¿Quién sabe?… Quizás alguno de ellos aportará alguna idea útil.

—Es posible, pero lo dudo. Los más prudentes no participarán en nuestra emisión, cuando vean cómo tratamos a sus colegas.

—¿Pues qué les hacen?

—Sometemos sus ideas al análisis de su sabio amigo el doctor Lawson. Ya hemos hecho una prueba con él y les aseguro que les arranca la piel a tiras.

—Lawson y yo no somos amigos —protestó Spenser—. Sólo le he visto dos veces. La primera, no pude arrancarle ni diez palabras. La segunda, se quedó dormido en mis brazos.

—Pues desde entonces ha hecho progresos, se lo aseguro. Ya lo verán dentro de cuarenta y cinco minutos…

—Esperaré a verlo. De todos modos lo único que me interesa es lo que piensa hacer Lawrence. ¿Ha hecho alguna declaración? Podrían entrevistarlo, de momento hay calma.

—Oh, aún está terriblemente ocupado y no quiere hablar. De todos modos, no creemos que el Servicio Técnico de la Luna haya adoptado ya una decisión. Hacen toda clase de pruebas en Puerto Roris con material llegado de todos los puntos de la Luna. Nos pondremos inmediatamente en contacto con ustedes cuando sepamos algo nuevo.

Por paradójico que fuese, los que se ocupaban de un reportaje como aquél, con frecuencia no tenían idea del curso general de los acontecimientos, como Spenser sabía muy bien. Él había puesto en movimiento el asunto, pero éste ya se le había escapado de las manos. Bien era verdad que Jules Braque y él captaban las imágenes y proporcionaban los comentarios más importantes…, pero el montaje se hacía en los centros de información de la Tierra y Ciudad Clavius. Casi deseaba abandonar a Braque y regresar al cuartel general de las operaciones.

Esto era imposible, evidentemente. Y aunque hubiera podido hacerlo, no hubiera tardado en lamentarlo. Pues no sólo se trataba del mayor reportaje de toda su carrera, sino que algo le decía que aquélla sería la última vez en que realizaría un reportaje directo sobre el terreno. A causa del gran éxito alcanzado, sería ascendido irrevocablemente a un puesto sedentario o, en el mejor de los casos, a una cómoda butaca ante las grandes pantallas de control de la central de Clavius.

Capítulo 23

En el *Selene* reinaba un gran silencio, que ya no era el de la muerte, sino el del sueño. No pasaría mucho rato sin que despertaran todos, para dar la bienvenida a un día que en verdad muy pocos de ellos habían esperado ver.

Pat Harris, manteniéndose en precario equilibrio sobre el respaldo de un asiento, reparaba la avería de la instalación eléctrica. Fue una suerte que la fresa del taladro no se desplazara cinco milímetros más a la izquierda; en ese caso se hubieran quedado también sin radio, y la reparación hubiera sido mucho más difícil.

—Baje el interruptor número tres, doctor —dijo, mientras concluía de pegar la cinta aisladora—. Ya debe funcionar.

Se encendieron las luces del circuito principal, que resultaron cegadoras después de tanto tiempo de rojiza penumbra. A la vez se produjo una inesperada explosión que alarmó a Pat y le hizo vacilar en su inestable sostén. Antes de llegar al suelo comprendió que se trataba simplemente de un estornudo.

Los pasajeros comenzaban a despertar. Quizá se había exagerado un tanto el grado de refrigeración, pues en el salón hacía un frío intenso. ¿Quién sería el primero en recobrar el conocimiento? Deseaba que fuera Susan, pues así podrían conversar un poco sin interrupciones. Después de lo que habían sobrellevado juntos, no consideraba la presencia de McKenzie como la de un extraño.

La primera figura comenzaba a moverse bajo la manta. Pat se apresuró a prestar su ayuda y sofocó un suspiro de decepción:

—¡Oh, no!

Paciencia, no siempre se podía tener suerte, y un capitán debe cumplir con su deber.

Se inclinó sobre la embriagada silueta que luchaba por levantarse y preguntó solícito:

—¿Cómo se siente, señorita Morley?

El hecho de verse acaparado por la televisión era lo mejor y lo peor a la vez que hubiera podido sucederle al doctor Lawson. Aquello constituyó una nueva inyección de confianza en sí mismo, al convencerlo que el mundo que siempre había pretendido despreciar, se sentía verdaderamente interesado por su capacidad y conocimientos científicos. (No se daba cuenta que este interés era efímero, ni que con la misma rapidez que había ascendido al encumbrado pedestal, podía caer de él cuando terminase el incidente del *Selene*.) Aquello le dio una válvula de escape para expresar su auténtico amor por la astronomía…, una pasión algo embotada por su comercio constante con otros astrónomos. Y además, el asunto le proporcionaba unos ingresos

económicos nada despreciables.

Pero la emisión en la cual participaba en aquellos momentos parecía haber sido imaginada especialmente para confirmar su arraigada opinión respecto a que los representantes de la especie humana se dividían en grupos y en imbéciles. La culpa de esto, de todos modos, no podía achacarse a Informaciones Interplanetarias, que no habían podido resistir al deseo de llenar la espera con una emisión que se adaptaba muy bien al reportaje que estaban retransmitiendo.

El hecho que Lawson se encontrase en la Luna y sus víctimas propiciatorias se hallasen en la Tierra, sólo presentaba un pequeño problema técnico que los especialistas de la TV ya habían resuelto perfectamente en otras ocasiones. La emisión no era directa; antes se registró en cinta y todo consistía en suprimir aquellas molestas pausas de dos segundos y medio, debidas a la distancia que tenían que recorrer las ondas entre la Tierra y la Luna. Aquellos breves silencios hubieran resultado muy desagradables para los telespectadores, pero cuando los técnicos los hubiesen suprimido en la película y la banda sonora, nadie hubiera podido decir que la discusión se desarrollaba sobre un espacio de cuatrocientos mil kilómetros.

El ingeniero jefe Lawrence escuchaba el programa tendido de espaldas sobre el mar de polvo y con la vista perdida en el cielo vacío. Era la primera vez que podía tomarse un descanso desde hacía muchas horas, no sabía cuántas, pues ya había perdido la cuenta del tiempo. Pero su mente aún estaba demasiado activa para que le fuese posible dormir.

De todos modos, no poseía el don de quedarse dormido con el traje puesto, y no creía necesario adquirirlo entonces, pues el primero de los iglúes que tenían que traer de Puerto Roris ya estaba en camino. Cuando llegase, podría tomarse un bien ganado descanso y gozar de las comodidades que le hacían mucha falta.

Pese a cuanto afirmaban los fabricantes, nadie podía darle el pleno rendimiento en un traje espacial por más de veinticuatro horas…, y esto por diversos motivos evidentes, algunos de los cuales no lo eran tanto. Uno de ellos, por ejemplo, estaba representado por aquella irritante molestia conocida por el nombre de «comezón de los astronautas», que afecta la rabadilla o lugares aún menos accesibles, y que empieza a manifestarse cuando se lleva el traje puesto más de un día. Los médicos declaran que su origen es puramente psicológico, y algunos especialistas en Medicina del Espacio han resistido heroicamente, durante más de una semana, con el traje puesto para demostrarlo. Pero estas demostraciones no produjeron ningún efecto en las víctimas de este mal tan molesto.

La mitología de los trajes espaciales representa un tema vasto, complejo y con frecuencia obsceno con una terminología propia. Nunca ha podido esclarecerse a qué se debe el nombre de «Doncella de Hierro» que recibió un famoso modelo de 1970, pero cualquier astronauta se apresurará a explicar de buen grado por qué el modelo

XIV de 2010 recibió el nombre de «La Cámara de los Horrores». No parece ser cierto, como algunos aseguran, que este último fue inventado por una sádica mujer con título de ingeniero, resuelta a vengarse de manera diabólica del sexo contrario.

Pero Lawrence, bastante cómodo con el modelo que llevaba, mientras escuchaba a aquellos entusiastas aficionados, que exponían sus ideas, pensaba que era posible, aunque muy improbable, que entre las lucubraciones de aquellos francotiradores del pensamiento surgiese una idea aprovechable. No sería la primera vez que ocurriese tal cosa y se hallaba dispuesto a escuchar las sugerencias ofrecidas con más paciencia que el doctor Lawson, quien saltaba a la vista que no podía soportar los proyectos de los chiflados.

Acababa de hacer polvo a un ingeniero aficionado de Sicilia, quien proponía evacuar la impalpable sustancia que cubría al *Selene* por medio de chorros de aire convenientemente colocados. El proyecto era típico y daba una idea de cómo eran los otros. Aunque no contuviesen errores científicos de bulto, no resistían un examen crítico.

Evidentemente, nada impedía expulsar el polvo mediante un chorro de aire…, a condición de poseer provisiones de aire ilimitadas. Mientras el siciliano hablaba por los codos en una mezcla de italiano e inglés, Lawson efectuó unos rápidos cálculos.

—Estimo, Signor Gusalli —dijo—, que por lo menos necesitaría usted cinco metros cúbicos de aire por minuto para mantener abierto en el polvo un orificio lo bastante grande para que resultase de utilidad. Pero tiene usted que saber que sería imposible, totalmente imposible, enviar tal cantidad de aire al lugar del siniestro.

—Ah, pero podrían recoger de nuevo el aire para volver a utilizarlo de manera indefinida.

—Muchas gracias, Signor Gusalli —le interrumpió con voz firme el director del coloquio—. Veamos ahora qué tiene que decirnos el señor Robertson, de London, Ontario. ¿Qué plan propone usted, señor Robertson?

—La congelación.

—Un momento —protestó Lawson—. ¿Y cómo piensa usted congelar el polvo?

—Primero lo saturaría de agua. Después introduciría en él tubos refrigeradores para convertir a toda la masa en hielo. Esto inmovilizaría el polvo y después sería fácil practicar una perforación hasta la nave.

—La idea es interesante —se vio obligado a admitir Tom—. Al menos no es tan descabellada como otras que hemos tenido que escuchar. Pero la cantidad de agua que sería necesaria resultaría imposible de reunir allí. Recuerde que la nave está cubierta por una capa de quince metros de polvo…

—¿A cuánto equivale esto en pies? —preguntó el canadiense, en un tono que indicaba que aún era un enemigo acérrimo del sistema métrico decimal.

—Cincuenta pies…, como usted sabe perfectamente. Para que la operación fuese

eficaz, necesitaríamos una columna de un metro de diámetro…, perdón, de una yarda…, la cual representaría…, vamos a ver…, quince veces diez al cuadrado elevado a la cuarta potencia en centímetros cúbicos, lo cual nos daría…, naturalmente, quince metros cúbicos de agua: quince toneladas. Pero esto suponiendo que no hubiese pérdidas; en realidad, necesitaríamos mucho más. Digamos cien toneladas. ¿Y cuánto calcula usted que pesaría la instalación? Harían falta aparatos para congelar el agua.

Lawrence estaba muy impresionado.[3] A diferencia de muchos científicos que conocía, Tom Lawson poseía un notable sentido de las realidades prácticas y además era un calculador rapidísimo. Por lo general, cuando un astrónomo o un físico efectuaban un cálculo mental, solían cometer errores a veces considerables. En opinión de Lawrence, Tom acertaba al primer intento.

El canadiense entusiasta de la refrigeración aún no daba su brazo a torcer cuando tuvo que ceder su sitio a un caballero africano que proponía el método opuesto: el calor.

Proponía el empleo de un enorme espejo cóncavo que concentrase los rayos solares sobre el polvo, para fundirlo y convertirlo en una masa inmóvil.

Era evidente que Tom mantenía la serenidad sólo a costa de grandes esfuerzos. El defensor del horno solar era uno de aquellos autodidactas tozudos que se las daban de «expertos» y que se negaban a admitir que hubiesen podido equivocarse en sus cálculos.

La discusión empezaba a degenerar cuando una voz próxima dijo:

—Llegan los esquíes, señor Lawrence.

El ingeniero jefe se incorporó para sentarse en el polvo y trepó a la balsa. No tardó en distinguir a unos esquíes que se perfilaban en el horizonte. Sí, eran el número 1, junto con otro, el número 3, que habían hecho un viaje largo y difícil desde el lago de la Sequía, el equivalente al mar de la Sed, pero de dimensiones más reducidas y situado en la cara opuesta de la Luna. Aquel viaje fue una verdadera odisea, de la que el mundo nunca sabría nada, con excepción del puñado de hombres que la realizaron.

Cada esquí remolcaba dos trineos llenos hasta los topes, y cuando se detuvieron junto a la balsa, lo primero que se descargó fue la gran caja que contenía el iglú. Siempre era fascinante ver cómo se hinchaban aquellas tiendas, y Lawrence nunca había deseado más vivamente contemplar aquel espectáculo, pues ya se hallaba dominado por un inconfundible «comezón de los astronautas». El procedimiento era completamente automático; después de romper un precinto, se accionaban dos palancas distintas (medida de prudencia para evitar las desastrosas posibilidades a

que éstas se disparasen por accidente) y luego no había más que esperar.

Lawrence no tuvo que hacerlo mucho tiempo. Los lados de la caja cayeron, mostrando una masa muy apretada de tejido plateado que empezó a agitarse y moverse como una criatura viviente. Lawrence vio salir una vez a una mariposa nocturna de la crisálida, con las alas aún arrugadas, y ambos fenómenos se parecían de una manera impresionante.

El insecto, sin embargo, tardó una hora en alcanzar su tamaño completo y todo su esplendor. El iglú sólo necesitó tres minutos.

A medida que el generador insuflaba aire en la fláccida envoltura, ésta se ensanchaba y endurecía con bruscas sacudidas, seguidas por breves períodos de consolidación.

Cuando llegó a tener un metro de altura, la expansión continuó en sentido horizontal más bien que hacia arriba y, al alcanzar los límites de su amplitud, volvió a extenderse verticalmente y la compuerta neumática se separó de la cúpula con un brusco taponazo.

Parecía extraño que toda la operación se desarrollase en el silencio más absoluto, en vez de ir acompañada de laboriosos soplidos y resuellos.

Por último la estructura alcanzó sus dimensiones finales. Era evidente que el nombre que más le cuadraba era el de «iglú», la vivienda cupuliforme esquimal, hecha de bloques de hielo. Aunque ambas habían sido concebidas para ofrecer protección contra un medio ambiente natural muy distinto —pero igualmente hostiles ambos—, la casa de nieve de los esquimales tenía exactamente la misma forma. El problema técnico era el mismo. La solución, también.

Llevó bastante más tiempo instalar los accesorios que inflar la tienda, pues había que pasarlo todo —literas, sillas, mesas, alacenas, equipo electrónico— por la compuerta estanca. Algunas de las piezas mayores apenas pasaban por ellas, pues habían sido construidas con muy pocos centímetros de margen. Mas por fin llego del interior una llamada por radio:

—Está todo listo. ¡Pueden entrar!

Lawrence no perdió tiempo para aceptar la invitación. Comenzó a soltarse la impedimenta del traje espacial cuando estaba aún en la sección exterior de la doble cámara neumática, y se quitó el casco, cuando las voces que resonaban en el interior de la cúpula le llegaron a través de la atmósfera cada vez más densa.

Era maravilloso sentirse nuevamente libre…, poder moverse a su antojo, rascarse, avanzar sin el engorroso traje espacial, hablar con sus semejantes cara a cara. La ducha que se dio en la angosta celda de plástico le quitó el desagradable olor del traje y le hizo sentirse en condiciones de formar nuevamente parte de la sociedad humana. Se puso unos pantalones cortos —única vestimenta empleada en aquellos habitáculos — y se sentó para conferenciar con sus ayudantes.

La mayor parte del material encargado había llegado en aquella remesa y el resto vendría en el esquí número 2, dentro de pocas horas. Comprobó las listas de suministros con creciente confianza y la agradable sensación de volver a tener la situación en su mano. El oxígeno estaba asegurado…, salvo una catástrofe imprevista, por supuesto. El agua empezaba a escasear en el *Selene*, pero esto tenía fácil remedio. La cuestión de los víveres era un poco más difícil, aunque se reducía a encontrar un embalaje adecuado.

Los servicios de Abastos ya le habían facilitado muestras de chocolate, carne comprimida, queso e incluso barquillos, presentados dentro de cilindros de tres centímetros de diámetro. Pronto sería posible enviar estos alimentos por los tubos de aire a la cabina del *Selene*, lo cual elevaría la moral de los pasajeros.

Pero todo esto era menos importante que las recomendaciones hechas por su consejo asesor, presentadas bajo la forma de una docena de diseños y un conciso memorando de seis páginas. Lawrence lo leyó con suma atención, haciendo de vez en cuando ademanes de asentimiento. Él ya había llegado a las mismas conclusiones generales y no veía la posibilidad de aplicar otras soluciones.

Fuera cual fuese la suerte que corrieran sus pasajeros, el *Selene* había hecho su último viaje.

Capítulo 24

El vendaval que había barrido el interior del *Selene* parecía haberse llevado consigo algo más que el aire viciado. Al evocar los primeros días de su encierro, el comodoro Hansteen comprendió hasta qué punto había reinado allí una atmósfera tensa e incluso histérica, una vez pasada la primera impresión. Todos habían tratado de poner al mal tiempo buena cara, pero quizá se había excedido un poco en sus manifestaciones de falsa alegría y humor infantil.

Ahora que todo había pasado, era fácil comprender la causa de ello. El hecho que un equipo de socorro estuviese trabajando a pocos metros de distancia explicaba en parte este cambio, pero sólo en parte. La sensación de calma que todos experimentaban en aquel instante, procedía también de su encuentro con la muerte. Después de haber mirado a la muerte cara a cara, las cosas ya no eran igual. Las pequeñas manifestaciones de heroísmo y cobardía ya no volverían a producirse.

Nadie lo sabía mejor que Hansteen. Había visto producirse este mismo fenómeno otras muchas veces, cuando la dotación de una astronave afrontaba un momento de peligro en los confines del Sistema Solar. Aunque no se sintiese inclinado a hacer deducciones filosóficas, había tenido mucho tiempo para meditar cuando se hallaba en el espacio. Se preguntó a veces si los verdaderos motivos que impulsaban al hombre a buscar el peligro no serían la consideración del hecho que éste era el único medio de encontrar el compañerismo y la solidaridad que anhelaba de manera inconsciente.

Lamentaría tener que despedirse de todas aquellas personas…; sí, hasta de la señorita Morley, que entonces se mostraba todo lo amable y considerada que le permitía su temperamento. El hecho que pudiera pensar en el futuro de aquella manera, demostraba la confianza que ya lo dominaba. Nunca se podía estar seguro de nada, desde luego, pero la situación ya parecía completamente dominada. Aún no sabía nadie con exactitud cómo el ingeniero jefe Lawrence se proponía sacarlos de allí, pero el problema sólo consistía en elegir entre distintos procedimientos. Su encierro había pasado a ser de un tremendo peligro a una simple molestia.

Ni siquiera podían quejarse ya de escasez: por los tubos les llegaban sin interrupción agua y alimentos dentro de prácticos cilindros. Aunque nunca estuvieron en peligro de morir de hambre, se vieron sometidos a una dieta extremadamente monótona y el agua llegó a estar racionada por algún tiempo. Pero acababan de enviarles varios cientos de litros por las tuberías para que llenasen los depósitos casi vacíos.

Era extraño que el comodoro Hansteen, que solía pensar en todo, no se hubiese hecho esta pregunta tan sencilla: «¿Qué ha sido de toda el agua que teníamos al principio?»

Aunque tenía problemas más urgentes en la cabeza, la entrada de aquella masa suplementaria de agua a bordo debiera haberle preocupado. Pero la verdad es que no le preocupó…, hasta que ya era demasiado tarde.

La culpa por esta negligencia se podía achacarla igualmente a Pat Harris y al ingeniero jefe Lawrence. Fue el único defecto de aquel plan impecable y magníficamente ejecutado.

Pero bastaba con un defecto, con una omisión, para echarlo todo a rodar…

La Sección de Ingeniería de la cara visible de la Luna continuaba trabajando intensa, pero no desesperadamente y era una carrera contra reloj. Tenían incluso tiempo de construir maquetas de la nave, para hundirlas en el mar de polvo frente a Puerto Roris e intentar diversos medios de acceso para llegar a su interior. Los consejos y las ideas de todo género continuaban afluyendo, pero ya nadie les hacía caso. El método de trabajo estaba decidido y nada lo modificaría, a menos que se tropezase con obstáculos e imprevistos.

Veinticuatro horas después de inflar la tienda de caucho, todo el equipo especial había sido fabricado y despachado al lugar del siniestro. Lawrence, que deseaba con toda su alma no tener que mejorar nunca aquella marca, estaba muy orgulloso de su personal.

Pocas veces se reconocía a la Sección de Ingeniería el mérito de la labor que desarrollaba en la Luna; todos la consideraban algo muy natural, igual que el aire que respiraban…, olvidando que hasta aquel mismo aire era suministrado precisamente por los ingenieros.

Listo ya para entrar en acción, Lawrence se sentía por fin dispuesto para hablar al público…, y Maurice Spenser se hallaba dispuesto a facilitárselo de mil amores. Por fin había llegado el momento que tanto esperaba.

Según podía recordar, era también la primera vez en la historia de la televisión en que se celebraba una entrevista con la cámara a cinco kilómetros de distancia del entrevistado. Con aquella ampliación tan considerable, desde luego, la imagen era un poco borrosa, y bastaba la menor vibración en la cámara del *Auriga* para hacerla bailar en la pantalla. Por este motivo, todos los que se hallaban a bordo permanecían en la inmovilidad más absoluta y toda la maquinaria cuyo funcionamiento no fuese esencial había sido parada.

El ingeniero jefe Lawrence, revestido de nuevo con su traje espacial, estaba de pie al borde de la balsa, apoyado en una pequeña grúa de abanico allí colocada y de la cual colgaba un gran cilindro de hormigón abierto por ambos extremos, que era el primer segmento del tubo enorme que iba a hundirse en el polvo.

—Después de pensarlo muy bien —manifestó Lawrence para la cámara y el periodista distantes, pero especialmente para que le oyesen las personas encerradas quince metros más abajo—, hemos decidido que ésta es la mejor manera de resolver

el problema. Este segmento de cilindro es un cajón neumático o arcón. Se hundirá fácilmente por su propio peso, y su borde inferior, terminado en una arista, cortará el polvo como un cuchillo corta la mantequilla.

»Disponemos de las secciones suficientes para llegar hasta la nave. Cuando establezcamos contacto con ésta, es decir, cuando la base del tubo se aplique contra el techo, su presión misma bastará para asegurar un cierre hermético, y entonces empezaremos a extraer el polvo con bombas. Una vez realizada esta operación, tendremos un pequeño pozo abierto que descenderá hasta el *Selene*.

»Eso no será más que la mitad de la batalla. Luego tendremos que conectar el pozo con una de nuestras tiendas a presión a fin que, al cortar la plancha del techo, no haya pérdida de aire. Pero yo creo…, mejor dicho, espero…, que estos problemas tendrán la solución que hemos calculado.

Permaneció callado un momento, preguntándose si debía entrar en otros detalles que pudiesen presentar la operación más complicada de lo que era en realidad. Prefirió no hacerlo. Los enterados ya podrían verlo por sus propios ojos…, y en cuanto a los demás, no se interesarían por aquellos detalles, o los considerarían como una muestra de pedantería. Toda aquella publicidad en torno al accidente (el director de la Comisión del Turismo había dicho que quinientos mil millones de personas lo seguían por la televisión), no le preocupaba mientras todo fuese bien. Pero si algo iba mal…

Alzó el brazo e hizo una señal al operario de la grúa:

—¡Abajo!

El cilindro se sumergió poco a poco en el polvo hasta desaparecer en sus cuatro metros de longitud, salvo un estrecho anillo que apenas sobresalía de la superficie. Se había hundido suave y fácilmente; Lawrence confiaba en que las restantes secciones se hundirían con la misma facilidad.

Uno de los ingenieros medía cuidadosamente la horizontalidad del anillo con un nivel de alcohol, para cerciorarse de si el cilindro se hundía en posición absolutamente vertical.

Cuando terminó, alzó el pulgar derecho y Lawrence contestó con la misma señal. Hubo un tiempo en que, como todos los veteranos del espacio, era capaz de sostener una extensa conversación, incluso bastante técnica, únicamente por señas. El lenguaje por signos era algo que todos los astronautas debían conocer, pues a veces la radio fallaba y había ocasiones en que no era deseable abarrotar el número limitado de frecuencias disponibles.

Lawrence gritó:

—¡Listo el número dos!

La tarea era bastante delicada, pues había que mantener rígida la primera sección mientras la segunda se ajustaba a ella por medio de tuercas, manteniendo la

verticalidad del conjunto. En realidad, se habrían necesitado dos grúas para aquel trabajo, pero un bastidor hecho con viguetas en I sostenía el peso a pocos centímetros sobre la superficie del polvo, mientras la única grúa disponible realizaba la otra parte de la labor.

En una íntima plegaria pidió a Dios que no se produjesen errores en aquel momento.

La segunda sección fue levantada del trineo que la había traído de Puerto Roris y tres de los técnicos la empujaron con sus manos para colocarla verticalmente. En esta clase de trabajos adquiría importancia la distinción entre el peso y la masa. El cilindro que se balanceaba bajo la grúa pesaba relativamente poco…, pero su inercia era la misma que hubiera tenido en la Tierra, y hubiera podido aplastar a un hombre desprevenido, en una de sus lentas oscilaciones. Y había aún algo más, característico exclusivamente de la Luna: los lentos movimientos de aquella masa suspendida. En aquella gravedad, un péndulo tardaba dos veces y media más que en la Tierra en efectuar su recorrido completo. Esto siempre parecía normal, salvo para los que habían nacido en la Luna.

La segunda sección supuesta en el sitio correspondiente y encajada en la primera; luego fueron ajustadas y Lawrence dio orden de bajar el cilindro.

La resistencia del polvo iba en aumento, pero el cajón neumático continuaba hundiéndose suavemente por su propio peso.

—Ocho metros —dijo Lawrence—. Esto quiere decir que hemos hecho más de la mitad del camino. Colocar ahora la sección número tres.

Después del tercer segmento, sólo restaría añadir uno al tubo, aunque el ingeniero jefe había hecho traer otro de repuesto, por si acaso. Sentía un gran respeto por la facultad que poseía el mar de polvo para tragarse el material. Hasta entonces, sólo habían perdido unas cuantas tuercas y pernos; pero si el segmento de hormigón se soltaba del gancho, desaparecería en un santiamén. Y aunque no se hundiese muy de prisa, especialmente si cayese sobre el polvo de lado, bastaría que se hundiese un par de metros para que fuese imposible recuperarlo. No podían perder tiempo salvando su propio material de salvamento.

El cajón número tres se hizo descender sin dificultad. El conjunto se hundió con gran lentitud, pero se hundió. En algunos instantes, si todo iba bien, chocaría con el techo de la nave.

—Hemos alcanzado los doce metros de profundidad —anunció Lawrence a los pasajeros del *Selene*—. Estamos sólo a tres metros de ustedes. De un momento a otro podrán oírnos.

Así fue, y el golpe que dio contra el casco el fondo del pozo improvisado renovó la tranquilidad del ánimo de todos. Hacía más de diez minutos que Hansteen percibía la vibración del tubo de entrada de oxígeno al rozar con el cajón y hasta podía saber

cuándo se detenía y cuándo volvía a moverse.

¡Ya estaba! El ruido se repitió, acompañado esta vez por una fina lluvia de polvo caída desde el techo. Los dos tubos de aire atravesaban todavía el techo, y el cemento rápido, del que estaba provista la caja de herramientas de la nave y que había sido colocada alrededor de los orificios, parecía estar aflojándose. Hansteen creyó oportuno hacérselo notar al capitán.

—Es extraño —respondió Pat—. La vibración no debería afectar al cemento.

Trepó sobre un asiento y examinó el conducto de aire; permaneció en silencio y, bajando con gesto preocupado, se volvió a Hansteen:

—Ese tubo está tirando hacia arriba. Se ha acortado por lo menos un centímetro y poco más desde que coloqué el cemento… —se detuvo presa de repentino pánico, y murmuró—: ¡Dios mío! ¿Y si estuviéramos hundiéndonos todavía?

—Nada malo puede suceder —repuso con calma el comodoro—. Es de esperar que el polvo siga sedimentándose bajo nuestro peso. A juzgar por lo que me dice, sólo nos hemos hundido poco más de un centímetro en veinticuatro horas, y la balsa puede alargar los tubos si los necesitamos.

Pat sonrió algo avergonzado:

—Sí, claro. Lo probable es que hayamos seguido sumergiéndonos muy lentamente todo el tiempo; pero ésta es la primera oportunidad que tenemos de comprobarlo. De todos modos, creo conveniente informar al señor Lawrence porque puede tener que modificar sus cálculos.

Pat se dirigió a la parte delantera, pero no pudo llegar hasta allí.

Capítulo 25

La Naturaleza necesitó un millón de años para tender la trampa en que cayó el *Selene*.

La segunda vez, la nave fue apresada en una trampa que ella misma había tendido.

Debido a que los ingenieros que trazaron los planos de la nave no habían tenido que calcular el exceso de peso que ésta podía transportar con demasiada precisión, ni prever que sus viajes pudieran durar más de algunas horas, no habían equipado al *Selene* con uno de aquellos ingeniosos, pero poco pregonados, sistemas por medio de los cuales las astronaves recuperan automáticamente toda su provisión de agua. El *Selene* no tenía que conservar sus recursos ni economizarlos avaramente, como hacían los vehículos que realizaban largos viajes por el cosmos. La pequeña cantidad de agua que solía utilizarse y producirse a bordo se tiraba al término de su corto viaje.

Durante los cinco días precedentes, varios centenares de kilos de líquido y de vapor abandonaron el *Selene* para ser absorbidos inmediatamente por el sediento polvo. Desde hacía varias horas, el polvo vecino a las válvulas de evacuación estaba saturado y se había convertido en fango. Aquel limo, deslizándose hacia abajo por multitud de pequeños canales, convirtió el mar circundante en una especie de panal de miel. De manera silenciosa y paciente, el *Selene* fue quedándose sin el sostén representado por las capas de polvo inferiores. El ligero golpe propinado por el pozo de hormigón hizo el resto.

En la balsa, el primer indicio de grave peligro fue el centelleo de la luz roja de alarma en el purificador de aire, sincronizado con el fragor de una sirena en todas las frecuencias de radio de los trajes espaciales. El aullido de la sirena cesó casi inmediatamente cuando un técnico pulsó un botón, pero la luz roja continuó centelleando.

A Lawrence le bastó una mirada a los indicadores para comprender lo que sucedía. Los tubos de aire —los dos— se habían desconectado del *Selene*. El purificador enviaba el oxígeno a la masa de polvo por un tubo, y, lo que era peor, absorbía polvo por el otro.

¿Cuánto se tardaría en limpiar los filtros? Lawrence no se detuvo más tiempo en calcularlo y empezó a llamar frenéticamente al *Selene*.

No obtuvo respuesta. Intentó la comunicación en todas las frecuencias del crucero, sin obtener siquiera un murmullo como respuesta. En el mar de la Sed reinaba un silencio sepulcral, pues por él no se transmitían ni las ondas sonoras ni las ondas de radio.

«Están perdidos —se dijo—. Todo ha terminado. Estuvimos a punto de salvarlos, pero hemos fracasado por muy poco. Todo lo que necesitábamos era una hora

más…»

«¿Cuál podía haber sido la causa? —pensó, sombríamente—. Quizás el casco se hundió bajo el peso del polvo. Aunque no…, esto era muy improbable; la presión interna lo hubiera impedido. Debió haberse producido otro hundimiento. No estaba muy seguro, pero le parecía haber notado un ligero temblor bajo sus pies. Desde el primer momento había tenido presente la existencia de este peligro, mas no podía hacer nada por evitarlo; a fin de cuentas, era un riesgo que tenían que correr. Pero el *Selene* había perdido su apuesta con la muerte».

Cuando el *Selene* empezó a hundirse de nuevo, Pat comprendió, sin saber por qué, que esta vez ocurría algo muy distinto que la primera. El hundimiento era mucho más lento y se escuchaban crujidos en el exterior que, incluso en aquel instante desesperado, sorprendieron a Pat, pues le parecían distintos a los que podía hacer el polvo.

Sobre su cabeza, los tubos de oxígeno empezaban a desprenderse, sin deslizarse con suavidad fuera del orificio de entrada, pues la nave se hundía esta vez de popa.

Se oyó un crujido al quebrarse la fibra de vidrio. El tubo de oxígeno colocado junto a la puerta del compartimiento estanco chirrió a través del techo y desapareció de la vista. En seguida se esparció por el salón un denso chorro de polvo y se abrió en una nube cegadora. El comodoro Hansteen estaba más cerca y fue el primero en llegar; rasgándose la camisa, hizo con ella una pelota y la apretó contra la abertura para contener el sofocante diluvio. Casi lo había logrado, cuando el tubo delantero se soltó de un tirón y las luces principales se apagaron al ser arrancado por segunda vez el cable conductor.

—¡Yo lo haré! —gritó Pat.

Un momento después, también sin camisa, estaba tapando el torrente que llovía por el agujero. Cien veces había navegado por el mar de la Sed y, sin embargo, hasta entonces no había sentido en su piel desnuda esa sustancia grisácea que le regaba los ojos y la nariz, le asfixiaba casi y le cegaba del todo. Aunque estaba tan reseco como si hubiese permanecido encerrado en la tumba de un faraón, producía una curiosa impresión resbaladiza. Sin quererlo, Pat pensó que era peor morir ahogado en el agua que morir sepultado vivo.

El chorro disminuyó hasta convertirse en un hilillo delgado y Pat comprendió que se había salvado de aquel destino, al menos por el momento. En la débil gravedad lunar, la presión ejercida por quince metros de polvo no era difícil de vencer…, aunque el caso hubiera sido muy distinto si los agujeros del techo hubiesen tenido mayor diámetro.

Se sacudió el polvo de la cabeza y los hombros y abrió los ojos con precaución. Algo podía ver, gracias a las luces de emergencia, por débiles que fuesen.

El comodoro estaba salpicando tranquilamente el piso con agua, que tomaba de un vasito de papel, para hacer que se asentara el polvo, y las pocas nubecillas restantes se derrumbaron pronto en delgadas manchas de lodo.

Hansteen vio que Pat le miraba, y dijo:

—Bien, capitán. ¿Tiene usted alguna idea sobre lo sucedido?

Había momentos, se dijo Pat, en que la calma olímpica del comodoro casi le sacaba de quicio. Le hubiera gustado verle mostrar debilidades humanas, aunque sólo fuese una vez. Aunque no…, esto no era cierto, en el fondo: en realidad, aquello se debía a que experimentaba una ligera envidia, incluso celos, sentimiento comprensible pero que no era digno de él. Debiera sentirse avergonzado y, en efecto, lo estaba.

—No sé lo que ha pasado —repuso—. Tal vez la gente de arriba pueda explicarnos lo que ha sucedido.

Casi había que trepar por una cuesta para dirigirse al sitio del piloto, pues el crucero se apartaba ya unos treinta grados de la horizontal, y al sentarse Pat ante la radio sintió un nuevo descorazonamiento, pues pensó que los dioses estaban contra ellos y que era inútil continuar la lucha. Se afirmó en esa impresión cuando hizo girar la llave de contacto y encontró que el aparato no funcionaba; era que al saltar el tubo de oxígeno, había arrancado la caja terminal de los cables situados en el techo y no había manera de alcanzarla desde el interior.

Giró lentamente en el taburete. Veinte personas, mejor dicho, veintiuna, le miraban en espera de noticias; pero él sólo veía a una, a Susan, que seguía sus gestos. Era la expresión que se reflejaba en el semblante de la joven lo único que percibían los ojos de Pat. Tenía una expresión de ansiedad mezclada con resignación, pero sin el menor asomo de miedo, y, al contemplarla, Pat sintió que su propio temor se desvanecía y que, en su lugar, surgía una oleada de fuerza; más aún, de esperanza. Comenzó a hablar tranquilo con los pasajeros.

—Que me cuelguen si sé lo que ha pasado —dijo—. Pero estoy seguro de una cosa: aún nos faltan muchos años de luz para estar perdidos. Nos hemos hundido un poco más; pero nuestros amigos de la balsa no tardarán en establecer de nuevo contacto con nosotros. Esto significará un pequeño retraso…, pero nada más. No veo que haya motivo para preocuparse.

—No querría que me tomase por derrotista, capitán —dijo Barrett—, pero…, ¿y si la balsa también se hubiese hundido? ¿Qué sucedería entonces?

—Lo sabremos cuando haya conseguido reparar la radio —respondió Pat, dirigiendo una ansiosa mirada a los hilos que colgaban del techo—. Mientras no haya conseguido arreglar este lío de spaghetti, tendremos que contentarnos con las luces de emergencia.

—Oh, eso no me importa —dijo la señora Schuster—. A mí más bien me hace

gracia.

—¡Bravo, señora Schuster! —exclamó Pat para sí mismo.

Después dirigió una rápida mirada a los pasajeros reunidos en la cabina. Aunque resultaba difícil verles bien las caras bajo aquella luz mortecina, todos parecían tranquilos.

Pero lo estuvieron mucho menos un minuto después, cuando el capitán comprobó que no podía reparar la luz ni la radio. Los conductores eléctricos habían sido arrancados de sus canalizaciones internas, fuera del alcance de las sencillas herramientas que disponían.

—Esto ya me parece más grave —dijo Pat—. No podremos comunicarnos con el exterior, a menos que nos bajen un micrófono.

—Lo cual quiere decir —comentó Barrett, que sólo parecía ver el lado funesto de las cosas— que han perdido todo contacto con nosotros. No comprenderán por qué no respondemos. Y si suponen que hemos muerto y abandonan la operación…

Aquella idea ya había cruzado por el cerebro de Pat, pero la rechazó en seguida.

—Ya ha oído usted al ingeniero jefe Lawrence por la radio —repuso—. No es un hombre de los que renuncian fácilmente. Sólo lo haría si tuviese la prueba definitiva asegurando que ya no hay esperanzas. Por ese lado no tiene que preocuparse en absoluto.

—¿Y el aire? —preguntó el profesor Jayawardene con ansiedad—. Dependemos otra vez únicamente de nuestros propios recursos.

—Tenemos de sobra para varias horas, después de haber regenerado los absorbentes.

Y las tuberías volverán a estar instaladas mucho antes —afirmó Pat, con una confianza que, en el fondo, no sentía—. Entretanto, armémonos de paciencia y busquemos de nuevo una forma de pasar el tiempo. Lo conseguimos durante tres días; por lo tanto, debemos poder hacerlo durante unas horas.

Paseó su vista por la cabina, buscando señales de desaprobación y vio que uno de los pasajeros se levantaba con lentitud de su asiento. Era la última persona que hubiera supuesto…, el tranquilo y apacible señor Radley, que apenas había pronunciado una docena de palabras durante todo el viaje.

Lo único que Harris sabía de él era que se trataba de un contable de Nueva Zelanda…, la única región de la Tierra que aún permanecía algo aislada del resto del mundo a causa de su situación geográfica. Podía llegarse a ella, naturalmente, con tanta rapidez como a cualquier otro punto del planeta; pero era una estación terminal más que un empalme o un lugar de trasbordo. A causa de ello, los neozelandeses habían podido conservar celosamente su personalidad distintiva. Afirmaban, y en esto les asistía una gran parte de verdad, que habían preservado lo que restaba de la cultura inglesa, después que la Gran Bretaña quedó integrada en la Comunidad

Atlántica.

—¿Desea decir algo, señor Radley? —le preguntó Pat.

El neozelandés recorrió con la mirada la cabina sumida en la penumbra, como hubiera hecho un maestro de escuela antes de hablar a sus alumnos.

—Sí, capitán —dijo—. Tengo que hacer una confesión. Mucho me temo que todo cuanto ha ocurrido sea culpa mía…

Cuando el ingeniero jefe Lawrence interrumpió sus comentarios, la Tierra comprendió a los dos segundos que algo malo había ocurrido. La noticia tardó varios minutos en llegar a Marte y Venus. Pero ningún telespectador hubiera podido adivinar lo sucedido, viendo las imágenes que reproducía la pantalla. Durante varios minutos, una actividad febril reinó sobre la balsa: todos corrían de un lado a otro sin orden ni concierto. Pero de momento la crisis parecía superada. Las figurillas enfundadas en sus trajes espaciales se habían agrupado, inmóviles, sin duda para cambiar impresiones a través de sus circuitos telefónicos conectados directamente de traje a traje, para que nadie pudiera oír lo que decían. Era desesperante asistir a aquella conversación silenciosa, sin saber de qué se trataba.

Durante aquellos largos minutos, en que todos permanecían con el ánimo en suspenso y mientras que en los estudios de la televisión trataban de averiguar lo ocurrido, Jules Braque hacía todo lo posible por dar animación a la escena. La tarea era dificilísima, al no poder tomar distintos encuadres, por la imposibilidad en que se hallaba de desplazarse.

Como todos los camarógrafos, a Jules no le gustaba tener que filmar siempre desde el mismo punto. El emplazamiento era perfecto…, pero fijo, y ya empezaba a estar harto de él. Preguntó incluso al capitán si podía desplazar un poco la nave, pero Anson le respondió:

—Tendría que estar loco para empezar a brincar de un sitio a otro por estas montañas.

No confunda usted a esta astronave con una cabra montés.

Así, lo único que podía hacer Jules era pasar de planos lejanos a primeros planos mediante *travellings* simulados. Pero no podía abusar de este procedimiento, porque los espectadores no tardan en marearse si la imagen se desplaza continuamente hacia atrás o hacia delante. Tenía que utilizar aquel recurso con discreción, sin lanzar las escenas a las narices de los espectadores. Si daba la máxima potencia al teleobjetivo, Jules conseguiría desplazar sus imágenes sobre la superficie lunar a cincuenta mil kilómetros por hora…, con el resultado que varios millones de telespectadores se marearían.

Por último, aquella conferencia silenciosa terminó y los hombres de la balsa desconectaron sus teléfonos. Entonces Lawrence quizá respondería a las llamadas por

radio con que lo bombardeaban desde hacía cinco minutos…

—¡Dios mío! —exclamó Spenser—. ¡No puedo creerlo! ¿Se da usted cuenta de lo que hacen?

—Sí —respondió el capitán Anson—, y yo tampoco puedo creerlo. Pero parece como si huyesen…

Como si fuesen botes salvavidas que abandonasen un barco a punto de zozobrar, los dos esquíes para el polvo, cargados de hombres, se alejaban de la balsa.

Capítulo 26

Tal vez fuese una suerte que el *Selene* tuviese entonces la radio averiada. No hubiera sido buena cosa para la moral de sus ocupantes saber que los esquíes para el polvo, abarrotados de hombres, se alejaban del lugar de la catástrofe. Pero en aquellos instantes nadie pensaba en los intentos de rescate; Radley acaparaba la atención general.

—¿Qué quiere usted decir con eso que todo ha sido culpa suya? —le preguntó Pat, en el estupefacto silencio que siguió a la desconcertante afirmación del neozelandés. De momento el silencio sólo demostraba estupefacción y no hostilidad, porque nadie podía tomarse en serio semejante afirmación.

—Es una larga historia, capitán —dijo Radley, hablando con una voz que, si bien extrañamente desprovista de emoción, tenía acentos que Pat no podía identificar. Casi parecía la voz de un robot y el capitán del *Selene* sintió que un leve escalofrío le recorría el espinazo.

Pero Radley prosiguió:

—Yo no quiero decir que haya provocado *deliberadamente* todo cuanto ha sucedido.

Pero ello me impide que sea deliberado y que yo lamente haber sido la causa del siniestro. Tiene usted que saber que…, que *ellos* me persiguen.

«Esto era, precisamente, lo que nos faltaba —pensó Pat—. Parece como si las hubiesen tomado con nosotros. En nuestro pequeño grupo tenemos de todo: una solterona neurótica, un morfinómano…, y ahora un loco. ¿Qué más vamos a descubrir antes que todo haya terminado?»

Pero entonces comprendió que su juicio pecaba de injusto y precipitado. En el fondo, había tenido mucha suerte con sus pasajeros. Exceptuando a Radley, la señorita Morley y Hans Baldur (quien, la verdad sea dicha, se había portado correctamente después de aquel incidente único), contaba con el comodoro, el doctor McKenzie, los esposos Schuster, el menudo profesor Jayawardene, David Barren y los demás, que habían obedecido siempre sin rechistar ni presentar problemas. Se sintió dominado por un súbito sentimiento de afecto, rayado en el amor, por aquellas personas magníficas que tanto le habían ayudado, de una manera directa o pasiva.

Y, ante todo, se mostraba reconocido a Sue, que, previsora como siempre, ya tomaba las medidas oportunas. Pat la vio en el fondo de la nave, entregada discretamente a su trabajo. El capitán se preguntó si alguien había observado —desde luego, Radley no lo observó— que acababa de abrir el botiquín para sacar uno de aquellos pequeños cilindros del tamaño de un cigarrillo cargados con un somnífero. Si aquel sujeto empezaba a crearles dificultades, ella ya se encontraría dispuesta a intervenir.

Mas, por el momento, Radley se mostraba muy manso. Parecía un hombre completamente tranquilo y en plena posesión de sus facultades mentales. Sus ojos no brillaban con la luz de la locura ni mostraba ninguna de las señales típicas de la demencia. Parecía exactamente lo que era: un contable neozelandés de media edad que pasaba sus vacaciones en la Luna.

—Lo que usted dice es muy interesante, señor Radley —observó el comodoro Hansteen con el tono más indiferente que pudo fingir—. Pero le ruego que disculpe nuestra ignorancia. ¿Quiénes son «ellos» y por qué le persiguen?

—¿No ha oído usted hablar nunca de los platillos volantes, comodoro?

«¿Los platillos…, *cómo*?», se preguntó Pat. Pero Hansteen parecía mejor informado que él.

—Sí —respondió con tono un poco cansado—. Se los menciona en viejos libros de astronáutica. Se hablaba mucho de esta tontería hace unos ochenta años, ¿verdad?

Comprendió inmediatamente que no hubiera debido utilizar la palabra «tontería», y le alivió ver que Radley no se daba por ofendido.

—Oh —repuso el neozelandés—, los platillos volantes son mucho más antiguos, pero solamente durante el siglo pasado empezaron a llamar la atención general. En una abadía inglesa se conserva un viejo manuscrito de 1290 que describe a uno de ellos con detalle…, pero aún existen textos más antiguos sobre la cuestión. Antes del siglo XX se registraron más de diez mil observaciones de platillos volantes.

—Un momento —le interrumpió Pat—. ¿Qué significa esa expresión «platillo volante»?

Nunca la oí mencionar.

—En tal caso —repuso Radley, con voz apenada—, temo que su educación deja mucho que desear, capitán. La expresión «platillo volante» se hizo de uso corriente, a partir de 1947, para describir unos extraños vehículos, generalmente discoidales, que reconocían nuestro planeta desde hacía siglos. Algunas personas prefieren llamarlos «objetos no identificados».

Aquellas explicaciones despertaron vagos recuerdos en el espíritu de Pat. En efecto, había oído hablar de «platillos» en relación con los hipotéticos extraterrestres. Pero no había ninguna prueba concreta, por supuesto, mostrando que astronaves extraterrestres hubiesen penetrado jamás en el Sistema Solar.

—¿Cree usted de verdad —preguntó uno de los pasajeros— que alrededor de la Tierra merodeen visitantes del espacio?

—No sólo eso, sino mucho más aún —respondió Radley—. Con frecuencia han desembarcado de sus astronaves para establecer contacto con seres humanos. Antes que nosotros nos instalásemos en la Luna, tenían una base en la cara oculta; pero la destruyeron cuando los primeros cohetes de reconocimiento empezaron a tomar fotos a baja altitud.

—Y usted, ¿cómo sabe todo esto? —le preguntó otro.

Radley parecía completamente indiferente al escepticismo de su auditorio. Debía estar acostumbrado a tropezar con aquella actitud desde hacía tiempo. De él se desprendía una fe íntima que, por mal fundada que estuviese, resultaba extrañamente convincente.

Su locura lo había transportado a un reino situado más allá de la razón, donde él se sentía muy feliz.

—Tenemos nuestros contactos… —respondió con el tono de un hombre que sabe mucho—. Un número reducido de hombres y mujeres han podido establecer comunicaciones telepáticas con los ocupantes de los discos. Así es como sabemos mucho sobre ellos.

—¿Y cómo se explica que nadie más esté al corriente? —preguntó otro incrédulo —. Si esos seres existen, ¿por qué nuestros astrónomos y pilotos del espacio no los han visto?

—Los han visto, puede usted estar seguro —repuso Radley con una sonrisa de conmiseración—, pero guardan silencio. En realidad, existe una conspiración del silencio entre los hombres de ciencia. No les gusta reconocer que hay inteligencias superiores a la humana en el espacio. Así, cuando un piloto comunica haber observado un platillo, se burlan de él. Y ahora, naturalmente, los astronautas se callan cuando ven uno.

—¿Ha encontrado usted platillos, comodoro? —preguntó la señora Schuster, que visiblemente estaba medio convencida—. ¿O bien participa usted en la…, como ha dicho señor Radley…, conspiración del silencio?

—Siento mucho tener que desilusionarla, señora —dijo Hansteen—. Pero le doy mi palabra que todas las astronaves que he encontrado en el espacio figuraban debidamente en el Lloyd’s Register.

Miró discretamente a Pat y le hizo un pequeño signo con la cabeza, que quería decir:

«Vamos a hablar de esto en la compuerta». En aquel instante ya estaba convencido del hecho que Radley era inofensivo y casi agradecía su interrupción. Aquel tema, en efecto, había apartado la atención de los pasajeros de la situación en que entonces se encontraban. Si la chifladura de Radley podía mantenerlos entretenidos, tanto mejor.

—Bien, Pat —dijo Hansteen cuando la compuerta estanca los aisló de la cabina —. ¿Qué piensa usted de ese tipo?

—¿De veras cree todas esas tonterías?

—Oh, sí… Ya he conocido a otros como él.

El comodoro estaba muy enterado de la peculiar obsesión de Radley. En realidad, todos los que se interesaban por la historia de la astronáutica la conocían. Cuando era

joven, incluso había leído algunas obras sobre el tema. Aquellos libros eran unos fraudes tan absurdos o demostraban una ingenuidad tan infantil, que hicieron tambalear su fe en el hombre como criatura racional. Resultaba inquietante que semejante literatura hubiese podido florecer…, aunque bien era verdad que casi todos aquellos libros vieron la luz en la época de psicosis que comenzó a mediados del siglo anterior.

—La situación es, en verdad, curiosa —comentó Pat—. En un momento como éste, todos los pasajeros se ponen a discutir sobre la existencia de los platillos volantes.

—A mí me parece excelente —respondió el comodoro—. ¿Se le ocurre algo mejor?

Miremos las cosas cara a cara. No tenemos nada más que hacer de momento, en espera que Lawrence vuelva a golpear sobre el techo.

—Si aún sigue ahí. Barrett quizá tiene razón…, ¿y si la balsa se hubiese hundido?

—Me parece muy poco probable…, la sacudida fue mínima. ¿Cuánto cree que nos hemos hundido?

Pat reflexionó. Entonces le parecía que el incidente había durado mucho. El hecho que se encontrasen virtualmente a oscuras y que hubiese tenido que luchar contra el chorro de polvo, aún hacía sus recuerdos más confusos. Así es que respondió al azar:

—No lo sé…, unos diez metros.

—Nada de eso. La sacudida no duró más que un par de segundos. Dudo que hayamos descendido más de dos o tres metros.

A Pat le costaba creer que esto fuese verdad, pero confió en que el comodoro estuviese en lo cierto. Sabía que era muy difícil calcular las pequeñas aceleraciones, en particular cuando uno se hallaba dominado por el pánico. Hansteen era el único hombre a bordo que tenía experiencia de aquellas cosas. Por lo tanto, su cálculo debía ser correcto.

Al menos, era tranquilizador.

—Es posible —prosiguió el comodoro— que en la superficie no hayan notado nada y probablemente se preguntan por qué no pueden establecer nuevamente contacto con nosotros. ¿Está usted seguro que la avería de la radio no se puede reparar?

—Segurísimo. Todo el bloque terminal se ha soltado al extremo de los conductores, y no podemos llegar a él desde el interior de la cabina.

—Desde luego, ven que la cosa no tiene remedio. Más valdrá que volvamos con los demás, para ver si Radley puede convertirnos…, aunque lo dudo.

Jules Braque, con su cámara, siguió a los esquíes para polvo durante unos

centenares de metros antes de advertir que no estaban abarrotados de hombres, como parecía al principio. No había más que siete, y sobre la balsa eran ocho.

Enfocó de nuevo la cámara sobre la balsa, y su buena estrella o la intuición que distingue al camarógrafo brillante del normal, efectuó esta operación en el mismo instante en que Lawrence rompía su silencio radiofónico.

—Aquí el ingeniero jefe —dijo, con el tono de voz fatigado y frustrado del hombre cuyos planes cuidadosamente estudiados se han ido por los suelos—. Ruego que me disculpen por el retraso, pero, como ya habrán podido comprender, ha sucedido un incidente.

Parece ser que se ha producido otro hundimiento bajo el *Selene*. Ignoramos su profundidad. Hemos perdido todo contacto físico con la nave y ésta no responde a nuestras llamadas.

»Por si se produjese otro hundimiento, he ordenado a mis hombres que se alejen a unos centenares de metros. De todos modos, el peligro parece ser mínimo. Apenas hemos notado la sacudida…, pero de nada sirve arriesgarse inútilmente. De momento, puedo hacer todo lo que sea necesario sin otras ayudas.

»Volveré a llamar dentro de unos minutos.

Con millones de ojos posados en él, Lawrence se asomó al borde de la balsa, para atrapar la sonda metálica con la que localizó al crucero. Ésta medía veinte metros; si la nave se hubiese hundido a mayor profundidad habría que idear otro medio para alcanzarla.

La varilla se hundió en el polvo, cada vez con mayor lentitud, a medida que se aproximaba al lugar donde descansaba hasta poco antes el *Selene*. Ya estaba en la primera marca: quince metros y veintiséis centímetros. La sonda continuó avanzando.

—¿Cuánto más aún? —murmuró Lawrence para sí, en el silencio rumoroso de su traje espacial.

Estuvo a punto de lanzar una carcajada ante el rápido alivio de la tensión. La punta de la sonda sólo había penetrado un metro treinta y siete centímetros más, apenas la distancia de los brazos abiertos, cuando se detuvo. Mucho más serio era el hecho que el *Selene* no se había hundido por igual, como indicaren los primeros sondeos exploratorios, y estaba inclinado en un ángulo de casi treinta grados. Lo suficiente para echar a perder su plan, pues Lawrence había confiado en que el cajón sumergible entrase en contacto rasante con el techo horizontal.

Dejó un momento de pensar en este problema, porque había otro más inmediato.

Como no funcionaba la radio de a bordo (y sólo podía rogar a Dios que no se tratase más que de una interrupción de la comente eléctrica), ¿cómo sabría si aún estaban allí con vida? En tal caso podría oír la sonda, pero no tendrían medio de comunicarse con él.

¡Pero sí lo había! El medio más fácil y primitivo de todos, olvidado después de un

siglo largo de utilizar la electrónica para todo. Se puso en pie y llamó a los tripulantes de los esquíes, que aguardaban a poca distancia:

—Pueden volver. No hay peligro. El *Selene* sólo se ha hundido metro y medio.

Había olvidado por completo que millones de personas lo observaban. Aunque aún tenía que elaborar su nuevo plan de campaña, iba a ponerse en acción en seguida, sin pérdida de tiempo.

Capítulo 27

Cuando Pat y el comodoro regresaron a la cabina, el debate sobre los platillos volantes estaba animadísimo.

Radley, que hasta entonces apenas había dicho esta boca es mía, recuperaba el tiempo perdido con presteza. Se diría que se había disparado en él un resorte secreto, o que lo habían descargado del compromiso de guardar silencio. La explicación probablemente era ésta: convencido ya del hecho que su misión había sido descubierta, acogía gustoso aquella ocasión de discursear.

El comodoro Hansteen había conocido a varios iluminados como aquél. A decir verdad, fue el instinto de conservación el que le obligó a sumergirse en la rimbombante literatura consagrada a aquel tema. La manera de abordarlo era casi siempre la misma.

Empezaban por decirle: «Sin duda, comodoro, usted habrá visto cosas muy extrañas durante los años que ha pasado en el espacio». Y luego, como su respuesta no era satisfactoria, le lanzaban la insinuación, más o menos directa, respecto a que tenía miedo de hablar o que no quería decir lo que sabía. Era perder el tiempo esforzarse por negar lo que se le imputaba; a los ojos de los convencidos, aquello demostraba únicamente que él también formaba parte de la conspiración del silencio.

Los demás pasajeros no tenían a su favor aquella amarga experiencia y Radley esquivaba sus objeciones con la mayor facilidad. Incluso Schuster, pese a su formación jurídica, no conseguía acorralarlo; sus esfuerzos eran tan fútiles como tratar de convencer a un paranoico respecto a que en realidad nadie le persigue.

—¿No parece *razonable* pensar —arguyó Schuster— que, admitiendo que millares de científicos se hayan enterados, tarde o temprano uno de ellos dirá algo de más? ¡Es imposible guardar un secreto tan enorme! Sería como si se quisiera ocultar el monumento a Washington.

—Oh, ha habido varios intentos por revelar la verdad —respondió Radley—. Pero las pruebas siempre han sido destruidas misteriosamente…, así como los hombres que querían revelarla. *Ellos* saben mostrarse implacables cuando lo creen necesario.

—Pero ha dicho usted que…, *ellos*…, han establecido contacto con seres humanos. ¿Y esto no le parece una contradicción?

—En absoluto. Las fuerzas del bien y del mal luchan en todo el universo, lo mismo que en la Tierra. Entre los tripulantes de los platillos los hay amigos…, otros, en cambio, desean explotarnos. Ambos grupos se combaten desde hace miles de años. A veces, el conflicto se extiende a la Tierra; esto causó la destrucción de la Atlántida.

Hansteen no pudo contener una sonrisa. Tarde o temprano aparecía la Atlántida en escena…, o si no la Atlántida, Lemuria o el continente perdido de Mu. Todas estas historias ejercían una gran fascinación sobre aquel tipo de mentalidad desequilibrada

y amante de lo misterioso.

El tema había sido estudiado a fondo por un grupo de psicólogos alrededor de la década 1970-1980; sí, Hansteen lo recordaba perfectamente. Los psicólogos llegaron a la conclusión que, hacia mediados del siglo XX, una parte sustancial de la población terrestre se hallaba convencida que el mundo corría hacia su destrucción y que la única esperanza residía en una intervención extraterrestre. Perdida la fe en sí mismo, el hombre buscó la salvación en los cielos.

La religión de los platillos volantes floreció entre los chiflados de la humanidad durante una década, aproximadamente, para extinguirse luego de pronto, como una epidemia que ya hubiese hecho su curso. Los psicólogos afirmaron que esto podía atribuirse a dos factores: el primero era, sencillamente, el hastío; el segundo, el Año Geofísico Internacional, preludio de la entrada del hombre en el espacio cósmico.

Durante los dieciocho meses que duró el AGI, el cielo fue observado y sondeado por un número mayor de instrumentos y de observadores experimentados que en ningún otro momento de la historia. Si hubiesen existido visitantes celestiales vagando por la atmósfera o por encima de ella, aquel esfuerzo científico concentrado hubiera revelado su presencia. Pero nada de ello ocurrió, y cuando los primeros vehículos tripulados por hombres abandonaron la superficie terrestre, los platillos volantes brillaron por su ausencia.[4]

Para la mayoría, aquello significó el fin del problema. Los millares de objetos no identificados que fueron vistos en el transcurso de los siglos se podían explicar por causas naturales, y, gracias a los progresos de la meteorología y la astronomía, las explicaciones válidas no faltaron. Cuando amaneció la era del espacio, que devolvió al hombre la fe en su propio destino, el mundo cesó de interesarse por los platillos volantes.

Es raro, sin embargo, que una religión se extinga por completo, y así un pequeño grupo de fieles continuó manteniendo el culto y alimentándolo con fantásticas «revelaciones», relatos de entrevistas con seres extraterrestres y afirmaciones de contactos telepáticos. E incluso cuando se demostraba, como ocurrió con frecuencia, que los profetas habían adulterado sus pruebas, los devotos se mantenían imperturbables. Necesitaban tener sus dioses en el cielo y nada ni nadie podía privarles de ellos.

—Usted aún no nos ha explicado —estaba diciendo el señor Schuster— por qué los tripulantes de los platillos le persiguen. ¿Qué ha hecho para despertar su irritación?

—Conocía demasiado algunos de sus secretos. Por eso han aprovechado esta ocasión para eliminarme.

—¿No podían utilizar medios menos complicados?

—Es necio imaginar que nuestros espíritus limitados pueden comprender su

mentalidad. Además, así todo hubiera parecido un accidente; nadie hubiera supuesto que el naufragio fue intencionado.

—En eso tiene usted razón. Pero como ahora todo ha dejado de tener importancia, ¿no podría usted revelarnos el secreto que estaba a punto de descubrir? Estoy seguro que a todos los presentes les interesará conocerlo.

Hansteen miró furtivamente a Irving Schuster. El abogado siempre le había parecido un hombrecillo de carácter más bien solemne y desprovisto de humor; la ironía no era propia de él.

—Se lo diré con mucho gusto —respondió Radley—. La historia empieza en 1953, cuando un astrónomo norteamericano llamado O'Neill efectuó una observación notabilísima precisamente aquí, en la Luna. Tiene usted que saber que descubrió un pequeño puente en la orilla oriental del mar de las Crisis.

»Los demás astrónomos, naturalmente, se rieron de él…, pero otros, que tenían menos prejuicios, confirmaron la existencia del puente. Sin embargo, pocos años después había desaparecido. No hay duda del hecho que el interés que nosotros demostramos por él alarmó a los tripulantes de los platillos, que lo desmontaron.

Aquel «no hay duda», se dijo Hansteen, era un ejemplo perfecto de lógica platillista…, el osado *non sequitur* que dejaba a los espíritus normales desesperadamente rezagados.

Nunca había oído hablar del puente antes mencionado, pero existían ejemplos a docenas de falsas observaciones en los anales astronómicos. Los canales de Marte eran un ejemplo clásico. Sabios famosos por su honradez e integridad los habían mencionado durante años, pese a que no existían…, al menos bajo la forma de una fina red, como los describieron Lowell y otros. ¿Pensaba Radley que alguien había colmado los canales, entre la época en que Lowell los observó y los días en que se obtuvieron las primeras fotografías claras del planeta Marte?[5] Hansteen estaba seguro que era muy capaz de creerlo.

Sin duda, el puente de O'Neill no era más que una ilusión óptica provocada por la luz, o por las sombras perpetuamente movedizas de la Luna. Pero una explicación tan sencilla no era del gusto de Radley, por supuesto. Pero de todos modos, ¿qué hacía aquel hombre allí, a dos mil kilómetros del mar de las Crisis?

Alguien lo pensó también y se lo preguntó. Como siempre, Radley tenía una respuesta convincente a punto:

—Confiaba —dijo— en alejar sus sospechas portándome como un turista ordinario.

Teniendo en cuenta que las pruebas que yo buscaba se hallaban en el hemisferio occidental, empecé por dirigirme al oriental. Me proponía llegar al mar de las Crisis atravesando la cara opuesta de la Luna, donde también había varios lugares que deseaba visitar. Pero *ellos* son demasiado listos. Ya hubiera podido suponer que uno

de sus agentes me seguía les pasos…, pueden adoptar la forma humana, ¿saben ustedes?

Probablemente me han estado siguiendo desde que desembarqué en la Luna.

—Me gustaría saber —preguntó la señora Schuster, que parecía tomarse a Radley cada vez más en serio— qué piensan hacer ahora con nosotros.

—Ojalá lo supiera, señora —respondió Radley—. Sabemos que poseen profundas cavernas en el interior de la Luna, y estoy seguro que nos llevarán a una de ellas. Cuando vean que el equipo de socorro está a punto de salvarnos, intervendrán de nuevo. Pero, de todos modos, temo que nos hallemos a demasiada profundidad para que puedan salvarnos…

Pat se dijo que ya había bastante de aquellas sandeces. Radley había hecho su número cómico, pero aquel loco empezaba a pronunciar frases alarmantes. ¿Cómo hacerlo callar?

La demencia era rara en la Luna, como en todas las sociedades fronterizas. Pat no sabía cómo había que tratar a los locos…, en especial a los que, como Radley, sabían mostrarse amables y persuasivos. Había momentos en que incluso él se preguntaba si no podía haber algo cierto en las fantásticas historias de Radley; en otras circunstancias, su escepticismo natural y sano lo hubiera inmunizado, pero entonces, después de aquellos días de tensión nerviosa y angustiosa espera, sus facultades críticas estaban embotadas.

Hubiera deseado conocer algún medio sencillo de romper el hechizo de aquel demente dotado de gran facilidad de palabra que había creado entre los pasajeros.

Un poco avergonzado por pensar en aquel procedimiento, recordó el certero golpe de gracia que sumió instantáneamente a Hans Baldur en el sueño. Sin proponérselo —al menos de manera consciente— su mirada se cruzó con la de Harding. Con alarma vio que éste reaccionaba inmediatamente y, haciendo un leve gesto de asentimiento, se levantaba cautelosamente de su butaca.

«¡No, no! —pensó Pat—. Eso no. Dejemos tranquilo a ese pobre chiflado. ¿Qué clase de hombre es ese Harding?»

Pero luego su tensión disminuyó, al ver que Harding no abandonaba su sitio, a cuatro asientos de Radley. Permanecía únicamente de pie, contentándose con mirar al neozelandés con expresión inescrutable. Tal vez fuese compasión, pero en aquella penumbra Pat no podía asegurarlo.

—Creo que ya es hora de intervenir —dijo Harding—. Al menos, una de las cosas que nos ha contado el amigo es perfectamente cierta. Le siguen. Pero quien le sigue no es un agente de los platillistas…, sino yo.

»Aunque no pasa usted de ser un aficionado, Wilfred George Radley, tengo que felicitarle. La persecución ha sido emocionante: de Christchurch a Astrogrado, después a Ciudad Clavius, de allí a Pytho, a Platón, a Tolomeo y, por último, a Puerto

Roris…, para terminar aquí, donde creo que es final de trayecto, en más de un aspecto, sin duda.

Radley no pareció inmutarse en lo más mínimo. Se contentó con inclinar la cabeza con ademán nobilísimo, como si ya conociese la existencia y la misión de Harding, pero no deseara intimar con él.

—Como sin duda habrán ustedes adivinado —prosiguió Harding— yo soy un detective.

Especializado en la estafa y el desfalco. Es una labor muy interesante, aunque raramente se me presenta ocasión de hablar de ella. Por lo tanto, estoy muy contento de poder hacerlo ahora.

»No siento ningún interés, al menos profesional, por las creencias particulares del señor Radley. Que lo que cuenta sea cierto o no, no altera el hecho que es un contable muy competente que gana un buen sueldo en Nueva Zelanda. Sin embargo, su sueldo no le permitía pagarse un mes de vacaciones en la Luna.

»Aunque esto no fue problema para él…, porque tienen ustedes que saber que el señor Radley era jefe contable en la agencia que la empresa La Universal, de cartas de viaje, tiene en Christchurch. El sistema que emplea esta empresa se considera perfecto y a prueba de falsificaciones; pero, de la manera que sea, él consiguió, sin pagar un céntimo, una carta de viaje de la categoría Q, que le permite ir a cualquier punto del Sistema Solar, cubriéndole gastos de hotel y restaurante e incluso ingresar cheques, durante su viaje, de hasta quinientos dólares. Las cartas de la categoría Q circulan muy poco por la sencilla razón que éstas son carísimas.

»Como es natural, ya hubo otros aprovechados que intentaron viajar gratis por este medio. A veces, los clientes pierden su carta y algunos individuos sin escrúpulos se dan buena vida durante unos días antes que los prendan. Pero sólo por unos días…, el sistema de control de La Universal es muy eficaz…, tiene que serlo en evitación de hechos parecidos. Hasta la fecha, nadie ha podido eludir a la justicia por más de ocho días.

—En mi caso han sido nueve —exclamó Radley de manera inesperada.

—Perdone…, usted lo sabe mejor que yo, claro. Nueve días, entonces. Pero Radley comenzó su viaje hace casi tres semanas, antes que diésemos con su pista. Disfrutaba sus vacaciones anuales y dijo en su oficina que iba a pasarlas tranquilamente en la Isla del Norte. Pero, en cambio, se fue a Astrogrado y de allí a la Luna, sentando al propio tiempo un precedente, pues ha sido el primer hombre —y esperemos que sea el último— que sale de la Tierra sin desembolsar un céntimo.

»Aún no sabemos exactamente cómo lo consiguió. ¿Cómo logró engañar a los aparatos de control automáticos? ¿Tenía un cómplice entre los técnicos encargados de los programas de las calculadoras? Ésta y otras preguntas igualmente interesantes son las que se hace La Universal, agencia de cartas de viaje. Espero, Radley, que usted

desembuchará conmigo, sólo para satisfacer mi curiosidad. Creo que es lo menos que puede hacer en las actuales circunstancias.

»Pero sabemos los motivos que le impulsaron…, los motivos que le obligaron a sacrificar un buen empleo para meterse en una aventura que debía terminar fatalmente en la cárcel. Adivinamos sus motivos cuando dimos con su paradero en la Luna. La Universal estaba perfectamente al corriente de su afición, que no le importaba, porque no afectaba en absoluto sus cualidades profesionales. Se mostraron indulgentes con usted, pero su indulgencia les ha costado muy cara.

—De veras que lo siento —repuso Radley, no sin cierta dignidad—. La empresa siempre me ha tratado muy bien, y lo que he hecho, efectivamente, parece vergonzoso. Pero lo hice por una buena causa, y si hubiese podido encontrar las pruebas que buscaba…[6]

Pero en aquel instante todo el mundo —salvo el inspector Harding— cesó de interesarse por Radley y sus platillos volantes. El ruido que con tanta ansiedad esperaban acababa de oírse.

La sonda manejada por Lawrence rascaba el techo del *Selene*.

Capítulo 28

«Tengo la impresión de estar aquí desde hace años —pensó Maurice Spenser—. Sin embargo, el Sol aún está muy bajo por el oeste, que es por donde se levanta en este extraño mundo, y aún faltan tres días para que llegue al cenit. ¿Cuánto tiempo aún tendré que permanecer en estas montañas, escuchando las fanfarronadas del capitán Anson sobre sus viajes por el espacio, y observando esa lejana balsa con sus dos iglúes?»

Era una pregunta a la que nadie podía responder. Cuando el cajón neumático empezó a bajar, parecía que todo habría terminado antes de veinticuatro horas. Pero volvían a estar donde habían empezado…, y, para empeorar aún más las cosas, todo el interés visual del reportaje había desaparecido. A partir de entonces todo sucedería en las profundidades del mar de polvo o en el interior de un iglú. Lawrence continuaba negándose tercamente a admitir una cámara tomavistas en la balsa y Spenser no podía censurárselo. El ingeniero jefe no había tenido suerte cuando sus declaraciones fueron bruscamente desmentidas por los hechos, y no estaba dispuesto a correr de nuevo aquel riesgo.

Sin embargo, no podía ni pensarse en la posibilidad que el *Auriga* abandonase aquel emplazamiento, al que había llegado a costa de tan cuantiosos gastos. Si todo iba bien, aún faltaba por tomar una escena emocionante. Si todo iba mal, la escena sería trágica.

Tarde o temprano aquellos esquíes para el polvo emprenderían el regreso a Puerto Roris…, con las personas que habían ido a salvar o sin ellas. Y Spenser no quería perderse la partida de aquella caravana, tanto si ésta se efectuaba bajo el sol naciente o bajo el sol poniente, o incluso al claro de Tierra.

Cuando volvió a localizar al *Selene*, Lawrence reanudó la operación de taladro. Por la pantalla auxiliar, Spenser veía el fino tubo de oxígeno descendiendo por segunda vez en el polvo. ¿Por qué se molestaba Lawrence en efectuar aquel trabajo, se preguntó el periodista, si ni siquiera estaba seguro de si hubiese alguien vivo a bordo del *Selene*? ¿Y cómo podría comprobarlo, si las comunicaciones por radio se habían interrumpido?

Ésta era la pregunta que también se hacían millones de personas, mientras veían hundirse el tubo en el polvo, y quizá muchas de ellas habían acertado con la respuesta correcta. Pero cosa curiosa: esta solución no vino en mientes de ninguno de los tripulantes del *Selene*…, ni siquiera al comodoro.

Al oír el fuerte golpe contra el techo, los ocupantes de la nave comprendieron en seguida que no era causado por una varilla de sondeo, que hurgaba cuidadosamente en el mar. Cuando un minuto después oyeron el inconfundible zumbido de un barreno que horadaba la fibra de vidrio, se sintieron como condenados a muerte indultados a

última hora.

Esta vez, el taladro no tocó la conducción eléctrica…, aunque esto poco importaba ya.

Los pasajeros miraban, casi hipnotizados, mientras el chirrido se hacía más fuerte y caían del techo los primeros trocitos del revestimiento interior. Cuando apareció la fresa del taladro y descendió veinte centímetros, un entusiasta griterío la saludó.

«Y ahora, ¿qué? —se preguntó Pat—. No podemos hablar con ellos. ¿Cómo sabré cuándo tengo que destornillar el taladro? No deseo cometer el mismo error por segunda vez».

En medio de aquel expectante y tenso silencio, el tubo de metal resonó con una fuerte llamada: «Tit-Tit-Tit-Ta».

Ninguno de quienes lo oyó olvidaría aquel sonido en el resto de sus días. Era la señal de la V, a la que Pat contestó con otros tres golpecitos cortos y uno largo, valiéndose de unas tenazas. «Ahora ya saben que estamos vivos», pensó. En el fondo, nunca creyó que Lawrence los daría por muertos y los abandonaría, pero al mismo tiempo había aquella duda insidiosa que no lo abandonaba.

El tubo transmitió de nuevo la señal, con mucha más lentitud. Era muy pesado tener que aprender el alfabeto Morse. En aquella época resultaba tal anacronismo su empleo, que muchos pilotos e ingenieros del espacio protestaban enérgicamente cuando les obligaban a aprenderlo, pues lo consideraban una pérdida de tiempo. Quizá no tendrían que utilizarlo en su vida.

Pero aunque sólo fuese una vez, como en aquel caso… Entonces era de importancia vital.

Se oyeron más golpes por el tubo:

«Ta-tit-tit… Tit… Tit-tit-tit… Ta-ta-ta… Tit-ta-tit… Ta-tit… Tit-tit… Tit-ta-tit… Tit-ta-tit-tit… Tit».

«¡Destornille!» Para que no hubiese error, comenzó a repetir la palabra, pero tanto el comodoro como Pat, a pesar de tener casi olvidado el alfabeto Morse, habían, comprendido, y el segundo dijo:

—Nos piden que destornillemos el taladro. Allá va.

Hubo una entrada violenta de aire mientras se nivelaba la presión en la atmósfera del salón. Luego el tubo quedó abierto hacia el mundo exterior y del orificio llegó una voz, hueca y sepulcral, pero perfectamente nítida. Tan resonante y tan inesperada fue, que todos lanzaron un grito ahogado de sorpresa. Se habían criado y educado en la creencia que sólo por medio de la electrónica podía transmitirse la voz a través del espacio, y la resurrección del antiquísimo medio de comunicación a distancia les pareció una novedad, tal como lo habría sido el teléfono para un griego de la edad homérica.

—Habla el ingeniero jefe Lawrence. ¿Pueden oírme?

Pat ahuecó las palmas de las manos en torno de la abertura y respondió:

—Le oímos muy bien. ¿Qué ha sucedido?

—Han descendido ustedes metro y medio nada más. ¿Cómo andan de aire?

—Bien todavía, pero cuanto antes puedan comenzar a suministrarlo, mejor será.

—No se preocupe; se lo bombearemos en cuanto limpiemos de polvo los filtros y nos llegue otro barreno de Puerto Roris. El que acaban de destornillar es el único que teníamos de repuesto.

Pasaría, por lo tanto, una hora o más de una hora hasta obtener nuevo abastecimiento de aire. No era eso, sin embargo, lo que más atormentaba a Pat: conocía la forma en que se había propuesto Lawrence llegar hasta ellos y comprendía, por lo tanto, que no podría ponerse en práctica al no encontrarse ya el *Selene* en un plano horizontal.

—¿Cómo van a sacarnos? —preguntó sin rodeos.

Apenas se advirtió una brevísima vacilación en la voz de Lawrence.

—No he estudiado todos los detalles, pero añadiremos otro cilindro al cajón hidráulico y continuaremos haciéndolo bajar para que alcance a la nave. Luego comenzaremos a extraer el polvo hasta llegar al fondo. Entonces quedaremos a pocos centímetros de ustedes y de algún modo salvaremos ese trecho. Hay, no obstante, algo que ustedes deben hacer antes.

—¿Qué?

—Estoy prácticamente seguro del hecho que el crucero no va a cambiar de posición; pero si fuera así, creo preferible que fuese ahora, para lo cual deseo que todos ustedes se pongan a dar saltos en el piso un par de minutos.

—¿No será peligroso? —preguntó Pat titubeante—. ¿Y si el tubo volviera a soltarse?

—En tal caso podrían colocarlo de nuevo. Otro pequeño orificio no tendrá importancia, y, en cambio, la tendría un descenso más si se produjera en el momento de estar abriendo en el techo un boquete suficiente para dar paso a un hombre.

En el *Selene* se habían desarrollado varias escenas extrañas, pero sin duda la que siguió fue la más curiosa de todas. Veintidós hombres y mujeres se pusieron serios a brincar al mismo tiempo hasta el techo, para dejarse caer con fuerza y volver a saltar otra vez, en tanto que Pat mantenía un ojo vigilante sobre el tubo que les comunicaba con el mundo exterior. Después de un minuto de enérgicos esfuerzos de todos, el *Selene* había descendido apenas dos centímetros.

Lo comunicó a Lawrence, quien recibió la noticia con satisfacción. Al tener la certidumbre, en lo posible, respecto a que el crucero no se movería de nuevo, renació en él la confianza de sacar con vida a sus ocupantes. Esbozó un plan que alcanzó forma definitiva en las doce horas siguientes, en una serie de conferencias por circuito cerrado de televisión con su comité técnico, y después de varias experiencias

efectuadas en el propio mar de la Sed. Los servicios técnicos aprendieron más cosas sobre el polvo lunar durante la semana que acababa de transcurrir que en toda su existencia anterior. Así, ya no se batían a ciegas contra un enemigo casi desconocido. Sabían ya las libertades que podían tomarse con él…, y lo que no se podía hacer.

A pesar de la rapidez con que se trazaron los nuevos planes y de la construcción del material necesario, nada se hizo con prisa indebida ni de una manera descuidada. Se trataba también de otra operación que tenía que salir bien al primer instante. Si fracasaba, en el mejor de los casos habría que abandonar el cajón y hundir otro en el mar de la Sed.

Y en el peor de los casos…, los ocupantes del *Selene* perecerían ahogados en el polvo.

—Es un bonito problema —dijo Tom Lawson, a quien agradaban los bonitos problemas…, y apenas nada más—. La parte inferior del cajón —prosiguió— queda abierta al polvo, pues sólo reposa por un punto en el techo del *Selene*, y la inclinación del mismo impide un contacto hermético. Antes que podamos extraer el polvo por medio de bombas, hay que cerrar la extremidad inferior del cajón.

»¿He dicho «extraer con bombas»? Habrá sido por error. Esta sustancia no puede extraerse con bombas; hay que elevarla. Y si lo intentamos tal como están las cosas ahora, ascendería por el fondo del pozo con la misma rapidez con que la extrajésemos por arriba.

Tom hizo una pausa y dirigió una sonrisa sardónica a los millones de telespectadores que lo miraban, como si los desafiase a resolver el problema que había presentado. Dejó por un momento que sus auditores meditasen sobre el problema y después tomó la maqueta que se encontraba sobre la mesa del estudio. Aunque la maqueta era extremadamente sencilla, se sentía bastante orgulloso de ella, porque la había hecho con sus propias manos. Viéndola en la pantalla, nadie hubiera podido adivinar que era de cartón pintado de color aluminio.

—Este tubo —dijo— representa un corto segmento del cajón que está ahora descendiendo hasta el *Selene* y que se llena de polvo. Ahora bien, esto —con la otra mano tomó un cilindro metálico corto y grueso, cerrado en un extremo— encaja en el tubo como un pistón. Debido a que es muy pesado, tenderá a hundirse por su propio peso; pero no podrá hacerlo, desde luego, mientras tenga abajo encerrado algún polvo.

Tom Lawson hizo girar el émbolo; con el extremo chato hacia la cámara, apretó con el índice el centro de la tapa circular, y se abrió una puerta de resorte.

—Este escotillón actúa a modo de válvula. Cuando esté abierto, dejará pasar el polvo; el émbolo caerá por el pozo del cajón y, al llegar al fondo, la válvula se cerrará mediante una señal hecha desde arriba. De ese modo quedará herméticamente cerrado

el cajón y podremos comenzar a extraer el polvo.

»Parece muy sencillo, ¿verdad? Pues no lo es. Presenta alrededor de cincuenta problemas que yo no he mencionado. Por ejemplo, una vez vacío el cajón, tendrá tendencia a ascender flotando hacia la superficie, con un poder de ascensión de muchas toneladas. El ingeniero jefe Lawrence ha ideado un ingenioso sistema de anclas para retenerlo.

»Comprenderán ustedes, naturalmente, que incluso cuando este tubo haya sido vaciado de polvo, continuará existiendo aquel mismo espacio en forma de cuña entre su parte inferior y el techo del *Selene*. No sé cómo el señor Lawrence se propone resolver este problema. Pero les ruego que no me envíen más sugerencias; con las ideas en embrión que ha recibido la emisora, se podría montar un programa que duraría varios años.

»Este dispositivo en forma de émbolo no es una simple teoría. Los ingenieros han construido uno aquí para probarlo durante las últimas doce horas. Actualmente está funcionando. Y si comprendo bien las señales que me hacen, creo que voy a desaparecer de la pantalla, para regresar al mar de la Sed y ver qué sucede en la balsa.

El estudio provisional montado en el hotel Roris desapareció para millones de telespectadores, siendo reemplazado por un paisaje que, en aquel instante, ya se había convertido en un espectáculo familiar para toda la especie humana.

Ya eran tres las tiendas de goma levantadas sobre la balsa. Parecían gigantescas gotas de mercurio al reflejar el sol en su superficie. Uno de los esquíes para el polvo estaba parado junto a la cúpula mayor; los otros dos se hallaban en tránsito, pues habían ido a buscar más material a Puerto Roris.

Como la boca de un pozo, el cajón sobresalía del océano de polvo algo más de veinte centímetros y su abertura parecía demasiado estrecha para dejar pasar a un hombre.

Habría sido, en verdad, muy angosta para el que llevase puesto un traje espacial; pero, afortunadamente, éste no sería necesario en la etapa crítica de la operación.

Una doble pala cilíndrica desaparecía a intervalos regulares dentro del pozo y era izada nuevamente a la superficie por una grúa pequeña, pero de gran potencia. Al subir, abría sus cucharas para descargar en el mar de la Sed su contenido. En la lisa llanura se elevaba durante varios segundos un montículo gris de polvo vacilante y se desplomaba con lentitud hasta desaparecer del todo, antes que la siguiente carga hubiese surgido del pozo. Era un truco de prestidigitador hecho a plena luz del día y producía un efecto extraordinario. Decía a los telespectadores, mucho mejor que con palabras, todo cuanto necesitaban saber sobre el mar de la Sed.

La pala cilíndrica se hundía cada vez a mayor profundidad en el polvo, con el resultado que tardaba más tiempo en reaparecer. Y, por último, llegó un momento en que subió llena únicamente a medias y quedó abierto el camino al *Selene*…,

exceptuando el terrible obstáculo final.

Capítulo 29

—Nuestra moral continúa siendo muy buena —dijo Pat por el micrófono que les bajaron por el tubo de aire—. Desde luego, nos llevamos un susto mayúsculo después del segundo hundimiento, cuando perdimos contacto con ustedes…, pero ahora estamos seguros que pronto nos sacarán de aquí. Oímos funcionar la pala cilíndrica, que recoge el polvo, y es maravilloso saber que tenemos la ayuda tan próxima. Nunca olvidaremos —añadió Pat algo desmañadamente— los esfuerzos que tantos han hecho para socorrernos y, suceda lo que suceda, deseamos darles las gracias. Todos estamos seguros que se ha hecho cuanto era posible.

»Y ahora dejo el micrófono, pues varios de los aquí presentes desean transmitir mensajes. Si la suerte nos ayuda, serán los últimos que se enviarán desde el *Selene*.

Cuando pasó el micrófono a la señora Williams, comprendió que hubiera debido hacer aquella última observación de otro modo, pues podía interpretarse de dos maneras. Pero, teniendo la salvación tan cerca, se negó a admitir la posibilidad de nuevos incidentes.

Habían pasado ya por tantas pruebas, que, con seguridad, ya nada nuevo podía ocurrirles.

Con todo, no ignoraba que la fase final de la operación sería la más difícil, la más crítica de todas. La habían comentado interminablemente durante las últimas horas, desde que el ingeniero jefe Lawrence les explicó su plan. Fue su único tema de conversación desde que, por común acuerdo, decidieron no continuar hablando de platillos volantes.

Desde luego, hubieran podido proseguir la lectura de libros, pero tanto *Shane* como *La Naranja y la Manzana* habían dejado de interesarles. Nadie podía concentrarse en nada, como no fuese en su próximo salvamento y el retorno a la vida que sería su nueva incorporación a la comunidad humana.

En el techo se produjo un golpe sordo y repentino. Aquello sólo podía significar una cosa: la pala cilíndrica había llegado al fondo del pozo y éste se encontraba libre de polvo.

Ahora ya podía acoplarse a uno de los iglúes y llenarse de aire.

Se necesitó más de una hora para efectuar esta conexión y hacer todas las pruebas necesarias. El iglú, que era un modelo XIX especialmente modificado, con una abertura en el piso para acomodar la parte superior del cajón, tuvo que colocarse e inflarse con el mayor cuidado. La vida de los pasajeros del *Selene*, y también la de los hombres que intentarían salvarlos, dependía de un cierre completamente estanco.

El ingeniero jefe Lawrence no se quitó la escafandra hasta que tuvo la certidumbre que todo estaba bien. Entonces se aproximó a la boca del pozo con un proyector y dirigió su rayo hacia abajo, viendo unas paredes que parecían perderse en

el infinito. Sin embargo, sólo había diecisiete metros hasta el fondo. Incluso con aquella débil gravedad, un objeto sólo tardaría cinco segundos en recorrer aquella distancia.

Lawrence se volvió hacia sus ayudantes, vestidos aún con sus trajes del espacio, pero con el visor levantado. Si se produjese algún contratiempo, los visores podrían cerrarse en una fracción de segundo y los hombres probablemente se salvarían. Mas para Lawrence no habría ninguna esperanza, ni para las veintidós personas encerradas en el *Selene*.

—Ya saben ustedes perfectamente lo que hay que hacer —les dijo—. Si deseo subir de prisa, izan la escalera de cuerda todos a la vez. ¿Alguien desea hacer alguna pregunta?

Respondieron negativamente; todo se había ensayado de manera escrupulosa.

Saludando con la cabeza a sus hombres, que le desearon buena suerte a coro, Lawrence descendió por el pozo.

Durante casi todo el descenso se dejó caer, frenando de vez en cuando su velocidad por el simple expediente de asirse a la escalerilla. En la Luna esta acción ofrecía bastante seguridad…, en realidad, casi no ofrecía peligro. Pero Lawrence había visto matarse a varios hombres, porque olvidaron que incluso con aquella débil gravedad la aceleración podía resultar fatal al cabo de diez segundos.

Parecía la caída de *Alicia en el País de las Maravillas* (gran parte de la obra de Lewis Carroll parecía inspirada por la navegación interplanetaria), pero durante el descenso únicamente podía ver las lisas paredes de hormigón, tan próximas, que Lawrence debía bizquear los ojos para mirarlas. Y, por último, con una leve sacudida, llegó al fondo.

Se puso en cuclillas sobre el disco de metal, parecido por su forma y tamaño a una tapa del alcantarillado y lo examinó con atención. La válvula de la escotilla, que se abrió durante el descenso del émbolo a través del polvo, presentaba una ligera filtración, y un reguero de polvo grisáceo se deslizaba en torno al cierre. No era una cosa inquietante, pero Lawrence no pudo dejar de preguntarse qué ocurriría si la válvula se abriese bajo la presión del fondo. ¿Con qué rapidez el polvo remontaría el pozo? ¿Cómo? ¿Cómo si fuese agua? Estaba tan seguro que éste ascendería con más lentitud, dándole tiempo de trepar por la escalerilla…

Bajo sus pies, sólo a unos centímetros, tenía el casco del *Selene*, inclinado treinta grados en su tumba de polvo. Su programa consistía entonces en acoplar el extremo horizontal del cajón al techo inclinado del crucero por medio de la tubería de fuelle…, y hacerlo de manera que la unión resultase hermética.

No veía el menor fallo en su plan y esperaba que no los habría porque había sido concebido por los mejores técnicos de la Tierra y de la Luna. Incluso se había previsto la posibilidad que el *Selene* se desplazara nuevamente unos centímetros,

mientras él estuviese trabajando. Pero la teoría era una cosa, como Lawrence sabía muy bien, y la práctica otra.

El disco de metal en el que estaba agazapado presentaba seis grandes tornillos de orejas, colocados a distancias iguales en su circunferencia. Lawrence empezó a hacerlos girar uno a uno, como un tamborilero que afinase su instrumento. El extremo inferior estaba conectado con un dispositivo hecho de elementos tubulares suaves como los de un acordeón, de una anchura casi idéntica al pozo y que en aquellos momentos estaba replegado y plano sobre la plataforma. Formaba una unión flexible que permitía el paso de un hombre y que entonces se estaba abriendo lentamente, a medida que Lawrence ajustaba los tornillos.

Por el extremo opuesto, el tubo anillado tenía que extenderse cuarenta centímetros hasta alcanzar el techo inclinado del crucero; por el otro extremo apenas tenía que moverse. La principal preocupación de Lawrence era que la presión del polvo impidiese abrirse a aquella especie de acordeón, pero los tornillos giraban fácilmente, sin hallar demasiada resistencia.

Por fin, los ajustó todos hasta el máximo. El extremo inferior de la tubería flexible debía unirse con firmeza al techo del *Selene* mediante la junta de caucho que tenía alrededor del borde. No tardó ni en saber si el cierre era hermético.

Con una mirada maquinal, Lawrence comprobó que tenía el camino de escape libre por el pozo. No vio nada más allá del proyector suspendido a dos metros de su cabeza, pero la escalerilla de cuerda, que pasaba a su lado, era extremadamente tranquilizadora.

—He bajado el conectador —gritó a sus ayudantes, que esperaban allá arriba, aunque no podía verlos—. Parece adherirse al techo. Ahora voy a abrir la válvula.

Al menor movimiento equivocado, todo el pozo se llenaría de polvo. Lawrence abrió muy despacio el escotillón que había permitido al polvo subir por el pistón mientras éste bajaba. No se produjo ninguna entrada repentina del temible enemigo, lo cual demostraba que la tubería plegadiza lo resistía. Lawrence tendió la mano a la válvula y palpó el techo del *Selene*, insensible todavía debajo del polvo, pero sólo a un palmo de distancia. Pocas proezas le habían proporcionado tanta satisfacción en su vida. La tarea distaba mucho de haber terminado…, *pero había alcanzado la nave*. Durante un instante brevísimo permaneció agachado en el fondo del pozo, como debían hacer los buscadores de oro de antaño al descubrir la primera pepita de oro a la luz de su lámpara de petróleo.

Golpeó tres veces el techo del *Selene* e inmediatamente contestaron a su señal. Pero no había necesidad de iniciar una conversación en Morse, porque, si lo deseaba, podía hablar directamente con el micrófono. Sin embargo, sabía el efecto psicológico que aquellos golpes producirían, al demostrar a los hombres y mujeres allí encerrados que sus salvadores sólo estaban a pocos centímetros.

Pese a todo, aún había que franquear grandes obstáculos, y el primero era la plancha metálica sobre la que estaba agazapado y que era la propia extremidad del émbolo.

Aquella pieza había cumplido su finalidad, reteniendo el polvo mientras vaciaban el pozo, pero ahora era necesario retirarla, para abrir paso a los siniestrados del *Selene*. Había que efectuar esta operación, sin embargo, sin afectar la unión flexible que él mismo había colocado en su sitio.

Para que esto fuese posible, la placa circular del émbolo fue construida de tal manera que podía levantarse como la tapa de una marmita, después de destornillar ocho enormes tuercas. Lawrence sólo tardó unos minutos en efectuar la operación y en atar una cuerda al disco suelto de metal. Después ordenó que lo subiesen.

Un hombre más gordo que el ingeniero hubiera debido salir del pozo para permitir que la pieza circular subiese hacia la superficie, pero Lawrence consiguió pegarse a la pared mientras el disco desaparecía por encima de su cabeza. «Allá va la última línea de defensa», pensó, mientras el disco desaparecía. Ahora ya sería imposible cerrar herméticamente el pozo, si el dispositivo de unión fallaba y el polvo penetraba de nuevo.

—¡El cubo! —gritó.

Ya estaba descendiendo.

Lawrence recordó entonces que, hacía cuarenta años, estaba jugando en una playa californiana con un cubito y una pala, empeñado en la tarea de hacer castillos de arena. Y ahora, en la Luna, de la que era nada menos que el ingeniero jefe para la cara visible, se dedicaba también a llenar un cubo con una pequeña pala con la mayor seriedad, mientras que toda la especie humana seguía ansiosamente su trabajo.

Cuando extrajo la primera carga de polvo, dejó al descubierto buena parte del casco del *Selene*. El volumen de polvo encerrado dentro de la unión flexible era muy pequeña, y le bastó llenar otros dos cubos para vaciarlo totalmente.

Ante él tenía entonces la cubierta protectora, de material aluminizado, arrugada por la presión que había tenido que soportar. Lawrence la quitó con facilidad, pues era tan frágil que pudo rasgarla con las manos, y descubrió la fibra de vidrio, ligeramente áspera, del casco exterior. Habría sido fácil abrirlo con una pequeña sierra eléctrica, pero también podía ser fatal.

La doble cubierta del *Selene* había perdido su integridad y, una vez abierto el techo, el polvo inundaría el espacio existente entre los dos revestimientos y permanecería allí, a presión, para brotar a chorro en la nave en cuanto Lawrence hiciera el primer corte. Tenía, entonces, que inmovilizar aquella delgada, pero mortífera capa de polvo antes que pudiera pensar en introducirse en la nave.

Golpeó varias veces con los nudillos en el techo y, como ya suponía, el polvo apagó el ruido de sus golpes. Pero lo que no suponía era recibir una frenética

respuesta, indicando que no todo iba bien allí dentro. Antes que sus ayudantes pudieran comunicárselo desde arriba, Lawrence adivinó que el mar de la Sed hacía un último esfuerzo para retener su presa.

Teniendo en cuenta que Karl Johanson era un ingeniero atómico, su olfato era muy sensible. Estaba sentado en el fondo de la cabina y él fue quien advirtió el inminente desastre. Permaneció inmóvil unos segundos, mientras le temblaban las aletas de la nariz y después dijo al pasajero sentado junto a él:

—Discúlpeme…

Acto seguido se levantó para dirigirse tranquilamente al lavabo, pues no deseaba causar alarma sin necesidad, sobre todo con el equipo de socorro tan cerca. Pero en el curso de su vida profesional, y gracias a ejemplos tan numerosos que ya no podía recordarlos todos, había aprendido a desconfiar del olor de aislante quemado.

Sólo permaneció en el lavabo quince segundos. Cuando salió de él, su paso era más vivo, pero no lo suficiente para causar pánico. Fue directamente a donde estaba Pat Harris, enfrascado en una animada conversación con el comodoro Hansteen, y los interrumpió sin ceremonias.

—Capitán —dijo en voz baja y apremiante—, tenemos fuego a bordo. Vaya a comprobarlo al lavabo. No lo he dicho a nadie.

Pat fue allí en seguida, seguido por Hansteen. En el espacio, como en el mar, nadie se para a discutir al oír pronunciar la palabra «fuego». Y Johanson no era de los que suscitan falsas alarmas. Como Pat, era un técnico al servicio de la Administración Lunar y fue uno de los elegidos por el comodoro para velar por el orden en el *Selene*.

El retrete, igual que todos los instalados en los vehículos pequeños de tierra, mar, aire o espacio, tenía dimensiones tan reducidas que cualquiera podía tocar sus cuatro paredes sin moverse apenas. Pero ya no era posible poner la mano sobre el tabique posterior, donde estaba el lavabo, pues ardía con un calor que estaba levantando ampollas en la lámina de fibra de vidrio.

—¡Dios mío! —exclamó Hansteen—. Esto se vendrá abajo dentro de un minuto. ¿Cuál puede haber sido el motivo?

Pat no lo oyó, porque había salido como un rayo, y pocos segundos después estaba de vuelta con dos extintores de incendios.

—Comodoro —le encareció—, vaya a decir a Lawrence que disponemos apenas de unos cuantos minutos. Yo me quedaré aquí, por si la pared cede.

Hansteen obedeció la orden. Un instante después Pat le oyó hablar por el micrófono.

Oyó también el repentino tumulto que surgió entre los pasajeros. Casi inmediatamente la puerta volvió a abrirse y entró McKenzie.

—¿Necesita mi ayuda? —preguntó el físico.

—De momento no, gracias —respondió Pat, manteniendo el extintor dispuesto.

Experimentaba una curiosa lasitud, como si todo aquello no le sucediese en realidad a él, sino que fuese un sueño del que pronto despertaría. Quizá ya se encontraba más allá del miedo. Después de superar una crisis tras otra, se sentía desprovisto de toda capacidad emocional. Podía soportar nuevas pruebas, pero ya no reaccionaba.

McKenzie le hizo la misma pregunta que le había hecho el comodoro:

—¿Cuál puede haber sido el motivo?

Y acto seguido agregó:

—¿Qué hay detrás de este mamparo?

—Nuestra principal fuente de energía. Veinte células pesadas.

—¿Qué potencia tienen?

—Al principio, disponíamos de cinco mil kilovatios-hora. Probablemente aún disponemos de la mitad.

—Pues ahí tiene lo que ha sucedido. Algo ha formado un cortocircuito con esta fuente de energía. Probablemente está ardiendo desde el momento en que fueron arrancados los cables del techo.

Aquella explicación era factible, pues no había ninguna otra fuente de energía a bordo.

El crucero era completamente a prueba de incendios y se hallaba inmune a las combustiones ordinarias. Pero como en sus células había bastante energía eléctrica para propulsarlo a toda velocidad durante horas, si aquella energía se disipaba en calor, los resultados tenían que ser forzosamente catastróficos.

Sin embargo, a poco que se reflexionase, aquello parecía imposible. Tal sobrecarga habría fundido todos los cortocircuitos…, a menos que, por la razón que fuese, se hubiesen atascado.

Lo cual no había sucedido, según McKenzie informó tras una rápida verificación en la compuerta de entrada.

—Todos los disyuntores han saltado —informó—. Los circuitos no tienen corriente. No lo entiendo.

Incluso en aquel instante crítico, Pat apenas pudo contener una sonrisa. McKenzie no dejaba de ser un sabio ni un momento. Aunque estuviese a punto de morirse, querría saber cómo y por qué. Si lo hubiesen quemado en una hoguera —suerte que quizá les esperaba a todos—, hubiera preguntado al verdugo qué clase de madera empleaban.

La puerta se abrió. Era Hansteen, que venía a informar.

—Lawrence dice que aún tiene para diez minutos. ¿Aguantará este mamparo hasta entonces?

—Sólo Dios lo sabe —respondió Pat—. Puede aguantar aún una hora. Puede

ceder dentro de cinco segundos. Todo depende de cómo se propague el fuego.

—¿No hay extintores automáticos en este compartimiento?

—No son necesarios…, la pared puede resistir a la presión y normalmente hay el vacío en el lado opuesto. Es el mejor extintor que existe.

—¡Ya lo tengo! —exclamó McKenzie—. ¿No lo ven ustedes? Todo este compartimiento ha sido invadido por el polvo. Cuando el techo fue horadado, el polvo empezó a introducirse. Y es el polvo el que ha causado el cortocircuito de todo el equipo eléctrico.

Pat comprendió que esta vez McKenzie tenía razón. En aquellos momentos, todas las partes de la nave abiertas al vacío debían estar llenas de polvo, que sin duda penetró por el techo roto, para acumularse entre los dos cáseos, especialmente en el compartimiento donde estaban las instalaciones de energía eléctrica. Y entonces debieron comenzar los fuegos de artificio, pues el hierro meteórico que el polvo contenía lo hacía muy buen conductor. Era él quien había provocado innumerables circuitos y cortocircuitos.

—Si rociamos de agua el mamparo —dijo el comodoro—, ¿servirá de algo…, o resquebrajará la fibra de vidrio?

—Yo creo que deberíamos intentarlo —respondió McKenzie—, pero con mucho cuidado…, con muy poca agua al principio.

Llenó una taza de plástico con agua que ya estaba caliente y miró a sus dos compañeros con expresión interrogadora. Al ver que éstos no hacían objeciones, esparció algunas gotas sobre la superficie que empezaba a cubrirse de ampollas.

Los crujidos y siseos resultantes fueron tan espantosos, que se interrumpió inmediatamente. El riesgo era demasiado grande. La idea hubiera sido buena con una pared metálica, pero aquel plástico no conductor se hubiera partido bajo el efecto de una acusada diferencia de temperatura.

—No podemos hacer nada aquí —dijo el comodoro—. Estos extintores tampoco nos servirán de mucho. Lo mejor será salir y aislar todo el compartimiento. La puerta formará un muro de contención y nos dará un poco más de tiempo.

Pat vacilaba. El calor ya era casi insoportable, pero le pareció una cobardía marcharse.

Las palabras de Hansteen, sin embargo, estaban llenas de prudencia; si se quedaban allí hasta que el fuego estallase, probablemente perecerían ahogados por la humareda.

—Es verdad. Salgamos —asintió—. Ya veremos qué clase de barricada podemos levantar ante la puerta.

No creía que tuviese mucho tiempo para hacerla, pues ya percibía nítidamente un ruido como el de freír, procedente del mamparo que mantenía a raya aquel infierno.

Capítulo 30

La noticia informando que había un principio de incendio en el *Selene* no podía introducir ningún cambio en la tarea que estaba realizando Lawrence, ya que le era imposible actuar con mayor rapidez. Si lo intentaba, podía cometer un error, cuando se acercaba el momento más delicado de la tarea. Lo único que podía hacer era continuar, con la esperanza que sería más rápido que las llamas.

El aparato que le enviaron sus ayudantes por el pozo del cajón parecía una enorme jeringa de engrase, pero en vez de lubricante contenía una mezcla de silicio orgánico a gran presión, que hasta ese momento era líquida y pronto se solidificaría.

El primer problema con que tenía que enfrentarse Lawrence era el de introducir el líquido entre las dos paredes del casco, sin permitir que se escapara el polvo. Empleando una pistola de remachar, Lawrence lanzó siete pernos huecos sobre la envoltura exterior del *Selene*: uno en el centro del círculo que había quedado al descubierto y los otros a trechos iguales en su circunferencia. Después conectó la jeringa al perno central y apretó el émbolo.

El líquido penetró con un ligero silbido en el perno vacío y, con la presión, abrió una pequeñísima válvula en su punta cónica. Moviéndose con toda rapidez, Lawrence pasó de un perno a otro y lanzó cargas iguales de líquido en cada uno. Pronto comenzaría la mezcla a hacer espuma y a extenderse en forma bastante pareja entre las dos láminas que constituían el casco, como una especie de tortilla que tuviese un metro de diámetro.

Unos segundos más tarde empezaría a consolidarse. Lawrence miró su reloj: dentro de cinco minutos esa espuma habría llegado a ser dura como una roca, suprimiendo todo riesgo a que el polvo se colase por esa parte del casco; incluso el que hubiera entrado se quedaría petrificado dentro.

El ingeniero nada podía hacer para abreviar aquellos cinco minutos; todo su plan, para tener éxito, dependía del hecho que la espuma adquiriera una determinada consistencia.

Si el cálculo de la cantidad del líquido a inyectar y del tiempo necesario para que fraguase había sido inexacto, si los químicos de la Base se hubiesen equivocado, los ocupantes del *Selene* ya podían darse por muertos.

Empleó aquellos minutos de espera en limpiar el pozo, enviando a la superficie todo el material innecesario. Pronto no quedó una sola herramienta a su lado y Lawrence sólo tuvo sus manos desnudas. Si Maurice Spenser hubiese podido introducir subrepticiamente su cámara en aquel estrecho espacio —y hubiera vendido su alma al diablo por menos de nada para conseguirlo—, los telespectadores no hubieran podido adivinar qué se proponía hacer entonces el ingeniero jefe.

Aún se hubieran sentido más desconcertados viendo descender algo que parecía

como un aro de niño. Pero no se trataba de un juguete, sino de la llave que abriría al *Selene*.

Susan había agrupado a los pasajeros en la parte delantera, o sea, en la parte más elevada de la cabina, desde que la nave estaba inclinada. Allí estaban todos apiñados, de pie y mirando con ansiedad al techo, mientras aguzaban el oído para oír ruidos alentadores.

«Aliento es lo que ahora necesitamos», se dijo Pat. Y él lo necesitaba más que nadie, pues era el único que se daba cuenta de las verdaderas magnitudes que tenía el peligro…, a menos que Hansteen o McKenzie lo hubiesen adivinado.

La amenaza de incendio ya era grave y el fuego podía significar su muerte si hacía irrupción en la cabina. Pero su avance era lento y podía luchar contra él, aunque sólo fuese para retardarlo un instante. Contra una explosión, sin embargo, nada podrían hacer.

En verdad el *Selene* era una bomba, que ya tenía la mecha encendida. La energía almacenada en las células que accionaban los motores y todas las instalaciones eléctricas podían librarse bajo la forma de calor, pero no podía estallar. No podía decirse lo mismo, por desgracia, del oxígeno líquido que contenían los depósitos…

Aún debían contener muchos litros de aquel elemento espantosamente frío y que reaccionaba con una violencia inusitada. Cuando el calor creciente rompiese los depósitos, se produciría una explosión física y química a la vez. Una explosión pequeña, cierto, comparada con las que el hombre podía originar…, tal vez equivalente a la deflagración de cien kilogramos de dinamita, pero bastaría para hacer pedazos al *Selene*.

Pat no vio la necesidad de mencionar esto a Hansteen, que estaba levantando su barricada; para ello utilizaba los asientos próximos al lavabo, que eran destornillados y apretados entre la última fila y la puerta de aquél. Parecía como si el comodoro se dispusiese a repeler una invasión y no un incendio. Pero es que en realidad era así. El fuego, a causa de su propia naturaleza, no podía pasar más allá del compartimiento de los acumuladores, pero cuando la pared se resquebrajase y cediese, el polvo lo inundaría todo.

—Comodoro —dijo Pat—, mientras usted se ocupa de esto, yo empezaré a organizar a los pasajeros. No podemos tener a veinte personas que intenten salir al mismo tiempo.

Aquella perspectiva, que les obsesionaba como una pesadilla, tenía que evitarse a toda costa. Sin embargo, sería difícil evitar el pánico, incluso en el seno de aquel grupo tan disciplinado, si aquel angosto túnel se convirtiese de pronto en el único medio de escapar a una muerte rápida e inminente.

Pat se dirigió a la parte delantera de la cabina. En la Tierra, aquello hubiera

significado un verdadero esfuerzo, pero allí, ascender por una pendiente de treinta grados apenas producía fatiga. Contempló las caras ansiosas alineadas frente a él y dijo:

—Abandonaremos la nave dentro de un instante. Cuando se haya practicado la abertura en el techo, nos tirarán una escala de cuerda. Primero subirán las señoras, después los hombres…, todos por orden alfabético. No empleen los pies para trepar.

Recuerden que aquí pesan muy poco y suban mano sobre mano, con la mayor rapidez posible. Pero no empujen a la persona que les haya precedido; tendremos tiempo más que suficiente y sólo les bastarán unos segundos para llegar a lo alto del pozo.

»Susan, por favor, coloca a los pasajeros por el orden que he indicado. Harding, Bryan, Johanson, Barrett: les agradecería que estuvieran a mi disposición como antes. Quizás necesitaré su ayuda… No terminó la frase. Se produjo una explosión apagada en el fondo de la cabina…, nada espectacular, pues incluso una bolsa de papel hubiera producido más ruido al hacerla estallar. Pero aquel ruido significaba que la pared del lavabo había cedido…, mientras que en el techo, por desgracia, aún no se había practicado la ansiada abertura.

Del otro lado del techo, Lawrence colocó el anillo contra la lámina de fibra de vidrio y empezó a asegurarlo en su lugar con cemento rápido. El anillo era casi tan ancho como el pequeño pozo en el que estaba agazapado; faltaban unos centímetros para que alcanzase a las paredes anilladas. Aunque su manejo no ofrecía peligro alguno, él realizaba aquella labor con infinito cuidado, pues le faltaba la fácil familiaridad con los explosivos que caracteriza a los que los emplean en su trabajo diario.

La carga que estaba poniendo en el anillo haría un limpio corte del diámetro y el espesor deseados, y terminaría en milésimas de segundo un trabajo que habría requerido quince minutos con una sierra eléctrica. En realidad, esto fue lo que Lawrence pensó en utilizar de momento; entonces se alegraba mucho de haber cambiado de opinión. Pues parecía muy probable que aún dispusiera de un cuarto de hora…

Se convenció de ello mientras seguía esperando que la mezcla espumosa terminase de endurecerse. Alguien le gritó desde arriba:

—¡El fuego ha ganado la cabina!

Consultando su reloj, Lawrence pensó por un momento que el minutero no se movía, pero esto era una ilusión que ya había sufrido otras veces. El reloj no se había parado; lo que ocurría era que el tiempo, como siempre, no pasaba a la velocidad que él deseaba.

Hasta aquel momento había pasado con demasiada rapidez, pero entonces parecía arrastrarse con pies de plomo.

La espuma estaría sólida como una roca al cabo de treinta segundos. Era preferible esperar un poco más que quedarse corto y arriesgarse a abrir el boquete demasiado pronto.

Lawrence empezó a subir por la escala de cuerda sin prisa, arrastrando los finos cables detonantes. Había calculado a la perfección. Cuando llegase a la superficie, para anular el cortocircuito que había hecho como medida de seguridad al extremo de los hilos, y hubiese conectado éstos con el detonador, aún le quedarían diez segundos.

—Dígales que empezaremos a contar de diez para abajo —ordenó.

Mientras Pat corría por el sitio inclinado para ayudar al comodoro, sin saber a ciencia cierta qué había, oyó a Susan que pasaba lista con voz tranquila:

—Señorita Morley, señora Schuster, señora Williams…

Resultaba irónico, ciertamente, que la señorita Morley fuese de nuevo la primera, esta vez por una casualidad alfabética, de la que ciertamente no podía quejarse.

En aquel instante un pensamiento mucho más lúgubre cruzó por la mente del capitán.

¿Y si la voluminosa señora Schuster quedase atascada en el pozo, bloqueando la salida?

No era posible, desde luego, dejar que fuese la última. Pero no, todo iría bien.

Precisamente la obesa señora se tuvo en cuenta al calcular el diámetro máximo del tubo y, además, había perdido varios kilos.

A primera vista, la puerta exterior del lavabo aún parecía aguantar. La única señal alarmante era un hilillo de humo que comenzaba a deslizarse entre los goznes. Pat lanzó un momentáneo suspiro de alivio al pensar que el fuego aún podía tardar media hora en quemar la doble lámina de fibra de vidrio, y mucho antes de eso…

Sintió que algo le hacía cosquillas en los pies descalzos y se alejó instintivamente antes que su cerebro le planteara la pregunta:

—¿Qué es eso?

Miró al suelo y, aunque su vista ya estaba acostumbrada a las tenues luces de emergencia, tardó algún tiempo en comprender que un oleaje gris se introducía por debajo de la puerta atrancada, mientras los paneles se hinchaban hacia dentro, bajo la presión de toneladas y toneladas de polvo. Quizá sólo aguantarían unos minutos; aunque de momento no cediesen, poco importaba ya. La siniestra y silenciosa marea le llegaba a los tobillos y continuaba creciendo.

Pat no intentó moverse, ni hablar al comodoro, quien permanecía igualmente inmóvil muy cerca de donde él estaba. Por vez primera en su vida —y probablemente, pensó, por última también— experimentó un sentimiento de odio implacable e inextinguible. En aquel instante, mientras millones de pequeñas partículas de lugares secas y delicadas acariciaban sus piernas desnudas, le pareció a

Pat que el mar de la Sed era un ser consciente y maligno que había jugado con ellos como el gato con el ratón. «No una, sino varias veces —se dijo—, hemos creído la situación dominada, pero siempre nos ha preparado una nueva sorpresa. Siempre nos ha pillado desprevenidos. Y ahora se ha cansado ya del juego, que no le divierte. Quizá Radley tenía razón, en resumidas cuentas…»

El altavoz que se mecía dentro del tubo de aire gritó:

—¡Estamos listos! Agrúpense en un extremo del salón y cúbranse la cara. Voy a contar de diez para abajo. ¡Diez!…

«Ya estamos en el lado del salón —pensó Pat—. No necesitábamos tanto tiempo».

—Nueve…

La cuenta siguió exacta e implacable:

—Ocho…

«¡Qué lástima, después de tantos esfuerzos! —siguió pensando Pat—. Y pensar que los que nos han ayudado han corrido riesgos enormes para salvarnos… Se merecían otra cosa».

—Siete…

«Dicen que el siete trae buena suerte… Quizá nos salvaremos. Al menos algunos de nosotros».

—Seis…

«Supongamos que sí. Ahora ya no importa. Supongamos que hacen falta quince segundos para llegar arriba…»

—Cinco…

«… y, naturalmente, para volver a tirar la escala… Probablemente la han recogido para mayor seguridad…»

—Cuatro…

«… y suponiendo que suba uno cada tres segundos…, no, digamos cinco para mayor seguridad…»

—Tres.

«… eso será veintidós veces cinco, o sea mil… No, eso es ridículo…, ni siquiera ya sé contar…»

—Dos…

«… digamos cien segundos y poco más, o sea casi dos minutos…, tiempo más que suficiente para que los depósitos de oxígeno líquido nos manden a todos al infierno…»

—Uno…

«¡Uno! Y ni siquiera me he cubierto el rostro. Quizá debería arrojarme al suelo, aunque tuviese que tragar ese asqueroso polvo…»

Sonó un crujido agudo y hubo un breve soplo de aire. A esto se redujo todo.

Aquella explosión resultaba decepcionante de poco espectacular. Pero los expertos en explosivos conocían muy bien su oficio…, como era de esperar, desde luego. La potencia de la carga se había calculado y dirigido con extraordinaria precisión. Casi ni levantó apenas el polvo que recubría cerca de la mitad del piso de la cabina.

El tiempo parecía haberse detenido; durante una eternidad, nada sucedió. Luego se produjo un milagro, lento y hermoso, que dejó arrobados a los que lo contemplaban por su carácter desesperado…, pero tan natural que, por poco, que todos se hubiesen parado a reflexionar.

Apareció un anillo de resplandeciente luz blanca entre las sombras purpúreas del techo y fue haciéndose cada vez más denso y brillante, hasta que de pronto se ensanchó en un círculo completo y perfecto al caer la porción cortada de la cubierta. La luz que penetraba era sólo la de un tubo de neón situado veinte metros más arriba, pero a los ojos que llevaban horas de no ver más que un pálido resplandor rojizo, pareció más espléndida que un sol naciente.

La escala descendió casi tan pronto como la lámina redonda golpeó contra el piso. La señorita Morley, puesta en posición, como un corredor de los cien metros, desapareció en un relámpago, y cuando la siguió la señora Schuster, más lentamente, aunque con una prontitud que eliminaba todo motivo de protesta, pareció que se producía un eclipse…, sólo unos pocos rayos de luz se filtraron por aquel radiante camino de salvación. Volvía a ser oscuro, como si después de aquel breve atisbo del alba, la noche hubiera vuelto, más tenebrosa que nunca.

La señora Williams sólo tardó un segundo en seguirla.

Empezaron a desfilar los hombres… Primero fue Baldur, que probablemente bendijo al Cielo por su posición en el alfabeto. Ya sólo quedaban doce hombres en la cabina cuando la puerta contra la cual improvisaron la barricada rompió finalmente sus goznes y se desató el alud.

La primera oleada de polvo alcanzó a Pat cuando estaba a mitad de la pendiente.

Aunque aquella sustancia fuese ligera e impalpable, aminoraba sus movimientos hasta tal punto, que pronto tuvo la sensación de hallarse hundido en un líquido viscoso. Fue una suerte que el aire húmedo y denso impidiese que el polvo se alzase, pues de lo contrario la cabina se hubiera llenado de nubes sofocantes. Pat estornudaba, tosía y estaba parcialmente cegado, pero aún podía respirar.

En medio de la densa niebla extendida por la primera ola de polvo, el capitán del *Selene* podía oír a Susan, que contaba, a medida que dirigía a los pasajeros hacia la salvación:

—Quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve…

Pat había tenido la idea que ella subiera con las demás mujeres; pero todavía estaba allí, ocupada hasta el último momento en cuidar de los pasajeros. Mientras luchaba contra el polvo insidioso, convertido en unas arenas movedizas que entonces

le llegaban a la cintura, experimentó un amor tan grande por Susan, que se hubiera dicho que su corazón iba a estallar, sin poder contenerlo. Se habían disipado sus últimas dudas. El verdadero amor era un equilibrio perfecto entre el deseo y la ternura. Aquél lo había experimentado desde hacía largo tiempo, pero en aquel instante éste surgía desbordante en su pecho.

—Veinte. Ahora le toca a usted, comodoro. ¡Pronto!

—No sea loca, Susan. Suba ahora mismo —contestó Hansteen.

Pat no pudo ver lo que sucedió, pues estaba medio cegado por el polvo y la oscuridad; pero supuso que Hansteen debió arrojar literalmente a Susan hacia la abertura del techo.

Ni la edad ni los años de navegar por el espacio habían disminuido sus energías.

—¿Está usted ahí? —llamó el comodoro—. Yo voy ya por la escala.

—No me espere. Le sigo.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Algo así como un millón de tentáculos infinitamente pequeños, pero tenaces, lo ceñían, succionándole para atrás en la creciente marea de polvo. Se agarró al respaldo de un asiento, casi enterrado bajo el polvo, y se esforzó por avanzar hacia la luz.

Algo le golpeó en la cara y comprendió que era el peldaño final de la escala. Se aferró a él con todas sus fuerzas y poco a poco, de mala gana, el mar de la Sed fue aflojando la garra con que lo apresaba.

Antes de entrar en el pozo, vio por última vez el salón de pasajeros. Todo el fondo de la cabina ya estaba sumergido por la lenta marea gris, que subía en un plano horizontal de geométrica perfección, sin una oleada que ondulara su superficie. Aquello resultaba poco natural y doblemente siniestro. A un metro de distancia —Pat lo recordaría toda su vida, aunque no podía suponer por qué— flotaba solitario un vaso de papel, como un barquito de juguete en la superficie apacible de un lago. Dentro de pocos minutos llegaría hasta el techo y sería engullido por el monstruo grisáceo, pero de momento aún retaba valientemente al polvo.

En cuanto a las luces de emergencia, continuarían brillando durante días, aunque cada una de ellas se viese rodeada por una cápsula de absolutas tinieblas.

Finalmente consiguió llegar al pozo y subir por él. Trepaba con toda la rapidez que le permitían sus músculos, pero no lograba alcanzar al comodoro. En el pozo penetró una brusca oleada de luz cuando Hansteen desapareció de la boca del tubo. Pat miró hacia abajo involuntariamente para proteger sus ojos contra la cegadora claridad. Bajo sus pies, el polvo ascendía con rapidez. Su superficie continuaba siendo lisa y sin una arruga, plácida, pero inexorable.

A los pocos instantes saltaba el bajo pretil del pozo de hormigón, para encontrarse en el centro de un iglú fantásticamente abarrotado. A su alrededor vio a sus compañeros los pasajeros, más o menos exhaustos y despeinados. Cuatro hombres

que vestían trajes del espacio los atendían y les prestaban socorro, y otro hombre sin traje —¡qué extraño era ver caras nuevas, después de tantos días!—, que supuso sería el ingeniero jefe Lawrence, le preguntó ansioso:

—¿Han salido todos?

—Sí, yo he sido el último —respondió Pat, añadiendo—: Es decir, supongo que sí —pues acababa de preguntarse si en la oscuridad y la confusión reinantes durante los últimos minutos, alguien hubiera podido quedarse abajo. Radley, por ejemplo, que hubiese decidido no afrontar la justicia a su regreso a Nueva Zelanda…

Pero no…, allí estaba, con los demás. Pat empezaba a contar a los pasajeros cuando se produjo una brusca sacudida en el piso de plástico; del pozo abierto de hormigón brotó un anillo de polvo, como el que algunos fumadores hacen con el humo; golpeó contra el techo, rebotó y se deshizo antes que nadie pudiera moverse.

—¿Qué diablos fue eso? —preguntó Lawrence.

—Los tanques de oxígeno líquido —respondió Pat—. ¡Mi viejo y querido autobús!… Ha resistido exactamente lo justo.

Y para su propio horror y sin poder contenerse, el capitán del *Selene* rompió a llorar.

Capítulo 31

—Sigo creyendo que esos banderines no han sido una buena idea —observó Pat, mientras la nave se alejaba de Puerto Roris—. Cuando se sabe que flotan en el vacío, parecen falsos.

Sin embargo, tuvo que reconocer que la ilusión era perfecta, pues las líneas de gallardetes tendidas en torno al embarcadero se agitaban y ondeaban en una brisa por completo inexistente. Estaban accionados por resortes y motores eléctricos, y los telespectadores de la Tierra no sabían a qué atenerse.

Era aquél un gran día para Puerto Roris y también en todo el ámbito de la Luna. Pat hubiera deseado que su esposa estuviera allí; pero, desde luego, Susan no estaba en condiciones para hacer el viaje.

Como había dicho aquella mañana, al darle el beso de despedida.

—No comprendo cómo las mujeres han podido tener hijos en la Tierra. Debe ser terrible llevar todo ese peso, con una gravedad seis veces mayor que la de aquí.

Pat dejó de pensar en su futura descendencia e imprimió la máxima velocidad al *Selene II*. Desde el salón le llegaban los murmullos de asombro de los treinta y dos pasajeros, al contemplar las dos grises parábolas de polvo que se elevaban hacia el Sol como arco iris monocromo. Aquel viaje inaugural de la nave se realizaba en pleno día; los viajeros no podrían ver la mágica fosforescencia del mar de polvo, no gozarían del paseo nocturno hasta el lago del Cráter por su estrecho desfiladero, ni podrían admirar el maravilloso espectáculo de la Tierra verde e inmóvil. El principal atractivo y la mayor novedad de aquel viaje era el entusiasmo que provocaba, pues, gracias a su infortunado predecesor, el *Selene II* era uno de los vehículos más famosos de cuantos circulaban por el universo.

Parecía una confirmación de aquel viejo proverbio según el cual no hay publicidad que resulte perjudicial. Teniendo en cuenta que las plazas se reservaban ya con muchos días de anticipación, el director de la Comisión del Turismo estaba muy contento del atrevimiento que demostró al exigir que la cabina de pasajeros tuviese mayor capacidad.

Al principio, incluso tuvo que luchar para que se aceptase la necesidad de construir otro *Selene*. «Gato escaldado del agua fría huye», dijo sentenciosamente el administrador en jefe, que sólo cedió cuando el padre Ferraro y la Sección Geofísica le demostraron de manera concluyente que el mar de la Sed no registraría un nuevo sismo antes de un millón de años.

—Mantenga este mismo rumbo —dijo Pat al copiloto—. Voy a hablar un poco con los clientes.

Era todavía lo bastante joven para saborear las miradas de admiración que le seguían a su paso por la cabina, pues todos los pasajeros se habían enterado de su

hazaña o le habían visto en las pantallas de la televisión. A decir verdad, la misma presencia de aquellas personas a bordo de la nave equivalía a un voto implícito de confianza. Pat sabía muy bien que había otros que compartían el mérito con él, pero no tenía por qué ocultar bajo una falsa modestia el papel que desempeñó durante las últimas horas del desaparecido *Selene*. Harris guardaba como oro en paño un modelo de la nave perdida, de oro macizo, regalo de boda que le fue enviado «De parte de todos los que participaron en el último viaje, con su agradecimiento y su felicitación más sincera». Para él, aquél era el único testimonio que valía, y no deseaba otro.

Había llegado a la mitad del pasillo, después de cambiar algunas palabras aquí y allí con varios pasajeros, cuando se detuvo en seco. Acababa de oír una voz que no había olvidado:

—¡Hola, capitán! Parece sorprendido al verme.

Pat reaccionó con prontitud y, con su mejor sonrisa oficial, respondió:

—Desde luego; es para mí un placer inesperado, señorita Morley. Ignoraba que estuviese en la Luna.

—Para mí también ha sido una sorpresa este viaje. Lo debo a la crónica que escribí sobre el desastre del *Selene I*. Ahora me envía *Life Interplanetary* para que escriba varios artículos sobre este viaje.

—Confío en que no sea tan emocionante como el otro —repuso Pat—. A propósito…, ¿ha mantenido usted relación con los demás? El doctor McKenzie y los Schuster nos escribieron hace unas semanas, pero con frecuencia me he preguntado qué habría sido del pobre Radley cuando Harding se lo llevó.

—Nada…, salvo perder el empleo. La Universal estimó que si lo llevaba a los tribunales, Radley se ganaría las simpatías del público, y además su acción podría servir de ejemplo a otros. Creo que se gana la vida dando conferencias ante sus correligionarios sobre lo que encontró en la Luna. Y voy a hacerle una predicción, capitán Harris.

—A ver, diga.

—Pues que algún día volverá a la Luna.

—Ojalá vuelva. Nunca he comprendido qué esperaba descubrir en el mar de las Crisis.

Ambos prorrumpieron en una carcajada al unísono. Después la señorita Morley dijo:

—He oído también decir que va usted a dejar el cargo.

—Es exacto —admitió Pat, con cierto embarazo—. Pasaré al Servicio Espacial siempre que consiga aprobar las oposiciones.

No estaba nada seguro de aprobarlas, pero sabía que tenía que intentarlo. Conducir aquella especie de autobús lunar era un empleo interesante y agradable, pero que no tenía porvenir, como Sue y el comodoro terminaron por hacerle ver. Y

además, había otro motivo…

Se había preguntado a menudo cuántas otras vidas, además de la suya, resultaron transformadas o modificadas cuando el mar de la Sed decidió bostezar bajo las estrellas.

Todos cuantos se encontraron a bordo del *Selene I* quedaron marcados de manera indeleble por la terrible prueba sufrida…, en muchos casos, los efectos fueron beneficiosos. El hecho que en aquellos momentos pudiese conversar amigablemente con la señorita Morley era buena prueba de ello.

La catástrofe también debió producir un profundo efecto en los hombres que participaron en las operaciones de salvamento…, en particular el doctor Lawson y el ingeniero jefe Lawrence. Pat había visto muchas veces al astrónomo hablando con tono airado en la televisión sobre temas científicos. Sentía agradecimiento por aquel hombre, pero le era imposible experimentar simpatía por él. Sin embargo, parecía que millones de personas lo tenían en gran aprecio.

En cuanto a Lawrence, se hallaba muy atareado escribiendo sus memorias, cuyo título provisional era «Un Hombre habla de la Luna». Sin embargo, estaba furioso de haber firmado el contrato con el editor. Pat ya le había ayudado a redactar los capítulos relativos al *Selene*, y Sue leía el manuscrito mientras esperaba que naciese su primer hijo.

—Le ruego que me disculpe —dijo Pat a la periodista, acordándose de sus deberes como capitán de la nave—. Debo atender a los demás pasajeros. Pero no deje de venir a visitarnos cuando pase por Ciudad Clavius.

—Así lo haré —prometió la señorita Morley, algo sorprendida por la invitación, pero a todas luces muy complacida.

Pat prosiguió la marcha hacia el fondo de la cabina, intercambiando saludos y respondiendo a diversas preguntas. Luego penetró en la cocina, instalada en la compuerta de entrada, y cerró la puerta…, para encontrarse instantáneamente solo.

Aquella compuerta neumática era de mayores dimensiones que la del *Selene I*, pero su disposición y aspecto eran los mismos. Así, no es de extrañar que Pat se sintiese invadido por una multitud de recuerdos. El traje espacial pudiera haber sido el mismo cuyo oxígeno compartió con McKenzie mientras los demás pasajeros se hallaban bajo los efectos del somnífero. El mamparo podía ser aquel sobre el cual apoyó el oído para oír en la noche el susurro del polvo en movimiento. Y toda la cámara, a decir verdad, pudiera haber sido la misma en donde conoció a Sue por vez primera, en el sentido literal y bíblico de la palabra.

Se había introducido una innovación en aquel nuevo modelo: la ventanilla de la puerta que daba al exterior. Apretó la cara contra el vidrio y miró al mar de polvo.

Se encontraba en el lado sumido en la sombra de la nave, sin ver al Sol y contemplando la negra noche del espacio. Cuando su visión se adaptó a las tinieblas

del suelo, distinguió las estrellas. Pero sólo las de primera magnitud, pues su retina aún estaba insensibilizada por la luz lateral. Pero allí estaban en todo su esplendor… Y también Júpiter, el más radiante de todos los planetas después de Venus.

Pronto cruzaría él aquellos espacios, lejos de su mundo natal. Aquel pensamiento lo exaltaba y lo aterrorizaba a la vez, pero sabía que debía partir hacia las estrellas.

Aunque amaba a la Luna, recordaba que se había portado con él como una enemiga, ya que nunca más volvería a sentirse tranquilo en su superficie. A pesar que el espacio lejano parecía más hostil e implacable, todavía no le había declarado la guerra.

Se abrió la puerta y entró la azafata con una bandeja de tazas vacías. Pat apartó la vista de la ventanilla y de las estrellas. La próxima vez que las viese, serían un millón de veces más brillantes.

Sonrió a la muchacha pulcramente uniformada, e hizo un signo con la mano para indicar la pequeña despensa.

—Es toda suya, señorita Johnson —dijo—. Cuídela bien.

Volvió a la cabina y tomó los mandos. Era el primer viaje del *Selene II* y el último suyo sobre el mar de la Sed.

Notas

[1] Aseveración que la moderna Antropología parece contradecir, pues sabido es que la raza australiana actual es de las más toscas y primitivas que existen desde el punto de vista filogenético. No es raro encontrar en ella individuos, especialmente en el sudeste de Australia, que presentan netos caracteres neanderthaloides: cráneo largo, muy aplastado verticalmente, frente plana y huidiza, occipital prominente y arcos superciliares voluminosos. *(N. del T.)* <<

[2] Campo de concentración nazi, tristemente célebre por las atrocidades que en él se cometieron. *(N. del T.)* <<

[3] El autor parece olvidar que, al ser la temperatura en la superficie de la Luna durante la mañana selenita de cien grados centígrados bajo cero, aproximadamente, no haría falta ningún dispositivo para la congelación del agua, pues ésta se congelaría automáticamente. Lo que haría falta, en cambio, sería un dispositivo para calentarla y evitar que se congelase en el momento de verterla sobre el polvo. *(N. del T.)* <<

[4] Excepto cuando fue lanzado el *Sputnik II* soviético, que produjo un recrudecimiento inusitado en las observaciones de objetos no identificados, registrado en forma estadística. *(N. del T.)* <<

[5] Agrupando todas las observaciones de Marte hechas en el observatorio de Pic du Midi entre 1939 y 1941, se levantó un mapa real, fotográfico, en el que aparecen inequívocos trazos canaliformes. La teoría *canalista*, formulada por Schiaparelli, goza en la actualidad con nuevos partidarios. *(N. del T.)* <<

[6] A semejanza de todos los incrédulos declarados, A. Clarke sólo cita lo que le conviene, en la cuestión de los «objetos no identificados». Por ejemplo, no menciona las observaciones de radar, las efectuadas por pilotos militares y por astrónomos, como Clyde Tombaugh, descubridor de Plutón, y el eminente selenógrafo H. P. Wilkins, y menos aún las ortotenias o alineaciones de observaciones sobre líneas rectas, prueba indudable de su realidad objetiva. Ni que la Aviación de los Estados Unidos lleva invertidos más de doscientos millones de dólares en el estudio del problema, a través de diversas Comisiones de Encuesta, sin citar las abrumadoras pruebas documentales, fotográficas *et alia* reunidas.
Por último, creemos que resulta de muy dudoso gusto presentar a los estudiosos del problema, encarnados en el señor Radley, como alienados y estafadores, acudiendo a la difamación personal cuando todas las armas de la controversia honrada fallan. En tal caso, el profesor Hermann Oberth, «Padre de la Astronáutica», también sería un loco o un truhán, en opinión de Clarke, pues es un firme convencido de la realidad de los mal llamados «platillos volantes». *(N. del T.)* <<